Aviso legal

Revista

Título: *Cuadernos Americanos,* marzo-abril de 1960 núm: 2 vol: CIX

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510
Ciudad de México, México.
https://cialc.unam.mx
En caso de un uso distinto contactar a: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es

Usted es libre de:
- Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:
- Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Pueden hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es
En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS AMERICANOS

MEXICO

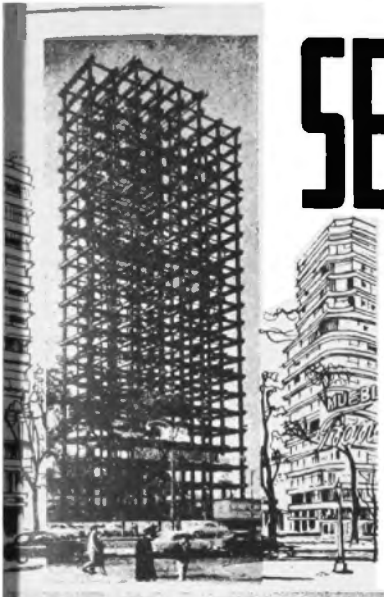
2

SEGURIDAD

USANDO

ESTRUCTURAS DE ACERO

PRINCIPALMENTE PARA GRANDES EDIFICIOS



ASEGURADORA "ANAHUAC"

CONSTRUIDO POR

ACERO ESTRUCTURAL, S. A.

con perfiles de la

ACERO MONTERREY

CIA. FUNDIDORA DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.

OFICINAS DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.

FABRICA: Calzada Adolfo Prieto al Oriente. MONTERREY, N. L.

BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA

UNA GIGANTESCA BIOGRAFIA DE LA HUMANIDAD

La BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, más que una Historia Universal al uso, es una gigantesca biografía; la primera y única biografía de la Humanidad escrita hasta la fecha.

Un núcleo de sabios, impresionante por el número y por su jerarquía en las más diversas ramas del conocimiento, han aportado su ciencia para la realización de esta obra. En ella, la claridad de exposición y la singular maestría de sus autores, hacen que el lector asista a una maravillosa proyección en la que se hace visible la estupenda aventura humana, desde la aparición del hombre sobre la tierra, hasta nuestros días.

El largo camino recorrido aparece íntegro ante los ojos del lector en una visión que deslumbra por su inmensidad, que apasiona por su dramatismo y que asombra por la fabulosa capacidad de creación del Hombre.

● TITULOS PUBLICADOS ●

LA TIERRA ANTES DE LA HISTORIA
LA TIERRA Y LA EVOLUCION HUMANA
LOS GERMANOS
LA CIVILIZACION BIZANTINA
CARLOMAGNO Y EL IMPERIO CAROLINGIO
EL PENSAMIENTO GRIEGO Y LOS ORIGENES DEL ESPIRITU CIENTIFICO
DE LOS CLANES A LOS IMPERIOS
LAS INSTITUCIONES DEL IMPERIO BIZANTINO
EL FIN DEL MUNDO ANTIGUO Y LOS COMIENZOS DE LA EDAD MEDIA
VIDA Y MUERTE DE BIZANCIO
LA CIVILIZACION EGEA
LA ROMA IMPERIAL Y EL URBANISMO EN LA ANTIGUEDAD
ISRAEL, DESDE LOS ORIGENES HASTA MEDIADOS DEL SIGLO VIII a. de C.
EL ARTE DE LA EDAD MEDIA Y LA CIVILIZACION FRANCESA
LAS CIENCIAS DE LA VIDA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII
LA CIUDAD GRIEGA
EL IRAN ANTIGUO (ELAM Y PERSIA) Y LA CIVILIZACION IRANIA
LA INDIA ANTIGUA Y SU CIVILIZACION
ORIGENES DE LA ECONOMIA OCCIDENTAL. ECLIPSE Y DESPERTAR DE LA
VIDA URBANA (SIGLOS IV-XI)
LUIS XIV Y EUROPA
EL LENGUAJE (INTRODUCCION LINGUISTICA A LA HISTORIA)
LOS HITITAS
LOS CELTAS Y LA EXPANSION CELTICA HASTA LA EPOCA DE LA TENE
LOS CELTAS DESDE LA EPOCA DE LA TENE Y LA CIVILIZACION CELTICA
EL MUNDO ROMANO
LA SOCIEDAD FEUDAL. LA FORMACION DE LOS LAZOS DE DEPENDENCIA
LA FORMACION DEL IDEAL MODERNO EN EL ARTE DE OCCIDENTE
LA ERA ROMANTICA. EL ROMANTICISMO EN LA LITERATURA EUROPEA
LA ERA ROMANTICA. LAS ARTES PLASTICAS
LA ERA ROMANTICA. LA MUSICA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

EDITORIAL GONZALEZ PORTO Apdo. 140-Bis México, D. F.
Sírvanse remitirme el folleto descriptivo de la BIBLIOTECA DE SINTESIS HISTORICA, deseoso de conocer sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

GRANDES FACILIDADES DE PAGO

DISTRIBUIDORA EXCLUSIVA **EDITORIAL GONZALEZ PORTO**

AV. INDEPENDENCIA 10 • AVENIDA 5 DE MAYO 31-C APDO. 140-BIS - MEXICO, D. F.

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353 México, D. F.

●

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio Núm. 601-II-7399).

Si usted dispone de RON BATEY, **lo demás es lo de menos**, porque BATEY es el RON PERFECTO!

Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto ... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos ... ¡lo que importa es RON BATEY!

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA

FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESERVAS: $276.550,544.45

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICADAS AL MANEJO DE DICHOS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en Oficio No. 601-11-15572).

BANCO NACIONAL
DE
CREDITO AGRICOLA,
S. A.

PLAZA DE LA REPUBLICA NUM. 35
MEXICO 1, D. F.

UNA INSTITUCION AL
SERVICIO DE LOS
AGRICULTORES

BANCO NACIONAL DE CREDITO EJIDAL, S. A. DE C. V.

Uruguay Núm. 56

México 1, D. F.

• Se fundó en 1936. Funciona de acuerdo con la Ley de Crédito Agrícola del 30 de diciembre de 1955. Forma parte del Sistema Nacional de Crédito Agrícola y tiene las características de Empresa Descentralizada de Participación estatal.

• Fomenta la producción agrícola ejidal concediendo el crédito y la asesoría técnica necesarias para elevar el nivel de vida del ejidatario.

CONSEJO DE ADMINISTRACION. **Presidente:** Sr. Ing. Julián Rodríguez Adame. **Vicepresidente:** Sr. Prof. Roberto Barrios. **Consejeros Propietarios:** Sres. Lic. Jesús Rodríguez y Rodríguez, Lic. Emigdio Martínez Adame, Lic. Ricardo J. Zevada, Lic. Roberto Amorós, Lic. Ernesto Fernández Hurtado, Mariano López Mateos y Lic. José Sáenz Arroyo. **Consejeros Suplentes:** Sres. Ing. Jesús Patiño Navarrete, Manuel García Santibáñez, Lic. Fernando Rosenbluth, Ing. Ernesto Reza Rivera, Ing. Emilio Gutiérrez Roldán y Prof. Enrique Beltrán. **Secretario:** Sr. Lic. Rodolfo García Bravo y Olivera. **Comisarios Propietarios:** Sres. Lic. Rafael Urrutia Millán y Lic. Enrique Landa Berriozábal. **Comisarios Suplentes:** Sres. Lic. Mario Salas Villagómez y Lic. Eduardo Claisse.

Director Gerente: Lic. Ricardo Torres Gaitán.

Sub-Gerente: Ing. Enrique Marcué Pardiñas.

AL INVERTIR

tome el camino

F. I. R. M. E.

Invierta pensando en su futuro

Desde hoy usted debe procurarse una vida tranquila para su vejez; y no con el valor actual del dinero sino con el que pueda tener el dinero en el futuro.

Coloque su dinero en FIRME y participe en las ganancias de importantes empresas mexicanas.

Solicite informes a:

FONDO DE INVERSIONES RENTABLES MEXICANAS, S. A.

Venustiano Carranza 54, México, D. F. Tel. 10-43-53

¡Urbanización terminada!

Obtenga ganancias tangibles y de cuantía, sin esperar "años y felices días".

CON TANTITO DE SU SUELDO PUEDE USTED "APARTAR" UN LOTE

●

Los servicios de agua, drenaje, pavimentos, banquetas, alumbrado y los UNICOS JARDINES de la zona, están TOTALMENTE TERMINADOS de acuerdo con las especificaciones y bajo la supervisión de las autoridades del Departamento del Distrito Federal, por lo que usted podrá tener la facilidad de construir de inmediato. Podrá comprobarlo cuando venga a ELEGIR o a RESERVAR "CON TANTITO DE SU SUELDO", el lote que será el patrimonio familiar.

AGUA Y DRENAJES — PAVIMENTOS — ALUMBRADO
JARDINES

Informes en la caseta del Fraccionamineto y en nuestras oficinas de la Av. Juárez 100, 7o. Piso.
Tels. 10-03-68 y 10-03-69.

COLONIA VALLE DEL TEPEYAC, S. A.

●

Es la última oportunidad de adquirir un terreno en la Ciudad de México.

FRACCIONAMIENTO VALLE DEL TEPEYAC

INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS

Obras publicadas:

MECANIZACION DE LA AGRICULTURA MEXICANA
por
Luis Yáñez Pérez,
con la colaboración de Edmundo Moyo Porras. (Agotado).

LOS DISTRITOS DE RIEGO DEL NOROESTE
por
Jacques Chonchol.

LOS BOSQUES DE MEXICO
Relato de un despilfarro y una injusticia,
por
Manuel Hinojosa Ortiz.

ASPECTOS DE LA INDUSTRIA TEXTIL DEL ALGODON EN MEXICO
por
Javier Barajas Manzano.

Precios:

MEXICO	ESPAÑA Y AMERICA	OTROS PAISES
$20.00	2.00 Dls.	2.25 Dls.

En prensa: "DIAGNOSTICO REGIONAL"
Por Fernando Zamora y un grupo de técnicos.
Obra indispensable para el conocimiento de la realidad nacional.

●

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

AV. COYOACAN 1035 Apartado Postal 965
México 12, D. F. Tel. 23-34-68 México 1, D. F.

el **DAUPHINE** es el carro más seguro del mundo

¿Cual de los dos frena mejor?

ADQUIERALO EN:

AUTOS EUROPEOS DEL NOROESTE, S. A.
Ave. Miguel Alemán No. 33 Ote.
MAZATLAN, SIN.

AUTOS EUROPEOS DEL BAJIO, S. A.
Corregidora No. 6,
CELAYA, GTO.

AUTOMOVILES FRANCESES, S. A.
Ave. Faustino Ceballos No. 152
GUADALAJARA, JAL.

CIA. MERCANTIL DEL ISTMO
Heroes de Chapultepec
OAXACA, OAX.

AUTOMOTRIZ FARRERA, S. A.
Av. Central 238
TUXYLA GUTIERREZ, CHIS.

AUTOMOTRIZ DEL SOCONUSCO, S. A.
Calle Central Oriente 28
Tapachula, Chis.

DIST. SONORENSE DE AUTOS FRANCESES, S. A.
Miguel Alemán 242
Cd. Obregón, Son.
Tel. 10-42

AUTOMOTRIZ TORRE, S. A.
Edificio Torre
MERIDA, YUCATAN.

AUTOS LAGUNA, S. A.
Av. Juárez 323 Pte.
TORREON, COAH.

MOTORES MODERNOS, S. A.
Morelos No. 639 Ote.
MONTERREY, N. L.

AUTOS FRANCIA, S. A.
Av. Cuauhtémoc No. 393
México, D. F.

¡ 16 Kms. por litro !

¡ EL MEJOR SERVICIO DE REFACCIONES Y TALLERES, ATENDIDO POR EXPERTOS RENAULT !

! SIEMPRE TENDRA UD. AUTOMOVIL ! . .

SI,

PREVISOR Y

MODERNO

ADQUIERE UNA POLIZA

EN

¿ Piensa, Ud. Viajar a Europa?

SI ES ASI, ESTA OFERTA LE INTERESA.

AUTOS FRANCIA, S. A., representante Renault, le vende un automóvil NUEVO, modelo 1959, marca RENAULT, de 4 ó de 6 plazas, con garantía de recompra, a base de una depreciación fija por meses de uso, pagándole aquí, en México, en dólares.

Por menos, bastante menos, que el flete de su propio automóvil

Al comprar uno de nuestros automóviles usted pagará:

"Ultramar" 4 plazas	Dls.	880.00
"Dauphine" 4 plazas	„	1,025.00
"Fregate" 6 plazas	„	1,600.00
"Fregate" 6 plazas, automático....	„	1,785.00
"Domaine" 6 plazas, guayín	„	1,625.00

Más Dls. 50.00 de la documentación internacional.

Los precios anteriores comprenden la entrega en París, pero si usted lo desea en España, Italia, Inglaterra, etc., podemos situárselo, siendo a su cargo el transporte.

PERO EN REALIDAD ESTE PAGO ES MAS BIEN UN DEPOSITO, PORQUE...

AUTOS FRANCIA, S. A. al terminar su viaje le recompra su automóvil con la siguiente depreciación:

		1 mes	2 meses	3 meses	4 meses
Renault 4 plazas...	Dls.	175.00	225.00	275.00	310.00
Renault 6 plazas...	Dls.	520.00	570.00	630.00	690.00
Guayín DOMAINE .	Dls.	595.00	645.00	695.00	755.00

Por cada mes adicional, Dls. 35.00 y $60.00 respectivamente. Usted entrega el automóvil en París y cobra en dólares su importe en México.

ANTES DE TOMAR CUALQUIER DECISION VEA Y MANEJE ESTOS AUTOMOVILES EN MEXICO Y ADEMAS PIDA INFORMES A SUS AMIGOS QUE YA USARON ESTE SERVICIO.

AUTOS FRANCIA, S. A.

Av. Cuauhtémoc 393 (esquina Baja California).
Teléfono 25-35-72 México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Av. Universidad 975
México 12, D. F.

Apartado Postal 25975
Teléfono 24-89-33

Algunas de las obras publicadas en

1 9 5 9 :

HISTORIA

A. OBREGON: **Ocho mil kilómetros en campaña** ("Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana", 618 pp., Ilust.).

J. M. OTS CAPDEQUI: **España en América,** 148 pp.

A. M. SALAS: **Tres cronistas de Indias,** 319 pp.

ANTROPOLOGÍA

J. E. S. THOMPSON: **Grandeza y decadencia de los mayas,** Emp., Ilust., 316 pp.

D. FORDE: **Mundos africanos,** 349 pp.

R. LINTON: **Estudio del hombre,** 4a. ed., 486 pp.

BIBLIOTECA AMERICANA

J. RUIZ DE ALARCON: **Obras completas,** Tomo II, Emp., 1,170 pp.

TIERRA FIRME

B. CARRION: **García Moreno—El santo del patíbulo—** Emp., 746 pp.

E. MARTINEZ ESTRADA: **Muerte y transfiguración de Martín Fierro,** 2a. Ed., 2 tomos, 932 pp.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XIX VOL. CIX

2

MARZO - ABRIL
1960

MÉXICO, D. F., 1º DE MARZO DE 1960

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F., CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH-GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZÁLEZ CASANOVA

Manuel MÁRQUEZ

Manuel MARTÍNEZ BÁEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESÚS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHÁVEZ

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MÉXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2 Marzo-Abril de 1960 Vol. CIX

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

Págs.

JAIME TORRES BODET, MANUEL TELLO, IGNACIO CHÁVEZ, LUIS GARRIDO, PABLO GONZÁLEZ CASANOVA, ANTONIO CASTRO LEAL, EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, FERNANDO DÍEZ DE MEDINA, GERMÁN ARCINIEGAS, VICENTE SÁENZ, FERNANDO ORTIZ, RICARDO DONOSO, ALFREDO PAREJA DÍEZCANSECO, JOSÉ LUIS CANO, ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ, MANUEL VILLEGAS LÓPEZ, MAX AUB, JOSÉ GAOS, RAMÓN XIRAU, LUIS CARDOZA Y ARAGÓN, FRANCISCO MONTERDE, RODOLFO USIGLI, HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ, LUIS ALBERTO SÁNCHEZ, y MARIANO PICÓN-SALAS. Homenaje a Alfonso Reyes 7

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, FRANCISCO GINER y LUIS VILLORO. Un año más de "Cuadernos Americanos". Discursos. 51

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

NAPOLEÓN VIERA ALTAMIRANO. El mercado común latinoamericano y nuestra industrialización 67

FRANK TANNENBAUM. La política en la América Latina 90

ANTONIO PEYRI. Comentarios al problema del poder 119

LUIS ABAD CARRETERO. Bergson y el instante 129

PRESENCIA DEL PASADO

Págs.

ALFONSO CASO. Valor histórico de los Códices Mixtecos 139
MARCELINO C. PEÑUELAS. El siglo XVIII y la crisis de la conciencia española . . 148
SEGUNDO SERRANO PONCELA. Godoy y los ilustrados 180

DIMENSIÓN IMAGINARIA

EMILIO ORIBE. El cántico espiritual 211
MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ. Cinco poemas 214
FELIPE COSSÍO DEL POMAR. Suramérica al encuentro de su estilo . . 219
HOMERO CASTILLO. Mariano Latorre, orígenes de una vocación literaria 228
GUILLERMO DE TORRE. Emilia Pardo Bazán y las cuestiones del naturalismo 238
F. FERRÁNDIZ ALBORZ. Luis Araquistain, su obra en su tiempo 261
MAURICIO DE LA SELVA. Novela y Poesía 276

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Frente a la pág.

1. Alfonso Reyes a los 5 años 50
2. Diez años después . . . . . ,,
3. 1910, cuando es ya ciudadano . . . . . ,,
4. 1913, cuando viaja a París . . . . . ,,
5. 1921, en el Puerto de Mazatlán con su hijo ,,
6. En el mismo lugar con una ola . . . ,,
7. 1923, en el desempeño de misión diplomática ,,
8. 1924, siempre leyendo . . . . . ,,
9. 1931, en Río de Janeiro con su inseparable Manuelita . . ,,
10. 1933, Alfonso Reyes en Santiago de Chile, visita al . . . ,,
11. 1940, una reunión para impulsar el teatro en México ,,
12. 1945, en el Colegio Nacional, Alfonso Reyes y Antonio. . . ,,
13. 1945, la Junta de Gobierno de la Universidad de México ,,
14. 1956, al ingresar Jesús Silva Herzog a la Academia. . . . . ,,
15. 1959, tres meses antes de su muerte . . . . . ,,
16. 1959, en la misma ocasión, el hombre que tuvo siempre. . . 51

Nuestro Tiempo

HOMENAJE A ALFONSO REYES

Poco antes de las 8 de la mañana del domingo 27 de diciembre de 1959 dejó de latir el corazón de Alfonso Reyes. A media noche se quedó dormido para no despertar más. No se dio cuenta de su tránsito. La muerte, la pálida inviolada, fue piadosa con el poeta y humanista ilustre. La noticia corrió rápida por la ciudad, como siempre corren con rapidez las malas noticias. Sus amigos más cercanos que tantas veces gozamos de la alegría de su amistad, nos sentimos consternados ante la pérdida irreparable, ante el inmeso vacío que Alfonso dejaba en la cultura de nuestros pueblos.

Reyes estuvo siempre ligado a *Cuadernos Americanos*. Nos reuníamos cada dos meses con varios amigos, muchas veces en su biblioteca, para conversar y discutir sobre el material del próximo número de la revista. Las reuniones eran fiesta para el espíritu por las anécdotas oportunas y graciosas de Alfonso Reyes. Pero no sólo eso. Sus sabias observaciones y consejos contribuían a mejorar cada entrega de nuestro publicación.

Al aparecer el primer número de *Cuadernos Americanos* el 29 de diciembre de 1941, correspondiente a enero-febrero de 1942, celebramos el suceso reuniéndonos a cenar unos cincuenta amigos en céntrico restaurante. Alfonso Reyes pronunció el hermoso discurso que aquí reproducimos y que refleja en su magnífico estilo la solidez y hondura de su pensamiento:

"Haré algunas consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.

"La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

"Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados satánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y transmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

"América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido imprevisor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunas imperiosas precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son madurar.

"Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras Repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.

"Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho mismo de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adies-

trado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de toda la herencia de la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así, los pueblos magistrales que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias a nuestra geografía, a nuestra historia o a nuestra lengua. Además, en un orden más técnico, América ha vivido por un siglo en régimen de confrontaciones y cambios, mucho antes de que Europa soñara en crear organismos jurídicos para un objeto semejante, y esto con mayor cotinuidad y perseverancia que la misma Europa. Finalmente, la formación misma de nuestras poblaciones ha eliminado entre nosotros los prejuicios de abolengo y de raza, al punto que nuestra intuición no percibe otro abolengo humano, ni otra raza que la raza humana, cuyas monedas todas, altas y bajas, van troqueladas con el mismo sello de su dignidad trascendente. Estamos aptos para la vida internacional.

"En cuanto a la herencia ibérica que nos fue otorgada como un don de la historia, mucho habría que decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

"Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre, y distinguir finamente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de perecedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos, azares de la naturaleza y de la

historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre.

"Esto es lo que representamos, esto es lo que aportamos al diálogo de América. Penétrese el interlocutor de que no somos, pues, una mera curiosidad turística. El conocimiento de nuestro sistema del mundo ni siquiera es una mera conveniencia política del momento, para llegar a la loable e imprescindible amistad de las Américas y al frente único de la cultura. Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias.

"Así, penetrados de este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que represer. mos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los *Cuadernos Americanos,* mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad. No pretendemos llevar la voz: igual honor correspondería a cualquiera de nuestras repúblicas. Sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber. Nos negamos a adminir que el mundo de mañana, el que nazca del conflicto, pueda ser únicamente el fruto de la exasperación, de la violencia, del escepticismo. No: tenemos que legar a nuestros hijos una tierra más maternal, más justa y más dulce para la planta humana".

Los restos mortales de nuestro Alfonso fueron velados en el Colegio Nacional, la institución más alta de cultura de México, de la que él fue miembro fundador. Hicieron guardias alrededor del féretro representantes del mundo oficial, entre ellos el Presidente de la República y buena parte de los miembros de su gabinete, así como también lo más granado de la intelectualidad mexicana.

Por acuerdo del Primer Magistrado de la Nación la tumba en la cual descansará para siempre el hombre incansable, fue abierta en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Frente a ella se pronunciaron los discursos que aquí se incluyen. Jaime Torres Bodet, Secretario de Educación Pública, habló a nombre del Gobierno de México; Manuel Tello, Secretario de Relaciones Exteriores, en representación del Servicio Exterior; Ignacio Chávez, por el Colegio Nacional; Luis Garrido, a nombre de la Academia Mexicana de la Lengua; Pablo González Casanova, habló por la Universidad Nacional Autónoma de México;

y, por último, Antonio Castro Leal, hizo uso de la palabra representando a los amigos y discípulos del gran humanista.

Pero era menester que la revista rindiera cumplido y justo homenaje a Reyes, solicitando la impresión que su muerte había causado en escritores amigos de todos los países que hablan nuestra lengua. La mayor parte de ellos accedieron a nuestro requerimiento. Si algunas de las naciones de la América nuestra no están representadas se debe a que no llegaron a tiempo las colaboraciones. Aquí las publicamos, no sin antes sumarse el Director de *Cuadernos,* personalmente, profundamente desolado y con dolor inmenso al homenaje que se tributa al amigo dilecto que tomó la silla de posta para el viaje postrero.

Y para terminar recordemos aquí el terceto de Manuel José Othón:

> Y al fin en el amor los ojos cierra,
> pues ¿dónde hay más amor que el de la muerte,
> ni más materno amor que el de la tierra?

LOS DISCURSOS

Jaime TORRES BODET

En esta hora de duelo para las letras patrias vengo a rendir un conmovido homenaje al insigne autor de tantas páginas prestigiosas, al poeta de "Huellas" y de "Ifigenia Cruel", al ensayista de "Visión de Anáhuac" y "El Cazador", "El Deslinde" y "Junta de Sombras", al narrador de "El Plan Oblicuo", al comentarista de Góngora y Mallarmé, de Gracián y Ruiz de Alarcón, de Sor Juana y Amado Nervo, al traductor de Chesterton y de Murray, al que cantaba a Homero en Cuernavaca y a México en todas partes, al que describió —en conferencias incomparables— la epopeya moral de la Grecia clásica, al que dedicó cada hora del día, cada día del mes, cada mes del año y todos los años de su tarea, desde el umbral de la juventud, a una generosa misión de la inteligencia: ampliar y ahondar el sentido humano de la cultura, difundiéndola

con intrépida convicción y esforzándose por lograr —según sus discípulos lo atestiguan— ese dominio esencial de su propio ser y de su expresión que lo califica como a un maestro entre los maestros, mexicano de ánimo universal.

Palma, en la existencia de Alfonso Reyes, la fidelidad estoica a la vocación. Nada lo interrumpió en su denodado ascenso hacia las cumbres más altas y más difíciles. Vivió impulsado incesantemente por una gran voluntad de luz. Señor de las transparencias, sus libros son un modelo de sonrisa y de claridad. Quien sonríe, sabe lo que perdona. Y, como lo afirmó con palabras inmarcesibles Alfonso Reyes, cuando "el hombre sonríe, entonces funda la civilización y empieza la historia".

Esta sonrisa y aquella luz fueron sus armas espléndidas de humanista. Comprendió cuanto conoció y amó cuanto quiso comprender. Positiva lección para las nuevas generaciones la de este prócer de la literatura que no mezcló jamás el menor veneno a la miel de la madurez y que supo cumplidamente cómo en el ánfora de la prosa, o del verso mejor pulido, sólo debe escanciarse lo más puro de la experiencia y lo más genuino del corazón.

Hombre de alma efusiva y de diáfano entendimiento, advirtió como pocos las responsabilidades de la sabiduría y tendió sin cesar una mano amiga a los que llegaban, deseosos de patrocinio y ávidos de consejo. Guía de los jóvenes, su vida fue una cátedra permanente y, con autoridad singular, amena y característica, una exhortación de honradez para todos los que procuran reducir lo inefable, manifestándolo.

En un mundo que parece recelar del espíritu oscuramente, él exaltó sobre todo la necesidad de acatar los valores auténticos del espíritu. Por eso, en un párrafo inolvidable, declaró alguna vez que el pecado mayor de la inteligencia contemporánea es, acaso, su desconfianza para la poesía. Creo no traicionarlo al asegurar que la poesía, entendida en ese supremo alcance, no está sólo en los libros, sino en los actos, pues —además de una fórmula de belleza— implica una ley de verdad y de amor al bien.

Esperemos que un día llegue en que la conducta de los hombres y de los pueblos dé razón a nuestro gran desaparecido, siempre vivo y presente para nosotros, al maestro que por sí solo puebla un capítulo noble e intenso de las letras de la República. A las técnicas necesarias del poder sobre la natu-

raleza ha de regirlas al fin, por efecto de la conciencia, ese equilibrio eficaz de la sensibilidad y del pensamiento; es decir ese orden sereno de la cultura al que Reyes íntegramente se consagró.

El señor Presidente López Mateos ha querido señalar al país las virtudes de este escritor ejemplar, escogiendo para su tumba uno de los lugares más respetables de México, la Rotonda de los Hombres Ilustres, donde yacen, bajo la protección de la tierra materna, algunos de los mexicanos más dignos de remembranza, de honor y de admiración.

Al inclinarme ante sus restos mortales con respeto y con emoción, expreso el voto de que, en la vida de sus lectores, sigan triunfando la gracia humana, la ecuanimidad, el perdón y la luz que enaltecieron constantemente la enseñanza armoniosa y profunda de Alfonso Reyes.

Manuel TELLO

Me corresponde el deber, que desempeño a la vez con orgullo y con tristeza, de despedir los restos mortales de Alfonso Reyes en nombre del Servicio Exterior Mexicano. La figura del gran maestro de las letras que fue, será recordada hoy y vuelta a trazar de nuevo, durante muchos años, por voces más autorizadas que la mía. La riqueza de su personalidad fue tan vasta que ofrece un venero inagotable al trabajo de los estudiosos, y mucho habremos de oír aún que ilumine el maravilloso proceso que dio a México, en Alfonso Reyes, a uno de los más notables escritores de esta época en el mundo entero.

Queremos nosotros, solamente, recordar que México fue uno de los amores más constantes de su vida, y que desde su magnífica "Visión de Anáhuac", y aún antes, pensó siempre en esta su tierra, la contempló largamente y la acarició con la abundancia del corazón generoso y con el incienso de las bellas palabras.

Estoy seguro de que quiso vivir para México, dentro de esa noble tradición nuestra según la cual todo ejercicio, desde el más humilde hasta el más encumbrado y lo mismo el de las artes que el de las letras, no es en el fondo sino una manera de servir el ciudadano a la Patria. Desde la región de silencio y de paz en que se encuentra ahora su alma, el más universal de

nuestros escritores modernos, se alegrará de saber que no olvidamos sus esencias mexicanas.

Pero Alfonso Reyes sirvió al país, además, en otra forma, como miembro de nuestro Servicio Exterior. Una tradición más —otra de las buenas tradiciones que, entretejidas, forman la urdidumbre de lo mexicano— le abrió las puertas de la diplomacia en dentro de muchos corazones amigos. La diplomacia que él practicó, la de ganar voluntades, es la única que puede dignamente calificarse de arte.

Sabía Alfonso Reyes que, como un encargo sagrado, traía dentro de él mucho que no podía realizar fuera de México, en la soledad y la incomunicación de la tierra y el cielo nuestros que la profesión diplomática nos impone. Fue por ello que regresó, por fortuna a buen tiempo, para dedicarse por entero a su obra literaria. No por ello dejó de consagrar de vez en cuando, en el momento oportuno, un pensamiento activo o un consejo prudente a los azares de nuestro oficio; y los que tuvimos la suerte de compartir con él nuestras fatigas y así, también, el pan de su amistad personal, venimos hoy al borde de su tumba, a honrarlo como él lo merece, con las mismas flores de honor que recogió en el extranjero para todos nosotros.

Ignacio CHAVEZ

PARA acercarme a esta fosa y decir unas palabras de adiós a Alfonso Reyes debo hacer un esfuerzo doloroso. Tengo miedo de que la emoción me venza. Apenas hace un día que recogí sus últimas palabras y le cerré los ojos; calladamente, con una voz húmeda y sin palabras, me despedí de él. Y aquí estoy, sin embargo, para volver a despedirlo, esta vez a nombre del Colegio Nacional, que se ha quedado huérfano de su presencia.

El año ha sido terrible para nosotros. Cuando aún no se apagaban los pasos de dos de los nuestros que se fueron, de Diego Rivera y Manuel Toussaint, miramos con angustia la partida de Samuel Ramos y después la de José Vasconcelos. Hoy es la de Alfonso Reyes. ¡Qué duro castigo se abate sobre México, que en algo más de un año pierde a cinco de sus hijos mejores!

Esta muerte de hoy nos deja en dasamparo. Por sobre la admiración que teníamos por Alfonso Reyes había el hecho de que todos lo amábamos. Nunca un hombre reunió mayor don de simpatía ni se amasó una figura de mayor calidad humana. Y junto a esos dones estaba el otro, el de la radiación de una inteligencia superior. En el Colegio Nacional unos representan la historia, otros la filosofía y otros más, alguna disciplina artística o científica. Alfonso Reyes las representaba todas, como el ejemplo vivo de la universalidad en el talento y en la cultura. En él no sabría decirse qué predominaba, si el poeta o el ensayista, si el crítico o el filósofo, si el humanista o el científico. El científico también, aunque parezca extraño, porque nadie logró mejor que él sistematizar sus conocimientos y forjarse una recia disciplina mental e investigar en su campo con tanto rigor como un hombre de ciencia.

Más que un hombre culto parecía la cultura misma. Y hoy se ha ido: ¿quién lo sustituirá? En nuestro tiempo, ninguno, porque estos hombres prodigio sólo vienen de tarde en tarde, de siglo en siglo, y las épocas ya no son propicias para la larga y penosa formación de un hombre hasta encarnar la sabiduría de su tiempo.

Hoy que la muerte acaba con los últimos regateos de la incomprensión o de la envidia, el país entero se dará cuenta del hombre que ha perdido; del escritor que supo juntar la hondura con la claridad y la belleza con la gracia; del que atacó todos los problemas, porque le interesaba todo cuanto fuese humano; del mexicano que siendo profundamente nacional, se movió en el mundo de las ideas con el señorío de un hombre universal. "Pueblo me soy —decía— como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal. Mi casa es la tierra".

Por esta su anchura de visión lo atacaron los miopes, suponiéndole poco arraigo a la tierra nuestra. Su respuesta es una lección que debiera grabarse en la puerta de nuestras Universidades: "¿Qué tendremos los mexicanos que no podemos ir a donde todos los pueblos van? ¿Quién nos impide ahondar en el común patrimonio del espíritu con el mismo señorío que los demás?... No y mil veces no; nada puede sernos ajeno sino lo que ignoramos. La única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo".

Era un hombre de sensibilidad exquisita; sufría hasta la tortura con la grosera incomprensión y con la mezquindad envenenada, como sufrió desde joven el desajuste de un mundo donde los suyos, a los que amaba profundamente, chocaban con el nuevo orden que se estaba gestando y que él admitía. Sufría de ese veneno inoculado; pero como en la parábola de Nietzsche, de ese veneno hizo su bálsamo. Su espíritu se impregnó de comprensión, de suavidad, de simpatía. Al impacto prefería responder, como él dijo de sus antepasados, "como buen pedernal, que no suelta astillas sino destellos". Por eso en su vida y en su obra dominó la sonrisa. "Cuando el hombre sonríe —escribió— funda la civilización y empieza la historia".

Su espíritu, en el fondo, guardó siempre la alegría de un niño; ávido, primero, de aprenderlo todo, después, de paladearlo todo. La amargura que vendrá más tarde la amasará con su alegría innata para hacerla humor en su pluma, ingenio y gracia, que son uno de los encantos mayores de su estilo.

Fue el ejemplo más vivo de una vocación hecha llamado irresistible. Alfonso Reyes se consagró totalmente a su tarea, sintiendo el goce fáustico de su labor creadora y hasta el día de su muerte no dio tregua a su pluma.

Como un hombre enamorado de la vida tenía el horror del sufrimiento y la angustia de morir. Pero su fina elegancia espiritual, como una forma de pudor, no le permitía exhibirlo. Y pocos hombres vi con más serena actitud a la hora del peligro; nunca una pregunta indiscreta, nunca una duda medrosa.

Sabía bien lo incierto de su futuro; sabía que su corazón, "pobre jarrito rajado", como él decía, a cada nuevo ataque pendía de un hilo cada vez más sutil y sin embargo, seguía en su trabajo febrilmente, gozosamente, jugando carreras con el destino. Pero no se engañaba. Al despedir con lágrimas a González Martínez traicionó su secreto cuando dijo:

"...que se adelgaza el muro y ya por transparencia se ve la eternidad".

Hoy llegó a su final y entra al descanso y a la paz. A nosotros nos deja el valor de su ejemplo y de su obra. Para el dolor de su partida, nos queda su sonrisa. Con la voz que se rompe, despededimos al hermano que se va.

Luis GARRIDO

APENAS cumplidos cinco días del fallecimiento del insigne académico don Genaro Fernández McGregor, la muerte ha vuelto a visitar nuestra casa. En esta ocasión, nos arrebata al Director que la enaltecía con su nombre, que es orgullo de las letras castellanas. Un hondo duelo, embarga no sólo a la patria mexicana, que pierde a uno de sus hijos más preclaros, sino a todos los que en el mundo, sienten la belleza y admiran las ideas armoniosas. Ya el eminente polígrafo de tiempo atrás, presentía el término de su vida ejemplar, al advertir, melancólicamente, que sus amigos más queridos se iban a la cita universal de la muerte, dejándole —como él decía— sin más compañía que las reliquias y los retratos. Ahora le tocó a su vez franquear el umbral, del sitio de donde no se regresa, para ir a reunirse con aquellos que la Parca arrebató a su admiración.

Alfonso Reyes nos deja una obra considerable. Él observó la máxima de Leonardo, de que el tiempo es suficientemente largo, para los que saben emplearlo bien. En efecto, tuvo el sello de los escogidos. Desde su juventud, mostró una decidida y venturosa vocación literaria, que enriqueció al correr del tiempo con una vasta cultura. Dotado de excepcional aptitud para escribir, alcanzó las cimas de la perfección. Fue fiel toda su existencia a su arte, al que honró con dignidad. La diplomacia a la que prestó la fuerza de su talento, no logró separarlo de su guía natural y predilecta.

En el curso de sus días, su amor por las letras lo llevó a la poesía, al cuento, al ensayo, a la crítica, a la teoría literaria, y finalmente a la historia y a la filosofía. La densidad de su trabajo comprende cerca de doscientos libros. Con impulso perenne, con pasión dominante, trabajó sus creaciones. Eran para él momentos inefables, escribir sobre las blancas cuartillas, ya el poema, que nos revela la profunda iluminación de su ser, ya el estudio admirable sobre una obra maestra o su visión de las cosas plena de verdad y hermosura.

Artista incansable, pensador y erudito en continuo viaje por el campo de la cultura, sólo en la muerte conocerá el descanso y la paz. Por derecho propio se ganó esta tumba, en el cenáculo luminoso de los mejores ciudadanos de México. Entra a ella, con una gloria hecha con los mejores materiales del espíritu, para el que reclamó todos los derechos. Su desapa-

rición, sin duda, conmoverá a nuestro medio, pero ella se dejará sentir, además, en el ámbito universal, por su alcance en la cultura clásica y en las letras extranjeras. Era la figura más señera de la América española, merced a su tersa prosa y a su saber enciclopédico. Trataba de ganarle la carrera al tiempo, para concluir su obra monumental y estaba dándole los últimos toques, cuando lo sorprendió la muerte. Sólo su fecundo peregrinaje por el mundo de los libros y de la vida, pudo capacitarlo para ser un profundo humanista, siempre con una viva inquietud, gozándose en la belleza y con un pensamiento fácil y sobrio.

Gran señor de la literatura castellana, aquilató con eminencia sus más altos valores; la sátira del Archipreste de Hita, la técnica renovadora de Góngora, el teatro moralizador de Calderón, la actividad intelectual de Quevedo... y, por último, el deslinde de la propia literatura, perfilando toda una teoría estética de valor indudable.

Alfonso Reyes, con grandeza y vigor, se ocupó también de los temas mexicanos. Muchas páginas suyas sobrevivirán perpetuando nuestros encantos y valores. Y enmedio del cauce de su prodigiosa producción, se alzarán igualmente como rocas enhiestas, sus libros sobre la Grecia inmortal, que son una revelación de plenitud de vida, de ser espiritual. El ilustre desaparecido por la gran distinción de sus emociones, por su capacidad de intuir, y por la forma perfecta de sus trabajos, tuvo el alma de un verdadero anteniense, que contemplara la diosa Atenea a la entrada de la Acrópolis.

Hombres de su condición, acreditan las mejores calidades de la especie humana. Su ejemplo constituye un valioso legado a la posteridad, a la que deja, asimismo una brillante falange de investigadores, que se formó en torno de él, en el Colegio de México. Y para la Academia Mexicana de la Lengua, significa una pérdida excepcional, pues su labor era nervio potente, aliento perdurable en el curso de sus tareas. Su ausencia aflige profundamente a todos sus miembros, pero su recuerdo los acompañará siempre, porque su figura se yergue ya, en el dilatado horizonte de la patria, con la magistral serenidad, del que nos deja una obra esclarecida.

Pablo GONZALEZ CASANOVA

MAESTROS: ¡estamos de luto!
Estudiantes: ¡estamos de luto!

"Ayer murió Alfonso Reyes. Al hablar de él —como universitarios— queremos recordar sus grandes virtudes intelectuales y morales, y como amigos, queremos ser sencillos.

"Sea contrapeso exacto
del lloro de la voz severa
que ni maldice ni exclama,
y quede el dolor intacto
como lumbre que prospera
sin llama.

"Alfonso Reyes fue de veras un hombre excepcional. Era bueno, era brillante tenía una amplísima cultura, dejó una obra y un estilo propio de decir las cosas, era un buen conversador, era un hombre equilibrado y tolerante, amó la razón, amó la paz. Como erudito fue muy escrupuloso, como ensayista también supo ser frívolo. En sus luchas se afanó atacando las falsificaciones de la belleza por la retórica, las del pensamiento por las fórmulas y los lugares comunes, las de la política por a demagogia, y los prejuicios.

No se conformó con los triunfos primeros ni se metió en las corrientes de opinión que llevan fácilmente a la fama. Se resistió a ser populachero cuando había una moda de falsos amantes del pueblo y a ser vernáculo y provinciano cuando todo el mundo intentaba romper el cordón umbilical que liga a México con la humanidad. Se propuso cultivar hoy el pasado y alimentar en estas tierras y nutrir la cultura clásica. Estudió mucho a los españoles, franceses y griegos, en Alemania y Oriente supo escoger a los mejores poetas y gozar de ellos, y escribir y aclarar intenciones estéticas. Y esta enorme tarea la realizó como trabajador infatigable y con el entusiasmo de todos aquellos que logran despojar a la cultura de su aburrido prestigio y divertirse con ella como con el juego más atractivo de la vida. Y habló de la moral sin grandes aspavientos y de su Patria con un cariño natural y constante. Escribió mucho sobre México, muchísimo, sufriendo y quejándose de quienes no entendían que el amor a la cultura universal no es incompatible con el amor a México. "Será mexicano —dijo— todo

lo bueno que haga un mexicano". Y fue mexicano todo lo que hizo Alfonso Reyes, gran conquistador de la cultura universal.

Ayer "la muerte saltó de su sueño invernal y se apresuró a recoger lo perdido" y hoy venimos a despedirlo y empezamos en la Universidad a guardar su memoria y a ponerlo como ejemplo a la juventud, como ejemplo de un hombre que amó la vida, el trabajo, la cultura y la Patria.

Antonio CASTRO LEAL

LLEGÓ a la tierra lleno de recuerdos de otros mundos. Ya a los quince años encontró palabras para ir revelando aquellos antiguos misterios del alma. Casi niño, en el consejo de sus mayores, empieza a dialogar, sentado en el sitio que iluminaban las primeras luces del amanecer. Acepta con una sonrisa, como una fiesta de alegría, los deberes que le impone el mensaje que trae. Se va a pasar la vida modulando la palabra reveladora que diga lo que es el alma y las obras de los hombres. Y desde un principio cumple su tarea con la limpieza de un milagro.

Sale, todavía joven, al mundo, fuera de las murallas de su tierra. Trabaja y gana amigos. Explica lo que es su patria, en un tiempo tan vilipendiada y mal comprendida. Explica y explica, y los extranjeros empiezan a comprender por la alcurnia y la elocuencia del mensajero. Y el nombre de Alfonso Reyes llega a ser un santo y seña de México: el genial escritor aparece como una muestra viva de algunas de las virtudes y de las grandezas de aquella vieja y dulce y feroz tierra de Anáhuac.

Poeta, crítico, ensayista, humanista. El mundo fue para él un espectáculo. Para gozarlo su primera obligación fue entenderlo. Y acaso la mejor virtud de Alfonso Reyes, su don más alto, fue una poderosa y despierta inteligencia; no el tajante mandoble que rebana los temas abstractos, sino la sinuosa raíz vegetal que busca en la sombra el camino de la luz, que se bifurca y multiplica, que rodea insensiblemente y se desvía para sentir mejor los contornos, para extraer los jugos más sustanciosos.

Esa noble inteligencia le ayudaba a entender el alma de sus semejantes, a sentir las tormentas que afligen el corazón,

las preocupaciones que trastornan la mente, y era entonces una forma amable y luminosa de bondad. Esa despierta inteligencia señalaba —no a su severidad sino a su compasión— las debilidades de la carne, las claudicaciones del carácter, los numerosos disfraces de la maldad humana, y era entonces una forma invariable y fácil de tolerancia.

Y ahora muere también joven. Un cuerpo de setenta años con un espíritu en plena primavera. Y regresa, a llevar a los mundos originales de donde vino, las experiencias de su tránsito por esta zona del planeta. Y para que sepamos que pasó por aquí nos deja el caudal de su obra, el ejemplo de su vida y el cariñoso recuerdo de su amistad. Gran legado para el pueblo mexicano.

Lloraremos sin cesar sobre la memoria inmortal de este venerado amigo y maestro, de este ciudadano de excepción, en quien la inteligencia, toda lucidez, tuvo la doble grandeza de la bondad y de la tolerancia.

DE NUESTROS AMIGOS

De Argentina, *Ezequiel MARTINEZ ESTRADA*

De "varón tan multiforme ingenio" como fue don Alfonso Reyes será difícil plasmar su imagen fiel. Cambiante sin cesar y siempre el mismo, inasible como Proteo e inalterablemente uno como el fuego, el agua y el aire, cada quien lo vio con sus ojos. No tenemos aún de él un buen boceto preliminar que lo encuadre en el centro de ese vasto panorama calidoscópico.

Hasta hoy los críticos coinciden en el advocativo no discutible, "hombre de letras", que Thomas Mann encontró con acierto para Goethe. Es posible que después de una etapa de elogios equívocos, el juicio se acendre y comience a perfilarse la verdadera fisonomía de Alfonso Reyes; pero también es posible que ocurra con su obra lo que con la de muchos escritores de su categoría: que esbozada una primera imagen falaz, la crítica, por fuerza inerte de glosa y de rutina, prosiga trabajando sobre opiniones vulgares, y se acuñe un estereotipo convencional. Temo que ése pueda ser su destino, como lo fue el de Martí, Hernández, Darío, Jiménez (en este caso "Juan

Ramón") o de Mistral (en este caso "Santa Gabriela"). ¿Qué advocativo encubrirá la figura limpia y gentil de Alfonso Reyes; qué máscara revezará su mascarilla? Pues han hecho su elogio quienes lo conocieron personalmente, como hombre de hogar y de biblioteca, de trato afable, o de su docta plática, de su *eufrosine* jovial, de su vocación de peregrino y de su inestabilidad sedentaria, de su ansia fáustica de infinito, notas de un diapasón muy bajo en que no puede entonarse la exégesis sin agravar los malentendidos del respeto cordial.

Hubo también elogios reticentes; se le reprochó que consagrase más interés a los asuntos universales que a los conminatorios de su época y su país. Éste y otros reproches que se desembozarán paulatinamente son inconsistentes, y hasta cierto punto de incomprensiva trivialidad. Toda la obra de Alfonso Reyes está sellada con caracteres representativos de su linaje. Su interés por los problemas que competen a la vida del espíritu más que a la vida económica y política, lo alejó de su tiempo y su lugar, es cierto, convirtiéndolo en ciudadano del mundo. Su semejanza con Goethe "el alemán" es, también a este respecto, incuestionable. Acaso fuera ateniense o florentino, pero en cualquier latitud era mexicano. El rasgo gentilicio a que aludí es la delicadeza, específica de la gran cultura náhuatl y distintivo de "la raza que habla por su espíritu"; cualidad común en el indígena y rara en el hombre de letras. Diré civilización de orfebrería, filigrana, poesía, pluma y flor.

Julien Benda incriminó a la cultura occidental su medular plebeyez, y Pedro Henríquez Ureña advirtió aquel "esprit de finesse" en las comedias de Ruiz de Alarcón, tan personal que lo distingue de todos los dramaturgos españoles y de todo el gran teatro de Lope o de Tirso, y sin duda del "ethos" de la literatura española. Otro ejemplo tenemos en sor Juana Inés de la Cruz; y los poetas mexicanos auténticos dan a la poesía hispanoamericana ese matiz muy sensible. También habló en Darío su "gota de sangre chorotega o nagrandano". Por esa delicada ansia de perfección Alfonso Reyes amó a Góngora y miró siempre a la lontananza de los griegos. Ambos elementos fundamentales (humanismo y delicadeza) en la personalidad y en la obra de Reyes deben ser el hilo que conduzca al crítico por el laberinto de su enciclopédico saber.

De Bolivia, *Fernando DIEZ DE MEDINA*

No tuve el privilegio de conocerle personalmente, pero su mente insigne iluminó mi juventud. Los bolivianos le tuvimos por maestro de sapiencia y de belleza. Un sereno pensador erasmista que lejos de agitar a los hombres unos contra otros, sólo se ocupaba de acordarlos y apaciguarlos en la inquietud intelectual.

Humanista en la extensión profunda del vocablo, Alfonso Reyes lo abarcó todo: historia, crítica, ensayo, poesía, novela, periodismo, filología, mitos de ayer y de hoy. Su mirar perspicaz y ubicuo alcanzó los más remotos límites de la especulación discursiva. Dominó los clásicos. Entendió a los modernos. Levantó el velo de la teogonía americana. Nada escapó a su inteligencia siempre despierta, a su finísima sensibilidad de artista. Como el fotógrafo experto, cogía el ángulo de enfoque más original para arrojar nueva luz sobre el viejo problema elegido. Y tenía un modo tan preciso, tan delicioso, para decir las cosas, que parecía, a un tiempo, hermano de Cervantes y amigo de Martí: encantaba el tema con su pluma imantada.

Creador y erudito. Poeta alado y prosista sagaz. Investigador infatigable, orfebre delicado en la expresión. ¿Por dónde no anduvo la flecha de luz de su inquietud proteica? ¡Qué lección de claridad los versos hermosísimos de *Ifigenia cruel,* de *Romances del río de enero,* de *Yerbas de tarahumara,* de *Golfo de México,* o la patética y vibrante *Cantata en la tumba de Federico García Lorca!* Y qué arquitectura prodigiosa, qué ática elegancia, qué alacridad de ideas y de imágenes en la prosa irisada de *Visión de Anáhuac,* de *Cuadernos de plata,* de *Cartones de Madrid,* de *Homilia por la cultura,* de *La crítica ateniense,* de *Reloj de sol.*

Una cascada de libros, todos limpios, ágiles, primorosos, como salidos de la mano de Apolo Lukeios.

Y después la celada traducción de Homero. Esas *Hojas de Monterrey* homeopáticos mensajes de su sabiduría. Cientos, millares de artículos, pequeñas crónicas, críticas generosas, comentarios sabrosos, ensayos a rodopelo, voces dispersas en diarios y revistas de Europa y de América. Una suma de saberes, de experiencias, de observaciones y sugestiones, confiadas al lector con tal dignidad y señorío, que mereció ser llamado El Escritor Armonioso.

Recuerdo una página suya, publicada hace muchos años, creo que en una revista uruguaya. Tal vez cien renglones, tal vez menos. Se llamaba *La caída.* Y decía verdades tales y encendía bellezas cuantas, que la habrían firmado sin vacilar Baudelaire o William Blake.

Bibliófilo y bibliómano empedernido, Alfonso Reyes vivió entre libros. Su saber era su quehacer. Las puertas siempre abiertas para el peregrino, el consejo oportuno para el necesitado, la sonrisa a flor de labios en el "causseur" exquisito. Alma superior como ésta que se nos fue ya casi no las hay: abierta a la universal comprensión del mundo y de la vida, ennoblecida por el decoro de una conducta límpida, transfigurada en la suave dulzura del oficio.

Del gran polígrafo quedan su austero trance humano, su tarea ciclópea en las letras, el recuerdo de una personalidad encantadora.

Y si no dejó el insigne mexicano, entre sus libros notables, uno solo que se alzara con majestad catedralicia sobre los demás, la "opus magna" a que aspira todo creador, es porque ocupado de los muchos hijos y los incontables nietos que la literatura le concedía, puso su pasión y su talento al servicio de los hombres descuidando su propia gloria. La catedral la llevaba dentro.

Sus Obras Completas no deben faltar en ninguna biblioteca americana. Porque Alfonso Reyes, maestro de claridades, es uno cuyo pensamiento y cuyos libros pueden enseñar y deleitar a las generaciones actuales y futuras.

Que la Paz del Señor tienda sus alas en la tumba del gran desaparecido.

De Colombia, *Germán ARCINIEGAS*

Si de nuestra república literaria el presidente era Alfonso Reyes, su presidencia era para nosotros leve. Jamás un erudito ha sido menos pesado. Jamás ha sido más cortés. Entre sus muchos dones tuvo el de la urbanidad. Es caso único en la historia de las letras de nuestra América el de una persona como él que nunca dejó de acusar el recibo de un libro, y tuvo siempre una palabra de gracia y aliento para el autor. Lo mismo en las dedicatorias. Si pudiera hacerse una colección de

dedicatorias suyas se hallarían mínimas obras maestras, y nos asombraríamos al contemplar cómo su imaginación pudo prodigarse en tantas finezas. No había en ellas huella de manerismo. Era en esto como en la conversación: el hombre de los hallazgos repentinos. Gozaba él mismo con este ejercicio espiritual, y hacía gozar a los que o le escuchaban o recibían sus tarjetas o sus libros. Para decir "muchas gracias", había desentrañado el origen alado de esta expresión, y sabía que ni unas gracias ni muchas pueden darse con frases hechas. Había que acuñar cada vez una nueva, y darle ligereza. Su papel en la república era el de animador. Animador en el doble sentido, o en el sentido duplicado, para evitar equívocos, de la palabra. Infundía alma, o ánima a las cosas, y valor, o ánimo a los hombres. En el fondo, todos los ciudadanos de las letras recibieron de él estímulo, el justo estímulo en el momento decisivo. Y lo recibieron obras como la del Colegio de México, que en su brevísima vida ya es para la nación azteca, y para todos nosotros, lo que para Francia el Colegio de Francia. Al decir esto, si Alfonso me lo oyera, me tiraría de la manga, pero lo digo, sabiéndolo, porque es así.

En esto de la cortesía —que en nuestros medios es casi una invención, el descubrimiento de una fuerza desconocida llena de poderes y eficacias—, creo que podría fijarse una de las virtudes cardinales de Alfonso Reyes. Su cultura universal, y el dominio de la más vasta suma de conocimientos literarios en nuestra América, le permitía descender a las minucias para indicar las cosas grandes que están en potencia en las semillas. Él mismo, con su poca altura y su respetable diámetro, era una bola mágica que se multiplicaba en los encantos de colores que hacía surgir y precipitaba en constantes procesos de recreación. Quienes han pasado con demasiada prisa por su obra no alcanzan a ver la fertilidad creadora de sus trabajos mínimos. La norma en él, que atendía al gobierno general de las ideas, que sabía del orden total, era la de no descuidar los detalles, la de no permitir que una pequeña billera, por descuido, pudiera trocarse en una mancha.

No sé si todos recuerden aquella minuta que escribió, en verso, para dar su importancia a cada una de las cosas que están sobre la mesa a la hora del banquete. Él encontró una poesía lo mismo para el salero que para el pan o la servilleta, para la copa de vino o para la copa de agua. Como hacen los pintores de las cenas, que muestran toda su maestría lo mismo

en la cabeza de San Juan dormido, que en un pliegue del mantel. El movimiento de Reyes no era de democratización en el sentido vulgar que se da a esta palabra de rebajar los tonos, sino de hacer algo así como una condensada aristocracia de cada humildad. Levantar los niveles, sin esfuerzo, con naturalidad. Hacer de la urbanidad no una ley rígida, para aprenderla de memoria y practicarla a lo mecánico, sino una fuente de hallazgos, de improvisaciones. Llevarla como una potencia creadora. Refinando así los sentidos, Alfonso oía crecer la yerba.

Hacer de un crítico un virtuoso, parece operación de prestidigitación inverosímil. Alfonso Reyes hacía esta gracia a cada instante, y en las chispas de gozo que le brillaban en los ojos tenía como la complacencia de quien ha hecho una deliciosa picardía. Cuando comenzaba a trabajar —en esa su casa que fue de la Calle de la Industria y pasó a ser del "general Benjamín Hill", por obra de caprichos municipales— salía del pequeñísimo apartamento que se había hecho para vivir con su mujer y entraba a la gigantesca biblioteca de diez metros de altura que se había construido para entregar los últimos años de su vida a los libros. En media hora limpiaba la mesa de trabajo: no dejar para la mañana la carta que se puede contestar hoy, no olvidar la tarjeta de agradecimiento, no esquivar una acción de gracias. Y luego, ¡a la obra! A la obra podría ser escribir una nota o para recordar como el Archiduque Maximiliano de Austria descubrió en la ciudad de San Salvador del Brasil el colibrí, el "beija-flor" —besa-flor— de los brasileiros, o para meter entre una nuez la historia de México. Tomo estos dos apuntes abriendo al azar cualquier libro de nuestro don Alfonso el Sabio. ¿Cómo escribía de la historia de México? Así: "Cortés, amparado por la feliz aparición del cometa, triunfó sin lucha en el ánimo asustadizo del Emperador Moctezuma, que así se portó ante él como el Rey Latino, en la *Eneida,* a la llegada de Eneas, el hombre de los destinos. . ." "¿Unos centenares de hombres y unas docenas de caballos lograron tamaña victoria? Oh, no: como en la *Ilíada* todas las fuerzas del cielo y de la tierra tomaban parte en el conflicto". ¿Véis el procedimiento? La *Eneida,* la *Ilíada,* la conquista de México, el rey Latino, Cortés, todo nivelado. Sin rebajar a los griegos, sin perder el sentido de las proporciones con los mexicanos, como quien trabaja con una historia natural, y nada más.

Para Alfonso, el ser cortés —con minúscula— era ser mexicano. En alguna parte escribió estas palabras. "Y todos, como eran mexicanos, eran muy corteses". Agreguemos que de todos, Alfonso Reyes fué el gran mexicano.

De Costa Rica, *Vicente SAENZ*

AL terminar don Alfonso Reyes su luminoso recorrido, no para hundirse en la muerte sino para elevarse hasta la inmortalidad, lamenté en breves declaraciones periodísticas que no se le hubiera concedido el premio Nóbel.

Si alguien lo merecía —y que me perdonen Quasimodo y míster Churchill— era el gran humanista mexicano. Ahí están como testimonio sus *Obras Completas,* cuyos primeros diez tomos lleva publicados el Fondo de Cultura Económica, a partir de 1955, en que cumplió don Alfonso cinco decenios de fecunda vida literaria.

También pudieron haber obtenido igual galardón José Enrique Rodó, Rubén Darío, González Martínez, entre otros insignes creadores hispanoamericanos ya fallecidos, o el novelista Rómulo Gallegos, como símbolo ético y estético le los que aún viven y producen en este Continente de habla y sentimiento hispánicos.

Pero..... Y le pongo suficientes puntos suspensivos a la conjunción *adversativa,* porque en ellos se expresa lo que denota oposición, lo que está en contra nuestra, lo que nos es adverso o *adversativo,* según el diccionario de los eruditos en la lengua, a saber: Nuestra calidad de pueblos a los que se considera subdesarrollados, pobres, débiles; vale decir, inferiores a las superpotencias, o stélites de ellas, o supeditados a los grandes de la tierra.

Así se explica el desdén de Papini —desdén europeo— por la obra de creación hispanoamericana; que se ignore o subestime la cultura de que bien podemos ufanarnos; que se desconozca el legítimo valer de nuestros máximos aedas, de nuestros ensayistas y de nuestros más ilustres escritores, en diversos géneros y disciplinas; que ni siquiera cuenten en jurisprudencia, no obtante sus aportaciones al Derecho Internacional, tratadistas como Alberdi, Calvo, Drago, Estrada.

Y lo de ser parientes pobres que producen la vianda, y

casi la obsequian, y sirven además la mesa en el banquete de los potentados, explica también que los suecos miren hacia las metrópolis y nos dejen a la zaga tocante a premios como el que ellos disciernen y distribuyen. Por supuesto que en la carrera de las letras —ojalá fuese únicamente en los deportes— nos ganan hasta los Estados Unidos, cuya literatura podrá ser igual, pero en ningún caso superior —*siete veces superior*— a la de veinte repúblicas de tradición e idiomas romances, que sólo el lauro para Gabriela Mistral han merecido.

¿Por qué extrañarse, sin embargo, de lo que hace Estocolmo en relación con la literatura, si también y verbigracia nos toca la de perder incluso en principados eclesiásticos, a pesar de lo devotamente católicos que son los pueblos hispanoamericanos? ¿Cuántos Cardenales hay de potencias superindustrializadas, pero mayoritariamente protestantes? ¿Y cuántos hay de nuestros países, ciertamente en la indigencia, pero con más de ciento sesenta millones de católicos?

Mas ya vuelvo a don Alfonso Reyes, para que no pueda decirse que juzgo el mérito por los diplomas, ni la fe católica por el número de Cardenales, o que le estoy haciendo campaña a sabe Dios cuál arzobispo de mi amistad. Y al volver a don Alfonso, bueno es repetir algo de lo que escribí en su cincuentenario de escritor extraordinariamente ilustre.

Copiaré pues, sintetizando, que el pensador, el estilista y el maestro se mantuvo fiel a la madurez grecolatina, a los principios del Renacimiento, a la bondad de la filosofía cristiana, a todo aquello, dentro de la civilización occidental, que caracteriza al humanista por excelencia. Cultivó magistralmente los más diversos géneros, con sus hondas raíces en el Acrópolis, ciertamente, pero dándole al mundo hispanoamericano la fragancia y la sombra bienhechora de su enramaje, cargado de fruto, en esta atribulada mitad del siglo XX.

Porque no se quedó en Grecia, ni en Roma, ni en el renacer o volver a nacer de los clásicos grecolatinos, sino que don Alfonso vivió paralela o simultáneamente nuestra época, con el hombre de entonces y de ahora y de todos los tiempos como sujeto esencial, como núcleo sustantivo de la contienda humana. Y así tenemos que se adentró en el dolor de los pueblos subyugados, comunidades de hombres; tuvo por ideal llegar a la paz y armonía entre todas las naciones del planeta; concibió el amor a la patria —a todas las patrias— como aportación del hombre y de la sociedad hacia lo universal; predicó

la necesidad de luchar contra cualquier país imperialista y contra cualquier sistema de opresión; jamás negó su firma en manifiestos contra nuestras dictaduras o nuestros entreguismos, por considerar que "estos regímenes son inexplicables después de haberse derramado tanta sangre en el mundo, para que el hombre viva con dignidad, y que sólo se sostienen gracias al militarismo arbitrario, a ciertos intereses económicos que les suministran recursos pecuniarios, y a la tolerancia de gobiernos populares que siguen sosteniendo relaciones con tales dictaduras". (Principales diarios mexicanos, 10 de noviembre de 1945).

Fue, en resumen, dentro de su universalidad, profundamente mexicano, decididamente hispanoamericano e hispanista en su mejor sentido. Léanse como comprobación estas palabras de su artículo "España y América", reproducido en parte por su no menos ilustre compatriota don Isidro Fabela:

"Si el orbe hispano de ambos mundos no llega a pesar sobre la tierra en proporción con las dimensiones territoriales que cubre; si el hablar en lengua española no ha de representar nunca una ventaja, nuestro ejemplo será el ejemplo más vergonzoso de ineptitud que pueda ofrecer la raza humana".

Sean estos apuntes sobre aspectos poco conocidos de la obra multiforme de don Alfonso Reyes, mi mejor homenaje al maestro y al amigo nobilísimo, que al morir ha entrado en la inmortalidad.

De Cuba, *Fernando ORTIZ*

TUVE el dolor de recibir inesperadamente la noticia de la muerte de mi amigo Alfonso Reyes. La última vez que nos vimos, hace años en Cuernavaca, en ocasión de un próximo viaje aéreo que se presentaba con malos augurios, habíamos hablado sobre la posibilidad de acabar juntos, allá por las nubes, nuestra ya prolongada vida y lo interesante que habría de sernos llegar en un saltito y unidos al portalón de San Pedro; y así nos albergarían en compañía al menos en los primeros tiempos, mientras nos fuéramos acostumbrando al eterno ambiente de la felicidad incondicionada. Ni por un momento se nos ocurrió que podíamos ir a parar ambos a esos infiernos, que los teólogos aún no han podido localizar en sus milenarias

investigaciones. Reyes y yo pensábamos, con Orígenes, que al fin todo había de acabar bien, aun para los mismísimos demonios, en una *apocatástasis* apoteósica y fin de todos los finales. Alfonso Reyes, impaciente, no quiso esperarme y ello me trajo profunda pena. ¿Por qué precipitó su partida? Para mayor desconsuelo recibí de él, quince días después de muerto, una de sus publicaciones encabezada por un cariñoso autógrafo, que me pareció llegado del otro mundo, como el recordatorio de un amigo que nos aguarda.

Sólo por él salgo hoy de las sombras de mi morbosa y senil abulia, para responder al llamado de quienes me honran pidiéndome unas líneas, como unas siemprevivas de recuerdo, para un homenaje fúnebre a ese antepasado gran genio, gran hombre, de las letras mexicanas. No sé de otro escritor pensante que tuviera más amplitud en sus ideas, sin límites de tiempo, pasado y futuro, y de espacio, aquí y allá en la metafísica. Su pluma podía cosquillear las sonrisas de la milenaria Cleopatra y las muecas que harán las bombas de cobalto que aún están por estallar. Y siempre con arte espontáneo y fino, y con la verdad y la bondad que manaban perennes de su inagotable humanía. Ya sabía él de todas las cosas, ahora en la gloria sabrá de muchas más.

De Chile, *Ricardo DONOSO*

PENA grande y honda ha sido para todos cuanto tuvimos la dicha de conocerlo y amarlo, la súbita desaparición del humanista, del hombre de alta calidad moral, del artista y del poeta. ¿Qué escritor americano no sentía la ineludible obligación de hacer el camino a Cuernavaca a estrechar su mano generosa y libar en su charla su erudición de buena ley, su cultura inagotable y su agudeza penetrante de hombre de letras? Hace diez años, recordando nuestros días mexicanos, escribíamos:

"Hombre de alta calidad humana, su agudeza de crítico, su ecuanimidad, su generosidad rebosante, le han conquistado admiraciones y adhesiones dentro y fuera de las fronteras nacionales. Hombre de letras por sobre toda otra preocupación, el maestro mexicano sigue con apasionado interés la vida intelectual de los países americanos, de la que se encuentra plenamente enterado".

Y evocando su residencia en Cuernavaca, agregábamos: "El delicado estado de su salud lo hace pasar la mayor parte de su tiempo en Cuernavaca, cuya altura y temperamento no resultan tan rigurosos como los de la capital mexicana."

¡Bello y encantador refugio, grato para las tareas del espíritu! En medio de un dilatado paisaje de colinas, se alzan los muros de la vieja ciudad, que se conserva como en pleno siglo XVII, cabe la cual han surgido las residencias de los millonarios y los palacios para los turistas, con todas las comodidades de los tiempos. Una vegetación esplendorosa y las flores más hermosas de la flora mexicana, entre las cuales la bouganvilia adquiere tonalidades desconocidas en otras latitudes, dan al ambiente una nota de color y de placidez inolvidables. Aquí se hizo construir Hernán Cortés su palacio, decorado en nuestros días por el fascinador pincel de Diego Rivera; de la fragancia de sus jardines gustaba disfrutar Maximiliano de Austria; a través de los siglos y de las mutaciones de los años, en sus calles, cargadas de tradiciones y del aroma del pasado, en sus jardines maravillosos y en su clima sedante, conserva Cuernavaca sus atractivos seculares.

Aquí vive el escritor en medio de sus libros y sus recuerdos, trabajando como laborioso orfebre sus páginas cristalinas, fiel espejo de su ánima. Aquí acuden sus amigos, en medio de los cuales vive rodeado de cálidos afectos, en busca de su consejo, de su iniciativa estimuladora, de su cooperación sabia y entusiasta para las tareas del espíritu."

Desde aquellos lejanos días, una fraternal amistad vinculó al escritor mexicano con los hombres de letras de Chile, y al sonar la hora del eterno reposo ha sido unánime la resonancia que ha encontrado en el lejano país bañado por las aguas del Pacífico.

Ayer no más lo evocaba, en una página encantadora, cargada de ternura, otro ilustre y querido amigo recién desaparecido, José de Jesús Núñez y Domínguez, que en una semblanza a la que puso por título "Las barbas de Alfonso", escribía: "Conocedor profundo de la literatura chilena, cada vez que hay ocasión oportuna para ello, evoca sus días de Chile, donde dejó innumerables amigos. Y se regodea evocando las amables horas que pasó en Santiago, y se recuesta en sus recuerdos "usando de almohada su propio corazón", como reza uno de sus poemas."

La sorpresiva noticia de su muerte ha conmovido a todos

los espíritus, expresada en los más destacados órganos de la prensa: Alone, el conocido crítico literario le ha rendido homenaje en las columnas de "El Mercurio"; mientras el gran diario "El Sur", que ve la luz desde hace más de medio siglo en la universitaria ciudad de Concepción, ha consagrado a su personalidad emocionantes páginas de Benjamín Carrión y Germán Arciniegas.

Hombre universal, espíritu fraterno, en la desaparición de Alfonso Reyes lloramos al hermano mayor de las letras americanas.

De Ecuador, *Alfredo PAREJA DIEZCANSECO*

Mi admirado amigo Jesús Silva Herzog:

ESPERABA yo alcanzar el recogimiento reverente que hace falta para decir algo de nuestro gran Alfonso Reyes —nuestro por derecho de idioma y de corazón—, cuando me sorprendió la cordial llamada de usted para que le acompañe, en las páginas de CUADERNOS, a querellarnos contra los ángeles protervos que truncaron tan espléndida y sabia existencia de América y del mundo.

Se la agradezco de veras, porque, desde el instante en que las agencias noticiosas me hicieron conocer el infortunio, pensé en usted y en el sufrimiento de quien, como a usted, con esa trunquedad innecesaria, le ha sido quitada una parte muy íntima de su propia substancia.

Conocía yo cómo era la amistad que don Alfonso y usted se habían dado: de aquellas que no señala una embriaguez efímera, sino que entran y salen de uno a otro confín del alma, por sobre cualquiera circunstancia temporal, de modo que parece que no hubieran tenido principio, ni que, por lo mismo, perecieran jamás.

No tiene, por eso, verdadero sitio la muerte en el caso del amigo que usted perdió, a pesar de la inevitable victoria de la enfermedad y el tiempo. Vive él en lo que a usted le duele; vive también para todos, porque su luminoso pensamiento seguirá ofreciéndonos su lección de sabiduría y de

amor por el hombre y las cosas buenas que hizo y hace el hombre.

De hoy en más, leer a Alfonso Reyes será una tarea de mayor penetración que antes, para que no se nos escape su inquietadora presencia apostólica. Recibiremos mejor su potencia comunicadora de toda noble preocupación humana. Seguiremos su huella de humildad y disciplina, de heroico silencio en el afanoso trabajo que luego vertía en caudal de sobria importancia verbal, sin precedentes, por lo que de ella trasciende, en la lengua que hablamos los hispanoamericanos. Volveremos a escuchar la manera coloquial de su escritura, recordando así las veces en que nos llegó directamente su viva voz, dulce y musicalmente mexicana.

Mucho significaba y representaba don Alfonso. Hablaba o escribía, y teníase la sensación de que no era uno, sino una multitud la que por él se daba, activa e indagadora en todos los territorios del espíritu, en todas las apariencias de la vida, que movía y remoldeaba en las formas inteligibles que la razón exige para que no nos espanten demasiado.

Era hombre, y usted lo sabe mejor que yo, como sólo se puede ser de verdad: bondadoso y pronto a la entrega, sin que la inmensa acumulación de su cultura se dejase advertir por los resquicios de la vanidad. Sin que nunca tampoco la cercanía de las pasiones cuotidianas desviara sus empeños por la fraternidad universal de los hombres.

Era persuasivo y sereno. Jamás necesitó de exclamaciones adjetivas para convencer. Decía, nada más, sus cosas como quien no quiere imponerlas, pero siempre acababa imponiéndolas, porque tenía las palabras cargadas con esa tensión comunicante de las grandes energías humanas.

Largo tiempo permanecerá su autoridad en la historia que estamos haciendo todos los días en esta porción del mundo, orgullosa ya de pertenecer a la que universalmente se hace, gracias también a que la tierra de México dió inteligencia de tanta elevación como la que fue aposentada en la frágil y perecedera forma de Alfonso Reyes.

Con esta carta, creo haber obedecido, a lo que mi capacidad de hoy me alcanza, a la llamada de usted. Tenga con ella usted, gran americano también, maestro, como él, de jóvenes y viejos, otra prueba de mi amistad y admiración.

De España, *José Luis CANO*

SOBRE el tema Alfonso Reyes y España tendrá que escribirse algún día, sin duda alguna, un libro entero. Pero mientras ese libro se haga, ¿le será permitido a un lector español de Alfonso Reyes decir aquí su vieja admiración por el gran escritor que hemos perdido, y aludir, en rápidas líneas, a su íntima vinculación con España? Desde que, en 1914, llegó Alfonso Reyes a España, y se instaló en Madrid, su relación con los grandes escritores españoles del momento —Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Ortega, Juan Ramón Jiménez, Ramón Gómez de la Serna— no dejó nunca de ser cordial y fértil. Colaboró en las tareas eruditas del Centro de Estudios Históricos, en la Revista de Filología Española, en la Revista de Occidente, en el diario El Sol, en la Colección de Clásicos Castellanos La Lectura. Fue un gran amigo de Juan Ramón Jiménez, en cuya bella revista *Indice* colaboró con frecuencia. Y cuando la generación de 1927 —Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Alberti, etc.— celebró con ímpetu inusitado el centenario de don Luis Góngora, encontró en Alfonso Reyes un colaborador entusiasta. El primer libro que Reyes publica en España se titula *Cartones de Madrid,* con un fondo goyesco. Y desde entonces los motivos españoles son frecuentes en sus libros de crítica y de ensayo: la serie de *Simpatías y diferencias,* o la de *Capítulos de Literatura Española,* o el libro *Tertulia de Madrid,* con páginas deliciosas sobre Azorín, sobre Juan Ramón, sobre Valle Inclán, sobre Ramón Gómez de la Serna. Precisamente en el prólogo de este libro, escribió Alfonso Reyes las siguientes líneas, en las que expresó su amor y gratitud a España: "Al volver ahora sobre las imágenes de amigos tan queridos y tan admirados —mis maestros, a veces—, me duele pensar que andan dispersos, que acaso padecen deshecho ya el encantamiento de un día, y que algunos han ido cayendo por el camino y 'emigraron hacia muchos'. Yo llegué a España dejando atrás torvos horizontes. Mis amistades españolas fueron el alivio de mis penas y me ayudaron a persistir en mi verdadera vocación. Nadie me importunó con preguntas ni quiso escarbar en mis dolores; pero todos me tendieron la mano. ¿Cómo no desear para aquella tierra hospitalaria, que después he visto sufrir tanto, la felicidad y el bienestar que le prometen sus nobles tradiciones y la incomparable entereza de sus hijos?". Nobles y hermosas palabras que los escritores españoles no de-

bemos olvidar, y que nos obligan a ser fieles a su memoria, a su espíritu generoso, a su alma grande.

Alvaro FERNANDEZ SUAREZ

OTROS también recordarán —supongo yo— aquella humorada de Alfonso Reyes que, al llegar a los sesenta años, parodió a Calderón diciendo que

> . . .el mérito mayor
> del viejo es haber vivido

Me parece a mí que esta broma no deja de ser seria. Porque si trasladamos el juicio al plano social —y aun sin trasladar nada, en el fondo— resulta que vivir, durar, es el logro básico de todo otro empeño del viviente, fundamento necesario de toda otra posibilidad; y es el caso que, en nuestro tiempo, esto de no cortar la vida, esto de dejarle a la vida proseguir —meramente—, se ha convertido en problema, y en problema moral, en esforzada empresa ética, es decir, en "mérito", ni más ni menos. Por vez primera se hará preciso "merecer" la vida, ganarla con esfuerzo deliberado, tener "mérito", pues los peligros de destrucción de la especie son ciertos, son dato objetivo, tan real como un arrecife dentado para una nave. Detalle importante: este riesgo se le ha presentado, a la especie humana, no en su vejez, andado el camino, agotada la posibilidad, sino en su primera juventud, enfrentada con un futuro natural larguísimo, inimaginablemente extenso. Mucho se ha hablado, hasta hoy, de los "abismos del pasado"; ahora nos damos cuenta de que los abismos insondables y oscuros están en el mañana, un espacio que se hace preciso navegar o morir. ¿Pero cómo?

¿Y qué relación guarda esto con Alfonso Reyes y con su muerte?

No hace mucho paseaba yo por el Agora de Atenas que frecuentó Sócrates (en Alfonso Reyes había una patente afinidad por la cultura coloquial, directa, que es el socratismo y que fue Grecia); paseaba e iba pensando en la imposibilidad de un Sócrates en nuestra época. El pensamiento y la obra de Socrates suponían un mundo de objetos asequibles a la mano

espiritual del hombre, a una inteligencia que se enfrenta con la realidad valiéndose de los sentidos, sin pasar, pongamos, por el microscopio electrónico ni por la matemática einsteniana. El mundo de los objetos familiares, una naturaleza que se dejaba reducir a bucólica, se ha ido, y hoy habitamos otro mundo, poblado, no por objetos apacibles sino por genios sin forma de un poder formidable, no menos misterioso y poético, pero en modo alguno bucólico, creo yo. Sospecho que aquí reside la causa fundamental de que el escritor esté perdiendo cada vez más autoridad social. Hubo, primero, un tiempo de profetas que pasó y no volvió. Está acabando el tiempo —iniciado en el siglo VI antes de Jesucristo—, de los pensadores, de los testigos y jueces encargados de convertir la realidad en orden racional y en belleza formal, en casa del hombre.

Alfonso Reyes —me parece— era casi la última de estas grandes figuras. Se fue, aunque nos deja su palabra (justamente en coincidencia con su muerte aparece el VIII volumen de sus Obras Completas). Ya no habrá otro Alfonso Reyes.

Aquí, en España, donde vivió el maestro, se ha recordado un juicio suyo sobre esta nación concretísima y —por eso— tan enigmática que él conocía y amaba: "A España le sube la tierra por las raíces, como a esos árboles grandes, viejos..."

Pero en este momento en que Alfonso Reyes se fatiga y desfallece del "mérito" de seguir viviendo, la existencia misma de la tierra queda puesta en cuestión, en la dudosa alternativa de un sí o un no. ¡Qué extraño!

Manuel VILLEGAS LÓPEZ

De vez en cuando me echo a andar por España, con la pasión de encontrarla. Pasión tan española, eterna y siempre malograda. Estaba en Baeza, en la provincia de Jaén, tras las huellas de Antonio Machado. Ciudad alta, a orillas del Guadalquivir, batida por el viento, con lejanías de montañas. Ciudad fabulosa, con catedral, universidad, puertas de muralla, palacios, muchos palacios... todo lo que fue. Ciudad muerta. Estos palacios con escudos que ocupan la fachada, miran a América; palacios de conquistadores, de virreyes, hechos con el oro de allá... Delante de uno de ellos hablamos de México. Y al-

guien, que no conozco, me dijo que había muerto Alfonso Reyes.

Sentí allí, tan lejos y tan cerca de México, la pérdida de un amigo. Nunca conocí a Alfonso Reyes. Pero era un amigo. Dejemos aparte otras palabras, que tanto merece. Era ante todo un grande, dilecto, admirado amigo. Era el escritor como personalidad y como personaje. El artista como entidad social e histórica. El intelectual como figura, con valor por sí mismo. Era el alto representante de la inteligencia en si, como creación, como acción. Que es decir, de la libertad, de la inteligencia. Por todo eso, desconocido, lejano amigo, universal amigo. Amigo de siempre y para siempre, una vez que se leen sus libros; amigo por sus ideas, sus frases, un matiz de su estilo, una sutileza que quisiéramos nuestra...

Al volver a Madrid encuentro —¡tan tarde!— la carta donde esta revista me pide unas líneas sobre él. Las escribo apresuradamente y ojalá llegue a tiempo este testimonio de mi admiración, y en toda su primera pureza aquella emoción de una amistad rota, sentida en la lejana villa legendaria y muerta, a la sombra de Antonio Machado... ¡Hasta siempre, amigo!

De España en México, *Max AUB*

UNA sola pregunta: aquí ¿quién le reemplazará? Cuéntense los otros muertos, los vivos: hay quienes les continúen. México da de sí. Por ejemplo: si desaparece Enrique González Martínez ahí está Octavio Paz. No faltan eruditos, novelistas, cuentistas para llenar los huecos de la muerte; esa gran serie de nichos que son las historias patrias. Además, hay los muertos que más vale no reemplazar.

Resolvía todas las dudas. Muchas mañanas, todavía, se me va la mano al teléfono:

—Alfonso, ¿cómo se dice Ayax en castellano?

—Alfonso, ¿la primera edición de Francisco de la Torre...?

—Alfonso, Superville...

—Alfonso, si el dáctilo...

—Alfonso, Bettina...

—Alfonso, ¿en la primera guerra balcánica...?

—Alfonso, Conchita...

Alfonso.

Alfonso, ya nada. Nadie es indispensable, dicen; a él, que sabiendo de todo, servía a todos ¿quién le reemplazará?

Busquen, escudriñen, registren: sólo sacándolo de debajo de la tierra...

José GAOS

CON la muerte de Alfonso Reyes, pienso que ha perdido la cultura, no solamente mexicana, ni siquiera hispánica, sino universal, la figura por obra, vida y personalidad en conjunto más representativa de la cultura hispánica para la universal. La variedad de géneros de su obra, desde la lírica pura hasta la ciencia rigurosa; la indiferenciación genérica de tantas de sus producciones, mixtos indefinibles de poesía o ficción, ideación y erudición; la poligrafía de temas; la preocupación estético-ética predominante, y no sólo en el estilo, sino también en el pensamiento y en la conducta; la preocupación por la cultura nacional e hispánica en general y su nuevo prestigio internacional; la vida profesional de servicio público; estas características de su obra, vida y personalidad son típicas de los intelectuales del mundo hispánico, no arribado todavía al confinamiento del poeta, el profesor, el hombre de ciencia, el político, el pedagogo patrio en la respectiva especialidad, y puede que no para mal de países subdesarrollados, sino para bien de la Humanidad, menesterosa como nunca, en esta hora de ética y política tan a la zaga de ciencia y técnica, de que aquel confinamiento no sea indiferencia a los problemas de los demás humanos, de que las mejores cabezas den los mejores ejemplos de corazón, en el doble sentido de cordialidad y coraje, para beneficio de todos. Alfonso Reyes encarnaba lo típico del intelectual de su orbe cultural en características de eminencia tal, que justificarán en el futuro indefinido que se le hubiera dado en un pasado bien definido el premio Nóbel como representante singular, único, de la literatura *sui generis* que es la lengua española, y ello según el consentimiento universal de los que la hablan, si la institución otorgadora del premio diese muestras de tener de esta literatura y de las corrientes de opinión

de los que la hablan, el conocimiento que da muestras de tener de las anglosajonas, germánicas y francesas.

Con la muerte de Alfonso Reyes no puede menos de sentir un nativo de España y por republicano naturalizado en México, que España y el liberalismo español han perdido un amigo también singular, único: conocedor de las letras españolas como los mayores maestros en ellas; conocedor de la realidad española como no puede conocerla ni un puro español ni un puro pasajero, sino sólo el español que puede ser un mexicano como él y quien se incorpora a la vida española, intelectual y social, diplomática y familiar, como él se incorporó, contando entre algunas de las más íntimas amistades de su vida las de algunos españoles; devoto de los valores auténticos de España, comprensivo de sus hombres, de las virtudes y los defectos de éstos, indulgente para los últimos... De todo lo cual no sabe quien escribe estas líneas si decir que dió más pruebas que en su actuación pública en España, en su actuación como Director de La Casa de España en México y El Colegio de México, dándola igual en sus relaciones privadas con españoles en España y en México. Y por ideas y convicciones personales y por relaciones intelectuales y de amistad, su España fue la de los liberales españoles sin intermitencia alguna. Todo ello es para pensar que Alfonso Reyes era tan español como mexicano, dando ejemplo a españoles de cómo podemos ser mexicanos; y español de variedad egregia. Se ocurre en contra que algunas de sus prendas de carácter más relevantes y excelentes, su experimentada comprensión e indulgencia, su ecuanimidad y mesura, su cortesía inalterable, incansable, la índole de su humor, no tenían nada de españolas, sino sólo de bien mexicanas. Pero se ocurre en contra, a su vez, una imagen como la del Caballero del Verde Gabán, concebido como ideal de varón por el primero de los genios españoles.

Un caballero, como los españoles que en su tiempo pudieron inspirar y en todos los tiempos realizar un ideal semejante de hombría de bien, leales afectos y comedimiento en todo, no puede menos de sentir que ha perdido todo amigo, todo conocedor personal de Alfonso Reyes. Quien escribe estas líneas, un amigo singular, único, todavía una vez. Uno de los solos cuatro amigos, exactamente, con quienes desde hace ya muchos años venía manteniendo un trato al par íntimo y asiduo: con Alfonso Reyes solía pasar un par de horas vespertinas los fines de semana, en la "Biblioteca Alfonsina", paradójica,

impresionante síntesis de biblioteca como para servicio del gran público y de recámara como para la vida más privada. Esta confidencia no tendría por qué ser hecha aquí si lo mentado en ella no hubiese sido el origen de algo de que quien escribe estas líneas escribió en 1952 y publicó en 1958 estas otras:

"Aún creo deber añadir otra cosa, otra experiencia; la que llamaré del espectáculo del grande hombre en su intimidad, en su autenticidad. Asistir al pensar del pensador, o al escribir del escritor; presenciar cómo todo lo que entra en la vida del primero entra siendo pensado, cómo todo lo que entra en la vida del segundo entra siendo escrito; o cómo el pensar las cosas, todas las cosas, es la manera, la "forma" de vivirlas el primero, como el escribirlas, igualmente todas, es la forma de vivirlas el segundo; cómo lo que hace el uno con todo lo que vive es además pensarlo, concebir ideas sobre ello, a partir de ello, como lo que hace el otro igualmente con todo lo que vive es además escribirlo, hacer de ello tema más o menos directo de composición de género tal o cual, en prosa o en verso; presenciar esto, no es sólo asomarse a los hontanares de generación de lo humano distintivo del hombre, es una experiencia que calificaré de regulativa para aquel a quien le es dada: le da un patrón o medida de lo humano con que entonar su propia vida, aunque esta entonación implique justamente el honrado reconocimiento de la distancia subsistente; que si es honrado, no será desalentador, sino clarividentemente estimulador. Tal función regulativa del espectáculo del grande hombre la ejerció en mi vida de España, Ortega, como en mi vida de México pudo haberla ejercido don Antonio Caso, si su muerte prematura no lo hubiera impedido, y ha venido a ejercerla Alfonso Reyes; la amistad de éste me ha hecho penetrar hasta los fondos mismos de la vida en que crea ese peculiarísimo tipo de ente que es el gran hombre de letras, el gran escritor". (*Confesiones Profesionales*, 77 s.).

A tal encarnación de una forma de la grandeza humana, tan humana, como es la del héroe del atributo distintivo del hombre, la palabra, escrita en este caso; a la encarnación de la grandeza del escritor en Alfonso Reyes, dedicaré un ensayo en uno de los números de estos *Cuadernos Americanos*, consagrados durante este año de 1960 al amigo llorado, calificándolo como él fue haciendo con los que se le adelantaron en la muerte a lo largo del fatídico de 1959. No podré rendir al

grande hombre cuya amistad es uno de los mayores honores de mi vida y será uno de los recuerdos, sobreponiéndose al pesar, más fruitivos del resto de ella, mejor homenaje por mi parte.

Ramón XIRAU

ANTE la insensatez del hecho sólo puedo escribir unas pocas palabras casi silenciosas. Se nos ha ido don Alfonso y nos sentimos huérfanos de un padre espiritual insustituible. Era un maestro amoroso, un bondadosísimo y cariñoso modelo de vida y de viva palabra escrita. Sólo nos consuela la presencia de sus libros para siempre fieles ecos de su voz. Don Alfonso solía decir, con una sonrisa, que escribir era para él un acto tan natural y tan necesario como respirar. Vivió escribiendo, respirando, alentando, animando y murió como tenía que morir: escribiendo. ¿Qué hacer ahora que su vida es ausencia? ¿Qué hacer sin verlo, sin consultar a Reyes, amigo de palabras y enamorado de almas? Creo que nos contesta a voces claras la presencia de sus obras: trabajar con renovado esfuerzo y ascender, hasta donde nos sea posible, al nivel de la sabiduría. Trabajar. Nadie como don Alfonso haría suyos con tanta justicia aquellos versos que Antonio Machado dedicó una vez a Francisco Giner de los Ríos:

. . . Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.

De Guatemala, *Luis CARDOZA Y ARAGÓN*

DESDE sus páginas iniciales, supo vivir en México sin encerrarse, México que se buscaba a sí mismo con la Revolución, que se reencontraba por ella. De comprender a México nació en él, naturalmente, el apetito de conocer otras culturas. Esta capacidad le situó aparte desde el primer momento: le hacía mexicano por su insatisfacción en las limitaciones de un na-

cionalismo excluyente y miope. *Homero en Cuernavaca* y Alfonso Reyes en Atenas son para mí una imagen de su obra.

Hace tiempo escribí de él que al hincarse sus raíces entre las grietas de nuestras pirámides y buscar nuevas savias, llegaron hasta los mármoles del Partenón. Algunas veces no se ha comprendido tal virtud; sin embargo, cada día es más clara su excelencia. En realidad, Alfonso Reyes estaba adelante, abriéndole camino a un México que hoy ya se percibe mejor. Pero él no iba con jactancia alguna de guía. Avanzaba sencillamente: lo que él llamaba "la respiración de su alma".

Alimentaba su fuego con esencias de todos los rumbos, y él ardía en su fuego con sus viejas tradiciones, con la idiosincrasia de su pueblo. Era tan mexicano que supo ser hermano de todos los hombres. Ninguna cultura le fue extraña y por todas partes se sintió en su casa, porque estaba excepcionalmente enraizado en la suya. Parte de su obra aún está en la sombra. La revelación durará años. Su agudeza y su complejidad, como lo hacen ya tan diferente para cada uno de nosotros, de manera semejante lo harán para las próximas generaciones. No sufre de un asentimiento general sobre su obra: es decir, está vivo en ella, y se le discute esto, se le celebra aquello. Tal falta de unanimidad en el juicio (la unanimidad es una forma de muerte), comprueba lo singular de su creación. Unos pueden ascender a una cima de su cordillera, otros a otra. La luz se refleja en todas sus facetas, pero estamos aún contando sus facetas. Nos enredamos y comenzamos de nuevo a contarlas. Todavía no nos ocupamos a fondo de su luz. Su obra es como una sonrisa de México: cordial, escéptica y entusiasta. Nunca sube la voz; siempre se le oye. Es persuasivo y como casual. Su inteligencia parece que nunca entorna los párpados. Se ha olvidado de todo lo que ha leído —una montaña mágica—, y nos dice para siempre lo que tuvo que decirnos y lo que sólo él podía decirnos.

De México, *Francisco MONTERDE*

TENÍA Alfonso Reyes, en su trato personal, una llana, acogedora manera de recibir al que llegaba, de atraer al amigo, de brindar al visitante el muelle asiento, más próximo al lugar en que se instalaría para atenderle.

Ya fuera en el Colegio Nacional dentro de los minutos que precedían a sus lecturas o en el Colegio de México —antes Casa de España— cuando dirigía sus actividades, el sencillo protocolo era idéntico: suprimía distancias y daba a la entrevista, a la conversación un tono íntimo, de confidencia.

Con esa cordial, franca actitud ofrecía sin comprometer al beneficiado; parecía pronto, en cualquier momento, para la entrega sin condiciones, la confraternidad sin reservas, la amistad sin repliegues.

Aún en los últimos años, en los cuales alternaban horas de angustia y breves treguas de esperanzado alivio, ya en reclusión casi constante en el ámbito de su biblioteca —taller, laboratorio—, el ritual acogedor no había sufrido cambios, a pesar de la amenaza latente.

Si la visita encontraba el momento propicio, la pausa entre dos amagos del mal agazapado en lo invisible, se le franqueaba el acceso a la Alfonsina, y se le invitaba a ascender por la silenciosa escalera, en la penumbra donde vertían su luz azul, desde el alto techo, los círculos de cristal esmerilado.

En aquel interior con sugestiones marinas, para el grato viaje del espíritu, llegaba a un punto equivalente al que ocupa el capitán en el puente de mando del navío. Y el capitán, Alfonso Reyes, desde el sillón —las manos sobre la mesa donde se apilaban los volúmenes—, dejaba oír su voz tranquila.

El amigo tenía a veces la impresión de que el enfermo sacrificaba su quietud y su reposo por no desairar al recién llegado, por no hacerle sentir que, a pesar de habérsele permitido entrar, era inoportuna su presencia.

Mas la afabilidad con que se le recibía, el brillo que animaba los ojos sagaces, de lúcida inteligencia, y la sonrisa que distendía sus labios, al fluir las afectuosas palabras, le hacían comprender que no era un estorbo.

Si, transcurrido el tiempo acostumbrado en una visita cortés —más breve aún, cuando obliga a reducirlo al término de una visita médica el estado del paciente—, intentaba despedirse el visitante, la progresiva animación del mismo lo retenía minutos, horas.

Oirle hablar así, en la intimidad, sin testigos, era el privilegio de unos cuantos; diferente, por eso, del placer de compartir con otros oyentes, en un acto público, el regalo de sus palabras.

De una conversación con él, aun de una leve charla, el

interlocutor salía siempre reconfortado, seguro de sí, dueño de una claridad interior que no llevaba antes de haber llegado a oír lo que decía con sinceridad admirable.

Quien había ido a verle en amistoso, cordial acto de presencia, movido sólo por el desinterés y el afecto, se apartaba de él, al dejarlo, con el don de sus ideas sencillamente expuestas, en forma que le pertenecía: oírle hablar así, era ganar saber sin esfuerzo, como su generosidad lo entregaba.

Rodolfo USIGLI

No puede ser: ayer apenas lo ví.

—No es posible: acaba de escribirme.

—No lo creo: ¡si íbamos a vernos muy pronto!

—Sabía yo bien que estaba enfermo, pero de allí a morirse hay una distancia.

—Imposible: más de una vez me dijo (¡tan cordialmente nos detestábamos!): —"Después de usted, querido, ¡después de usted!"

—Me niego a creerlo: le escribí hace muy poco.

—¿Cómo es posible? ¡Si justamente esperaba carta suya!

—¿Muerto? ¿Él? ¡Pero si teníamos cita para hoy!

Y así, anillada columna de humo de algún interminable cigarrillo, cadenada eslabonada de Noes, nos salta siempre del fondo del corazón esta agazapada, activa, ineficaz desesperada negación de la muerte.

—¿Cómo aceptar que haya muerto? Sabía muy bien todo lo que le faltaba por escribir. No lo consiento.

Evocamos lo convencional: la mesa, la veladora, el cuaderno, el libro, la pluma, el lápiz para corregir, el tabaco y la pipa, el cigarrillo consumido a medias que se desprende y cae de la mano "como un sexto dedo".

—*"Hay un hombre cortado en dos por la ventana"*.

Y el sol que entra por el balcón y va a tenderse en el lecho en compañía del muerto como un sudario de luz tramado en una Flandes inconocida del espacio.

—"Luz, ¡más luz!" (¿Y adónde están ahora los *mónadas infusorios*?)

—"¡Al fin voy a saber!"

—De Antonio y Pedro y Enrique y Alfonso
perdura el necio, perecen los sabios.

¿Y dónde está ahora el barquero de su *Penuria en Muerte?*, el que dice:

¡A pié y a casa, porque aquí no hay coche!
Ya volverás aquí cualquiera noche,
en cuanto juntes dos o tres centavos!

—Nunca, absolutamente nunca llegué a pensar que los juntara él. ¡Si era un manirroto, un dediabierto, y cuando no gastaba en libros los centavos se le escurrían, como por descampado, por entre falanges y falangetas! ¡Si no sabía cerrar la mano en puño! ¡Si la tenía siempre abierta como estrella de mar! Si cuando juntaba dos o tres dedos era sólo para tener la pluma, aquella pluma "regalo de Mr. Waterman en persona".

Nada de esto, lo reconozco, pasó claramente por mi cabeza al leer la noticia de su muerte, aunque quizá todo se reunió desde entonces, convocado por el último sonido de su nombre en esa invisible plaza infinita en que hormiguean a diario los informes ciudadanos del Inconsciente.

No: La leí en un boletín oficial, sentado yo ante un escritorio en mitad de la rutina cotidiana, entre dos tareas de despacho. Recuerdo sólo una especie de gran deslumbramiento —un golpe de sol en el pecho— y luego un silencio sin fronteras, desértico. Y mis manos disponiendo papeles con lo que sólo podría definir como una danza de temblorosa precisión. Y quizás, en una suerte de eco, la terrible frase que oímos siempre de los labios de un miedo entrañal, telúrico cuando pasan estas cosas de la vida del hombre: —"¡Ya se murio!" o "¡Ya acabó!" Un *Ya* que es como una cripta gigantesca de incredulidad. "¡Ya se nos murió Alfonso Reyes!"

Recuerdo, si, el impulso de negación que me ahogó a poco: salir del despacho, de la vida, ir a mi casa, poner un disco y oír su voz diciendo *La Visión de Anáhuac*, viva voz desmintiendo la noticia.

Y quizá por todo eso ha venido a mí, norma o pauta de único símil posible, este recuerdo:

¿1942? ¿1943?.—México había declarado la guerra a las potencias del Eje, que podrían definirse también como las *potences* y las impotencias del Eje. Los diarios anunciaron una

práctica de oscurecimiento total en la ciudad, con suspensión de todos los servicios de transportes. Con una mujer que dió toda su colaboración al tiempo para esfumarse de mi vida, y con dos o tres amigos, borroneados hoy a medias en mi recuerdo, recorrí a pie la ciudad hasta llegar al Zócalo. La ciudad ahora rodeada y atravesada por canales de silencio. Aquella irritación creciente de no poder fumar. Nuestras voces, nuestras palabras, se hacían migajas en el aire tranquilo. Había luna; pero era una luna cómplice, que jugaba y distribuía sus pálidos rayos con malicia, de modo que podíamos ver siluetas, formas y masas un momento, y no ver nada al momento siguiente. Especie de prestidigitación, como el juego de la muerte: Está —Ya no está— Está —Ya no está— Es —Ya no es.

Poco a poco ha ido reconstruyéndose en mí aquella ciudad de cuatro siglos atrás, ciudad fantasma sumergida en el silencio pavoroso que sucedió a los sonidos marciales de la Conquista; envuelta en esa sombra lívida —algo como una luz sin carne— que siguió al incendio y la destrucción de los ídolos y al saco de las pirámides y los templos. Y camino interminablemente por ella, pero solo, para no astillar silencio ni desolación. La Visión de Anáhuac —desierta, muda.

Mis amigos me dicen desde lejos:

—Aquí estamos nosotros aún. Ven con nosotros. Aquí estamos.

Ya lo se que están todos. Ya lo se que me esperan. Ya lo se que nos reuniremos. Pero también que tengo que recorrer primero, paso a paso, esta sombra de ciudad de Anáhuac desolada, cuya atalaya ha enmudecido aunque su fantasma verbal me espere permanentemente en mi casa, encerrado en la redondez de un disco de fonógrafo, menos perfecta redondez que la de su Visión, círculo solar.

Algo retumba de pronto, con un estrépito inaudito, horrísono. Y del estruendo de todos los edificios en derrumbe, sale, hilo de polvo y de luz ténue, una voz:

Lo muy preciso tritura
tu vaga literatura.

Precisión, geometría de la muerte.

De Paraguay, *Hugo RODRIGUEZ ALCALA*

¿CUÁL será su visión de la región del aire que él hizo aún más transparente? ¿Cuál será su visión ahora que don Alfonso ha cerrado los ojos? Porque él ha muerto y no ha muerto; ha cerrado los ojos pero los tiene aún más abiertos.
Don Alfonso ha escrito:

Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa: está en la sombra
repicando sus espuelas.

En el inmenso imperio de nuestra lengua él era —él es, él será— simplemente, *Don Alfonso.* Si se lo llamaba —si se lo llama, si le lo llamará—, también, *Reyes,* es sólo por instinto, inconsciente homenaje a la soberana realeza de su espíritu. (En él había algo así como una conjunción de reyes o de magos). Como muchos que se han ido —sin irse— del gran Imperio, el *Don* señorial le completaba el nombre suyo, de reyes, y equivalía, en su caso, a decir, "el sabio" y "el poeta", al mismo tiempo.

¡Eso que anda por la vida
y hace como que se aleja!
¡Eso de ir y venir, eso
de huir y quedarse cerca!

¡Huyó y quedóse cerca! ¡Exactamente como él mismo ha cantado en el "Vaivén de Santa Teresa"! Y se dirá de Don Alfonso dentro de muchos, muchísimos años, exactamente lo que él dijo de la mística avilesa:

¡Eso de estar junto a mí
y hace años que estaba muerta!
¡Eso de engañar a todos
como Zenón con su flecha!

Sí, Gran Flecha de Luz —agilísima, pero inmóvil— en fuga y siempre de vuelta en "la región más transparente del aire"!

Sí, flecha, —jinete del aire— que huye y se queda cerca,

Don Alfonso está y no está aquí, pasa y no pasa, huye y se queda, fuera ahora del espacio, pero dueño absoluto de su gloria y dueño por tanto, del tiempo inacabable:

¡Cómo todo fluye, y todo
se va de donde se queda!

Y sobre todo ¡cómo se queda, el gran viajero muerto, jinete del aire —¡vivo, tan vivo!— entre nosotros!

De Perú, *Luis Alberto SANCHEZ*

De todo lo que se ha dicho con justicia y amor sobre Alfonso, hay algo que requiere explanación: su costado de combatiente. El humanista de sonrisa entendedora y benevolencia de superior, tenía un corazón de guerrero. Sin estridencias ni ampulosidades, sabía tomar partido y mantenerse en su línea, impertérritamente.

Yo le ví muy de cerca en los días de la Guerra de España. Estábamos en Buenos Aires con Enrique Diez Canedo, menos belicoso de lo que entonces se puso Alfonso. Amigo de sus amigos y raigalmente servidor de la cultura, en cuanto sonó el Muera la Inteligencia, se alistó al lado de ésta, y permaneció fiel al Ateneo, que era sabiduría, libertad y decencia, siendo leal con sus mentores de antes. Azaña, los Machado, Juan Ramón, Castro, Ossorio, Asúa, etcétera.

Fuimos compañeros en esa inolvidable aventura. El día que se leyó su "Cantata a Federico García Lorca", él estaba muy en su sitio y muy emocionado. El exquisito prosador, el fino poeta, el investigador perspicaz no había olvidado al hombre. Y el hombre estaba a la vera de sus pares y amigos.

Mucho hablamos entonces y después, tanto de temas literarios, como de asuntos de la vida diaria. Nos planteamos el problema de América. El había expuesto, ante la reunión de los PEN Clubes, su teoría sobre la inteligencia americana. No interesa ahora su justeza o no, pues tampoco nadie podría discernir lo exacto, a cabalidad, ahora ni nunca. Lo importante es la pasión lúcida que Alfonso puso en ello, y el retrato de su propia experiencia visible en ello.

Se volcó sobre América y México con mayor asiduidad que antes. Y, calando el problema esencial, que es de raíz popular, se consagró a esclarecerlo y deslindarlo. Así nació la Casa de España que se convirtió luego, en naturalísima evolución, en Colegio de México.

Hay tanto que decir de Alfonso... Pero, sus discípulos y colegas más inmediatos agotarán sin duda las facetas de su personalidad realmente polifacética. Me limito a ésta, que no todos acaso consideren, como yo, una de las definitorias. El exquisito Reyes era un hombre de temperamento profundamente humano. El humanista era humano, humanísimo, sin serlo "demasiado", grave error de un título nietzscheano.

Tengo sus recientes cartas como uno de los más puros recuerdos de mi vida literaria. Y nuestras últimas, largas conversaciones en Cuernavaca, empezando 1956, como acicate y ejemplo, como reposo fecundo también. Era tan alegre Alfonso. Alegre de verdad. Alegre por conciencia de su hacer y de su estar. Alegre y generoso, contagioso de fervor y de libertad, dueño de una aparente facilidad que no era otra cosa que cernimiento y madurez, profundamente vivida y obtenida. Tal vez debiera recoger aquí unos cuantos títulos de libros y trabajos. Prefiero que no. Con pedantería no se rinde tributo sino a los vacíos que son los pedantes vocacionales. Para un hombre culto y maduro, humano, como fue Alfonso, sobran las notas eruditas, los alardes de puntillismo cultista, a él se llega por la ancha, aunque no siempre fácil vía de la cordialidad, la comprensión y la ternura. Y de la alegría que no es otra cosa que confianza en la propia fuerza y disposición a aceptar sin regateos la de los otros.

Querido don Jesús: cuando supe la noticia de la muerte de Alfonso, escribí, en un impromptu, un artículo para "La Tribuna" de Lima, y para "El Tiempo" de Bogotá, que mucha gente ha encontrado considerable, entre ellos, Francisco Zendejas. Lo hubiera querido mandar como mi contribución al homenaje de *Cuadernos Americanos*. Pero, me ha parecido más de acuerdo con el pedido suyo, escribir de nuevo y otra cosa. De toda suerte, mi emoción pura está en aquél, aquí va el devanar de lo mismo, muy acendradamente, desde luego.

De Venezuela, *Mariano PICÓN SALAS*

No sólo su virtud de sabiduría y estilo, hacían acaso, de Alfonso Reyes el primer humanista y el primer hombre de letras de la América Hispana, sino también la intención y mensaje moral que impregna desde sus obras eruditas hasta sus más libres ensayos. Fue el prosista más significativo y de ámbito más universal que dio el postmodernismo hispano-americano; el hombre en quien culmina una revolución lingüística y que anuncia, al mismo tiempo otro clasicismo. Espíritu conciliador como lo fue en el siglo pasado don Andrés Bello, aunque la prosa de Reyes alcance una dimensión de gracia, agudeza inventora y trabajo artístico que no fue nunca el propósito del humanista venezolano. A cierta casa de la Avenida Industria en la ciudad de México como antes a las embajadas mexicanas en París, Río y Bueno Aires, acudieron siempre los escritores de América en busca de su sutilísima percepción crítica, su refinada erudicción, su ánimo de concordia. Y esta última virtud que ya invocaba Juan Luis Vives en el encrespado fragor de su tiempo, parece aún más necesaria en un continente como el nuestro, escindido por violencias políticas y por la discontinuidad de la cultura. El sumo papel que Reyes ha desempeñado en la vida intelectual hispano-americana de nuestros días es el de un clarificador, de un intérprete, de un ordenador. Aplicar la síntesis a una inmensa masa de hechos y destilar la verdad y la norma, extrayéndolo de lo confuso, fue el primer secreto de su oficio de escritor. El gusto por la "legalidad de las cosas" lo llevó a profundizar en la vida griega como la primera cultura que salvó al hombre del miedo y del caos de la naturaeza y sometió todo a ley y ritmo. Quizás fuera el gran escritor y humanista mexicano uno de los cinco o seis hombres de más vasta cultura literaria en el mundo. Los libros se transformaban en él, según la metáfora goethiana, en palabra viva. Todo se decantaba de desorden e impureza en su obra que parecía ofrecer a una América conciliadora y cordial; la América del espíritu que debe ser y que todos estamos esperando. Era también uno de los pocos hombres que podían enseñar y aconsejar al continente entero. Nos deja la presencia, siempre irradiante, de sus libros, de su prosa perfecta, pero nos hará falta la voz, el sumo fervor, la cálida compañía y la generosidad del amigo.

1.—Alfonso Reyes a los 5 años.

2.—Diez años después.

3.—1910, cuando es ya ciudadano.

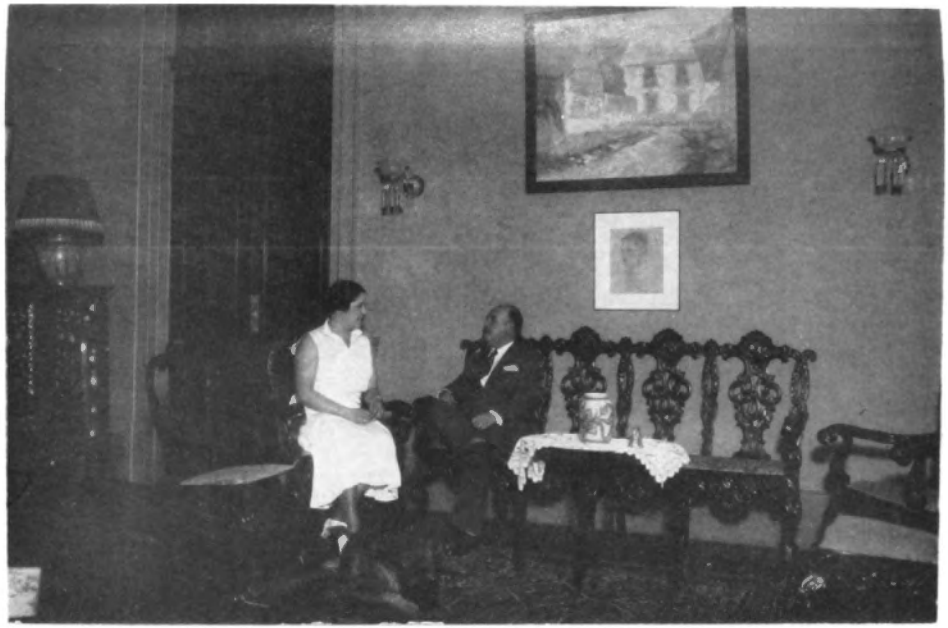
4.—1913, cuando viaja a París.

5.—1921, en el Puerto de Mazatlán con su hijo.

6.—En el mismo lugar con una ola.

7.—1923, en el desempeño de misión diplomática.

8.—1924, siempre leyendo.



9.—1931, en Río de Janeiro con su inseparable Manuelita.

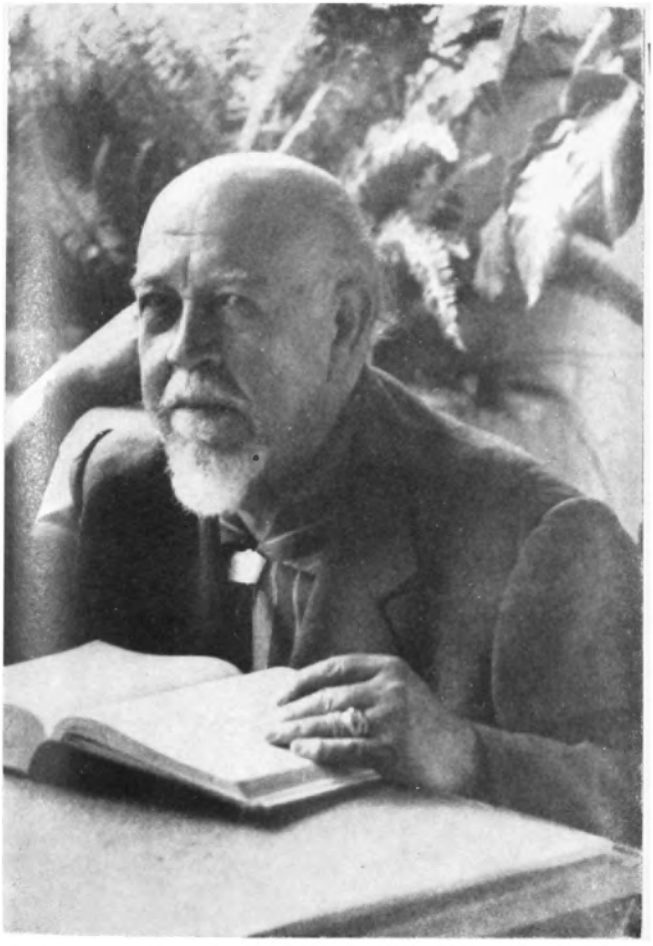
10.—1933, Alfonso Reyes en Santiago de Chile, visita al diario "El Mercurio". *Sentados:* Guillermo Pérez de Arce, Reyes, Agustín Edwards Mac Clure, Presidente del Con Gerente General; Clemente Díaz León, Director; Alfonso sejo Editorial; Carlos Silva Vildósola, Galvarito Gallardo Nieto, Roberto Meza Fuentes, redactores. *De pie:* Armando Donoso, Subdirector; Mario Muñoz Guzmán, Secretario de Redacción; Abel Valdés Acuña y Raúl Silva Castro, redactores; J. M. Fernández de la Regata, Encargado de Negocios de México; Agustín R. Edwards; Víctor Silva Yoacham y Ricardo Donoso.

11.—1940, una reunión para impulsar el teatro en Méxi o. Alfonso Reyes, Enrique Díaz Canedo, Julio Jiménez Rueda, Fernando Soler, Alejandro Buelna, Alfonso Fernández Bustamante y persona no identificable.

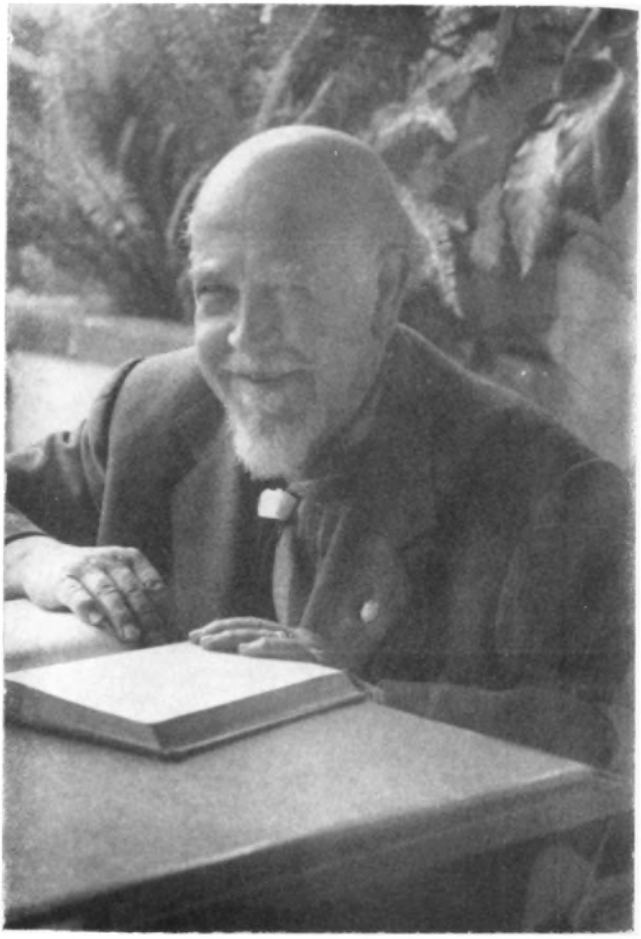
12.—1945, en el Colegio Nacional, Alfonso Reyes y Antonio Caso, pocos meses antes de la muerte del filósofo.

13.—1945, la Junta de Gobierno de la Universidad de México. *Sentados de izquierda a derecha:* Manuel Sandoval Vallarta, Federico Mariscal, José Torres Torija, Alfonso Reyes. *De pie:* Antonio Martínez Báez, Alejandro Quijano, Gabino Fraga, Mariano Hernández, Jesús Silva Herzog, Fernando Ocaranza, Manuel Gómez Morin, Abraham Ayala González

14.—1956, al ingresar Jesús Silva Herzog a la Academia Mexicana de la Lengua. *De izquierda a derecha:* Francisco González Guerrero, Alfonso Reyes, Antonio Castro Leal, Jesús Silva Herzog y Salvador Novo.



15.—1959, tres meses antes de su muerte.



16.—1959, en la misma ocasión, el hombre que tuvo siempre el don de saber sonreír.

UN AÑO MÁS DE "CUADERNOS AMERICANOS"

EL 9 de enero tuvo lugar la cena anual de *Cuadernos Americanos,* ya tradicional, para celebrar la aparición del primer número de la revista de 1960, número con el cual inició su décimonono año de vida. Como es costumbre hablaron un latinoamericano del centro o del sur de nuestro Continente; un español del exilio, y por último un mexicano. Asistieron alrededor de 100 hombres de letras y cientistas de diferentes países.

Pronunciaron discursos en esta ocasión el ilustre pensador argentino Ezequiel Martínez Estrada, ahora entre nosotros; el poeta español Francisco Giner, y el joven filósofo mexicano, Luis Villoro. Fungió como maestro de ceremonias el escritor Emanuel Carballo.

I

NUESTRO gentil amigo y maestro, Jesús Silva Herzog, director de *Cuadernos Americanos,* me ha distinguido encomendándome hablar en representación de algunos colaboradores ausentes, en esta confraternal celebración del XVIII aniversario de su revista. ¿Por qué ha pensado usted en mí, director; en el menos meritorio de sus colaboradores? Reconozco que era conveniente que fuera yo presentado en la sociedad de las letras, y que ésta es buena coyuntura. Gracias. Empero, mis demonios me previenen de que en estas eslabonadas eventualidades se ocultan designios de la diosa Justicia, Themis, en quien no creemos pero a la que hay que temer; pues desde que los dioses han muerto, sus potestades se han hecho más temibles.

Cuanto pudiera decir yo de la misión cultural que *Cuadernos Americanos* cumple con perseverancia apostólica en el Continente, para que los pueblos de un mismo origen y destino se conozcan, se amen y se auxilien, sería redundar en lo que todos sabemos. El tono más enfático y el elogio más superla-

tivo serían insuficientes para medir y pesar el bien que le debemos los escritores que, merced a su generosidad, hemos transpuesto las fronteras geográficas y políticas para unirnos en un territorio patrimonial común, en un hogar solariego donde podemos platicar confidencialmente. Por *Cuadernos Americanos* escritores solitarios como yo hemos dejado de ser parias de eriales de penitencia que pertenecen a los dueños de lo ajeno. *Cuadernos Americanos* me ha permitido encontrar a muchos de mis hermanos desconocidos, y por su padrinazgo no soy en ninguna parte extranjero. Mi nombre ha ido en sus alas más que en las hojas de mis libros. *Cuadernos Americanos* es la sede paternal de la familia dispersa.

Quiero decir ahora cuán cierto es que ha sido factor decisivo en la última etapa de mi vida. Me perdonarán, entonces, amigos y camaradas, que refiriéndome a la revista hable de mí y aproveche la ocasión para cambiar por otras mis ropas de peregrino. Hablaré en mi carácter de especialista de dolencias secretas, porque soy radiólogo de la pampa, y llevo un nombre que me ha perjudicado en mis diagnósticos y vaticinios. Pues Ezequiel es el profeta energúmeno, y la radiografía no es oficio de fotógrafos.

Cojo aquí el hilo que ha de conducirme a través de un laberinto subterráneo que desemboca en este lugar concreto, en este preciso instante; en esta mesa. Una radiografía de la pampa muestra la imagen, inevitablemente sombría, del esqueleto, las vísceras y las glándulas de un país de llanura, como es el mío, en lo que más vale de él. Que esto pueda hacerse, resulta de veras difícil de comprender; sobre todo si no creemos en los dioses plutónicos que gobiernan a los diablejos de la superficie, tan celosos de sus misterios que castigan de la manera más terrible a quienes los revelan. Una radiografía de ese tipo es, en consecuencia, una profanación. Estas pocas palabras explican la circunstancia aleatoria por la cual me encuentro hoy entre ustedes, y por qué me siento feliz.

Pues ocurrió primero que por haber revelado la índole hereditaria y crónica de los males que a mi juicio aquejan a mi país, y denunciado luego a quienes creí que debiéramos culpar de ellos, vine a encontrarme como extranjero en mi patria, perdidos algunos amigos ilustres, y ganados otros apenas alfabetos; cerradas las puertas de diarios y revistas y señalado con el índice por los amos de la patria. Arrojado, digo, a las ergástulas del pueblo. En resumen, reducido a quitarme la vida

o a capitular ante un ejército civil de ocupación, infinitamente más poderoso que yo, dotado de estas mortíferas armas: los prejuicios de clase, el nacionalismo orgulloso y la ignorancia satisfecha. Yo no era de la tribu, y había llegado a cierto cacicazgo sin grados militares. Cincuenta y tres años de trabajos en la docencia y en la administración pública, computados para mi jubilación, y treinta libros escritos sin esperanza de gloria ni de fortuna, constituyeron el capítulo de cargos. Para colmo de infortunios, además de escritor y empleado nacional era yo agricultor. Miembro descastado de la casta terrateniente y de la nobleza burocrática. Todo el dinero que el Estado me otorgó como premios lo invertí en una finca, precisamente en la pampa que había explorado por dentro. Mi mujer la tupió de árboles, juntos la convertimos en lugar habitable y el cielo la pobló de pájaros. Allí pensaba yo descansar de mis muchas fatigas. Aré y sembré. Allí donde residen Deméter y Preséfona deposité otra clase de semilla que en los libros. Semillas no sé de qué, de cotiledones duros que tardan muchos años en germinar. Por escasez de lluvias y porque esta tierra es árida, tuve que regarla con sudor y lágrimas, en espera de que se pudriesen según la parábola evangélica, y brotaran para dar flor y fruto. Ocurrió que el viento de la pampa arrasó lo que habíamos construido, y recubrió todavía más hondamente las semillas. Peripecia allá lejos común al sembrador.

Despojado más tarde por el Justicialismo Social que el peronismo dejó como herencia demagógica, la finca que adquirí fue como carroña sobre la que se lanzaron los zopilotes del Foro. Convertida mi jubilación en papeles de fábrica por las infatigables cecas del Fisco, me vi compelido a buscar en el extranjero algún recurso suplementario que mitigara mi penuria. Era yo un escritor inverecundo y por añadidura un agricultor sacrílego que escudriñaba las entrañas misteriosas de la tierra y sembraba hondo semillas desconocidas. Sacrilegio que compete, como se advierte, más a la mitología que a la agricultura. Sin amparo, apremiado por los recaudadores del Fisco, encontré inesperadamente, lo confieso, que de México, Venezuela y Brasil me llegaba el auxilio pecuniario y espiritual que no hallaba en mi patria, y que con ello podía pagar impuestos y contribuciones que inexorablemente se me exigían por bienes que usufructuaban rábulas y bandidos. Laureles que me comían los borricos del carro de un Leviatán de hisopo y espada que está destruyéndolo todo. *Cuadernos Americanos* me ofre-

ció hospitalidad entonces; y cuando decidí abandonar mi patria para siempre, en México encontré nuevo hogar y nuevos hermanos. Aquí quisiera morir, y la gloria que pido es el olvido y la paz.

Mi biografía puede insertarse en la historia inédita de mi país y localizarse en cualquier punto de su mapa, coloreado de verde, rosa y azul; es casi la misma del mayor de mis hermanos, William Henry Hudson, también escritor, pastor y hereje. Hace un cuarto de siglo sugerí que un capítulo de la historia argentina se titulara "Destierros", en que irían incisos tales como "Desarraigo" y "Evasión". Todo estaba pronosticado allí para mi caso, no podría decir entrevisto a la sazón, en la parte que trata en las fuerzas mecánicas hostiles a la vida, que llamé "Las Fuerzas Telúricas". ¿Es esto hoy tan increíble como hace cinco lustros? ¿Qué jueces dictan estos fallos inicuos?

De sus óptimos hijos castigados por los jueces infernales debo evocar a San Martín, Rivadavia, Echeverría, Juan Cruz y Florencio Varela, muertos en el destierro; a Sarmiento, Alberti y Hudson, expatriados; a Alem, Agustín Álvarez, Lugones y De la Torre, que se arrancaron la vida, desesperados y desvalidos. No son el Ejército, la Iglesia y la Burocracia quienes deciden nuestros destinos; Eaco, Minos y Radamanto gobiernan a los poderes públicos de mi país. ¿Qué otros agentes perceptibles, además de los que administran la justicia con tan omnipotente ceguera, sancionan las virtudes cívicas y premian los desacatos de los magistrados, los atropellos del poder?

Hay en Argentina un viento, un huracán que corre hacia el Atlántico, que descuaja los árboles de la llanura y derriba la casa de los agricultores. Lo que tiene raíz es arrancado de cuajo; lo que está superpuesto y aplanado sobre el suelo, permanece. No hay árboles corpulentos; el ombú es una enorme planta que da sombra maléfica, y prosperan los arbustos achaparrados. El hombre debe tenderse de bruces para no ser derribado. La residencia, pues, está sometida a influencias destructoras, y unos son compelidos a la fuga, los más mueren y algunos triunfan con las manos sucias. Pero ahora estoy en el umbral del Averno, ante uno de los enigmas de nuestra historia, y debo detenerme, pues no poseo la rama dorada de Eneas, ni la sibila me permite transponerlo.

He aquí confesado públicamente el azar que aquí me trajo, cuyas determinaciones recónditas no pueden explicarse

sino con parábolas; la razón inexcrutable a simple vista de por qué estoy hablándoles a ustedes, por una designación de providencial cortesía, y por qué lo hago en voz alta para que llegue a los centuriones de mi patria.

No estoy solo. Conmigo están aquí quienes me han reconfortado con el bálsamo de la amistad y con su sostén. Mi confesión es, por lo tanto y además, una protesta de gratitud, un homenaje a los dioses desconocidos y una promesa de retribución. ¿Podré retribuir tanto bien?

Adiós opulenta nación de ganados y mieses, que honras con magnificencia y estrépito de clarines a tus héroes y mártires muertos en el destierro. Alegra tu corazón con vino de tus bodegas y pan de tus graneros; solázate con la música de las trompetas y los atabales, y no escuches la voz trémula de los profetas en el destierro. Sé feliz y próspera.

Me siento rejuvenecido, sin rencor y con ánimos, no diré con fuerzas, para cumplir la etapa final de mi destino. Y si no me consideran ustedes, amigos y camaradas, estigmatizado por haber visto el rostro terrible de la verdad, denme las manos y ayúdenme a escalar el último tramo de mi Calvario.

Ezequiel Martínez Estrada

II

CUANDO el maestro Jesús Silva Herzog me honró invitándome a hablar en esta cena con que celebramos nada menos que los diecinueve años de nuestros *Cuadernos Americanos* le puse ciertos reparos que él —siempre generoso conmigo— supo vencer en seguida. Pero en aquel momento no pensé yo que existía un reparo más grande que los que me dictaba la modestia, y que es la escasa libertad de expresión personal a que me obligan las condiciones de mi actual trabajo. Hechas las consultas pertinentes, resulta que puedo hablar haciendo constar al frente del texto que aquí traigo la acostumbrada y conocida nota de que el autor, aunque es funcionario de las Naciones Unidas, expresa puntos de vista y opiniones que pueden no coincidir necesariamente con los de la organización a que pertenece. Como tengo la convicción de que así sucede con

gran parte de lo que voy a decir, me complazco en dejar de ello la debida constancia.

Hubiera querido ceñir mi intervención a un solo tema para haberlo podido desarrollar mejor dentro de la necesaria brevedad a que debo sujetarme, pero eran varios los que solicitaban mi atención y he preferido tocarlos un poco todos aun a riesgo de que el hilo se enredara. Haré pues unas reflexiones sobre la soledad española que, aunque no son nada poéticas, desembocarán en la voz de sus poetas y se anudarán después con la esperanza en el mundo hispánico a que naturalmente me llevan la experiencia y la vida de tantos años americanos. Y como muchos de esos años —los primeros y más decisivos para mí— los llenó con su extraordinaria presencia y con su inolvidable amistad paternal quien acaba de dejarnos desamparados con su muerte y ricos de su ejemplo, quiero antes de nada dedicar sencilla y emocionadamente a la memoria de Alfonso Reyes estas palabras mías de pasión española. Si al igual que en tiempos antiguos, en aquellas mañanas nuestras de El Colegio de México, hubiera podido llevárselas ahora antes de decirlas, otro sería quizá su tono en algunas expresiones que se habrían medido en su consejo siempre preciso y justo de maestro y amigo, su prodigiosa inteligencia en vilo detrás de la sonrisa.

Y vamos comenzando. A los veinte años largos del final militar de la guerra española no cabe insistir en verdades que todos conocemos, que están vivas y que siguen siendo valederas en su significación moral. Así lo mantiene en forma inquebrantable, que permite seguir creyendo en la decencia de los gobiernos, el de este México cada día más nuestro. Pero esas verdades bien sentidas, y sostenidas sin desmayo a lo largo de estos dos decenios, no cuentan al parecer en el campo internacional y han ido gastando lo que podía ser su eficacia dentro de los términos en que ahora está planteado el problema. Aunque nadie puede olvidar que aquel final militar de nuestra mal llamada guerra civil fue posible gracias a la ayuda que a Franco prestaron Hitler y Mussolini, los que a éstos vencieron —y no hago excepciones— juegan ahora otras cartas. Y en el juego empeñado el aliado entonces del Eje Roma-Berlín sigue representando para unos un arma eficiente de propaganda revolucionaria sin mengua de relaciones comerciales, y desempeña para otros un papel que se han atrevido a calificar de *básico,* sin duda por lo que ese adjetivo se presta a las más variadas y mentadas interpretaciones.

Así pues, la libertad de España, la incorporación de su pueblo a la vida democrática, el derrocamiento de la dictadura, precisamente por estar dentro del juego de las grandes fuerzas internacionales, quedan fuera de él, a su margen. Es más, si como es de esperar para bien de la paz inmediata del mundo, esas fuerzas llegan a entenderse, cabe con justificación temer que de las transacciones que ellas hagan surja el mantenimiento del régimen que padece España. No creo, por lo tanto, que salvada la posición impecable de México y la de la opinión pública de la mayoría de las naciones, el pueblo español pueda contar para su libertad con los estímulos internacionales a que tiene derecho su limpia causa. Está solo en su lucha y deberá ganarla en su soledad.

Aunque el hecho sea triste y apuremos su amargura hasta el fondo, es necesario y urgente aceptarlo para llevar sobre otro frente la batalla. Y le conforta a uno —estoy seguro al decirlo de que no peco de optimista— ver y sentir que las fórmulas que se han buscado y mantenido en años pasados están siendo desechadas para sustituirlas con otras formas de actuación. De ello no hay sólo signos y síntomas que por otra parte bastarían por sí mismos. Hay actitudes y hechos en qué apoyarse. En el interior, junto a la reacción positiva de grupos y figuras que al fin comprenden cuál era su verdadera significación y cuál era su camino, y alrededor de muertos como Ortega y Gasset que reviven frente a España entera el ejemplo frente a Valencia del Cid de Vivar, ha surgido por sus fueros la juventud nueva. Y en la universidad vuelve a estar el fermento de la libertad y de la dignidad españolas.

En el exilio se están superando también las posiciones viejas y toman la suya no sólo las generaciones que debían haberlo hecho hace mucho tiempo, sino que de una manera emocionante suman ahora su esfuerzo los que llegaron niños al destierro o incluso han nacido en él. Me refiero al Movimiento 1959 recién creado en México, que en sus ímpetus nuevos ha sido capaz —y lo digo sin ironías— de organizar una manifestación de españoles silenciosos en un acto reciente por demás significativo.

Lo importante es que hay ahora un principio de diálogo, un entendimiento entre el exilio y el interior, que, si bien no se interrumpió nunca del todo en el campo limitado de los viejos partidos, era absolutamente imprescindible que se diera en un ámbito nacional, porque —sin olvidarla y teniéndola en cuenta— hay que superar de una vez por todas la guerra civil. Su

clima, su riesgo, su fantasma son los que mantienen a Franco, y es Franco el principal interesado en mantenerlos vivos como justificación interna y externa de la existencia de su régimen frente al famoso peligro de los cambios violentos que nadie desea.

Nuestra soledad en el mundo es la que puede juntarnos, es la que nos está juntando. Y de ello hay otra señal que no debe juzgarse sólo literariamente, sino como manifestación de la vida más alta del espíritu: la actual poesía española. Durante nuestra guerra los poetas se pusieron casi unánimemente al lado de la libertad de su pueblo y en la hora de la derrota militar con León Felipe se llevaron al destierro la canción y en el destierro mantuvieron viva la voz verdadera de España. Fueron entonces dentro los años del silencio, y al menos lo fueron para los que estábamos fuera y carecíamos de conocimiento sobre lo que allí pasaba y se gestaba. De aquí artículos y antologías nuestros que ahora nos parecen terriblemente injustos cuando comprobamos que "los hijos de la ira" fueron fieles siempre a lo suyo y a sí mismos. Gracias a ello, gracias a esa emoción libre y española de los poetas de dentro —triunfadora en su mensaje y en su fuerza de todas las censuras— al silencio que la muerte ha ido sembrando en las voces del destierro (Díez-Canedo, Salinas, Moreno Villa, Juan Ramón, Altolaguirre, Domenchina) se sustituyen ahora las de Bousoño, Celaya, Cremer, Ángela Figuera, Hierro, De Luis, Nora, el gran Blas de Otero y otros que con ellos reunió hace poco Max Aub en memorable y justiciera antología. Como el propio Max dijo, el panorama de la poesía española ha variado por completo desde 1950, y sin mengua de las voces de fuera, que hicieron lo suyo de 1939 en adelante y siguen en la brecha, la voz de España, de la poesía que debe estar a la altura del hombre, está de nuevo en su centro y en su sitio, esperándonos a todos, aventajándole al espíritu la hora de su libertad, anunciándola y clamando por ella.

El bloqueo que vivimos no es, pues, tan total, y por sus rendijas va colándose cada vez más ancha la luz que nos aguarda y que vamos viendo hacerse en otros lugares de la tierra que son también nuestros. Me refiero a los triunfos recientes de la democracia y de la libertad en la América hispana. ¿Qué español republicano, qué español americano ha dejado de vibrar con la Argentina y con Colombia, con Venezuela y con la gran esperanza de Cuba y de sentir como suyas las victorias

últimas de sus pueblos? Aunque quedan, es cierto, varias dictaduras en el continente, hay en Hispanoamérica la decisión necesaria para ahogarlas a todas.

La causa de la libertad americana es también nuestra causa, pues americanos somos ya dentro de la insobornable fidelidad a lo que nos trajo a estas tierras hace veinte años. Y de la esperanza hispanoamericana surge asimismo, como nuestra, la fe en España, porque en definitiva España es la única república del mundo hispánico que no logra todavía su independencia. Hay que revivir como programa, como fuente de acción, aquella tesis de mi maestro José Gaos, en que puede fundarse tanto de nuestro futuro. Cuando con su liberación próxima obtenga su independencia, podrá España incorporarse a ese mundo hispanoamericano que ahora busca fructuosamente su organización y su integración. Y ese mundo nuestro, por su sentido universal y por la fuerza de su espíritu, está llamado a desempeñar un papel decisivo en el mundo general de mañana.

Francisco Giner

III

HACE diez y ocho años *Cuadernos Americanos* nació de una clara vocación hispanoamericana. Se negaba a limitar su voz en el cerco de una frontera o a coartar su pensamiento con algún estrecho nacionalismo. Y ésta fue razón principal de su éxito. Expresaba otro momento en el camino andado por la mayoría de los pensadores destacados de nuestros países. Porque, en nuestra América, la inteligencia ha guardado siempre una íntima nostalgia, latente a veces o encubierta por afanes inmediatos, lúcida y admonitoria otras, en las voces más altas: la nostalgia por la unidad hispanoamericana. Pocos son los pensadores de relieve que no tuvieran a la vista esa meta, aun si a veces la sintieran lejana. Más que un programa de acción inmediata, era un anhelo insatisfecho por rebasar el cerco de las nacionalidades y abrirnos a una comunidad más amplia que diera sentido a la obra de cada cultura. Para cada país, Hispanoamérica era el horizonte natural que prolongaba su situación hasta la totalidad de lo humano. Afirmarse hispanoamericano era empezar a elegirse universal sin perder las ca-

racterísticas propias. En este sentido, la vocación hispanoamericana de nuestra inteligencia, lejos de expresar un afán de singularidad o autoctonía, respondía a un impulso hacia lo universal.

Pero, hasta hace pocos años, la vocación hispanoamericana estaba condenada en gran medida a la utopía. Era una incitación a la apertura y nuestros países eran, de hecho, sociedades *cerradas*. Economías satélites del capital extranjero, sin contacto con las regiones económicas vecinas; cercados de explotación sin otra salida para sus productos que el país explotador; formas sociales feudales, con intereses y normas de cultura locales; clases dirigentes formadas por terratenientes, clero y milicia, de intereses regionales, o por una burguesía dependiente, de intereses antinacionales.

En esas condiciones, la idea de la unidad hispanoamericana era compartida por una minoría intelectual, mas no correspondía a una dirección efectiva de la sociedad; de hecho, no reflejaba las *necesidades reales* de ningún grupo social importante. Entre la vocación universal de la inteligencia y el carácter cerrado de la sociedad abríase un hiato. Como toda inteligencia, la nuestra vivía proyectada a un futuro aún irreal. Por ello, la vocación hispanoamericana estuvo siempre ligada a los intentos por transformar la estructura social. La reforma liberal y la independencia nacional no sólo eran la vía de la libertad, también la posibilidad de adelantar nuestra apertura a lo universal.

Pues bien, estos últimos años han marcado un cambio decisivo en nuestra situación. Hemos empezado a vivir una etapa nueva. Podríamos caracterizarla —en síntesis— como *el paso de sociedades cerradas a sociedades abiertas*. En pocos años hemos visto caer varias tiranías representantes de economías feudales y dependientes; las pocas que quedan correrán pronto la misma suerte. El movimiento revolucionario democrático y de liberación nacional —que en forma aislada tuvo lugar en México años atrás— triunfa en varios países, realiza lentos avances en otros, asciende con fuerza en todos. Si bien tiene en cada país características propias, en todos representa la misma lucha por romper la estructura feudal y dependiente, lograr la democracia, elevar el nivel de vida popular y sentar las bases de una industria propia. En todos los países responde a la aparición o al ascenso de capas sociales cuyos intereses ya no pueden ser locales: burguesías nacionales, clases medias nume-

rosas, proletariado más organizado y consciente. Los problemas confluyen y la misma lucha da objetivos comunes a todos nuestros pueblos. De allí que las ideologías políticas empiecen a encontrarse y los programas de distintos países a influirse recíprocamente. Nos damos cuenta de que la revolución democrática es *una sola* en todo el continente, como una sola fue la revolución de independencia. Empezamos a percatarnos de la esterilidad de toda política al nivel nacional y de la urgencia de coordinar los esfuerzos de los países democráticos de Latinoamérica para lograr objetivos comunes. Pronto empezaremos a ver programas y formas de organización supranacionales en nuestra América.

La revolución democrática latinoamericana no es, a su vez, un fenómeno cerrado en sí. Está condicionada por un momento de la historia mundial en que cada movimiento político y económico rebasa su esfera local y repercute en el todo. Nuestra revolución es un rasgo de una estructura más amplia: el movimiento de emancipación de todos los países dependientes; forma parte de un despertar simultáneo de las zonas marginales de la cultura occidental. Y para llevarse al cabo habrá de ligarse cada vez más estrechamente con ese movimiento que la abarca.

En suma: nuestras sociedades antaño cerradas han dado un paso decisivo: comienzan a abrirse, al horizonte hispanoamericano primero, al movimiento universal de emancipación humana en seguida. Y este proceso no puede detenerse. Por más regresiones parciales que padezca, por más obstáculos que aún tenga por vencer, su dirección histórica es irreversible.

Por primera vez, el ideal de unidad hispanoamericana coincide con el momento real de la historia: responde a los intereses efectivos de las clases ascendentes en nuestros países y a las necesidades de toda política de progreso. Por primera vez, la vocación hispanoamericana y la marcha efectiva de nuestra historia se encuentran. Por primera vez, en fin, a nuestro proyecto de universalidad en el espíritu corresponde en la realidad un camino hacia la comunidad con todos los hombres.

¿Qué perspectivas abre esta nueva situación a la inteligencia hispanoamericana?

La vocación universal de la inteligencia está en contradicción con las normas que rigen a una sociedad cerrada. En nuestras sociedades del siglo XIX, la dedicación a temas propios de esferas culturales más amplias corría el riesgo de caer en el

olvido de la propia circunstancia; por ello se acompañaba tan a menudo de actitudes de huida ante la realidad. Por otra parte, al no coincidir los problemas locales con los de esferas culturales más amplias, los intentos de universalización en la cultura eran casi siempre artificiales; solían reducirse a la imitación del pensamiento ajeno o —cuando mejor— a su adaptación a otras condiciones. "Universalismo" era de hecho, salvo en raras excepciones, sinónimo de escapismo o de imitación servil. Era, en suma, una forma de dependencia cultural.

El intelectual tenía que reaccionar con violencia contra ese falso universalismo, e iniciar, frente a él, el descubrimiento de la propia realidad. El sesgo nacionalista de nuestra inteligencia fue un movimiento saludable de autoconocimiento; reacción necesaria contra un universalismo históricamente prematuro, inadaptado y por lo tanto espúreo. Pero el nacionalismo cultural es una etapa, no una meta. La experiencia de movimientos similares nos muestra cómo el ensimismamiento es el antecedente obligado de un movimiento de apertura. Los nacionalismos culturales suelen ser síntomas de una maduración interior que conducirá a una comunicación sana con el exterior. Tal parece que con él una sociedad se defiende de entrar en la comunidad universal antes de tiempo. En nuestros países, el nacionalismo cultural expresaría el momento en que se gesta el tránsito de una sociedad cerrada a una sociedad abierta. Aún necesario en muchos países en que se inicia ese paso, empieza a resultar inoportuno en otros que ya lo han dado.

Para esos países —y dentro de poco para todos los de Latinoamérica— empieza a ser posible una dirección universal de la cultura, en un sentido nuevo. Ahora, hablar de los problemas universales del hombre moderno y de su sociedad es hablar de nuestros problemas inminentes y de la sociedad abierta en la que entramos. Al fin cesa la contradicción entre nuestra situación real y la vocación universal de la inteligencia. No porque antes no hubieran ingenios universales, sino porque sólo ahora su situación tiene la misma amplitud que sus proyectos. Ahora empieza a ser posible una vocación universal en la cultura, sin caer en imitación o en escapismo.

Adivinamos una nueva función del intelectual de nuestros días. Su misión será abrir la conciencia de nuestras sociedades hacia el ámbito hispanoamericano y, al través de él, hacia la comunidad de todos los hombres. El intelectual se enfrentará a la tarea de preparar nuestra sociedad para su participación

en una vida en que cada historia singular cobrará sentido por su pertenencia a procesos históricos más amplios. Dedicar nuestra inteligencia exclusivamente al tratamiento de problemas locales resultará pronto inoportuno, porque los problemas de nuestra sociedad ya no serán locales en un futuro inmediato. Reflexionar sobre los grandes temas universales desde nuestra singular perspectiva —tratar, por ejemplo, de los caracteres de la sociedad moderna, del sentido general de la historia, de la liberación del hombre, de la condición humana en cuanto tal, de los problemas radicales de la ciencia occidental, etc.— se ha convertido en una tarea urgente de *aclaración de nuestra propia circunstancia.* La nueva tarea de la inteligencia americana consistirá —creemos— en *preparar nuestra vinculación definitiva con la cultura universal.*

¿Y cómo no recordar aquí a una de las pocas inteligencias auténticamente universales que haya habido entre nosotros, cuya reciente ausencia deja un vacío imposible de colmar? Hace ya veintitrés años, en una reunión de representantes de varias culturas, Alfonso Reyes mostraba cómo nuestra mentalidad, tan arraigada en nuestras tierras, era a la vez "naturalmente internacionalista"; y concluía con estas famosas palabras: "Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros". Estas palabras de quien fuera amigo fiel y constante consejero de *Cuadernos,* querían ser, más que la expresión de una realidad, la exhortación a una tarea. Hoy empiezan nuestras sociedades a estar maduras para ella: a nosotros incumbe la responsabilidad de comenzar a cumplirla.

Luis Villoro

Aventura del Pensamiento

EL MERCADO COMÚN LATINO-AMERICANO Y NUESTRA INDUSTRIALIZACIÓN

LA NOTA DEL AÑO

Por *Napoleón VIERA ALTAMIRANO*

El economista norteamericano W. S. Woytinsky realizó un viaje de estudio de la América Latina, hace unos dos años. Estuvo en todos nuestros países, pasó con algún detenimiento y se conectó sin duda alguna, gracias a la especial ayuda que le dispensaron las Embajadas de los Estados Unidos —con los elementos más destacados de nuestro mundo social— hombres de negocios, políticos, periodistas y economistas. Woytinsky es un hombre amable y observador. De origen ruso, entrenado en la Universidad de San Petersburgo antes de la Primera Gran Guerra, se vino acercando a nuestra América hasta naturalizarse ciudadano de los Estados Unidos y desempeñar allí cargos oficiales de grande importancia. Al terminar su jira hispanoamericana, el economista Woytinsky nos ofrece el resultado de sus observaciones en un folleto intitulado (tenemos a la mano el original inglés) *The U. S. and Latin America's Economy.* En español, *Los Estados Unidos y la Economía de Latinoamérica.*

Como en estos momentos se habla tanto del Mercado Común de la América Latina y hace pocos meses se llevó a cabo una reunión más de la C.E.P.A.L. en Panamá, queremos aprovechar la ocasión que nos da este libro norteamericano, para agregar unos cuantos comentarios nuestros. Habrá pocas gentes que, al leer este trabajo, no se sientan invitadas a participar y trabar debate. Tenemos la impresión de que la mayoría de editores hispanoamericanos ha dado al trabajo de Woytinsky toda la importancia que merece. Debemos estar seguros de que sus opiniones serán tomadas muy en cuenta por el público norteamericano, especialmente por las gentes que allá, en estos momentos, ponen especial atención al general clamor nuestro

por una mayor cooperación, por una más eficaz ayuda. Vemos en el trabajo de que hoy nos ocupamos editorialmente, una voz norteamericana que nos dice muchas verdades, especialmente desagradables, para quienes han preferido vivir en la mentira.

Antes de entrar en el aspecto puramente de nuestra América que estudia el autor comentado, conviene una breve referencia a lo que dice de nuestras dolencias políticas, de nuestro atraso cultural y del pesado lastre de tradiciones negativas que nos viene de una dualidad trágica —como en ningún otro caso histórico— de una raza dominadora sobre otra dominada, y cuya lenta mezcla al través de tres siglos no ha realizado aún la necesaria nivelación de contrastes.

Entre las causas del general atraso hispanoamericano, el autor señala la falta de estabilidad política, la excesiva centralización gubernativa y especialmente, los regímenes dictatoriales.

De las dictaduras, dice que son el mal perenne hispanoamericano. Aunque cree quizá ingenuamente —a juicio nuestro— que ese mal sufre ahora su máxima declinación, advierte que sus causas están vigentes, y el lector sabe que esas causas son las mismas que todos hemos reconocido: el atraso cultural de las masas, la pobreza dominante, las incongruencias en nuestro desenvolvimiento histórico y la natural, congénita intemperancia, el apasionamiento y la ceguedad afectiva, juntamente con un doble complejo de siervo y de verdugo.

De paso, Woytinsky ha de referirse a la ruina de la economía argentina en manos del "revolucionario" Juan Domingo Perón. En tanto la nación se llenaba de carteles ("Perón cumple"), sus recursos se agotaban, su renta nacional disminuía a paso rápido, los sindicatos obreros se convertían en instrumentos del despotismo político y, con el caudillo máximo a la cabeza, los políticos se enriquecían y grandes sumas —centenares de millones de dólares— se trasladaban a Europa como reservas para el momento en que el pueblo mismo o la Divina Providencia se encargase de echar abajo aquella gigantesca mistificación de la libertad económica y de la justicia social.

Otra de las fallas que Woytinsky señala en la conducta política de los dictadores, es cierto empeño en una falsa suntuosidad, y no sólo de parte de las agencias oficiales, sino también, de la propia iniciativa privada. Los hispanoamericanos nos gastamos lujos inconcebibles. Queremos igualarnos a las

gentes de otros países de mayor cultura y riqueza y pasamos por alto que nuestras flamantes metrópolis están casi rodeadas por la selva, la desnudez y la barbarie. En Bogotá —refiere el autor— le sorprendieron con un club militar cuya esplendidez dejaba en condición humillada y modestísima al club del Ejército y la Marina en Washington. Lima, Santiago, Buenos Aires, Río, casi todas nuestras ciudades, repiten esa vanidad en una y otra expresión. Señala el hecho de que la Universidad Nacional de México es, en materia de edificaciones, amplitud, alojamientos, etc., no inferior a la mejor del mundo, pero que a poca distancia de cualquier centro así, nuestra América ofrece espectáculos de desamparo como sólo se ven en regiones atrasadísimas del Asia.

Tal vez sea cierta la obligada conclusión de que si esos millones de dólares gastados algunas veces en suntuosidades de pura novelería, hubiesen sido destinados a la industria, la condición económica de nuestro hemisferio, no sería tan lastimosa como lo es en el presente.

Con todo, no creemos nosotros que estribe aquí el mayor elemento negativo y regresivo de nuestra economía. Lo peor es la ignorancia de las masas. De allí su pobreza, y de su pobreza, la falta extrema del capital que necesita para salir de una economía incipiente, menos que colonial (porque carece de la protección evidente y francamente interesada de una metrópoli) y echarse a andar por caminos menos escabrosos.

Pero la falta, la carencia más grave, es de hombres de Estado, de organizadores, de economistas, de gentes con capacidad de hacer rendir más ese mismo equipo humano y material —hombre y utilaje— que ya tiene en estos momentos nuestra América, sabiendo que ese mayor rendimiento vendrá a agregarse a nuestro patrimonio para permitirnos una mejora progresiva, a paso acelerado.

Un pueblo puede actuar con las señaladas particularidades con que actúa un hombre solo. Decaído, puede ver hundirse su patrimonio bajo el peso de su propio desaliento. Animoso, bien equilibrado, hará de su pobreza su mayor fortaleza. De un caos, Adenauer hace salir una Alemania nueva a la que el mundo quiere reconocer la capacidad de ser la rectora de Europa. La Francia dividida, despreciada y vacilante (por lo menos desde el punto de vista de la economía) se vuelve hacia la estabilidad y el crecimiento, bajo la dirección de De Gaulle. Los Estados Unidos —que sufrían y padecían del apocamiento re-

publicano con Hoover a la cabeza— cobran inusitada animación con el segundo Roosevelt. El Japón pasó de la sociedad feudal, a una franca conformación capitalista, en materia de días, si medimos la vastedad de su historia como nación ya organizada.

En realidad nosotros necesitamos de técnica, de capitales, de inmigración, de mercados exteriores. Con todo ello podríamos avanzar con mayor rapidez. Pero sostenemos que con lo mismo que ya tenemos —el utilaje y el hombre— podríamos alcanzar grandes logros, si ponemos el destino de nuestros pueblos en manos de estadistas con verdadera aptitud. O, dicho en otra forma, si el destino permite que nuestros pueblos caigan en manos de verdaderos estadistas. Puede la masa campesina continuar por de pronto con la simple habilidad del machete y del azadón para sembrar caña y café, cereales y algodón, pero una minoría inteligente en la ciudad con capacidad de trabajo, organización, ahorro e iniciativa, está en la posibilidad de dar comienzo, de facilitar el inmediato arranque de una industrialización que valorizará la producción agrícola y que podrá absorber el creciente sobrante de brazos que esa misma valorización tendrá que producir.

Corrientemente muchos economistas y hombres de negocio, hacen reparo al empeño con que buscamos, nosotros los hispanoamericanos, la industrialización, y se trae a cuentas un argumento que, a pesar de su aparente validez, no pasa de ser un simplismo: se nos dice que pueblos cuya desnutrición llega a límites desgarradores, deben preocuparse y ocuparse, primeramente, en mejorar su producción agrícola, en producir más alimentos, en obtener de la tierra, sustento en proporción mayor.

Y como si esa interpretación de nuestra carencia no fuese suficiente, se agrega al cuadro una pincelada más, recordando que si la población hispanoamericana crece a razón de un 3% anual, esa desnutrición tenderá a alcanzar modalidades trágicas a medida que pasa el tiempo.

Toda la literatura agrarista, de socialismo rural que se difunde en América, adolece de esta falla de interpretación; y la infantilidad de este criterio cobra relieves insospechados cuando advertimos que en países de bajísima densidad demográfica ofrecen, en sus centros urbanos, manifestaciones máximas de pobreza y, en el campo, una verdadera postración. Para un criterio que descansa en la más superficial de las observa-

ciones, la conclusión que se obtenga después de debatirse este problema (no habrá más remedio) tendrá que ir a dar al contrasentido.

A lo anterior debemos agregar un reparo más a esa tendencia agrarista: que las múltiples experiencias agraristas habidas en nuestra América, no han aliviado en grado apreciable la situación. El problema ha permanecido en pie. Y si la experiencia no ha sido capitalizada, si la enseñanza no ha entrado en la cabeza de las gentes, es porque el pueblo —en sus grandes mayorías desamparadas de la cultura— es algo que nace cada día, que cada día arranca en su marcha vital como dando espaldas al pasado, sin historia; y como en cualquier país nuestro o del Asia, las grandes mayorías son las mayorías del hambre y la desnudez; cualquier bandera las aglutina, con cualquier tipo de mistificación se arrastran.

Léase bien y medítese lo siguiente y de ello tomen cuenta los economistas que no se han ido jamás, andando, a pie, por nuestros campos, a entablar plática con el campesino, a ver cómo vive. A ver cómo va su vida, mas no con la observación improvisada que no cala y que se detiene en la corteza, en lo superficial, sino con aquella que adquiere un movimiento dinámico.

Si los ciento ochenta millones de hipanoamericanos fuesen ciento ochenta millones de puros aldeanos, no tendrían problema alguno de nutrición. Estarían y podrían estar bien alimentados, saludables y fuertes. No tendrían ciudades y por lo mismo, desconocerían de las ventajas y desventajas de las ciudades. Sus estadísticas de criminalidad, de vicios, de perversión, se mantendrían tan bajo como hace setenta y cinco años, cuando sólo el caudillismo daba verdadera oportunidad de bañar de sangre nuestras campiñas.

Con su presente cultura, con su poca técnica, con su utilaje agrícola elemental, lo que al presente producen los pueblos hispanoamericanos (calorías por hectárea cultivada) basta y sobra para sustentar fisiológicamente a su totalidad. Si un pequeño país como El Salvador, dedicara el producto de sus exportaciones de café y algodón a la importación exclusiva de productos alimenticios y elementos de trabajo necesarios para la producción doméstica de sus alimentos, su población estaría bien nutrida.

Pero nuestros pueblos ya no están constituidos por la masa rural de hace setenta y cinco años. Buena parte del trabajo nacional se va en construir ciudades, que quieren dejar de ser

tolderías. Importamos no sólo lo que se necesita para cubrir una desnudez, sino también para aquello que es más que cubrir, que es vestir. Tenemos ejércitos bien armados. Periódicos, cuerpos diplomáticos, vida de relación con países a los que no podríamos visitar con la modesta indumenta del aldeano, sino con el atuendo del señor.

Si en estos momentos cada hispanoamericano se empeñase principalmente en alimentarse bien, y renunciáramos a toda forma de suntuosidad, y volviésemos nuestras casas, simples techos que albergan y nuestros vestidos, simples cosas que cubren, no tendríamos problemas de desnurtición. Nuestra población insistiría en desconcentrarse, en dispersarse y llegaríamos a reconstruir el estado social de mediados del siglo pasado cuando, como hemos dicho, no había ni desnutrición, ni criminalidad, ni extrema miseria, ni grandes ciudades, ni ferrocarriles, ni autovías, ni diplomacia, ni nada de lo que llamamos moderno y queremos tener cada vez en mayor proporción. Y si de la ciencia médica tomásemos el antipalúdico, los antibióticos, las vacunas y las sulfas, tendríamos al Continente aldeano más plenamente y materialmente satisfecho.

Si todos nuestros esfuerzos —repitamos con énfasis— y nuestras posibilidades de cultura fuesen dedicados, por nosotros, por nuestros pueblos hispanoamericanos, al mero sustento fisiológico y a lo que exclusivamente nos capacitara para ese sustento, no habría ni desnutrición, ni criminalidad, ni aberraciones, ni apremios, porque todo ello viene de las crisis culturales, de la batalla humana por ascender y romper el marco de lo puramente natural y entrar en la aventura mágica de la cultura, de lo que es producto, fruto, exudación del hombre mismo.

Aunque parezca un contrasentido, la desnutrición de nuestras masas campesinas, su poco poder, viene de que han sido arrastradas por las urgencias de la civilización —que es un precipitado de cultura—. Si el indio americano no hubiese sido atraído y coaccionado por el conquistador, allí se habría quedado. Y aún lo que en su estado precolonial hubiese significado miseria, esa miseria habría venido de su asomo a la civilización que eran sus ciudades, sus templos, sus guerras, su criar niños y no entregarlos a la selva, sus bebidas embriagantes y sus sacrificios humanos, sus tatuajes, sus vestidos, sus colores, sus cántaros, sus músicas y sus calendarios.

Porque todo eso es cultura, es crianza y seminario y almáciga de valores, aunque no concuerde esto con quienes creen que sólo hay cultura en el Louvre o en el Prado, en una aula universitaria de Roma o en el apartamento pasteurizado, confortable, higiénico, aire acondicionado de un gran hotel de Nueva York.

La historia del hombre no es sino su constante drama por no conformarse como parece conformarse el animal de los bosques —con sólo alimentarse. Tan pronto le sobró algo de sustento, la invitación al ocio fue la invitación a la cultura. Desde tiempo inmemorial el hombre se empeñó en algo más que en comer y guarecerse: se vistió y se ornamentó. Horrible el tatuaje, y el ídolo, y pobre la música de sus tambores, y espantosa la carnicería, y obtusa quizá la ceremonia para entrar en relación con sus semejantes: pero todo eso era una brecha para llegar a lo que es ahora, y de todo esto viene el batallar del hombre moderno, por alcanzar lo que no tiene y echar mano de cuanto la imaginación y la fantasía le ofrecen en la vacilante e imprecisa perspectiva de la vida.

El campesino centroamericano (y colegimos que los campesinos de toda nuestra América) no podrían ofrecer una excepción a la historia. Cuando la simplicidad de su cultura le deja pedir muy poca cosa y su posibilidad económica le ofrece alguna holgura, el campesino come hasta sustentarse. Pero si la más pequeña ampliación de su horizonte cultural le pide algo más, desde ese momento limitará el sustento a lo indispensable, a lo imprescindible, para —con lo así ahorrado— hacerse del mínimo de cosa cultural, de producto de la cultura, que empieza a ambicionar.

El pequeño productor de frutas y legumbres se privará de comerlas y las llevará al mercado de la vecindad, para adquirir el vestido y limitará de modo constante el sustento a lo indispensable. Y todos los campesinos de la aldea harán en conjunto algo parecido cuando consuman lo poco que les sobra para celebrar sus festividades, construir sus templos, realizar cualquier acto de contenido cultural.

Aún ahora, en las grandes ciudades como Nueva York, París, Londres o Roma, uno tropieza con gentes mal nutridas, con gentes que comen cualquier cosa en cualquier lugar, que

ahorran en lo necesario para su salud corporal, con tal de lograr el sobrante para el teatro o el cine, para el club nocturno o para el traje mejor. Un europeo que inmigró en América podrá pasarse treinta años de su vida ocupando una estrecha y miserable habitación, viviendo pobremente, pero ahorrando al máximo para —alguna vez— ver de nuevo el terruño.

El avaro que muere de hambre con el oro escondido bajo su pobre y pestilente colchón ofrece el testimonio más vivo de lo que puede el valorar las cosas de la cultura, porque si para algo se acumula no es para el mero sustentarse, sino para una segura, posible y probable o imaginaria situación cultural.

Y bien, todo lo anterior ha sido traído por necesidad y con desgano a estas líneas, para llegar al primer postulado en nuestro análisis de lo que es la causa de la postración económica hispanoamericana. Nuestros pueblos ya no pueden satisfacerse con sólo sustentarse. La sed, el hambre sin medida del hombre moderno está por los productos de la cultura, por los productos de la industria, por lo que no es cosa simple de la Naturaleza, sino producir del hombre mismo. En la distribución del presupuesto familiar del hombre moderno, lo destinado al sustento puede quedarse como aprisionado en una cifra modesta, pero lo que cabe en los consumos culturales ascenderá al infinito.

¿Y luego?

Que el pueblo que no tiene industrias para satisfacer esas exigencias culturales, reducirá el sustento a lo indispensable y destinará lo que no le es indispensable para el sustento, a la adquisición, en el extranjero, de lo que no puede él mismo producir dentro de su propio territorio. Y como lo que podría vender fuera tendrá que ser sustento (lo que precisamente tiende a abundar y sobrar en el mundo), su condición económica no podrá mejorar: vivirá como al margen. Esto es, en verdad, la sustancia trágica en lo que se llama "economía colonial".

La F. A. O. parece empeñarse en descubrir nuevas plantas con mayor riqueza vitamínica y métodos de cultivo que aseguren un mayor rendimiento a la tierra. La F.A.O. da así, la impresión de que la producción de alimentos en el mundo está llegando a su punto crítico, que lo que se produce ya no basta para las exigencias de una población creciente; y los enemigos

de la vida se apoyarán en tal error para avivar su prédica triste y negativa, del control de la natalidad, de la destrucción del hombre en su propia raíz.

Lo que sobra y puede sobrar en proporciones astronómicas son alimentos. Sin descubrir una planta más, ni mejorar ninguna especie, ni agregar una sola máquina al utilaje industrial agrícola, el mundo está capacitado para producir el sustento de una población global diez o veinte o cien veces mayor que la actual. Lo que falta es mercado.

Una divulgación agronómica intensa podrá hacer que el rendimiento de las tierras aumente en un 20% en un momento dado y una adecuada política de crédito agrícola (como lo experimentado en los Estados Unidos) podría aumentar en un ciento por ciento las cosechas en cualquier país. Pero la inelasticidad del consumo de alimentos es causa de que al menor incremento en la producción se produzca un envilecimiento de los precios. Si Cuba aumentase su renta nacional en una proporción igual al valor presente de su cosecha de azúcar, duplicándola, elevaría indudablemente su nivel de vida con menos desnudez, menos desnutrición, menos delincuencia y ruina de tanta reserva vital de su pueblo, toda vez que pudiese colocar esa producción, a iguales precios que antes, en el mercado mundial. Y lo mismo podemos decir de la carne argentina, del café del Brasil, del trigo del Canadá, Argentina o Australia. Pero la capacidad de absorción, la garantía contra la sobresaturación del mercado mundial, no existe. Lo que se produce cuando los niveles de la producción misma y los rendimientos aumenta, es que los precios se van hacia abajo.

Mas si la energía, el capital y la técnica que se usarían en duplicar una producción agrícola que el mercado mundial o doméstico no está en capacidad de absorber —por que hay de sobra abastecimientos alimenticios—, fuesen dedicados a una producción industrial que falta —porque las gentes no tienen ni ropa, ni calzado, ni techo, ni herramientas, ni máquinas en la medida que ya lo desean, quieren o simplemente sueñan—, en tal caso tendríamos la solución del problema; y sí, encaminado el proceso, se encontrase el obrero de la ciudad menos bien pagado que el obrero del campo, y viceversa, el ajuste no exigiría ninguna medida excepcional: el de la ciudad buscaría el campo y el del campo se marcharía a la ciudad.

Desde luego, que esa capacidad de duplicar la producción agrícola no corresponde en manera alguna a la capacidad de

duplicar la producción industrial; pero cualquier país del mundo está en posibilidad de iniciar su penetración en el campo de las industrias, sustituyendo gradualmente consumo de cosas importadas con consumo de las producidas por sus propias industrias.

Nuestra América Latina es el conjunto de pueblos con real o posible sobre abastecimiento de producción agrícola y con mínima capacidad industrial. De allí que procuren consumir lo menos posible de lo que producen para tener con qué adquirir en el exterior lo que no están en capacidad de producir.

¿Puede encontrarse un argumento mejor para que aboguen —dictadores y economistas, revolucionarios y reaccionarios— por una carrera loca de industrialización a toda costa, cueste lo que cueste?

Como hemos dicho antes, lo que el mundo es capaz de consumir en su sustento está limitado por su naturaleza corporal: tantas calorías por peso vivo. Lo que el mundo está en capacidad de consumir de los productos de la industria, de lo que produce la cultura, sólo tiene el límite de la cultura misma. Y en tanto el hombre sea un ente cultural, llegará hasta reducir a su mínimum el sustento con tal de adquirir lo que culturalmente necesita.

Sólo se alimenta bien el campesino rico, y sólo la industria hace rico al campesino.

DINAMARCA —se dice— es un país eminentemente agrícola que ha alcanzado, sin embargo, un nivel de vida muy alto, de los más altos de Europa. La idea —entonces— de que una economía agrícola no es suficiente y de que todo país debe industrializarse, resulta inexacta, o fallida en el mejor y mayor número de casos.

No tenemos nosotros mayores datos de Dinamarca, pero podría suceder lo que se nos dice: ser un país exclusivamente agrícola y no necesitar de industrias para que sus gentes no vayan descalzas y semidesnudas como van las gentes de nuestra América.

Mas hay circunstancias de circunstancias y esto es tan elemental como lo más elemental que podría decirse en Economía. Dinamarca está en el corazón del Continente más densamente poblado del mundo. Vende su producción agrícola allí

donde hace más falta, y su comercio no sufre las restricciones adversas que sufren los comercios de otros países. Dinamarca exporta una producción agrícola y ganadera que podríamos decir del tipo más industrializado —una producción que lleva un buen aporte de trabajo humano, una producción cara y casi suntuaria. Y, por último, Dinamarca viene a ser como una parte misma de la nación europea, sin discriminaciones adversas, ni en lo social, ni en lo político, ni en nada. Es tan parte de la Gran Bretaña como parte de Alemania, de Suecia y Noruega, de Francia o de Polonia.

Dentro de la comunidad norteamericana —allí mismo en el Este industrializado altamente— puede haber una zona dada enteramente agrícola, sin industrias. No es menester irse hasta California, Oregón o Montana para entender el caso. Mas la agricultura de esa zona está dentro del mercado común norteamericano. El obrero industrial de Nueva York o Pennsylvania que le vende bien sus artefactos al agricultor o ganadero de California o Arkansas, le compra a éste igualmente bien sus trigos, sus frutas, sus legumbres, sus carnes. Y cuando tiende a producirse un desequilibrio entre un grupo y otro, el movimiento migratorio no se hace esperar: del campo se van a las ciudades o de las ciudades se van a los campos. En ningún caso asoman allí economistas o analistas del hecho económico a decirnos que en un sitio es imposible la industria por el escaso poder adquistivo del pueblo, ni a decirnos que la agricultura no tiene horizontes, porque el trabajador de la ciudad no tiene cómo alimentarse bien.

Mas saliéndonos fuera de Europa y de los Estados Unidos, veamos el caso de Cuba y Puerto Rico. El puertorriqueño se irá al Continente —en cuanto le sea posible—, cada vez que en el Continente pueda estar mejor que en su Isla, y el producto de la tierra y del hombre de Puerto Rico optará por irse o quedarse conforme las circunstancias, conforme los precios. E igualmente, el industrial norteamericano se irá a producir a Puerto Rico cuando advierta que en Puerto Rico puede producir en mejores condiciones que en los Estados Unidos, sabiendo de antemano que lo producido allá podrá venderlo en su propio país. Hay un mercado común entre Puerto Rico y los Estados Unidos y el aparecimiento de industrias en la Isla está determinado con la misma lógica, oportunidad y razón que el mismo caso en cualquier Estado de la Unión.

Cuba vende la mayor proporción de su producción azucarera, de tabaco y frutas en el mercado norteamericano. Pero el nivel de vida cubano continúa muy lejos del nivel de vida americano. Mas si mañana Cuba pudiese vender en los Estados Unidos, sin restricciones de ninguna especie, cuando estuviese en capacidad de producir, la Isla entraría en un período de desarrollo espectacular. El nivel de vida cubano igualaría —en igualdad de circunstancias— el nivel de vida norteamericano, y Cuba no tendría que gastar esfuerzos prohibitivos por desarrollar industrias. Los dictadores cubanos no hablarían de industrialización.

Y si ponemos los ojos en el caso canadiense ya tendríamos un elemento más de juicio para entender el empeño hispanoamericano por la industrialización.

La preocupación hispanoamericana para industrializarse está más que justificada.

Si los ciento ochenta millones o más de hispanoamericanos —y hay que repetir y reiterar esta advertencia— no tuviesen más preocupación que nutrirse y adquirir la técnica indispensable para garantizar la nutrición, estarían, en efecto, bien alimentados. Cada hectárea de tierra cultivable rinde en nuestras latitudes las calorías necesarias para alimentar de diez a veinte adultos. Aun cuando la F.A.O. no hubiese gastado nunca la mitad de un dólar en investigar una sola planta que diese más carbohidratos o más proteínas, o fibras más largas o más resistentes, o animalillos de mayor rendimiento de carne o grasas, nuestra América y el resto del muno andarían bien en materia de nutrición, en asuntos de pura y simple existencia animal.

Pero el hispanoamericano inteligente y culto —el que empuja a su país y a sus millones de hombres sumidos en la oscuridad— quiere gozar un mejor bienestar que el que le garantiza el exclusivo buen sustento, y por eso no se satisface con estar bien nutrido: también se preocupa por un techo cada vez mejor, por una indumenta mejor y no se queda en su sitio esperando inerme la acometida de las epidemias y las endemias, ni la silenciosa y lenta formación de sus deficiencias internas, sino que les sale al encuentro y funda escuelas de medicina y organiza clínicas y hospitales.

El hispanoamericano no se conforma con nutrirse y vivir: quiere también comunicarse con sus semejantes y de allí que sus países se llenen con una creciente red de carreteras; y esa

comunicación creciente varía continuamente su orden de vida y no sólo procura producir lo que necesita, sino también intercambiar con sus vecinos, cada cual adquiriendo con lo suyo lo ajeno mejor.

Y, además, el hombre hispanoamericano sufre también el asedio de un mundo que no sólo se nutre, de un mundo que le envía ideas y aspiraciones, que lo penetra, que le pide comercio, que le exige convivencia y coexistencia y que no vacilaría —de serle posible— en dominarle, explotarle, esclavizarlo o destruirlo si llegase a ver en él un estorbo o una pasividad aprovechable.

El caso especial de Centro América merece una consideración más detenida en cuanto se refiere a su esfuerzo presente por integrarse económicamente, empezando por su Mercado Común.

Las importaciones centroamericanas que podrían ser sustituidas, aun a costo doméstico elevadísimo y casi prohibitivo, suman más de un centenar de millones de dólares. Entre los artículos, artefactos y actividades que cabría producir o establecer en el Istmo, tenemos los siguientes:

Frutas y carnes conservadas, objetos de vidrio y aluminio, herramientas de acero, pulpa y papel para periódico y cartón, nuevas líneas de textiles, muebles de acero, refrigeradoras, estufas eléctricas, plásticos, pinturas y cementos de toda clase, ensamble de máquinas grandes y pequeñas, etc.

En realidad, la mayor parte de esa producción nos resultaría —como indicábamos antes— de costo elevadísimo y casi prohibitivo. Pero, ¿no quedaría Centro América, al lograrlo, capacitada para gastar en el exterior los centenares de millones de dólares ahorrados en aquellos productos de la industria que están total y definitivamente fuera del alcance de su capacidad productiva? ¿Cuántos millones de dólares se ha ahorrado ya Centro América con sus textiles, sus fábricas de cemento, sus hilanderías, sus sacos o bolsas de algodón y henequén? ¿No nos han ofrecido México, Colombia, Chile y Brasil el ejemplo de lo que cabe hacer? En un principio, en casi todos esos países, las telas producidas eran de calidad inferior, de calidad infame, pero la industria se encaminó y llegó a satisfacer al consumidor, y mientras ese momento llegaba, esa misma masa de consumidores que en respecto de algunos artículos resultaban perjudicados, respecto de otros recibían el beneficio de poder adquirirlos. Un ahorro de importaciones —lo enseña la más

elemental Economía— significa un incremento en el medio circulante, en los medios de cambio, sin daño de la paridad exterior de la moneda.

CUANDO se ve el caso de Centro América podría pensarse que los mismos argumentos que le sirven para propugnar su integración económica, le servirían a otros para pedir la integración económica inicial de toda el área del Caribe. A Centro América se le dice que cinco mínimos Estados, cinco liliputienses países divididos con barreras de aduana, encerrados en sus respectivos compartimientos fiscales como bichos en los laboratorios, en sus frascos, no pueden ir a ninguna parte. Con cinco pequeños mercados no cabe ninguna industria de apreciable significación. Con un solo gran mercado, sí. ¿No es precisamente esa finalidad la que buscan las naciones libres de Europa? Para poder competir con la Unión Soviética y con la Unión Norteamericana, la Europa Occidental ve que su urgencia está en integrarse, en sumar sus energías, en unir capacidades. A eso va, y desde antes Centro América va también hacia esa finalidad.

Pues bien: no tendríamos reparo alguno qué hacer a la idea de una integración económica en el Caribe, aun incluyendo también la Federación Británica Antillana. Pero con una condición bien tomada en cuenta —aunque con limitaciones aún— por la Comunidad Europea. Esta condición es que al libre curso y tránsito y transporte de las mercancías se acompañe el libre tránsito de las gentes y que cualquier ciudadano del área del Caribe tenga admitida y reconocida su ciudadanía en el mismo plano, al mismo nivel, que la ciudadanía del otro país a donde llegue. Porque sólo con el libre tránsito del hombre puede lograrse ese reajuste armónico necesario para que las ventajas sociales y marcadamente culturales de la industrialización alcancen a todos los sectores de la nacionalidad económica. Es decir, para que no se produzca dentro de la Comunidad el caso de la región "colonia" explotada y de la "metrópoli" explotadora.

Mas no vayamos tan de prisa para ahogarnos en la vastedad de proyectos sin verdadera raíz y ausentes de circunstancias propicias aún. No caigamos en el sueño de la federación universal ni de la asociación interplanetaria de federaciones. Unamos y ayudemos a unir a Centro América. Comprobemos

allí las ideas, las técnicas, los esquemas. Veamos cómo resulta allí, en el Istmo, ese generoso intento de unir pueblos. Toda América ponga allí su atención y aun su desvelo. Y cuando comprobemos que el ensayo resulta fructuoso —como resultará— ya con mayor saber, con expertos unificadores, con verdaderos ingenieros de la unificación, podremos dedicarnos a unir a los países del Caribe, a reconstruir la Gran Colombia, a juntar diamantinamente el A.B.C., a hacer de Bolivia y del Perú una nación gigante, a unir a toda América y a unir al mundo.

Es evidente que los países hispanoamericanos están aún en un período de atraso agrícola lamentable y que bien podrían salir de él, tratar de escapar de él. El rendimiento por hectárea en el cultivo de cereales, caña de azúcar, algodón y café, es muy bajo, por término medio. La fruticultura está en verdadero atraso si se excluyen las plantaciones modelo de las empresas agrícolas extranjeras. Las empresas nacientes de silvicultura en la América del Sur apenas dan señales de vida si se toma en cuenta la vastedad de territorios talados y quemados. En cuanto a la ganadería, la situación sudamericana es casi la correspondiente a un estado de barbarie: el ganado no recibe sino mínima atención del ganadero. El pastoreo no ha salido de sus método atrasados, pues se cuida al ganado conforme las ideas y las creencias de hace ciento cincuenta años. Si bien en la estación lluviosa hay abundancia de pasto, en la estación seca el ganado padece los horrores del hambre. El rendimiento por cabeza del ganado lechero es bajísimo y el peso medio del animal destinado al matadero no corresponde apenas a la mitad del peso a que podría llegar en el animal sano, bien alimentado desde sus primeros meses y protegido contra la intemperie y los parásitos.

Si el agricultor y ganadero hispanoamericano —se nos dice— saliesen de ese atraso, la economía de sus países ascendería inusitadamente. Las masas trabajadoras estarían bien alimentadas. No habría desnutrición.. El bienestar colectivo mejoraría mucho más que con inopinados esfuerzos de industrialización.

En efecto, con más técnica y mejor espíritu de trabajo y más devoción a las faenas de la tierra, nuestro campesino po-

dría elevar el rendimiento medio por hectárea en sus cultivos. Pero esto no acabaría con la pobreza, ni con la desnutrición.

Porque como hemos dicho antes, el hispanoamericano no forma una tribu que solamente se nutre. Es una familia de pueblos que se nutren, se visten, se albergan, fundan y hacen crecer ciudades, leen periódicos, tienen escuelas y universidades, van al extranjero, mantienen en pie ejércitos, compran aviones de propulsión a chorro a grandes naciones que no ponen reparo en vendérselos, sabiendo que tienen una gran mayoría de gentes analfabetas y descalzas.

Lo que pasa es que nuestros economistas pasan por alto muchos detalles y no adquieren, en el curso de sus vidas y estudios, la concepción general de la economía, ni alcanzan a ver el panorama general del hecho económico. El mundo vive dentro de un orden de precios. Este orden de precios está determinado (habida cuenta de que vivimos también dentro de un orden de moneda dirigida) por la oferta y la demanda: por la necesidad, por las preferencias culturales y por la capacidad de las fuentes y medios de producción. Sin el aporte de un alfabetizado más ni de una sola técnica más, Hispanoamérica podría duplicar su producción agrícola y ganadera si el régimen de los precios así lo incitase. Sin intervención directa en el utilaje agrícola industrial, el Gobierno Federal puede hacer subir y bajar, desde las más modestas hasta las más altas cifras, la producción agrícola e industrial de la Unión. De modo, pues, que la enmienda substancial no estriba en eso, sino en adelantar la relación íntima que existe entre el productor de la tierra (productor de sustentos) y el productor de la industria (productor de satisfacciones culturales).

El maíz híbrido ha llegado ya a varios países hispanoamericanos a realizar el milagro de la producción triplicada y casi cuadruplicada. Igualmente las variedades seleccionadas y cruzadas de arroz, frijol y mijo o maicillo causan desconcertantes sorpresas al agricultor. La aplicación del insecticida y del fertilizante, el arado profundo, las variedades excelentes de semilla, el riego y la recolección oportuna, han llevado el rendimiento algodonero en algunos de nuestros países (especialmente en El Salvador) a niveles máximos, superiores a los de cualquier otro país del mundo. Mas todo esto sólo ha tenido un efecto duradero y visiblemente provechoso cuando la posibilidad de vender, de exportar, ha ido aparejada con un nivel de precios satisfactorio para el productor nativo. Mas el hecho

desnudo hoy día es que para el mercado mundial el sobreabastecimiento es la calamidad permanente: hay mucho azúcar, mucho cereal, mucho algodón, mucha grasa vegetal y animal, y para que este desnivel desaparezca se necesita que se quiten las compuertas aduaneras y migratorias y que las mercancías y las gentes vayan de un país a otro libremente. O que cada región del mundo cree, con su propia industrialización, las condiciones de o para una autarquía inicial.

Se ha dado una interpretación un poco arbitraria e incompleta al hecho, socialmente importante, de la profunda desigualdad que se ve en Hispanoamérica, entre la vida de la metrópoli o de la ciudad y la vida en las aldeas y en el campo. En su estudio sobre la economía de la América Latina, Woytinsky designa el caso como el de una "economía dual". Se señala el contraste en la distribución de la renta y la cultura "combinada con la tradicional dominación de las aldeas por parte de las ciudades".

Pero esta pronunciada desigualdad entre la ciudad y el campo es un hecho antiguo que viene de la inevitable naturaleza de las cosas, del hombre mismo. Precisamente esa tendencia a la desigualdad es lo que ha creado el progreso. Una tendencia así, una inclinación tan profundamente arraigada en la misma realidad vital, tiene que producir desequilibrios y mal haría el mundo con querer frenar ese ímpetu. La desigualdad natural —no la del privilegio en lo general, y muchas veces aun la sustentada por el privilegio— es y ha sido el resorte del progreso humano.

En toda comunidad humana se producen tipos de superioridad: el profesional brillante, el comerciante con iniciativa y atracción personal, el industrial que organiza con excelente destreza las fuerzas de la producción, el agricultor tesonero, que no gasta sino lo indispensable y que hoy día coloca sus ahorros en los bancos y que antes los dedicaba inmediatamente a comprar más tierras y a emprender mayores cultivos; todos estos tipos humanos dominan, adquieren poder, se colocan arriba, y ellos son quienes dan empuje a la ciudad y la hacen crecer y la llenan de residencias, de rascacielos, de fábricas y establecimientos comerciales suntuosos.

Esto pasó, con sus propias modalidades, en Atenas y Alejandría, en Roma y Cartago. Pasa hoy aún en los Estados Unidos y en Suiza. El rascacielo en Nueva York y las suntuosidades del Riverside Drive, coexisten con la casa ruin de madera

sucia de Alabama y nada de igual se advierte entre el aristócrata suizo y el cretino suizo de las montañas.

Esta desigualdad no puede evitarse con medidas llamadas sociales en el sentido de ser medidas políticas con el pretexto o por el motivo social. La desigualdad se combate con el trabajo tesonero, que produce riqueza, con riqueza que eleva las nociones de la cultura y que produce gobernantes que se desvelan por educar al pueblo y equiparlo con la ciencia y la técnica. Cuando se trata de este aspecto de la realidad social, se cae en el lugar común de hablar de círculo vicioso. No hay tal cosa. Es el proceso natural: un trabajo mayor incrementa la riqueza, incrementa el ahorro, incrementa el capital, y no hay pueblo en el mundo que cuando tiene más no educa mejor a las generaciones que van llegando, dando así un impulso enérgico al crecimiento cultural.

Y dando esta interpretación a los hechos, se verá que no hay tal dominación arbitraria (como se da a entender) de la ciudad sobre la aldea. Aparte del hecho mismo —que nadie pasa inadvertido— de que la ciudad posee también una "economía dual". Ni Nueva York, ni Londres, ni París, ni ninguna gran ciudad de la tierra se ha librado aún del slum. La metrópoli de hoy tiene sus barriadas de miserables de igual manera que las tuvo Roma y Babilonia.

Lo lamentable en el caso hispanoamericano, es que sus hombres de Estado, sus orientadores y dirigentes, no hayan ajustado a un programa de acción eficaz la reducción, a paso animado, de la proporción de miseria con la proporción de riqueza; el porcentaje de gentes casi desposeídas con el de gentes que poseen. Lo censurable es que no hayamos aumentado el número de gentes ilustradas, de gentes ricas, de gentes expertas, hasta llevar el número a un nivel superior al número de gentes ignorantes, de gentes pobres y de gentes casi inútiles.

Esto que se ha llamado "economía dual" es cosa tan vieja como el género humano. Tiene, pues, una razón histórica. Si no se ve así a primera vista, es porque se quiere interpretar el caso antiguo a la luz del presente.

Ninguna medida social podría haber impedido que Babilonia, o Cartago, o Alejandría creciesen frente a la vastedad vacía de los territorios que las rodeaban. Mientras la civilización y la cultura helénica alzaban una antorcha (cuyos reflejos nos llegan hasta hoy), la luz que de ella radiaba se ahogaba en la inmensidad de la barbarie.

Tenemos que reconocer que la dominación española quebrantó, por su base, la civilización americana. Todo lo dislocó, todo lo echó abajo, todo lo desarticuló. Una vez realizada la operación demoledora, España se puso a construir. Y construyó, en efecto. Pero el aporte español venía a ser una cosa mínima frente a la inmensidad del territorio conquistado y los millones de gentes sometidas. El conquistador tuvo que pelear no sólo con los caciques indios, sino también con las distancias, con las gradientes de las cordilleras, con la anchura y caudalosidad de los ríos, contra el paludismo, contra el sol, contra la lluvia, contra lo desconocido. Si el anglosajón se hubiera venido aquí, a los trópicos, se habría extinguido al poco tiempo, sin lograr extinguir las razas autóctonas. En la América Latina se presencia una civilización que se ha hecho, que se está haciendo con materiales americanos en buena parte y bajo la escasa artesanía hispánica. En Norteamérica presenciamos una civilización que se trasplantó, que se trajo entera de Europa, con las gentes más avanzadas de Europa, a un clima perfectamente igual al de Europa y que no tenía la desventaja de estar poblado hasta el límite de la estrechez, hasta lo marginal, como en Europa. En la amplitud de América el hombre apretado de Europa estalló en civilización.

La baja condición de vida de las zonas rurales americanas no es el producto de la ciudad como parecen creerlo quienes vienen a vernos y a estudiarnos. La ciudad es, precisamente, el elemento catalítico para nuestra transformación. Si llegáramos a encontrar un procedimiento eficaz para distribuir con igualdad matemática, en el campo, la riqueza de nuestras ciudades, nos quedaríamos semidesnudos, sin zapatos y sin techo casi, y sin un solo núcleo de transformación social, sin un solo órgano de crecimiento cultural.

Lo que sí debemos reconocer los hispanoamericanos, es que nuestras metrópolis han crecido como resultado de una centralización burocrática opresora y que lo bueno que podría ser el resultado de esa centralización, se ha traducido en gran parte en provecho de los grupos políticos que alternativamente han gobernado. Si esa succión de sangre provinciana se hubiese dedicado, consagrado, a crear las naciones, América estaría más adelante de donde está. Hagamos cuenta de los millones robados por las sucesivas generaciones de revolucionarios, libertadores y opresores en Cuba, México, Venezuela y resto de las repúblicas americanas, y tendremos idea de la magnitud del mal.

Porque si en verdad el político que roba, el político ladrón, puede resultar en más de una instancia, un gran organizador de empresas capaz de llegar hasta Europa con sus inversiones, lo cierto es que la inmoralidad administrativa, la corrupción gubernamental obra como un factor retardatriz en el progreso de los pueblos, y que el respeto a las leyes la austeridad y la probidad, sirven tanto como los pozos de petróleo y los yacimientos de uranio para hacerlos crecer y adelantar.

Nuestra tranformación hispanoamericana vendrá a medida que nos industrialicemos, que eduquemos mejor a nuestras gentes, que nos integremos mejor, que nos poblemos y atraigamos al hombre y al capital extranjero.

¿O es que aconsejaríamos diluir la ciudad en el campo? ¿No sería esto invertir la historia? ¿No fue así Europa, la Europa dominada por Roma y la del Medievo?

No sabríamos a quién atribuir la acuñación de una frase que ha resultado muy bien para describir la economía de nuestros países hispanoamericanos y con la cual se pasa, con un salto feliz, a consideraciones posteriores. Se les llama "economía de exportación". En verdad, nosotros vacilamos en decir si hemos o no entendido lo que se quiere decir con eso.

Durante el dominio colonial hispánico —como ahora, en nuestros días con la penetración europea en territorios de África, Asia y Oceanía— las nacientes colonias produjeron sus capitales, sus mayores núcleos urbanos, centros de población que fueron, naturalmente, rodeándose de explotaciones agrícolas necesarias para el sustento cotidiano y que necesariamente también debían producir a menos que se tuviese la esperanza y el propósito de recibir de España y Portugal el pan de cada día. La colonia, así, se organizaba, primeramente, para sustentarse.

Pero los colonizadores no vivían sólo de pan: necesitaban las manufacturas y fabricaturas, los artefactos y las herramientas, las cosas de la necesidad o del lujo que sólo podrían recibir desde fuera, principalmente desde España. Por eso las capitales americanas y las ciudades mayores se ubicaron en los puertos —Habana, Santo Domingo, Río de Janeiro, Buenos Aires, Acapulco y Guayaquil, Omoa y San Juan del Sur—; y si por razones de clima o de defensa la capital se subía a las altiplanicies, no faltaría el camino real —el camino del Rey— para conectarse con el puerto de mar y asegurarse el sitio desde

dónde despachar el barco que yendo y regresando iba a servir como de agente vivificador entre la colonia y la metrópoli.

Las colonias tenían que comerciar, tenían que importar, y para importar debían vender, exportar. Y en la medida en que exportaran, en esa misma recibirían lo que habían menester desde luego que ya conocían un orden de necesidades que no se bastaría jamás con lo que la tierra producía; y como la demanda de las cosas de fuera depende siempre del nivel de medio circulante y de la paridad exterior, resultó siempre —desde los más antiguos tiempos— que la capacidad de exportar determinaba la circulación monetaria, a menos de que a alguien se le hubiese ocurrido acuñar o emitir una moneda que no sirviera para comprar cosas importadas.

¿No es esto un fenómeno natural de cuyo conocimiento y observación no puede prescindirse si se quiere en forma alguna organizar el pensamiento económico? ¿A qué llamar a una economía así —que lo son las de todo el mundo— economía de exportación, como si hubiese alguna que no tuviese igual modalidad?

¿Por qué señalar como un error o una modalidad censurable, el hecho de que los países americanos, antes que preocuparse por comerciar entre sí, se preocupasen por comerciar con España, si el intercambio entre ellos mismos no les produciría sino las mismas cosas, en tanto que el intercambio con España les procuraba lo que no tenían?

Volvemos a decir que si los pueblos hispanoamericanos viviesen exclusivamente de los productos de la tierra —alimentándose, nutriéndose y nada más— no tendrían preocupaciones mayores ni por comerciar con el resto del mundo, ni de industrializarse.

Todos los pueblos de la tierra se hicieron al comercio por igual razón: la de salir en busca de lo que no tenían o producían pero acerca de lo cual ya tenían nociones y que por razones naturales o culturales deseaban adquirir. Así se llenaron de naves los ríos y los mares, y de caminos y caravanas los litorales. Por eso el fenicio, el griego y el romano fueron y vinieron por el Mediterráneo y siglos más tarde los portugueses rompieron con el misterio y rodearon al África y conocieron el Lejano Oriente.

Es, pues una concepción crudamente errónea pensar que, de modo intencional, nuestros países se organizaron para una economía de exportación (como se dice con la frase acuñada

y controvertida) y que en vez de ello debían haberse organizado para elevar su producción interna y garantizar a las masas un sustento abundante. El puerto que era capital y el camino real hacia el puerto desde la ciudad de la altiplanicie que era la capital, expresan, no una finalidad, sino una consecuencia.

El español colonizador llegaba de España, no nacía en América. El colonizador no podría renunciar a su patria, a la metrópoli. No podríamos pedir a todos los que vinieron a América el gesto de Cortés, quemando sus naves: las naves serían conservadas. Y el puerto habilitado sería para esas naves, y con esas naves se llevaría y se traería. El conquistador y el colono querrían vivir en un ambiente parecido al de la Madre Patria y buscarían los climas de la ciudad de México, de Guatemala Antigua y Bogotá, de Quito y Caracas.

Luego, salidos de manos del Coloniaje, estos países nuestros continuarían por mucho tiempo vinculados al Viejo Mundo, vendiendo a Europa lo que Europa podía comprarles, y comprando a Europa lo que ellos no podían producir. ¿Se justífica así, la denominación, con sentido peyorativo, de "economía de exportación" a las economías hispanoamericanas?

Si la totalidad de lo que consumimos, o su mayor parte, en cuanto no es sustento material, sino complemento cultural —máquinas, herramientas y mercancías— viene de fuera, es precisamente porque no tenemos cómo producirlo dentro. Para producirlo dentro se requeriría capital, técnica, ubicación propicia y mercado suficiente. En tanto la población y el ahorro de Hispano América no crezca en la debida proporción, sus países tendrán que seguir dependiendo —para las exigencias de su vida cultural—, de Europa y Estados Unidos, y necesitarán del capital europeo y norteamericano, tanto como del hombre europeo y norteamericano, para transformar su economía, sin hacerse ni mucho menos la ilusión de que alguna vez no tenga para qué importar, desde luego que ello equivaldría a la situación nada feliz de no tener nada qué exportar.

REPARTIR la tierra a nada conduce si no se tiene al campesino idóneo para recibirla y retenerla y si no se han creado las circunstancias para que la reforma no equivalga a un simple cambio de manos. La reforma agraria hoy día debe traducirse en industrialización, lotificación, comunicaciones viales, tecnificación de la labor agrícola, cooperativismo agrícola, financia-

ción, impuestos de mejoras, impuestos sobre el valor de la tierra, escuelas rurales, estaciones experimentales, inmigración y concentración demográfica.

Pero no olvidemos que lo primero está en nuestra industrialización a toda costa, porque podríamos tener todo lo otro y el nivel de vida campesino no mejoraría sino en forma incompatible con nuestra idea de mejoramiento humano. Sólo la ciudad que produce la mercancía con valor cultural capaz de absorber ella misma la superpoblación laboral del campo y capaz a la vez de mantener una alta demanda de producto agrícola, podría elevar el nivel de vida de nuestra población campesina.

La consigna de América es concentrar su población, crear mercados comunes regionales e industrializarse a toda costa con inspiración democrática y rigor y austeridad de tiempos de guerra.

LA POLÍTICA EN LA AMÉRICA LATINA

Por *Frank TANNENBAUM*

RECUERDO la conversación que hace muchos años tuve, viajando en el tren de Veracruz a la ciudad de México, con un militar hondureño que iniciaba su destierro. "¿Cuántos partidos políticos hay en Honduras?" —le pregunté. "No hay más que dos, el rojo y el verde. Yo soy del verde" —contestó. "¿Y qué diferencia hay entre ellos?" —Después de reflexionar un momento, dijo—: "Bueno, realmente no hay ninguna, sino que yo, naturalmente, creo que es mejor el verde".

En aquel tiempo no sabía yo lo suficiente de la América Latina para apreciar la profunda lección política que acababa de recibir. Porque lo que aquel nuevo maestro que llegaba desterrado a un país extranjero quiso decirme, era la simple verdad de que en la América Latina la política no se regía por consideraciones de orden teórico, y que los partidos políticos no eran de izquierda ni de derecha, sino que eran buenos o malos según se tratase del nuestro o del de nuestros adversarios. Si el partido es el nuestro, es bueno. Si es el de nuestros adversarios, es malo. Las diferencias políticas eran bastante reales, pero no por razones ideológicas.

Nuestro partido era el bueno porque estaban en el poder nuestros amigos, y esto era lo único que había que tener en cuenta.

Esto es simplificar demasiado las complejidades del proceso político latino-americano; pero es un modo de decir que la política, los partidos políticos y los gobiernos son personales. "Personales": eso es lo que quiere decir que el gobierno pertenece al jefe triunfante, porque el partido político le pertenece y porque los miembros del partido son incondicionalmente suyos. De otra manera, no pertenecerían al partido. Lo que sobre todo hay que tener en cuenta políticamente es el jefe, y no el partido.

En la última generación han sobrevenido cambios en la América Latina que han complicado el escenario político, que lo han obscurecido, sin modificar realmente su carácter. La divulgación de doctrinas tales como el nazismo, el socialismo y el comunismo y la adopción de estas palabras como títulos de partidos han dado a los extranjeros, y aun a algunos nacionales culturalmente europeizados, la impresión de que algo extraño había sucedido en la América Latina, de que lo que siempre había sido un fenómeno personal se había convertido en una cuestión de ideales; que el partido, que la ideología ha desplazado al individuo; que la consigna es más importante que el jefe; que la ley significa ahora muchos más que la influencia personal; que las cuestiones de principio substituyen ahora a la amistad, a la familia y al clan político. Quienes se han dejado llevar a creer esto, se han dejado desorientar, sencillamente, y extraen su política de algún libro europeo y llaman a las cosas con nombres falsos.

Lo único que no ha cambiado es el *caudillo,* el jefe, el que tiene "la suma del poder", que gobierna porque puede, no porque haya sido electo. Hay muchas diferencias entre Fidel Castro y Trujillo, pero hay una cosa común entre ellos: los dos gobiernan porque pueden. El hecho de que Trujillo se elija a si mismo y obtenga siempre el ciento por ciento de los votos, mientras que Fidel Castro no ha hecho elecciones, no tiene más importancia que la de un aditamento decorativo, o como algo que da una apariencia de sanción, o que satisface las críticas de los Estados Unidos o de Inglaterra, quienes en realidad no saben lo que está ocurriendo. Y lo que está ocurriendo es lo que ha ocurrido siempre. Y si "siempre" no es la palabra exacta, entonces tendremos que decir "lo que ha ocurrido durante mucho tiempo". La jefatura es personal. La base de la autoridad es consuetudinaria y no constitucional. La unidad política no es el individuo, sino que lo es la "banda", la familia ampliada, la comunidad, la aldea india, cada una de ellas con su jefe "natural", investidó cada uno de éstos de autoridad ilimitada y seguro de la adhesión incondicional de sus inmediatos secuaces.

Por medio de la magia, del fraude o de la fuerza, el gran jefe dispone de todo ese poder, que en su ausencia vuelve a los jefes locales. Y ya que lo tiene, su poder es absoluto, independientemente de lo que pueda decir la constitución. El poder es absoluto porque está depositado íntegramente en una

sola persona, que no puede compartirlo, delegarlo ni negarse a ejercerlo. Como simple cuestión de hecho, no puede resignarlo, como Fidel Castro no puede renunciar a ser el "jefe máximo de la Revolución" cubana. Puede renunciar a su cargo de primer ministro, pero no a su autoridad personal. El caudillo gobierna por su mera presencia, y todo cuanto dice es una orden, y si se niega en absoluto a decir algo, entonces actuarán otros en su nombre sobre el supuesto de que están ejecutando las órdenes que él les ha dado, y que es a él a quien hay que atribuirle lo que hagan. El rey podía abdicar en favor del legítimo heredero de la corona. En la América Latina el jefe no puede abdicar porque no hay heredero legítimo de su poder. Cuando aparece el sucesor, el poder del antiguo jefe se evapora. El poder no puede ser compartido. O es absoluto o no existe.

No tenemos nosotros modelo con el cual comparar este tipo de jefatura política, y por lo tanto no la comprendemos. Se acercó mucho a ella Huey Long, que fue gobernador de Louisiana. La jefatura tiene que estar por encima de la ley y de la constitución, porque las encarna a ambas, es decir, encarna el gobierno consuetudinario y el esperado modo tradicional de ejercerlo. Lo que más se le parece es el clan escocés. El clan era más importante que el Estado y más importante que el rey. Se debía lealtad ante todo al jefe del clan. El clan debía seguir a su jefe contra otros clanes, contra el rey, contra el mundo entero. Pero tampoco este ejemplo es plenamente satisfactorio, porque la jefatura del clan era hereditaria en la familia, y la jefatura política no lo es en la América Latina.

El caso de Fidel Castro es particularmente revelador. Cuba no es una representación típica de la América Latina. La influencia india es nula en ella. El negro, por otra parte, es importante por su número, pero lo es más aún por su influencia general. El negro ha dado a los cubanos una actitud ante la vida amable, amistosa y optimista. Ha tendido a acentuar la importancia del momento. Ha llenado la tierra de música, tambores y danzas. Pero además Cuba está cerca de los Estados Unidos y nuestro influjo sobre ella ha sido grande, quizás mayor de lo que ella y nosotros creemos. Existen, pues, muchas razones para pensar que políticamente Cuba debiera ser menos latinoamericana de lo que ha demostrado ser. Porque lo que ha dejado ver con Fidel Castro es que quiere tener un *caudillo,* en este caso un *caudillo*

benévolo, instruido y de mentalidad social, que está por encima de la ley, por encima de la constitución, porque toda autoridad, toda justicia, todo bien emanan de él.

Las difirencias entre Fidel Castro y Batista son muchas y grandes. Pero los dos como gobernantes, responden a la misma exigencia, al mismo modo. Batista era reservado, cruel, egoista, y actuaba en favor de sí mismo y de una pequeña camarilla. Pero nadie dudaba que ejercía el poder. Dependía de la policía y del ejército, y su poder era absoluto. Todas las fórmulas constitucionales eran secundarias. Fidel Castro emplea la radio y la televisión, es abierto, franco, honrado y está entregado al ideal del bien público y de una Cuba libre y fuerte. Administrativamente está, lo mismo que Batista, por encima de la ley, por encima de la constitución, porque las encarna ambas. Las cosas en que el poder se emplea son diferentes. La totalidad de su concentración en una sola mano es la misma.

El poder se emplea en cosas diferentes porque los jefes individuales son diferentes, y no porque los "partidos" que les llevaron al poder sean distintos. En realidad, no hubo partido ninguno en el caso de Batista, y no lo hay tampoco en el caso de Fidel Castro. El pueblo cubano tiene a Fidel Castro porque quiere tenerlo. Y tuvo a Batista porque lo toleró, quizá porque lo quiso hasta hace dos años, no porque fuese "bueno" ni constitucional, sino porque era fuerte, porque era el *caudillo*. Si al fin lo derribaron, aunque los luchadores activos contra él no fueron nunca muy numerosos, fue porque se había convertido en un tirano, porque empleaba mal su poder más allá de lo razonable, más allá del amplio margen de tolerancia para la falibilidad humana tan característico de la América Latina. Había perdido la sanción moral que pudo haber tenido o pretendido tener. Su derrocamiento mediante una revolución fue aceptado como un bien, y el líder de la revolución fue recibido con una explosión de alegría pública.

A las gentes de los Estados Unidos les resulta difícil comprender las causas de estos repetidos cambios. Lo que las gentes de los Estados Unidos y de otras partes del mundo saben es que en la América Latina los gobiernos son inestables, las revoluciones frecuentes, las tiranías un lugar común y en ocasiones, como la reciente de Colombia, sanguinarias y despiadadas, y que el gobierno constitucional sigue siendo

una aspiración no realizada. Esto es lo que ha venido sucediendo durante casi ciento cincuenta años, y en realidad no hay indicio ninguno de que, políticamente hablando, estos países estén más cerca de la democracia representativa ahora que durante el siglo diecinueve. Puede señalarse alguna excepción a estas amplias generalizaciones; pero esas excepciones son pocas y requieren algunas limitaciones.

Si esto hubiera sido escrito en 1920, una de las excepciones habría sido entonces la Argentina. Se daba por un hecho en la Argentina, lo mimo que fuera de sus fronteras, que las dictaduras arbitrarias, las rebeliones militares y el *caudillismo* eran cosas del pasado. El país se enorgullecía de su diferencia con el resto de la América Latina, y se consideraba europeo, progresivo y democrático. Pero nosotros conocemos ahora mejor las cosas. La rebelión de septiembre de 1930, dirigida por el general José F. Uriburu no fue sino el anuncio de lo que vendría después. El dominio de Perón sobre la Argentina de 1946 a 1955 demostró que la Argentina está dentro del ambiente político latinoamericano, que es vulnerable a las sublevaciones militares y también al *caudillismo*. En realidad, Perón pretendía apoyarse en una tradición nacional de dictaduas personales. Invocaba el espectro de Juan Manuel Rosas (1792-1877), cuyo gobierno de veinte años se ha convertido en ejemplo clásico de gobienro personal arbitrario. Hay pocos casos, aun en la América Latina, de una explotación tan hábil, tan deliberada, de la capacidad para hechizar y amedrentar a un pueblo sujeto a una sumisión absoluta. La policía secreta de Rosas, conocida por "la mazorca", degollaba a sus enemigos al mismo tiempo que sus secuaces alimentaban el egotismo del dictador exhibiendo su retrato en todos los lugares públicos. Hasta las iglesias tenían que aceptar la imagen de Rosas y colocarla sobre el altar en lugar preferente.

Entre sus antecedentes, la Argentina tiene éste, Rosas es aceptado por la mayor parte de los historiadores como un instrumento providencial, si no precisamente amable o bondadoso, de la unidad nacional. El hecho de que Rosas hava sido posible también hizo posible, quizás inevitable, a Perón.

Igualmente, si uno hubiera escrito en 1930, o aun en 1940, hubiera parecido imposible prever la existencia de una figura como la de Samuel Gustavo Rojas Pinilla. Indudablemente,

la mayor parte de los colombianos, así como la casi totalidad de los estudiosos extranjeros, creían que Colombia había llegado a ser un modelo de estabilidad política y de democracia constitucional. Pero allí, al igual que en la Argentina, resultó posible subvertir sus instituciones políticas e imponer al país un régimen arbitrario y sangriento que duró, si incluimos el de Laureano Gómez, de que fue continuación, de 1950 a 1957. Cito estos ejemplos para indicar que parece haber un tipo general de política en la América Latina y que las excepciones quizás son pasajeras y pueden requerir ciertas limitaciones.

Por consiguiente, volvemos al tema de que el tipo de proceso político de la dictadura a la rebelión para volver de nuevo a la dictadura, no ha cambiado sustancialmente desde 1900. Todo el que haga un balance de los levantamientos abortados y de las rebeliones triunfantes durante los últimos 58 años, se convencerá de que, si las cosas políticas han cambiado, no ha sido precisamente en el sentido de una mayor estabilidad. Y ello es así a pesar de una consagración casi universal a los ideales de la democracia por parte de los intelectuales y los estadistas latinoamericanos. Estudiantes, profesores, periodistas y políticos han escrito una impresionante hoja de servicios públicos con sus luchas por la democracia política, y todas las constituciones describen detalladamente la manera como deben llegar al poder los gobiernos populares, cuánto deben durar y cómo ha de sucederles otra administración libremente elegida y apoyada en el consenso de los gobernados. No obstante, hasta el momento presente han resultado ineficaces la agitación pública y el mandato constitucional. Evidentemente, media un abismo entre el ideal democrático a que aspiran los reformadores y las prácticas políticas tal como se abren camino en el gobierno.

Este contraste entre lo que los hombres dicen querer en el terreno político y lo que hacen, no puede atribuirse a malicia ni perfidia. Eso sería demasiado simple. Si las dificultades políticas no fueran más que producto de malas intenciones, sería posible entendérselas con ellas. Las gentes políticamente activas de la América Latina no son en general ni mejores ni peores que las de su clase en otras partes del mundo. La dificultad reside en algún otro lugar. Los políticos hacen lo que hacen porque sólo disponen de posibilidades

limitadas y no siempre está claro que la cosas irían mejor si eligiesen otras cosas que las que eligen.

La matriz social y cultural dentro de la cual operan es tal, que la democracia popular no es una alternativa inmediata factible. La única pregunta verdaderamente contestable que un observador de ideas democráticas puede formular acerca de un político de la América Latina es esta: ¿Lleva su conducta hacia una perspectiva cada vez más amplia de democracia popular? Y un hombre honesto encontraría difícil dar honestamente una respuesta afirmativa. Pues, ¿cómo puede estar uno seguro de que el idealista declarado, con su entusiasmo por las reformas, con su manera de excitar las pasiones y las esperanzas de las gentes sencillas más allá de su propia capacidad para satisfacerlas, no esté sembrando los dientes del dragón y preparando el terreno para un tirano sin conciencia que lo prometerá todo y no cumplirá nada? La dificultad reside en algún otro lugar. No es personal. Está en la ausencia de un símbolo universalmente aceptado de la autoridad política. Esta es la causa de que los políticos latinoamericanos no puedan hacer lo que quisieran y carezcan del apoyo moral necesario para llevar adelante los programas que tienen en el pensamiento.

Porque lo que le compete al gobierno es gobernar. Esa es su primera obligación. Si fracasa en eso, los políticos en el poder no tardarán en huir del país y buscar refugio en lugares donde no tendrán obligaciones inexorables que cumplir. Pero en la América Latina gobernar es cosa desacostumbradamente difícil.

El general Lázaro Cárdenas observó en cierta ocasión que el pueblo mexicano debe aprender que puede ser gobernado sin violencia. Pero Cárdenas tenía cualidades de jefe que hacían innecesaria la violencia. Pudo gobernar a México de ese modo, pero nadie había podido hacerlo antes de él. La violencia ha sido inevitable en la América Latina porque los gobiernos han sido inestables, y los gobiernos han sido inestables porque la violencia es un medio tradicional de llegar al poder. Y la violencia es tradicional porque en general no ha habido otro medio seguro de transferir el poder político de una administración a otra. Este es el meollo del asunto: cómo llegar al poder sin la violencia, cómo transferirlo sin una revolución.

En otras partes del mundo donde se realiza este milagro político de entrar en el poder y salir de él en paz, hay algún

principio de legitimidad universalmente aceptado. La transferencia de la autoridad política de una administración a otra en paz y quietud necesita estar simbolizada por algo universalmente respetado y en lo cual se cree. Ese símbolo universal hace al gobierno de hoy exactamente tan gobierno como lo fue el de ayer, a pesar del cambio completo del personal. "El rey ha muerto, viva el rey": esta antigua fórmula es un ejemplo perfecto de esta clase de símbolo de la autoridad. Mientras se preste adhesión al principio consagrado de sucesión, nunca hay problemas acerca de dónde reside la autoridad y a quién pasa la corona. El gobierno no carece nunca de una cabeza reconocida. Todo el mundo sabe quien es el rey. En la América Latina no existe un símbolo tan universalmente aceptado.

Durante la época colonial no se planteó nunca el problema de dónde residía el poder legítimo. El rey era el rey en todas las cosas y en todos los momentos. Las gentes podían tener opiniones acerca de la prudencia, la estupidez o hasta la locura del rey o de la reina, pero no acerca de la legitimidad del poder que ejercía. El rey no tenía competidores. Tan universal era esta aceptación, que parecía formar parte de la naturaleza misma. Los hombres habían consagrado sus vidas "a Dios y al Rey" durante tantas generaciones, que la autoridad "divina" del rey estaba fuera de toda duda. El rey llenaba todas las necesidades políticas y civiles, y sus leyes protegían al inocente y castigaban al culpable. Todos los cargos, todos los honores, todos los hombres, toda propiedad, la vida misma, estaban bajo su protección y se tenían por merced suya.

Hasta la Iglesia, en virtud del *patronato,* estaba sometida al rey en muchos aspectos importantes. La autoridad de la corona estaba en todas partes, indiscutible y sin oposición. Las dos cosas que conocían aun los más humildes eran el poder del rey y la voluntad de Dios. Así, siempre era sencillo transferir el poder mientras se respetaran las leyes de sucesión. Ya se sabía quién iba a ser el rey futuro en vida del rey presente.

Es en este punto donde el movimiento de Independencia sirvió mal a los pueblos de la América Latina. Destruyó el poder político legítimo sin proporcionar un substituto igualmente legítimo. Al terminar las guerras de Independencia nadie sabía dónde residía el poder político. ¿Quién era el

heredero legítimo del rey de España, de su autoridad, de su influencia, de su prestigio, de su carácter semi-sagrado, la encarnación de la voluntad del pueblo, el protector de los pobres, el manantial de justicia?

La respuesta a esas preguntas es, naturalmente, que nadie heredó esas cualidades eminentes popularmente reconocidas; nadie recibió el mismo grado de devoción del populacho y a nadie se le consideró padre absoluto de su pueblo. La América Latina quedó sin un símbolo legítimo de autoridad política, y ese vacío aún no ha sido colmado.

La ausencia del rey no ha sido reemplazada por la "democracia", el "federalismo", el "socialismo", el "comunismo", el "justicialismo" ni ninguna otra cosa. La idea de la nación está más cerca de ser un substituto de la del rey que ninguna otra hasta ahora. Pero en la América Latina el nacionalismo es relativamente reciente, y muchas de sus naciones carecen de unidad cultural. Una parte considerable de la población, la mayoría quizás, en Guatemala, Perú Bolivia y Ecuador, por ejemplo, sólo tiene la noción más vaga de lo que significa la nación.

Existe otra dificultad, y es que el nacionalismo ha tomado un sesgo antiextranjero y se ha convertido en consigna de los demagogos y de los políticos ambiciosos. Pero es más grave la ausencia de un principio fijo que determine quién ha de representar a la nación y cómo ha de elegírsele.

La constitución ha mostrado no tener influencia suficiente para orientar el proceso político. Ha habido muchísimas constituciones, y han cambiado con excesiva frecuencia. Han sido desconocidas con tal regularidad, que no sirven para disciplinar la conducta política. En realidad, la constitución ha sido muchas veces como un manifiesto político personal del nuevo *mandatario* y una declaración particular suya, y por ser particular no necesita ser escrupulosamente seguida. Lo que debe ser protegido y custodiado como encarnación de la ley y de la voluntad pública se ha convertido en algo que puede ser cambiado, modificado, suspendido o abolido. Lo que pudo haberse convertido en un símbolo eficaz de autoridad, como substituto de la reverencia que inspiraba el portador de la corona de España, se ha pervertido para uso personal.

Un sabio norteamericano cuenta en alguna parte que cuando de joven fue a Venezuela a estudiar la historia constitucional del país, en Caracas, las gentes, cuando oían a lo

que había ido allí, decían: "debe ser poeta". En su pensamiento, la constitución tenía un interés literario, posiblemente un interés teórico, pero desde luego ningún interés político. Las diecinueve constituciones que estudió no revelaban ningún principio evolucionista y no podían ser clasificadas sobre ninguna base racional. Finalmente las agrupó bajo diversos encabezados, entre ellos el de "constituciones experimentales". Todo esto se dirige meramente a destacar el hecho de que no hay una base reconocida de autoridad política universalmente aceptada y universalmente respetada. No puede ser simbolizado lo que en realidad no existe. Pero esto no es sino una parte de la dificultad.

La independencia abolió la monarquía, pero conservó lo que es natural a la monarquía: el centralismo, el autoritarismo y la aristocracia. No es completamente exacto decir que conservó esos aspectos de la política y de la sociedad españolas. Persistieron esas características, porque los revolucionarios contra la corona española habían sido ellos mismos criados en la tradición española y no conocían otra. El centralismo, el autoritarismo y la aristocracia formaban parte de la vida misma, y no podían suprimirse porque, de hecho, ni los jefes ni el pueblo conocían otra cosa.

La aristocracia resultó afectada sólo en el grado en que los aristócratas españoles se ausentaron de los pa'ses americanos, pero el criollo nacional, con sus pretensiones de nob'eza, siguió en su lugar, y por debajo de él estaban los comerciantes, los agricultores, los mestizos, las castas, los negros libres, los esclavos negros y los indios. Según todas las apariencias, nada había cambiado socialmente, salvo que algunos mestizos se habían dado a conocer al público por su participación en las Guerras de Liberación y que habían sido emancipados algunos esclavos negros porque habían luchado en los ejércitos revolucionarios. Fuera de eso, subsistió la estructura jerárquica más o menos intacta en la mayor parte de los sitios a lo largo del siglo XIX, y en algunas partes hasta mediados del siglo XX.

Y natural a la estructura jerárquica fue la supervivencia del autoritarismo y de la centralización administrativa. La existencia de la esclavitud, la supervivencia del peonaje indio, la universalidad de la hacienda y el importante papel de los militares, todo ello contribuyó a la conservación de un sistema

político que no sabía cómo compartir ni distribuir la autoridad política.

La diferencia entre una sociedad autoritaria y una sociedad democrática consiste en lo siguiente: la sociedad democrática encuentra natural y lógico dividir y distribuir la autoridad política en muchos lugares. Ninguna persona ni institución posee por sí sola toda la autoridad del Estado. En una sociedad autoritaria ocurre todo lo contrario: la autoridad política es indivisible. El rey tenía "la suma del poder". En las repúblicas latinoamericanas el presidente tiene "la suma del poder". No hace mucho tiempo le dije en Colombia a un amigo que desempeñaba un alto cargo que no estaba yo tan seguro por lo que respectaba a dicho país, pero que en otras naciones de la América Latina el jefe del ejecutivo tenía "todo el poder en su manos". Me contestó que allí también. El presidente es "todopoderoso".

El presidente es todopoderoso, pero no tiene heredero. No hay un mecanismo eficaz para transmitir el poder político. Y esta es la crisis más grave a que tiene que hacer frente el jefe electo del ejecutivo. Si no decide quien va a ser el presidente que le suceda, es seguro que tendrá que hacer frente a serias dificultades. Porque alguien decidirá ese punto, y puede hacerlo todo el que sea más fuerte que el presidente. El jefe del ejecutivo no tarda en advertir que todo su poder se ha evaporado y que ahora está en las manos de quien ha podido escoger al nuevo presidente. La perspectiva es que será inevitable una revolución a menos que el ocupante del sillón presidencial se doblegue a todo. Hay una anécdota de Ortiz Rubio que no necesita ser cierta para ser importante. El hecho de que pueda ser contada y creída es suficientemente revelador del proceso político en una tradición de autoritarismo y centralización. Cuenta la anécdota que Ortiz Rubio supo de buena tinta que el general Plutarco Elías Calles iba a desencadenar una revolución contra él. Ortiz Rubio llamó por teléfono al general Calles para informarle de que él, el presidente, se uniría a la revolución contra el gobierno.

Por otra parte, si el presidente decide quien ha de ser su sucesor y puede hacer efectiva su decisión, todavía tiene ante sí la perspectiva de una revolución contra su decisión. Seguramente se le acusará de imponer al nuevo presidente contra la voluntad del pueblo. Donde no hay una base del poder público institucionalizada y universalmente reconocida,

como sucede en la América Latina, la violencia se convierte en un medio "natural" para llegar al poder.

Sin embargo, en la tradición española la autoridad política requiere una base moral. El poder sobre otras personas es cosa que únicamente puede ejercerse con la sanción divina. Debe tener una base moral y servir a fines morales. De otro modo, no se le puede considerar legítimo. La violencia no es el camino de la legitimidad, aun cuando triunfe. Al dictador, aun cuando esté en el poder, aun cuando imponga la obediencia por el terror y la crueldad, no se le reconocerá base moral para ejercer su autoridad. Esto explica la frecuencia con que recurren a las elecciones los dictadores que han llegado al poder por la violencia. Si hacen unas elecciones se legitimarán ante sí mismos y creen que ante el pueblo. Es interesante señalar que el general Rafael Leonidas Molina Trujillo ha hecho elecciones con regularidad y que en todas ellas sus candidatos han tenido el ciento por ciento de los votos. Ni uno más, ni uno menos. El viejo dicho de que la voluntad del pueblo es la voz de Dios se toma aquí literalmente, aunque haya que inventar la voluntad del pueblo antes de registrarla. Pero estos ejemplos, y son numerosos, si bien no tan extremados como en Santo Domingo, quieren decir simplemente que hasta los tiranos buscan una base moral del poder, porque la pura violencia, aun cuando triunfe, no legitima la autoridad pública.

Al dictador se le obedecerá por necesidad y se le hará oposición secretamente o conspirando, fundándose en que su poder es inmoral y tiránico. La oposición puede triunfar, finalmente, como sucedió en Venezuela, Argentina, Colombia y Cuba. Así que la revolución ha triunfado y ha desaparecido el tirano, reaparece el viejo dilema en esta forma: "El rey ha muerto. ¿Quién es ahora el rey?".

¿Quién será el próximo... qué? No un tirano, no un dictador, con toda seguridad. Quien sea el nuevo jefe del ejecutivo ejercerá "la suma del poder", pero seguirá siendo un demócrata, un ser humano benigno que tendrá todo el poder del gobierno sin restricciones, sin límites, pero que no lo usará para malos fines. No puede compartir con nadie su autoridad ni delegarla. El populacho no lo permitiría. El presidente debe ser presidente. Sobre este punto el acuerdo es general. Pero, ¿sobre qué bases ha llegado a presidente? ¿Cómo ejerce el poder? ¿Cómo lo conserva? ¿Cuál es su mandato? ¿Ante quién

es responsable? En realidad no hay respuesta a estas preguntas porque no hay una base institucional para el proceso político. No hay ningún requisito que determine cómo debe designarse el candidato para el cargo supremo, cómo una vez designado debe ser elegido, y cómo una vez elegido ha de permanecer en el cargo durante el tiempo que señala la constitución. No hay nada absoluto e inviolable en ninguno de los modos de designar al individuo especial y de elegirlo para el cargo. Ni hay nada absoluto y sagrado acerca de cómo y a quién ha de traspasar el poder cuando llegue a su término legal el plazo de su mandato. Recientemente hubo que hacer frente a estas cuestiones en la Argentina, Colombia, Venezuela y Cuba, y en ninguno de esos países se les ha dado solución irrevocable, ni el ocupante del primer cargo está seguro de su puesto y menos aún de que pueda transmitir el poder al nuevo jefe del ejecutivo al terminar su mandato sin una revolución. Todos los individuos a quienes desplazaron: Perón, Pérez Jiménez, Rojas Pinilla y Batista, habían llegado al poder a consecuencia de un *golpe de Estado* inicial, y la cuestión de la capacidad de los presentes tenedores del poder para transmitirlo al nuevo jefe del ejecutivo no está del todo clara. De una ojeada puede verse cuán precaria es la tenencia del poder.

En la Argentina, el problema de si al presidente Frondizi se le permitirá terminar su período lo resolverán los militares, y a menos de que les dé satisfacción, será depuesto. Subió al poder negando el voto a un gran porcentaje del electorado. En Venezuela, el árbitro de la fortuna política de Betancour también es el ejército. Porque en ambos casos fue el ejército quien derribó los regímenes anteriores y ejerció el poder hasta que lo ocupó un hombre civil.

El caso de Colombia es diferente, en el sentido de que la revolución la hizo el pueblo, mientras que el ejército permaneció neutral. Pero también allí tomó el poder una *junta* militar hasta que pudo elegirse a un hombre civil. Esto fue posible únicamente por un acuerdo entre los partidos liberal y conservador para turnar en la presidencia. Tal arreglo tuvo gran mérito político en aquel momento, pero modifica la antigua tradición de que cada partido gane el poder por sus propios merecimientos. La supervivencia del arreglo es dudosa y la alternativa es la guerra civil.

La solución que Cuba dio al problema fue la emergencia de un *caudillo* popular en vez de un dictador militar. Pero

ninguna de estas soluciones quizás sea más que transitoria. Ninguna de ellas tiene una base institucional como la que proporcionaría el sistema de partidos políticos.

En ausencia de tal sistema, el presidente tiene que ser su propio partido y mantenerse en el poder por su propio ingenio y habilidad política, contando con la lealtad de sus inmediatos secuaces, mediante transacciones y halagos, y si esto le falla, por la fuerza y el fraude. Lo que realmente significa esto, es que el presidente no sólo es el jefe del ejecutivo, sino que es también el político más activo, casi el único político. Porque en tales circunstancias a nadie, salvo al presidente, se le puede permitir que tenga influencia política.

En una situación en que la supervivencia de la administración es un problema de todos los días, la política es el arte de impedir a vuestros enemigos que os priven de la presidencia. Porque de lo que verdaderamente se trata no es de vuestra política, sino de vuestro poder. En esas condiciones, el gobierno tiene que hacerlo todo, porque todos los actos tienen sentido político y sólo el presidente puede permitirse actos que tengan consecuencias políticas. Cuando el poder del gobierno es un problema de todos los días, todo acto público, por pequeño que sea, tiene consecuencias políticas.

Toda actividad que él no dirige, es una amenaza a su influencia y su poder. Sólo puede tener poder si tiene todo el poder. Si se le escapa algo, se le escapará todo, y ello es así porque su poder no está institucionalizado. Le pertenece a él personalmente. El gobierno es el gobierno. Lo conquistó. El debe ser todo el gobierno, ejecutivo, legislativo, judicial. No piensa nunca en lo que dice la constitución. La constitución no es un instrumento de gobierno. No es más que el nombre que cubre el ejercicio del gobierno. El presidente debe ser su propio jefe del ejército, su propio gabinete, y en estos tiempos de planeamiento, su propio planeador. Tiene que ser todo eso porque en realidad no puede delegar en nadie ningún poder efectivo. Y no puede hacerlo porque gobierna sin un partido. No hay más que el presidente y sus amigos, y sus amigos tienen que ser verdaderos amigos, incondicionales, que tomarán órdenes y harán lo que se les dice, políticamente hablando.

La tradición de centralización y la ausencia de una organización de verdaderos partidos define el papel de la jefatura política. El jefe debe hacerlo todo. Debe tener solución para todos los problemas y remedio para todos los males. Debe asu-

mir todas las obligaciones y aliviar, o prometer aliviar, todas las dificultades. José Antonio Páez le escribió en cierta ocasión a Bolívar:

> No se por qué, pero las gentes me traen todos sus problemas, como la construcción de una casa, con quién casarse, cómo resolver una disputa de familia y qué semillas sembrar.

Era su jefe porque acudían a él en la necesidad, y esperaban ser escuchados y ayudados. Si se hubiera negado a oirlos, no habría tardado en perder la jefatura. El general Lázaro Cárdenas solía emplear mucho tiempo en escuchar a los pobres y los humildes y en tomar nota de sus peticiones.

El gobierno es personal, íntimo, una cuestión entre amigos, un asunto familiar. Y tiene que ser así. El pueblo espera que el presidente lo haga todo. No sólo espera que gobierne, sino que mande. Es él quien debe tomar todas las decisiones. No permitirá que ningún subordinado usurpe facultades presidenciales, que pertenecen sólo al verdadero jefe, al Padre. Esta actitud lo penetra todo y se sobrepone a la de partido o a cualquier tesis constitucional que se haya formulado. Esta dependencia personal respecto del jefe convierte los ministerios, el gabinete, el congreso y los tribunales de justicia en dependencias de la voluntad del ejecutivo. Los ciudadanos más pobres se niegan a acatar la decisión de un intermediario y levarán su caso al presidente personalmente. Y el presidente lo verá. Puede tardar meses, pero el tiempo no importa. Lo verá y pondrá las cosas en su lugar. Es decir, prometerá y dará órdenes, y si las órdenes no se cumplen, si se pierden en una inescrutable maquinaria burocrática, no es culpa suya; la culpa es de sus consejeros y colaboradores. El presidente dirá "sí" porque es un hombre bueno, un jefe, todo poderoso, invencible en realidad. El pueblo espera que el presidente sea omnipotente. Si no, ¿por qué iba a ser presidente? Debe ser el *caudillo*. Debe ser capaz de hacer todo lo que quiere, o no será capaz de hacer nada en absoluto. Y no hay término medio.

En tales circunstancias, no hay bases ni para la democracia ni para la monarquía. Es interesante recordar que Bolívar reconoció que el ambiente americano corroería a cualquier monarquía que se estableciera en América. Después de muchas experiencias, era igualmente escéptico respecto de que las antiguas colonias españolas pudieran darse un gobierno democrá-

tico. Predijo, en su desilusión, que América era ingobernable, profecía que resultó cierta en muchos sitios durante mucho tiempo.

Entre otras cosas, el gobierno parece extranjero y la ley que quiere hacer cumplir parece una imposición. Esto era cierto en el período colonial y lo ha seguido siendo después. Durante la época colonial el gobierno y la ley eran extraños en el sentido literal de la palabra. Los gobernantes no sólo eran extraños para los indios, los mestizos, los negros y los mulatos, sino para los mismos criollos. No sólo los gobernantes, también las leyes eran extrañas. Se hacían en Europa para un continente con problemas y necesidades totalmente distintos. No obstante su buena intención, los funcionarios de la corona seguían actuando como europeos y españoles, y las leyes que escribían reflejaban su lealtad y su preparación nacionales. La consecuencia natural era que las leyes se quedaban en ademanes vacíos. Las buenas intenciones escritas en las leyes resultaban incumplibles. Cuando se encontraban con un precepto incumplible, los empleados del rey tenían una salida. Podían decirle al soberano que la ley había sido obedecida, pero no cumplida, y que las cosas seguirían como estaban hasta que se diera a conocer la nueva voluntad real. Podían decirle al rey que habían obrado para "salvar la conciencia de Su Majestad", puesto que el rey no podía hacer deliberadamente nada que fuera injusto. De este modo, la ley y la práctica podían seguir sus caminos independientes, temporalmente por lo menos, con licencia oficial. La ley era una cosa, la práctica consuetudinaria otra.

En España, los funcionarios reales formulaban en la ley la buena intención del soberano y salvaban así la conciencia del rey. En América, los funcionarios reales obedecían, pero no hacían cumplir la ley, porque el soberano había sido inducido a error por consejeros mal informados. Todos estos delicados escamoteos para salvar la conciencia del rey así como sus buenos propósitos, facilitó el desarrollo en este lado del océano de lo que ha sido siempre una buena tradición española: que la ley es la preocupación de los funcionarios del gobierno, mientras que la gente del común sigue obrando según sus modos acostumbrados, como ha hecho siempre, y como si la ley no existiera. Y esto era algo que todo el mundo sabía en privado, pero absolutamente desconocido públicamente.

Es un hecho bien comprobado que, aunque durante once años no entraron barcos en el puerto de la Guaira, en Venezuela, sin embargo y como por milagro el cacao del país siguió siendo exportado con regularidad y los funcionarios del rey vestían buenas ropas de paños ingleses. Fue algo parecido a los tiempos de la prohibición en los Estados Unidos, en que todo el mundo sabía dónde estaban los expendios clandestinos de licores salvo los policías en servicio. Pero en las horas fuera de servicio, también ellos lo sabían.

La exportación de la riqueza americana y la importación de artículos europeos estaba en tan gran proporción en manos de contrabandistas, que el mando efectivo en esas materias estaba fuera del alcance de la ley. Las prácticas consuetudinarias y las normas legalmente prescritas existían al lado las unas de las otras, pero sin conocerse entre sí, por así decirlo. Pero esto no es sino una parte de la historia. Porque además del desprecio popular hacia la ley por parte de los funcionarios y de los criollos, existía la comunidad india, mucho más grande, que no la conocía ni entendía a quienes trataban de hacerla cumplir. El indio tenía su propio y antiguo modo de decidir acerca de lo justo y de lo injusto. La comunidad colonial europea era extraña a la gran masa de la población, que, lingüísticamente y en casi todos los demás aspectos, estaba fuera de la acción efectiva del gobierno. Donde los funcionarios conseguían hacer cumplir los preceptos escritos, lo hacían como extraños, como adversarios, como enemigos. El gobierno y sus agentes y empleados pertenecían a un mundo diferente. El Estado en cuyo nombre actuaba el gobierno era algo arbitrario, fuera del saber de los indios, y en cierto sentido fuera de la anuencia hasta de los colonos españoles y sus descendientes.

La tradición española de un gobierno aparte del pueblo y extraño a él ha perdurado hasta hoy en la América Latina. El gobierno oficial "elegido" no forma parte de la esencia real de la costumbre, del derecho consuetudinario y del orden local. La localidad sigue tradiciones locales y los representantes del "gobierno" cobran los impuestos y persiguen a los contrabandistas, si pueden. El gobierno no fue elegido por el pueblo y no lo representa. Esto es indudablemente cierto en las regiones donde hay una población india numerosa. Estas poblaciones se gobiernan a sí mismas en la medida en que se lo permiten los "funcionarios" del gobierno. Puede decirse lo mis-

mo de las grandes comunidades y regiones de negros. También en ellas el gobierno es extraño y el orden y el mando locales se rigen por la costumbre y la tradición. En cierto grado, esto ocurre también en las regiones en que el *caudillo* local es el verdadero gobernante y el "gobierno" un intruso tolerado, pero sospechoso, que se mete en cosas que caen fuera de su "legítima" jurisdicción. Manifiestamente, el gobierno no es "nuestro" gobierno, y la ley no es "nuestra" ley.

El pueblo de Yucatán, Cuzco, Cartagena o Amazonas no se ha convertido nunca a la idea de que los gobiernos de la ciudad de México, de Lima, de Bogotá o de Río de Janeiro son sus gobiernos. Y ello es así en lo que respecta al mestizo y al criollo, y más especialmente aún al indio y al negro. La inestabilidad política y las revoluciones políticas son preocupaciones de los gobiernos centrales.

En el plano local, no hay inestabilidad porque en general gobernarán las mismas personas, porque son suyos la adhesión popular y el poder, independientemente de quién sea el nuevo presidente del país y de quiénes probablemente han de ser sus agentes. El "gobierno elegido" es importante en el centro; en el plano local, el que gobierna es el que ha gobernado siempre. De hecho, en el plano local no se necesitan "elecciones", porque todo el mundo reconoce quien es el "verdadero" gobernador, independientemente de las elecciones. Si el presidente interviene desde el centro imponiendo su propio "gobernador", el emisario encuentra difícil la tarea, porque sólo puede hacer lo que la policía y el ejército hagan por él, y descubre por sí mismo el antiguo dicho napoleónico según el cual lo único que no puede hacerse con las bayonetas es sentarse sobre ellas. Puede ser el gobernador nombrado, pero el verdadero gobernante del distrito es el jefe localmente conocido y aceptado, cuyo poder e influencia han ido a sus manos "naturalmente". Lo que realmente estamos diciendo es que el gobierno central y las localidades son dos mundos aparte, que la falta de legitimidad, la ausencia de una autoridad popularmente otorgada afecta al centro mucho más que a las localidades. Las perspectivas de estabilidad política descansan en las posibilidades de identificar las localidades con el centro, porque esto sería un modo, quizás el único modo, de hacer "legítimo" el gobierno central. En un mundo democrático esto sólo puede hacerse mediante partidos políticos efectivos, y esos partidos no existen.

El general Lázaro Cárdenas observó en cierta ocasión que "cuando toda la tierra pertenezca a las aldeas, el gobierno tendrá su base en las aldeas, pero al presente depende del ejército". La razón por la cual en México el gobierno dependía del ejército era que no existía otra base institucionalizada suficiente para aquel objeto. Esta aseveración puede generalizarse a toda la América Latina. Las únicas excepciones probablemente son Costa Rica y Uruguay. En lo que respecta a los demás países latinoamericanos, incluído el Brasil, la capacidad de los gobiernos para llegar al fin del mandato presidencial y las perspectivas de traspasar en paz el poder a la administración siguiente, dependen de que el ejército quiera respaldar al presidente. Fuera del ejército, no hay apoyo efectivo para el gobierno.

En los países democráticos, tales como la Gran Bretaña, los Estados Unidos o Suiza, el gobierno del centro entra en existencia como respuesta al consenso de las localidades. Si tomamos como ejemplo los Estados Unidos, el partido que tiene el poder está formado por células locales, cada una de las cuales desempeña un papel efectivo en su propia parroquia y municipio y tiene larga experiencia de gobierno autónomo local. El gobierno local, sea democrático o republicano, es elegido localmente en elecciones libres y reñidas. Está en ejercicio un plazo determinado, al término del cual tiene que volver a hacerse elegir por sus buenos servicios, o es eliminado. Mientras está en el poder, tiene obligaciones locales de las que no se ocupa ningún otro organismo gubernativo. Las facultades de los municipios varían de un Estado a otro, pero en Nueva York sostiene las escuelas primarias y diversas escuelas superiores, elige la comisión escolar, percibe el impuesto para el sostenimiento de las escuelas, conserva las carreteras locales, que a veces suman centenares de kilómetros, sostiene un cuerpo de bomberos, tiene una oficina de zonificación, tiene uno o más departamentos sanitarios y de servicio de aguas, paga su propia policía, elige sus jueces locales de paz y, además, realiza otros muchos servicios. También elige representantes para el gobierno del distrito. El partido que está en el poder ocupa la mayor parte de esos cargos con vecinos que pertenecen al club democrático o republicano local, según cual sea el partido gobernante. En las asambleas de distrito y de Estado para designar candidatos, las células locales del partido están representadas por delegados, y los delegados locales con-

tribuyen a elegir a quienes han de representar al partido en la asamblea nacional.

El miembro local designado para un cargo del distrito, como el de administrador ejecutivo, fiscal o tesorero, suele ser alguien que ha desempeñado diferentes cargos en el municipio, que tiene gran experiencia en los asuntos locales, y su nombramiento para un alto cargo es una recompensa por servicios locales bien realizados, o suficientemente bien realizados, para contar con el apoyo de los vecinos que le votarán. Lo mismo puede decirse de los candidatos que se presentan en las elecciones para la legislatura del Estado o para el Congreso de los Estados Unidos. Los clubs políticos locales, o la maquinaria política local, como Tammany Hall, con sus defectos y virtudes, son instituciones políticas independientes que nombran para los puestos municipales, del distrito, del Estado y nacionales, a las personas que han tenido el favor de los electores en los planos locales, o que cuentan con la adhesión y el apoyo de los jefes locales. El Congreso no es hechura del presidente, ni lo es el Senado. El presidente no puede evitar ni determinar la elección de un miembro del Congreso ni del Senado. Ni puede intervenir en la elección del gobernador de un Estado, favorecer su elección ni deponerlo si resulta elegido. Además, cada una de estas unidades gubernativas tiene sus propios organismos judiciales y encargados de hacer cumplir las leyes.

Para desempeñar las funciones gubernativas en todos esos planos o niveles, cada uno de ellos tiene facultades para establecer impuestos, cobra los impuestos que establece y los gasta en servicios locales. La intervención del distrito, del Estado o del gobierno nacional está estrictamente limitada por preceptos constitucionales y por las leyes. El gobierno de cada uno de los planos o niveles superiores es elegido, sostenido o derrotado por los electores de los planos inferiores. El gobierno que llega al poder tiene facultades limitadas por un período limitado.

Pero no es eso todo. El partido político que designa y elige es una asociación voluntaria, independiente del gobierno. El presidente no dirige al partido republicano ni al demócrata. Ni siquiera puede ser su jefe efectivo. Lo mismo ocurre en los Estados. El gobernador no dirige el partido político de su Estado, y lo mismo sucede en la esfera local. En cierto sentido, nadie dirige el partido político de su Estado, y la camarilla

Hague de Nueva Jersey pudo prosperar a pesar de la desaprobación federal, y si es preciso el presidente dependerá del aparato local para conseguir el voto que sacará su programa adelante en el Congreso, y puede ver derrotado su programa porque los individuos de su propio partido nieguen su voto al proyecto de ley que él apoya, como ha ocurrido muchas veces en todas las administraciones.

El partido mismo necesita ser caracterizado más detalladamente si este estudio ha de ayudarnos a comprender las diferencias políticas entre los Estados Unidos y la América Latina y a que se vea claramente lo que queremos decir cuando afirmamos que en la América Latina los gobiernos carecen de base institucional porque no existe un sistema de partidos políticos efectivos.

El club democrático o república local de una parroquia o municipio no puede tener más que una pequeña proporción del total de los electores demócratas o republicanos registrados. De mil electores, el club sólo puede tener de cincuenta a cien socios. Pero esos socios del club político local entre sí probablemente intervienen activamente en los asuntos de todas las demás organizaciones del municipio, y hasta los municipios más pequeños procuran tener muchos grupos organizados: Veteranos de las Guerras Exteriores, Legión Americana, Cruz Roja, Club de Caza y Pesca, Cámara de Comercio, Alces, Leones, Unión Eclesiástica de Mujeres, Sociedad Protectora de Animales, Sociedad de la Biblioteca Pública, etc., etc., etc. Esas organizaciones en realidad son casi innumerables, y con frecuencia un mismo individuo pertenece a dos de ellas de fines contradictorios. Pero todos esos grupos son centros de influencia y de poder. Cada uno de ellos representa verdaderos intereses. Cada uno de ellos tiene sus propios objetivos definidos. Cada uno de ellos defiende, propaga y fomenta una política. Cada uno de ellos tiene su propia definición especial del bien, y se comunica con otras muchas organizaciones del municipio, del distrito, del Estado, de la nación, y en ocasiones hasta con grupos de otros países con los mismos intereses. Sus actividades afectan a las vidas de sus vecinos, y chocan con las actividades de otros grupos, o las combaten o apoyan. Cada uno de tales grupos tiene sus propios líderes y ocasiona la participación creadora de muchos de sus socios en papeles visibles.

Técnicamente, esos grupos no están representados en el

club político local. En realidad, los clubs parecen sólo un grupo local más. Pero el club político es el organizador del poder político local y el elector de los funcionarios del gobierno. Es la agencia a través de la cual los objetivos de esas numerosas organizaciones puede recibir la sanción y el apoyo públicos y hasta reconocimiento legal. Si esos grupos no tienen representación directa en el club político, tienen de hecho lo que Burke llama representación virtual a través de sus socios que son también miembros activos de aquel club. El club político es el centro en que los individuos de la comunidad dotados de espíritu público activo se reúnen a discutir todas las cuestiones que salen a la superficie del debate público, y si la cuestión interesa a la Cámara de Comercio, al Departamento de Bomberos Voluntarios o a la Sociedad de Niños, alguien se levantará a hablar por la organización interesada, porque es socio de ella. El club político es el lugar, en la esfera del municipio o de la ciudad, en que las cuestiones locales reciben lo que puede resultar una orientación política. Y este proceso se repite en cada municipio, en cada ciudad, y se abre camino a través de los partidos desde la esfera local hasta la nacional. La legislatura del Estado y el Congreso nacional son el término de ese proceso.

Lo anterior no agota todas las influencias que moldean la política pública o que dan dirección al gobierno. Pero cuando decimos que el gobierno tiene una base institucionalizada, nos referimos a las decenas de miles de clubs políticos que actúan de común acuerdo bajo los auspicios del partido democrático o del republicano, dentro de los cuales toda actividad organizada tiene representación virtual que, tomada en conjunto, conduce al nombramiento y la elección de una persona u otra para el Congreso, el Senado o la presidencia. Evidentemente, el presidente no es el creador de su propio partido político, y también evidentemente, su permanencia en el poder no depende del ejército.

Ninguno de estos organismos políticos que acabamos de detallar existe en la América Latina. No hay gobierno autónomo local efectivo, las escuelas, los caminos, la policía, los recaudadores de impuestos, los agentes del gobierno *formal* están en manos de la administración central. Los gobernadores son nombrados o depuestos por la administración central. Los intermediarios en la Argentina y el Brasil, en México la facultad de declarar que un Estado ha perdido sus poderes consti-

tucionales, son ejemplos del dominio que el gobierno central ejerce sobre los Estados, aun en países en que está establecido constitucionalmente un régimen federal. La mayor parte de los ingresos procedentes de impuestos va a manos del gobierno central, mientras se deja sin pitanza a los Estados, los distritos y los municipios. Yo he visto una aldea que construía su escuela con materiales del lugar y el trabajo gratuito de los vecinos esperar durante meses el dinero para comprar las ventanas, que no podían hacerse allí. Una comunidad enviará una delegación a la capital, a sentarse durante meses en la antecámara del presidente, para mendigar una cañería o un pequeño motor de gasolina a fin de llevar agua al pueblo. Los Estados y los municipios se ven obligados a pedir sombrero en mano el apoyo del presidente para satisfacer necesidades locales, porque el gobierno central ha absorbido la mayor parte de los ingresos disponibles procedentes de impuestos. Todo esto proviene del principio tradicional de un poder autoritario y centralizado. El presidente debe decidirlo todo y debe proveer a todas las necesidades. Y debe hacerlo así porque no hay un gobierno local efectivo, y en ausencia de él no hay medio de tener un partido político que pueda dar el apoyo necesario para hacer al presidente independiente del ejército.

A pesar de la antigua y honorable tradición del *cabildo* español, no hay realmente modo de organizar un partido político con raíces vigorosas en el gobierno local. Fuera del alcance del gran centro urbano, la hacienda, con su cerrada comunidad de *encasillados* que viven dentro de los límites de una finca particular, no tiene gobierno local autónomo. Para ellos el gobierno es la hacienda, en la que se ha producido la tradición que define las relaciones entre el hacendado y sus trabajadores. La hacienda, por grande que sea, no tiene estado civil. La autoridad que hay en el lugar no emana del pueblo que vive en él. Estas comunidades son comparables a nuestras "aldeas" de fábrica organizadas en torno de los establecimientos textiles del Sur hace unos cuantos años, cuando el propietario de la fábrica pagaba al policía, al maestro de escuela y al predicador, y en que "la mano de obra" de la fábrica no tenía voz ni voto en el arreglo de los asuntos ni siquiera más menudos de su propia comunidad.

En la América Latina, la hacienda es una institución muy amplia y que abarca muchas cosas, y en algunas regiones la mayor parte de los lugares habitados, así como una gran par-

te de la población, están situados dentro de esas posesiones privadas. Si se da el caso de que la población de esas haciendas sea india, lo normal es que exista además la barrera de la diferencia de lenguaje para hacer más difícil la comunicación política. Si pasamos de la hacienda a la aldea, como en el caso de Guatemala, por ejemplo, cuando la aldea es bastante grande el gobierno central dirigirá la administración local mediante un agente nombrado por él, que quizás disponga de la ayuda obligatoria de un número dado de vecinos. Pero el verdadero gobierno, aparte del cobro de impuestos y de las gabelas puramente legales, estará en manos de la autoridad tradicionalmente reconocida, completamente extraña al gobierno central. Éste puede ignorar su existencia o mirar con desdén su gestión, considerándola como tonterías propias de indios. Pero la autoridad efectiva en esas comunidades indias reside en el gobierno tradicional, y no en los agentes enviados desde el centro.

Ejemplo interesante de esto puede verse hoy en Lima, Perú, en los *Barrajes,* es decir, en las poblaciones de chozas que han surgido alrededor de la ciudad. En esas comunidades improvisadas de inmigrantes recientes, si éstos son de origen indio automáticamente aparece, localmente improvisado, el gobierno democrático tradicional en las aldeas indias. Este gobierno maneja los problemas de la nueva comunidad lo mejor que puede. Todos los individuos varones votan en las elecciones para elegir a los funcionarios de la comunidad, y en las frecuentes asambleas públicas discuten sus necesidades. Pero en el Perú ese gobierno no existe, legalmente. Las comunidades locales del país son gobernadas por delegados del centro. He ahí un interesante ejemplo en la capital misma de la nación de dos sistemas de administración, uno legal y mestizo y centralmente dirigido, el otro democrático, indio y legalmente no existente.

Si los gobiernos latinoamericanos estuvieran verdaderamente dispuestos a organizar realmente una sociedad democrática, ahí había (y la hay todavía en muchos sitios) una buena base sustentada sobre la costumbre y el derecho popular tradicional. Pero ninguna administración política ha tomado nunca en cuenta tal posibilidad. La teoría del individualismo, y la costumbre de organizarlo todo desde arriba, ha hecho imposible, para todos los fines prácticos, dar cuerpo a los restos de prácticas y costumbres democráticas que todavía sobreviven en las comunidades indias. Estas comunidades, lo mis-

mo que la hacienda, en realidad no forman parte de la organización cívica del Estado. El gobierno es para ellas, si es que se las gobierna de algún modo, pero no es por ellas, indudablemente. Esto queda para las comunidades mestizas y negras no residentes en plantaciones o haciendas. Aquéllas estarán bajo la influencia de un sistema regional de poder que existe con independencia del gobierno central. El gobierno central estará representado por funcionarios nombrados por él, excepto en las regiones donde se celebran elecciones para los cargos del gobierno local. Donde hay elecciones, el gobierno central se las arreglará para ganarlas todas, incluso las locales, porque no puede permitir que la localidad escape a su dominio. Aún en México, no puede elegirse el gobernador de un Estado contra la voluntad del presidente o contra su oposición manifiesta. El gobernador del Estado tiene que ser amigo del presidente. Por lo demás, ningún gobernador subsistiría en el cargo si manifestara claramente que se oponía a la política de la administración o que no aceptaba la decisión relativa a quién había de ser el nuevo presidente. El gobernador que pudiera desafiar al presidente en esas materias, sería más fuerte que el presidente y acabaría echándolo del poder. No son estos, ciertamente, factores con los que puede organizarse un partido político independiente del ejecutivo.

Eso queda sólo para los grandes centros urbanos. Aquí la situación es más complicada. En muchos sitios los intereses locales más importantes son extranjeros, o lo son quizás las grandes haciendas, como en Trujillo, Perú, de suerte que la población urbana está en realidad dominada por la población rural, que dirige su vida política. Las grandes ciudades, como Sao Paulo, Lima, Santiago, son de desarrollo tan reciente, que el dominio efectivo aún está en manos de los viejos miembros oligárquicos dominados por fuertes lazos familiares a los que pertenece el gobierno. La oligarquía es un aspecto de la familia ampliada que se extiende por las regiones. Evidentemente, no proporciona una base efectiva para un sistema de partidos políticos. Quedan la clase media y los trabajadores, que realmente no han descubierto aún sus intereses ni su poder y dependen en tal grado del favor del gobierno, que un partido político formado con esos elementos o no es más que pura apariencia o se inspira en la panacea que se esconde en la aurora de una posible revolución. Pueden convertirse en ele-

mentos con los que se forme un partido, pero aún no ha llegado el momento en que eso suceda.

Aunque esos obstáculos en el camino de un sistema posible de partidos políticos parecen bastante formidables, no son sino parte de una organización social general que desalienta a los grupos particulares para participar en los asuntos públicos. Cuando se recuerda el gran papel que desempeñaron en la orientación de la política pública y el influjo que en ella ejercieron las organizaciones particulares en un país como la Gran Bretaña, desde la abolición de la esclavitud hasta la reforma parlamentaria, la promulgación de leyes protectoras del trabajo y la derrota del acuerdo Laval-Hoare sobre Etiopía, parece increíble que las organizaciones privadas casi no tengan papel en los asuntos públicos de la América Latina. Esta afirmación general puede unirse a la inexistencia de los miles de organizaciones particulares en todas las esferas sociales, en todas las comunidades y para todos los fines, que encuentran alguna forma de representación virtual en los clubs políticos locales que forman los partidos democrático y republicano, para apreciar la parquedad de la América Latina en los elementos necesarios para la aparición de un sistema de partidos políticos activos. No hay, indudablemente, base institucional para el poder político, y por lo tanto no hay manera de darle forma simbólica.

El presidente que asciende al poder no tiene la seguridad ni la fuerza que proporciona un partido político con hondas raíces en los miles de comunidades que forman la nación. Por eso tiene que ser el arquitecto de su propio poder. No tiene respaldo institucional a no ser el ejército, y en mil ocasiones se ha visto que no puede preverse la actitud del ejército. Puede apoyar al presidente hoy y volverse contra él mañana. Por eso el presidente tiene que rodearse de personas "de absoluta confianza", porque todo grupo que el presidente no domina es sospechoso, pues todo lo que él hace tiene complicaciones políticas. De hecho, la principal ocupación del presidente es la reparación de sus vallas políticas, porque tiene que dirigir las elecciones para el Congreso, decidir quiénes han de ser los gobernadores de los Estados, elegir a su sucesor, en resumen, tiene que hacerlo todo.

Esto vuelve a llevarnos a Fidel Castro. En los días en que estaba en la Sierra Maestra con un puñado de partidarios luchando para derribar el régimen de Batista, no tenía más

ambiciones, según informes de quienes mejor le conocían, que el restablecimiento de la libertad política en Cuba. Su tarea habría terminado cuando hubiera caído el dictador y ocupara el poder un nuevo gobierno democrático. Tanto él como sus amigos sabrían lo que había que hacer. Pero los latinoamericanos, como otras gentes, gozan viviendo en un mundo imaginario. Hablaban como si Cuba fuera una democracia con partidos políticos y elecciones, y como si el presidente fuera elegido por una mayoría del pueblo. Los hechos eran totalmente distintos. El presidente era un *caudillo* él mismo, o lo imponía un caudillo. El sucesor de Machado fue Batista, y los gobiernos intermedios fueron en gran parte hechuras suyas, y el sucesor de Batista es Fidel Castro.

No necesita ser elegido. No necesita un Congreso. Y no lo necesita porque su poder sería igualmente ilimitado después de una elección como antes de ella. Los que pasaban por partidos políticos han desaparecido, porque no eran partidos. Eran grupos de buscadores de empleos en demanda de un jefe que, llegando a presidente, autorizara la malversación de los fondos públicos para fines particulares. Castro no los necesita, y además se está esforzando por tener un gobierno honrado. No tiene necesidad de un partido político, porque el pueblo espera que él gobierne, que lo decida todo, que lo guíe, que imponga su voluntad a todos y cada uno de sus opositores. Si hace una revolución, eso es bueno porque él lo hace. Si no la hace, también será buena porque él no lo hace. No había, evidentemente, una demanda popular a favor de los cambios que está operando en Cuba, y las gentes que lo ayudaron en su lucha contra Batista no lo hacían con ese propósito.

No discuto los méritos de su programa. Eso es cosa que cae fuera del tema de este estudio. Esa clase de programa hubiera emanado de un Congreso popularmente elegido. De lo que se trata es de que el poder, el programa, la política, son personales. Castro es el poder ejecutivo, el legislativo y el judicial. Todo lo que él dice, es ley para el país. Cuando dice que hay que ejecutar a un individuo, se le ejecuta. Cuando lanza la idea de reducir las rentas en el 50%, se reducen. Gobierna por decreto: es decir, su propósito manifiesto es formalizado en un documento oficial y se ordena que se cumpla. Eso es lo que el pueblo quiere. Sabe que su gobierno es Fidel Castro. Sabe dónde buscar ayuda, a quién acudir, en nombre de quién respetar las leyes. No sólo eso. Fidel Castro

quiere que su poder reciba una sanción moral. Destruyó al tirano y ahora está dando al pueblo justicia y libertad. Mientras el pueblo crea que su intención es buena y sus propósitos proteger y ayudar al pueblo, seguirá siendo un héroe nacional, un verdadero príncipe restaurado en el gobierno con el poder de Dios. Es el rey vuelto de nuevo a su cargo. *Yo el rey* ha reaparecido.

Las dificultades empezarán si sus actos se hacen sospechosos de perseguir fines personales, y cuando eso ocurra. Cuando se haga desconfiado, arbitrario y tiránico. Cuando el pueblo lo tema y ya no confíe en él, si tal desgracia le ocurriera, se vería llevado a convertirse en un tirano, como le sucedió a Calles en México. Le parecerá que no puede resignar su poder, que no puede traspasarlo, que no puede abandonarlo. Si se hacen elecciones, tendrá que ganarlas su partido, y él gobernará como gobierna ahora. Su partido no podrá perder sin una revolución que primero venza a Fidel Castro. Pero esto no hará sino traer a la superficie la misma situación bajo una nueva jefatura. Nada habrá cambiado. Castro no puede traspasar su poder a nadie con o sin elecciones. Para poder traspasar su poder, tendría que haber subido al poder mediante un partido político con fuertes raíces en todas las comunidades, que lo hubiera elegido y pudiera haber elegido a otro cualquiera. El partido lo hubiera llevado al poder temporalmente, y cuando el plazo hubiero pasado, el poder pasaría a otro también temporalmente. Pero ese partido no existe, ni puede crearse de la noche a la mañana.

Si en su intento de democratizar a Cuba Fidel Castro traspasase y descentralizase el gobierno, diese a las provincias, ciudades y aldeas la facultad de gobernarse con autonomía, reformara el sistema tributario de suerte que los ingresos procedentes de esa fuente fuesen a manos de las más pequeñas unidades políticas, permitiera a las localidades elegir sus funcionarios sin intervenir en las elecciones, y les consintiera invertir su dinero como mejor les pareciera, interviniendo sólo cuando hubiera malversación y corrupción administrativa, y permitiera a los tribunales entender en los asuntos que implican infracciones de la ley, entonces habría hecho una importante aportación al desarrollo económico de Cuba. Pero ese tipo de programa lo despojaría en gran parte de su papel como jefe activo, sus partidarios no lo aprobarían y el pueblo mismo lo consideraría débil por permitir a otros hacer lo que es su propia obligación:

gobernarlo todo. Este es el dilema de la política latinoamericana, y reaparece en cada cambio de administración. La democracia requiere gobierno autónomo local y poderes locales independientes del centro y fuera de su alcance. La centralización requiere exactamente lo contrario: ningún poder local y nada fuera del alcance del jefe del ejecutivo. Lo que aún no está resuelto es cómo podrán los estadistas latinoamericanos que creen en la democracia proceder a aumentar el poder y la independencia locales sin minar al mismo tiempo su propia posición.

COMENTARIOS AL PROBLEMA DEL PODER

Por *Antonio PEYRI*

PARECERÁ atrevido que un biólogo trate un tema que pertenece de lleno a la Filosofía jurídica y social. Servirá de excusa para comentarlo lo que Wilhem Sauer, idealista alemán, dice en el prólogo de su libro: "escribo para el hombre culto el cual necesita una información al margen de la sistemática metafísica y de las ciencias puras, inasequibles para él, y que no obstante satisfagan su afán de saber sobre los fines del hombre en el mundo en que vive". Los no profesionales de la filosofía jurídica y social tropezamos a menudo con problemas que para los entendidos son de sobra conocidos pero que a nosotros nos es indispensable estudiar si queremos situarnos debidamente ante los conflictos que en el transcurso de la vida nos van llegando. El libro de Sauer, amplio y compacto, es una exposición clara de lo que son las Ciencias jurídicas, políticas, sociales, económicas. El propósito del autor es el reunir lo que la Filosofía, la Sociología, Derecho y Economía estudian cada una de por sí y que constituye la Teoría del Derecho, del Estado y de la Sociedad.

Sin duda que para la formación conceptual de estos problemas es preciso situarse dentro de alguna de las grandes direcciones filosóficas que los enfocan: idealismo lógico, filosofía de la cultura, sociología material, fenomenología, pragmatismo, etc., etc. Leí el libro de Sauer con el intento de consolidar mis concepciones políticas en un tiempo en que era necesario tomar actitudes mentales cuanto más sólidas mejor. No pienso hacer una exposición de lo que es el Poder; no sería de mi competencia. Me limitaré a unos comentarios y me servirá para ello de ayuda otro libro, el del filósofo neorrealista Bertrand Russell, escrito a finales de los años treintas, no muy conocido ni comentado que yo sepa: *Power. A New Analysis.* (Un nuevo análisis del Poder).

Es natural que un filósofo se interese por las realidades inmediatas, por la teoría y por lo que le enseña la experiencia sobre problemas de un tiempo como el nuestro tan intensamente conmocionado y lleno de acontecimientos. El libro fue escrito al margen de los problemas filosóficos que siempre había tratado y en una forma contundente que en pura filosofía no hubiera seguramente adoptado, dado el rigorismo de la disciplina filosófica en el enfoque y estudio de los problemas. Eran los momentos de apogeo del Estado totalitario de Alemania, Italia y España. Intentaré comentarlo teniendo en la mente el caso de mi país natal, Cataluña, ya que habiendo vivido muy intensamente en lo que va del siglo su acaecer político y convencido de cómo son diferentes las causas y las manifestaciones en los diferentes países y lo difícil que es llegar a formar un criterio exacto o aproximado en cada caso, será menos probable mi error en la interpretación del problema del Poder si me atengo a hechos bien conocidos por mí. Pienso además que tomar partido en cuestiones tan delicadas y contrapuestas sin un conocimiento y estudio profundo, por ejemplo de las rebeliones del Vietman, del Camerún o de Argelia, de Polonia o de Chipre, es de insensatos.

El problema del Poder es grave; vastísimo, en el orden teórico, en el problemático y en el casuístico. Tocaré nada más los puntos que me ha parecido tener un interés inmediato.

Bodenheimer en su obra "Teoría del Derecho" da una definición del Poder de orden sociológico: "El Poder es la capacidad de un individuo o grupo de realizar su voluntad". No hay que insistir en lo complejas y estimativas que son las concepciones de juristas, sociólogos y filósofos en la apreciación de la intimidad de los problemas del Estado y Poder, Derecho y Sociedad; y uno de tantos es de la voluntad colectiva, propia de toda ordenación social que siempre, más que unánime, no es sino aproximada y aun a menudo forzada. La voluntad colectiva, fuente única del Poder, viene a ser la afinidad o coincidencia de múltiples tendencias volitivas, especialmente en cuanto a los fines, según los filósofos, en cuanto a las manifestaciones de la cultura, según los sociólogos; las cuales, para estos últimos, son las motivaciones y expresión de la personalidad de la comunidad; una de ellas, la Nación.

El hombre es un ser social. Como tal le es forzoso adap-

tarse a la vida del grupo al que pertenece, bien sea por propia voluntad o por fuerza, creándose un estado psico-social de conciencia colectiva y participando, en forma activa o pasiva, en la vida del grupo. Pertenecer a un grupo implica deberes y obligaciones, las que representan la contribución de cada individuo a la vida de la comunidad, la cual exige su cumplimiento fijando ciertos límites a la voluntad individual. Estas obligaciones unas veces son agradables y otras son penosas. "Tal es el Poder del grupo y el deber de sus miembros", dice Lapierre en su libro *"Pouvoir Politique"*. Tal es el fenómeno social del Poder.

El Poder Político es el propio de las sociedades o agrupaciones humanas diferenciadas que viven en sinbiosis (comunidad de vida) y destinado a regirlas ejerciendo funciones la categoría de las cuales depende de la realidad histórico-social en el seno de la que se tenga de ejercer.

El impulso del Poder es variable, tanto en el hombre como en el grupo. Unos son pacíficos, otros son belicosos. Por ejemplo: "el afán agresivo de Castilla falta en Cataluña y Galicia", según Américo Castro, caso particular del instinto de agresividad del hombre que define Freud.

No es probable, a mi juicio, que la diferencia entre pacíficos y belicosos sea de causa temperamental. Es más probable que el papel principal lo juegue la lucha por la subsistencia. Si con ningún esfuerzo el individuo o grupo consigue subvenir a sus necesidades no se verá obligado a recurrir a la lucha, siempre desagradable, de salida aleatoria y de éxito dudoso para apropiarse de lo que le hace falta. Es bien sabido que las grandes migraciones prehistóricas fueron motivadas por la necesidad de sobrevivir. La causa de los imperios fue el deseo, insano, de gozar de una vida mejor y más fácil. El argumento del "espacio vital", como necesidad biológica, que esgrimió el Eje Roma-Berlín para poder edificar el enorme Poder que llegó a tener, es un buen ejemplo reciente. El dominio de Castilla y León sobre la periferia de la península ibérica es debido a que la Meseta Central no da para vivir.

Dicho en la terminología actual: los fenómenos del Poder político se aclaran haciendo un análisis económico, fácil de hacer ya que los fenómenos del Poder tienen hoy un cariz abiertamente económico que antes no tenían.

No creo que sea aplicable a las colectividades lo que para los individuos es la cualidad de reacción caracterológica la cual, según Adler y Agramonte, explicaría el impulso del Poder en el hombre, cualidades que en el tipo de hombre superior darían lugar al dominador y en el inferior al hombre pedante y al disciplinado, los dos necesarios para alcanzar el Poder. Estos dos tipos no se dan entre los catalanes probablemente porque el hambre (léase "La base trófica de la inteligencia" de Ramón Turró, 1912) no la han sentido hasta el extremo de verse obligados a adoptar formas violentas de reacción caracterológica. El hambre y el clima inhóspito serían los motivos fundamentales del impulso del Poder.

El impulso del Poder, como todos los impulsos, es elemental. No puede ser condicionado. Las condiciones y complejidades restan impulso al impulso. La Historia demuestra sobradamente mi aserto. Asimismo, haciendo una perífrasis, podría decirse que el impulso del Poder no significa inconsciencia sino, continuamos nosotros, un propósito, precisamente un propósito, elemental, lentamente elaborado que responde a un estado de conciencia.

Una vez en posesión del impulso, los campos de actuación son infinitos. La Historia está llena de estos que podríamos llamar hombres-fuerza. En nuestros días son ejemplos evidentes un Hitler, un Al Capone, un Francisco Franco, cada cual con diferentes vestiduras y motivaciones: un destino racial, una mafia, un carisma; los tres son contenido de validez universal, triunfan temporalmente, se aprovechan de momentos de crisis del mundo en que viven, duran lo que ésta dura y acaban cuando acaba la crisis. También hay hombres-fuerza constructivos y benefactores, afortunadamente. Unos y otros tienen impulso de Poder, de dominadores, como decíamos antes.

A sabiendas he desechado el calificativo de caudillos, que a veces se les da, por el confusionismo imperante en el término ya que a menudo es usado por los que se creen unos seres mágicos o sobrenaturales y por los tontos que esperan del caudillo la curación de sus males. *Stultorum infinitus est numerus.*

Contra la idea providencialista del caudillo, creo que los directores de los grandes movimientos sociales se aguantan en el Poder únicamente mientras reflejan el sentir de sus partidarios. No crean fuerza; sólo la manifiestan.

"El carácter de algunos hombres les lleva siempre a mandar; el de otros a obedecer". Al lado de los que mandan y de

los que obedecen, existen los que se apartan. La repugnancia a ser amo o a ser esclavos nos obliga a los demás a buscar un refugio mental aislándonos en el propio medio o un refugio físico, en la soledad eremítica o en el exilio que nos saque del asco del ambiente que nos tocó vivir.

Russel hace aplicación al caso Hitler de las formas del Poder que clasifica según la manera de influir sobre los individuos: la del Poder físico, del que es ejemplo el militar, la del Poder de atracción mediante recompensa o castigo y la del mito, y en este caso el Poder del caudillo.

También podríamos referirnos al Poder franquista adaptando las fetáforas esópicas de Russell: la del puerco, atado y gruñendo embarcado a la fuerza, la del asno, corriendo tras la zanahoria y la del borrego delantero de un rebaño que no sabe a donde lo llevan.

El hombre medio es ciertamente difícil que se substraiga a todas y a cada una de esas formas de Poder, ante las cuales no le quedan sino tres caminos a seguir: la rebelión, la sumisión y la huida.

No todo es desolación. Existe el Poder de la Ley y el coercitivo del Estado, aunque una y otra requieren un alto nivel de civilidad que no siempre se da en la sociedad actual, en la cual, por razones múltiples, como son, p. e., los períodos de gran decadencia, la Ley y el Estado caen en manos de hombres o de grupos que ejercen un poder despótico. Es en estos casos en los que la rebelión transformadora se hace casi imposible, puesto que los miembros de la comunidad han llegado a un grado tal de anulamiento o de envilecimiento que los hace incapaces de toda acción, individual o colectiva, salvadora.

Lo que a mi entender tiene de pragmático Russell le hace afirmar que la función específica del Poder no progresa al ritmo de la civilización. Discrepo. La función del Poder ha ido cambiando con el tiempo y ha mejorado. Actualmente el Poder despótico es una rareza y transitorio. En el mundo actual democrático, cada día más extendido y prevalente, incluidos los grandes imperios con todo y sus defectos, hay que admitir que son los hombres mejores los que llegan al Poder, a los que les es posible ejercer un Derecho justo. En cambio en países atrasados, como es España, la filosofía y la técnica del Poder son

el tótem y el cetro, correspondientes a lo que ya era la civilización en el neolítico.

El tipo de Poder en España es el que Russell denomina Poder desnudo *(Naked Power);* es decir, sin contar con la aquiescencia de los súbditos. La evidencia del Poder desnudo se manifiesta en el trato que da a los discrepantes y a los adversarios. para los que la única manifestación de sinoiquismo (comunidad de mansión) es el tolerarlos, mientras callan, y la falta absoluta de respeto a sus ideas; y a sus vidas, si los que mandan lo creen necesario.

Hay que hilar muy delgado en las concepciones del Poder. Todos los déspotas tienen su "justicia" y sus juristas, que les argumentan sus arbitrariedades repitiendo, conscientemente o no, la vieja doctrina de Tresímaco cuando decía: "la Justicia es el interés del más fuerte".; lo mismo que expone Lapierre, en la mencionada obra, cuando dice: "Cualquiera que disponga de fuerza o de prestigio reivindicará la posesión del Poder y mirará de arrebatarlo al que lo detente".

Véase pues si es grave el problema de la solidez moral y física de un Poder siempre expuesto a ser expulsado por un mito, una mafia, como decía antes, o inclusive por lo que Nietzsche llamaba "la bestia rubia"; véase cómo es serio el problema de su posesión y sostenimiento.

Con el Poder no se puede jugar ni es susceptible de probaturas. Es preferible sostenerlo firmemente con el soporte de una doctrina a andar con contemplaciones y a la aventura. El Poder requiere la voluntad del que lo detenta; no la de los demás. Cuando se ejerce la voluntad ajena no se tiene el Poder. Por esto también insisto en que no basta con que el que detenta el Poder lo quiera, lo diga, lo "legisle". La doctrina requiere una forma "Institucional" (escuela de Durkheim), una organización y normas jurídicas con el consenso de una colectividad que pueda reclamar unos derechos superiores que estén por encima del Poder *de Facto.*

El Poder desnudo lo comenta con peculiar ironía Anatole France en su obra *"L'ille des pingouins"*, y cuenta que en tiempos primitivos un hombre fuerte cargado con un garrote se acerca a un hombrecito que regaba su campo de lechugas y le dice: "tu campo es mío" y pegándole un garrotazo lo deja muerto. "Este asesinato y robo, dice France, es la guerra y la conquista, fundamentos sagrados del imperio y fuente de to-

das las virtudes y grandezas humanas. El Derecho de conquista es respetable porque es el único que se hace respetar".

He transcrito este párrafo de un humorismo pintoresco por ser una de las posibilidades del abuso del Poder, aunque no afecte a su esencia.

SIEMPRE ha sido motivo de preocupación el estudio de las diferentes salidas o modos de acabar con el déspota y con el Poder despótico. Francisco Suárez, el teólogo y filósofo de mayor categoría que ha tenido España, defiende un criterio que no creo pertinente exponer en este escrito, en el que coinciden Russell y muchos otros.

Creo difícil la salida a la actual forma del Poder en España. Haría falta una religión, un fanatismo dada la mentalidad española, con más o menos contenido doctrinal, y lo que se anuncia por ahora ya ha sido ensayado y ha fracasado. De aquí mi pesimismo en las futuras estructuras de España. Lo que hay que cambiar no es el Poder; es España. Más que una mística hace falta un impulso de Poder revolucionario. A grandes males, grandes remedios. Contentarse con paliativos es ir al fracaso. Las verdaderas revoluciones son las que han cambiado la estructura de la sociedad: la inglesa, la francesa, la rusa. Las que han contemporizado, pactado, cedido, no han servido para nada: así, p. e., la República de Weimar y la Segunda española. Se dirá que no hubo revolución. De acuerdo; si la hubiese habido no se habría llegado a los poderes despóticos que sucedieron a las dos repúblicas. Con la enorme fuerza de que dispone actualmente el Poder público derribar el déspota es una obra de gigantes; sin la Primera Guerra Mundial quién sabe si todavía mandarían los Romanoff; sin la Segunda, Hitler y Mussolini. ¿Habrá que esperar una tercera para derribar a los que quedan?

Entonces, ¿cuáles serán las posibilidades de los individuos o grupos discrepantes? ¿Qué esperanza les queda no ya a los hombres de acción sino a los que, como en "las revoluciones de 1688 y 1776, fueron realizadas por hombres imbuidos de un profundo respeto a la Ley"?

EL sentimiento mundial acerca de la Cultura como uno de los valores supremos va siendo la causa de que cada día sean

menos indispensables los tópicos que han movido hasta el presente a las colectividades (fanatismo, idolatría, religiones, adoración al caudillo, al héroe, el orgullo nacional, una bandera, un himno), sentimientos y estímulos que van perdiendo prestigio y son substituidos por estados de opinión, juicios de cultura, amplios problemas de un contenido humano imperativo, los cuales se van inculcando en los espíritus libres y cultivados, especialmente en la juventud, carente de prejuicios, más sensible, más modelable y a la que toca el decidir en un próximo futuro. Todo esto de "necesidades históricas", "destino histórico", etc. son conceptos y frases repetidas *ad nauseam* que durarán mientras van fraguando nuevas fórmulas de vida, en una calma aparente que no expresa la realidad.

"Los seres humanos sacan provecho a la vida en comunidad pero sus deseos siguen siendo individuales. De aquí la dificultad de la vida social", dice Russell. Seguimos nosotros: los grupos nacionales claramente diferenciados, sometidos a un Poder exótico, se han ido adaptando al modo de vivir que les ha sido impuesto y han llegado a creer que éste es su modo habitual y normal. Nada tiene esto de extraño. No es posible que el espíritu humano viva en constante rebelión; la rebelión lleva al cansancio, éste a la entrega, a la aceptación del mandato. El proceso inverso es más laborioso: el mandato debe ser repulsivo, la repulsión engendra la protesta, ésta la acción; todo un proceso mental en el que será medido el provecho inmediato, cómodo, de un menor esfuerzo, contra una compensación remota, un anhelo de orden superior, un valor, y como tal imponderable. Esta es la situación de los individuos de los países sometidos. Su ceguera y sordera no tiene otra explicación que el encontrar un cierto provecho a la vida en común, sin reflexionar que están pagando carísimo las necesidades y propósitos de la vida colectiva que no tan sólo no es la suya, sino que satisface intereses que no son los suyos.

Llega un día en que es forzoso escoger. La elección en períodos pre-revolucionarios, como parece ser el actual, y en plena revolución es cuestión de matices. Peligros los hay en los dos bandos, en la revuelta y en la contrarrevolución. "La revolución ocupa un lugar prominente en la vida social. Sin revolución la humanidad se estacionaría".

En el dilema de orden ético de obediencia a la Ley, necesaria a toda comunidad, o de rebelión a su cumplimiento, las razones para rebelarse han de ser muy poderosas. "La supre-

macía de los valores éticos hace que en muchos casos la revolución esté justificada" ("Autoridad e individuo", Russell). Y cuando los medios jurídicos para establecer un Derecho justo (valga el pleonasmo) se han agotado, la rebelión contra el Poder constituido es el único camino que le queda a la comunidad sometida. (Esta afirmación la deduzco de las notas que tomé en la conferencia sobre "desarrollo dialáctico de la idea jurídica", octava del cursillo sobre Definición del Derecho que profesó en el Colegio Nacional de México, en 1959, el jurista y pedagogo mexicano García Maynez).

Las comunidades que quieran el Poder deben tener bien presente que cuanto mayor sea la cohesión social del grupo tanto más fácilmente conseguirán el Poder.

La doctrina nacionalista hasta el presente preferentemente platónica, basada en el liberalismo del novecientos con su afán de respetar no sólo al individuo sino a la colectividad, es absolutamente indispensable que recalque la necesidad de alcanzar el Poder para la Nación. Al historicismo jurídico de los precursores del nacionalismo hay que sobreponer el positivismo fenomenológico del vivir del mundo actual. El nacionalismo se concibe y lo defino como el fenómeno social que tiene como único objetivo alcanzar el Poder de la Nación por los propios nacionales. Alcanzado el Poder, sin necesidad de ningún "ismo" la nación (y nación significa Cultura y, según Sauer, "en último término toda Cultura es nacional") la nación, decimos, marcha sola.

Aceptar y partir de la omnipotencia de un Poder que no es el nacional, como es el del Estado cuando éste no es el Estado-Nación, y este es el caso del Estado Español, implica la sumisión del grupo nacional discrepante a un Poder ajeno en el cual le será imposible llevar a término su voluntad.

Está muy generalizada la opinión de la necesidad del Poder, pero son muchos a quienes no interesa. Son los que no se hacen cargo que el Poder es un fenómeno implícito en la estructura de la sociedad, de su sociedad. Habituados los países sometidos a ejercer con limitaciones ciertas formas de Poder, y el Poder en sí no es susceptible de limitaciones, enajenados, de grado o por fuerza, del Poder Político, deben proponerse los medios y aprovechar las circunstancias y oportunidades para lograr el Poder político de la nación, de su nación. Cualquier

restricción a esta voluntad es biológicamente nefasta, hostil a su propia vida. Si los Sinn Fein no hubiesen aprovechado las enormes dificultades de Inglaterra durante la Primera guerra mundial quién sabe si a estas horas serían independientes.

Ejercer el Poder significa capacidad política y ésta es, en teoría, una facultad inherente a las nacionalidades, las cuales poseen el Derecho de regirse. Es imposible prever y prejuzgar cómo será ejercido este Poder, así como su duración y su fin. Todas las variantes son posibles al respecto y los ejemplos en el pasado son infinitos, desde las comunidades tribales hasta las Confederaciones del mundo actual. España, p. e., va en descenso desde 1588; y replicando al filósofo Ferrater Mora podríamos decir que "fue y ha dejado de ser".

Corolario: es preciso que los grupos humanos que deseen el Poder se planteen seriamente si están dispuesto a seguir el camino para alcanzarlo. La sangre de los Hidalgos y Morelos, de los estudiantes de Yara y de los Rizales, de los Companys y Carrascos, y de cientos y miles, ha llenado los caminos del irredentismo social, nacional y humano.

BERGSON Y EL INSTANTE*

Por *Luis ABAD CARRETERO*

MIENTRAS que para Bergson entre materia y percepción no hay más que una diferencia de grado y no de naturaleza, o sea, que sólo la memoria separa a la percepción de la materia, lo cual revela un idealismo, si no fuera un puro misticismo; en cambio en nosotros, la diferencia entre materia y psique es radical, siendo ésta fundamentalmente querer.

Ahora bien, para nosotros la materia es independiente de lo psíquico, no habiendo tránsito de homogeneidad posible entre ambos por ser de diferente naturaleza, ya que el espacio y el tiempo en la materia son distintos a los que se manifiestan en la psique. En ésta el tiempo es sucesión de decisiones y el espacio se interpreta sobre la base de distancias y niveles que van del pasado y del futuro al presente, no pudiendo aplicárseles la medida matemática, sino sólo el análisis psicológico; en cambio el espacio y el tiempo inherentes a la materia son calculables matemáticamente, porque en ellos no hay más que conjunto de fenómenos, que son apreciados cuando el querer del sujeto constituye un presente en él. Además, si el hombre ha creado todo lo que existe, hay algo cuya paternidad no le puede pertenecer de ningún modo, y ello es la materia y sus formas; porque la materia tiene formas, por sí, que son independientes del querer del sujeto, aunque su realidad sólo aparezcan mediante éste.

Dice Eggenspieler en su libro *Duración e Instante* (Librairie Philosophique J. Vrin. París. 1933): "Bergson no llega a la concepción del instante y por lo tanto le queda oculta la inteligibilidad metafísica de la substancia" (p. 61). Nosotros decimos que Bergson no llega sencillamente a la concepción del acto humano, porque él se apoya en la percepción, en la inteligencia. Por eso él distingue dos clases de memoria, mien-

* Cap. IX, apart. 7 del libro *Vida y Sentido*, que aparecerá próximamente en el Fondo de Cultura Económica.

tras que para nosotros sólo hay una. Aquí radica precisamente la diferencia entre Bergson y nosotros, lo cual es más fundamental de lo que parece a primera vista. Y por ser éste punto muy importante vamos a reproducir el siguiente párrafo de *Materia y Memoria* (Ed. 28. P. U. de F. París. 1934): "Hay dos memorias profundamente distintas: la una, fijada en el organismo, no es otra cosa que el conjunto de los mecanismos, inteligentemente montados que aseguran una réplica conveniente a las diversas interpelaciones posibles. Ella hace que nos adaptemos a la situación presente, y que las acciones sufridas por nosotros se prolonguen por sí mismas en reacciones, realizadas o nacientes, pero siempre más o menos apropiadas. Hábito más bien que memoria, representa nuestra experiencia pasada, pero no evoca su imagen. La otra es la verdadera memoria. Coextensiva a la conciencia, retiene y alinea nuestros estados a medida que se producen, dejando a cada hecho su lugar y por consiguiente marcándole su fecha, moviéndose realmente en el pasado definitivo, y no como la primera, en un presente que recomienza sin cesar" (p. 164).

Aquí tenemos perfectamente distinguidos los dos ámbitos psíquicos que corresponden respectivamente a la "visciencia" y a la conciencia, de que hemos hablado en dos apartados anteriores respectivamente. Sólo que Bergson da el nombre de memoria también a la primera, pero nosotros de ninguna manera podemos aceptar tal pseudomemoria, porque la "visciencia" no utiliza el tiempo y el espacio para afirmarse, sino que por la sensación y la imagen, el hábito, la emoción y el "concepto volitivo", así como sobre todo por el querer del sujeto, llega a la consecución del sentido, el cual es completamente ajeno a los designios de Bergson.

En cambio la segunda memoria, de acuerdo con Bergson, es la auténtica, porque ella nos da el objeto dentro del espacio y el tiempo. Pero sucede que por no hacer la distinción que nosotros hacemos, Bergson confunde la materia con el propio espíritu, ya que como antes dijimos, entre ambos no establece más que una diferencia de grado y no de naturaleza. Por eso, como dice Eggenspieler, Bergson no concibe el instante, y nosotros añadimos, ni lo que en él se hace. Detengámonos aún más para aclarar este punto.

Si nosotros nos fijamos, veremos en Bergson que el presente apenas cuenta y si se nos aprieta, tampoco el futuro. El sistema bergsoniano está hecho sobre la base del pasado, es

percepción tras percepción, que se deslizan sobre el continuo devenir del impulso vital. Pero Bergson considera el instante físico, el que suministra la materia y la ciencia y traduce la percepción; mas en cambio hace dejación del devenir psíquico de los actos, que se da en los instantes, a los que impulsa el querer.

Veamos esta otra frase de Bergson: "Definís arbitrariamente el presente *lo que es,* en tanto que el presente es simplemente *lo que se hace.* Nada es menos que el momento presente, si entendéis por él ese límite indivisible que separa el pasado del porvenir" (o. c. p. 162). En ese *si* condicional se está entreviendo que Bergson ve la realidad del presente, del *externo* pero apenas entrevé el presente *interno,* que es precisamente el del acto, en el cual nos liberamos del pasado y del futuro, que son recuerdos, para afirmarnos sin ellos con el querer en el instante.

Bergson se va unas veces hacia las ilimitadas regiones del impulso vital y por lo mismo huye del presente; pero hay también otras en que, espíritu de gran poder analítico a pesar de su misticismo, se detiene en el presente y no en lo concreto. Así, por ejemplo, nos dice en *El Pensamiento y el Movimiento* (Ed. 22. P. U. de F. París. 1946): "Un empirismo verdadero es el que se propone rodear tan cerca como sea posible el original mismo, de profundizar la vida en él, y por una especie de *auscultación espiritual,* sentir en él palpitar su alma; y este empirismo verdadero es la verdadera metafísica" (p. 196). Por eso él se reafirma con frecuencia en que hemos de partir de la acción y de las sensaciones.

Bergson sigue destacando el presente, como lo hace en esta frase: "Pero nuestro interés práctico es separar, o al menos no aceptar más que lo que puede aclarar y completar más o menos útilmente la situación presente" (o. c. p. 152). Pero si se dijera a Bergson que habría que conquistar este presente por medio del querer, es decir, por un "impulso vital" que habría de tomar la forma del querer, y que no es precisamente la percepción, no rechazaría abiertamente. Pero el mismo Bergson nos dice, sin que dé toda la importancia que su pensamiento merece, esta frase: "En una palabra, nuestro presente cae en el pasado cuando cesamos de atribuirle un interés actual" (o. c. p. 169). Exactamente: "un interés actual". En esa frase puede condensarse toda una doctrina que comprendiendo el

"impulso vital" bergsoniano y sin coincidir con ella, pretende abrirse paso hacia otros horizontes.

Porque véase que el "interés actual" es el querer en el instante, el cual puede extenderse o restringirse, dependiendo ello de la situación vital ante la cual se halla el sujeto. Y ese interés, ese querer, nos pone ante la vida, no ante la de la materia y la naturaleza, sino ante la de los hombres. Y en esa vida, similar a la nuestra, aparece una cadena de sentidos, que son precisamente los que hacen que nos relacionemos unos con otros. Pero claro, no era éste el punto de vista de Bergson y no podía seguir tal camino, ya que el suyo era el de la duración como devenir vital y la intuición como método para captarla.

Lucha Bergson entre la percepción, en la que entra lo que él considera la verdadera memoria, y el acto presente en que hay una serie de operaciones simultáneas, a las que nosotros hemos aludido en diferentes ocasiones de modo fundamental, y que son las que caracterizan el acto en el instante. Pero Bergson no puede llegar a ver claro este punto tan decisivo, por la noción que tiene del movimiento y de la intuición. El movimiento se capta, según él, por la intuición; pero en realidad no es el movimiento lo que se capta, sino los objetos que nosotros convertimos en tales por nuestras decisiones. Bergson aplica aquí la percepción, la inteligencia, y con ellas interrumpe el continuo devenir; pero no distingue dos maneras de interrumpir el continuo del devenir, aunque él nos hable de dos memorias, de dos procesos distintos. En efecto, hay el devenir psíquico, que se interrumpe en el instante por el querer; es decir, que en el instante del acto es el querer quien obra para hacer los actos de la vida ordinaria. Ese proceso es el que él hace coincidir con la primera memoria. Y hay otra interrupción, que es la producida por el pensar, mediante la cual se verifica la decisión para hacer el acto, posterior, siguiente, mediato. Este acto es el correspondiente a la segunda memoria, a la percepción bergsoniana. Aquí hacemos un juicio, el que apunta al acto del futuro, que es por ahora hipotético, por no corresponder a este presente en que estamos viviendo, el cual, perteneciendo a la primera memoria, a lo que nosotros llamamos la "visciencia", hemos de afirmar o negar radicalmente con nuestro querer.

Como se ve se trata de dos operaciones totalmente distintas, que Bergson separa por las dos clases de memorias, y nosotros separamos llamando a la primera, no memoria, sino

"visciencia", que es nuestra zona vital por excelencia. La segunda, es la que se apoya en el pasado, siendo la verdadera memoria, y apunta hacia el futuro saltando insensible hacia el futuro previsto en el ámbito de la conciencia. Aquí, repetimos, está montado todo el edificio de la teoría bergsoniana; en cambio el nuestro, sin dejar de reconocer, naturalmente, el valor de la percepción y el de la conciencia, damos singular relieve a la "visciencia", porque en ella se alojan el querer y el sentido, que nos ponen en estrecha relación con el vivir, no con el de la materia, sino con el de los actos humanos.

Tiene razón Bergson en que la duración es lo absoluto, en que no se puede descomponer, pero si no fuera por el querer y la "visciencia" todos los actos vitales, humanos, serían imposibles de llevar a efecto. Si Bergson ha distinguido dos clases de tiempo, uno objetivo y otro subjetivo, y dos clases de memoria, una que se apoya en la percepción y otra que lo hace en la sensación y la imagen, ha dado en la primera la máxima importancia a todo lo que afecta a la naturaleza y a la ciencia y sobre todo a la duración y a la intuición; pero se le ha escapado de las manos el vivir cuotidiano, el de los instantes, el del querer, que es el del amor y el odio, el del placer y el dolor, que es el verdadero, el realmente vital.

Bergson se detiene en el continuo fluir de la naturaleza y del espíritu, pero no en nuestro actuar. En realidad el vivir psíquico es una sucesión de límites y de reposos, de actos que se hacen discontinuos por el querer concreto. Y si no fuera así, si no existieran los cortes, uno separando el pasado, otro el futuro, el acto, que es el hecho por el querer en el instante, no podría realizarse. No es extraño que Bergson por ello nos diga en *La Evolución Creadora* que "la inteligencia no se representa claramente más que lo discontinuo... Nuestra inteligencia no se representa claramente más que la inmovilidad" (p. 154). Pero no es realmente la inteligencia quien hace eso, sino el querer. Bergson lo *intuye,* entrevé el querer, pero no llega a darle toda la personalidad que tiene. Hay veces en que supone que el sujeto se inclina al acto por medio del querer, como se ve en nuestra cita anterior, pero lo veremos sobre todo en el párrafo siguiente: "Para que nuestra conciencia coincidiese con algo de su principio, sería preciso que volviéndose e inclinándose sobre sí misma, la facultad de *ver* se fundiese con el acto del *querer.* Esfuerzo doloroso, que podemos hacer bruscamente violentando la naturaleza, pero no sostener más

allá de algunos instantes...; pero el puro querer, la corriente que atraviesa esta materia comunicándole la vida, es cosa que apenas sentimos, que a lo más rozamos al pasar" (o. c. p. 238).

He aquí cómo el querer, que es lo vital por excelencia, lo que nos mueve para realizar el acto con sentido, se convierte para Bergson en algo casi accidental, de pasada, no siendo casi objeto de su atención, o a lo más como un hábito o una pseudo-memoria. Lo ve, pero lo abandona una vez entrevisto, como acabamos de ver en las dos clases de memoria que ha distinguido; sin darse cuenta de que eso que él llama hábito o acaso imagen, y que nosotros alojamos en la zona de la "visciencia", es lo más fundamental del hombre desde un punto de vista auténticamente vital.

El querer apoya y realiza el acto y le da sentido, en cambio la intuición sigue lo absoluto del movimiento vital. Bergson cree eso más posible que lo otro. Es decir, para él, seguir las incidencias de la inteligencia, del pensamiento, de la razón, de la percepción en una palabra, lo cree más hacedero e inmediato; en cambio lo que se dirige al afecto, a la emoción, al querer, tiene menos importancia para él. Por eso nos dice: "La dialéctica es necesaria para poner la intuición a prueba, necesaria también para que la intuición se refracte en conceptos y se propague a otros hombres; pero ella no hace muy a menudo más que desenvolver el resultado de esta intuición que la sobrepasa" (o. c. p. 239). Aquí se ve que la intuición para Bergson cubre todo el ámbito del espíritu, anulando el poder del área más rica de éste, que es el querer, y que es quien realmente impulsa nuestros actos. Y cree Bergson que la limitación de la percepción es lo que impide alcanzar la intuición, pero supone "que si la intuición pudiese prolongarse más allá de algunos instantes, no aseguraría solamente el acuerdo del filósofo con su propio pensamiento, sino aun el de todos los filósofos entre sí" (o. c. p. 239). Y Bergson cree que la intuición es la medida de lo absoluto y concibe la posibilidad, como acabamos de ver, de establecer una filosofía que abarque a todas las demás. Pero, repetimos, el querer, que es lo que ciertamente crea y sostiene al acto, ese no adquiere relieve a sus ojos. Y es que el hombre no es infinitud, ilimitación, sino por el contrario plazo y límite, lo cual reside precisamente en la determinación del acto, en su concreción. Por eso siempre hemos dicho que es preciso partir del aquí, del instante y el ahora, del momento presente en el cual nos decidimos, el del

acto, si queremos no extraviarnos entre los incontenibles impulsos, poniéndonos así de acuerdo con nuestra naturaleza, que reside en nuestro querer principalmente.

Nosotros nos preguntamos a veces de dónde proviene el querer, lo mismo que Bergson se interrogaba acerca del origen del impulso vital. El instinto y la inteligencia, según él, participan de la intuición, habiendo debido ésta degradarse para hacerse instinto, y estando la inteligencia aureolada de intuición. O sea, que el impulso vital lo mueve todo, siendo de la misma especie que la conciencia.

Para nosotros el querer es también impulso vital, pero no es de la misma especie que la conciencia, sino, como más arriba dijimos, de la "visciencia". El querer se caracteriza por el sentido y el impulso vital mueve lo mismo la conciencia que la "visciencia", pero mientras que ésta culmina en el sentido, aquélla lo hace en el juicio. Sentido y juicio son, pues, los dos medios de que el hombre dispone para atacar los actos, sirviéndole el juicio para dirigirse hacia las de la cultura y la ciencia, y el sentido hacia los de la vida. De modo es que la "visciencia", aunque conserve su experiencia original de juicios vitales anteriores, es quien produce por medio del querer el sentido de la situación vital ante la cual se halle el sujeto en cada instante. Porque la conciencia produce el juicio relativo a cada instante con el pensar, que se proyecta hacia el futuro, para preparar un acto esperado, que también recibe un sentido provisional del querer en el momento en que "mentalmente" lo produce; pero el acto real, que ya no es cultura ni ciencia, sino vida, es el que se hace cuando se cortan las amarras con el pasado y el futuro, cuando no se apoya en los recuerdos.

Para que se vea cómo Bergson pretende ir siempre de la percepción a la materia, salvando los actos propiamente humanos y pasando por instantes "ideales", vamos a reproducir el siguiente largo párrafo de su libro *Materia y Memoria*: "Pero si nuestra hipótesis es fundada, se ve fácilmente cómo percepción y materia se distinguen y cómo coinciden. La hetereogeneidad cualitativa de nuestras percepciones sucesivas del universo se apoya en que cada una de estas percepciones se extiende sobre un cierto espesor de duración, en que la memoria condensa una enorme multiplicidad de conmociones que nos aparecen todas juntas, aunque sucesivas. Bastaría dividir idealmente este espesor indiviso del tiempo, de distinguir en él la multiplicidad querida de momentos, de eliminar toda memo-

ria en una palabra, para pasar de la percepción a la materia, del sujeto al objeto" (p. 72). Es decir, que para Bergson el acto se hace sobre la base de la percepción, del pensar, del recuerdo, y aparte de esto es la materia la que alcanza el máximo nivel; o sea, que el querer, las imágenes, las reminiscencias, los hábitos, los esquemas, los símbolos y los sentidos no llegan a adquirir en él relieve destacado, aunque de vez en cuando los mencione.

Por lo tanto la filosofía del instante, aun teniendo coincidencias con la de Bergson, en cuanto considera la duración continua que yace en todo el devenir vital, aprecia en más, lo que Bergson destaca en menos: el instante, el querer y el sentido, coordenadas que forman un sistema vital, que nos sirve realmente de orientación a todos.

Bergson, ya lo dijimos anteriormente, no distingue el instante psíquico del físico o del matemático. El considera que los matemáticos y los filósofos científicos distinguen un instante de otro; pero les reprocha que al pretender comparar materia y percepción no se dan cuenta de la transferencia de la materia al espíritu. Mas el reproche que él les hace, también se lo podríamos hacer nosotros a él, porque al quedarse en la percepción, en la memoria, y afirmar con el impulso y la intuición el devenir vital, anula o empequeñece lo más fundamental y caluroso que posee el hombre, que es su querer y el sentido que con él proyecta para captar las situaciones vitales, no las de la materia, sino las humanas, las vulgares que todos los hombres realizamos instante tras instante.

Presencia del Pasado

VALOR HISTÓRICO DE LOS CÓDICES MIXTECOS

Por *Alfonso CASO*

El valor histórico de estos manuscritos radica, en primer lugar, en la posibilidad que tenían los escribas mixtecos de utilizar un sistema glífico, en parte iconográfico y posiblemente también fonético, que les permitía consignar los acontecimientos más importantes en los que intervenían sus príncipes.

En segundo lugar, debemos mencionar la existencia de un cómputo de tiempo debidamente formalizado, que les permitía consignar exactamente cuándo había ocurrido un acontecimiento, marcando el año y el día. No estamos seguros si utilizaban también signos para el mes, pero parece muy probable.

En tercer lugar, refuerza el valor histórico de los códices mixtecos, el que en varios de ellos encontramos el mismo hecho relatado independientemente, a veces usando un tipo de escritura bastante diferente aunque siempre dentro del tipo general de escritura que existía en la Mixteca, y según creo, en otros lugares circunvecinos.

Por último, el valor histórico de los códices queda reafirmado po rel hecho de que el sistema de escritura se continuó después de la Conquista y, en consecuencia, tenemos varios documentos en los que aparecen consignados acontecimientos históricos escritos con glifos y en mixteco o en español.

Analicemos estos cuatro argumentos que demuestran el valor histórico de los códices mixtecos.

La escritura Mixteca

Este tipo de escritura es sin duda derivada de otros estilos anteriores de los que desgraciadamente no nos quedan manuscritos, pero sabemos que existían porque se han descubierto

pinturas murales, vasijas y utensilios con glifos y sobre todo, inscripciones en piedra, que confirman la existencia de esos sistemas de escritura en varios lugares de Mesoamérica.

Desde el horizonte que llamamos *Formativo,* antes del *Clásico* en el primer milenio antes de Cristo, ya se puede comprobar la existencia de una verdadera escritura en Mesoamérica. Por ejemplo existe desde la época Monte Albán I, en Oaxaca,[1] en Tres Zapotes, Veracruz,[2] y en Guatemala.[3]

A partir de este horizonte *Formativo,* durante el *Horizonte Clásico,* abundan los ejemplos de la existencia de una escritura en parte ideográfica y en parte fonética, entre teotihuacanos,[4] mayas y zapotecas, y más tarde en el horizonte que hemos llamado *Tolteca,* y que otros llaman *Postcliásico,* se puede demostrar que existe la escritura prácticamente en toda Mesoamérica.

La escritura mixteca nos aparece enraizada en las que ya se encuentran en horizontes más antiguos como lo hemos dicho en otro lugar,[5] pero es conocida principalmente, por ser más abundante precisamente en el *Horizonte Tolteca,* en la cultura que llamamos *Mixteca-Puebla* a la que pertenecen la mayor parte de los manuscritos prehispánicos que han llegado hasta nosotros.

Como hemos dicho, esta escritura es en parte representativa o iconográfica. Los dioses aparecen representados con sus atributos característicos. Para representar a un hombre o a una mujer, se les pinta con sus diversos atributos, sus vestidos, sus adornos, etc., aunque no parece que en ningún caso se hubiera tratado de hacer un retrato del personaje. Solamente la edad y el sexo quedan representados. Por la edad se distinguen el niño, el hombre y el viejo. Los individuos están representados con sus joyas e insignias y a veces, cuando no se trata de personajes reales, se indican las profesiones por características del atavío: sacerdotes, capitanes, comerciantes y plebeyos.

También los edificios están representados en forma realista, aunque simplificados, y lo mismo aparecen representados los animales, las plantas y los utensilios.

---

1 CASO, 1947.
2 STIRLING, 1943.
3 LEHMANN, 1926.
4 CASO, 1937.
5 CASO, 1956.

En forma ideográfica, es decir por símbolos, aparecen representados tales conceptos como el año, los días y quizá los meses; las ciudades indicadas por cerros, los ríos y lagos por vasijas con agua; el sol, la luna y las estrellas por símbolos especiales.

Creemos haber descubierto, y poder comprobar con ejemplos, que la escritura de nombres de personas y de toponímicos era en gran parte fonética, como sucedía también en la escritura azteca. Citaremos uno de estos ejemplos.

El pueblo de *Teozacoalco* también llamado *Hueyzacoalco,* significa en náhuatl "Gran cimiento". Este pueblo se llama en mixteco *Chiyocanu; chiyo* quiere decir "cimiento" y *canu* significa "grande" o "doblar", pero como habría sido muy difícil glíficamente extresar "grande", entonces se expresa el glifo toponímico, de *Teozacoalco,* con un hombrecillo que dobla un cimiento.

Con este mismo procedimiento se expresaban los sobrenombres de los personajes, pues los nombres eran los de los días del calendario en que nacían, así se tratara de hombres o mujeres. Por ejemplo uno de los más famosos reyes de *Tilantongo* se llamaba "8 Venado", pues había nacido en un día que tenía este nombre en el calendario ritual, pero su sobrenombre era "Garra de tigre" que en este caso se expresaba iconográficamente, pintando una garra.

La mayor parte de los códices mixtecos que han llegado hasta nosotros, tienen un propósito principalmente genealógico. Se dice el nombre y sobrenombre del rey, el año en que nació, quiénes eran sus padres y dónde reinaban, indicando frecuentemente la fecha del matrimonio; se mencionan también sus hermanos y hermanas, y a veces se indica con quiénes se casaron y de dónde eran los maridos y mujeres de estos hermanos. Se dice cuáles fueron sus esposas y los hijos, que tuvo con cada una de ellas; de dónde venían y quienes eran sus padres. Frecuentemente se citan algunas de sus hazañas y se dice el día y el año de su muerte.

Otros códices no son puramente genealógicos sino históricos y nos cuentan la vida de uno o varios reyes. Otros relatan peregrinaciones y, probablemente en el anverso del Vindobonensis, tenemos un códice ritual.

El Calendario Mixteco

NATURALMENTE es imposible relatar una historia o una genealogía que abarca 8 siglos sin que exista un cómputo calendárico perfectamente formalizado y aceptado por un numeroso grupo de pueblos.

Tal era el caso de la Mixteca. Lo mismo que en la escritura, en el cómputo calendárico, los mixtecos eran los herederos de otros pueblos que antes habían usado un cómputo semejante. Las bases de este cómputo, eran comunes a todos los pueblos de Mesoamérica y lo habían sido desde el *Horizonte Formativo* por lo menos.

Consistía fundamentalmente en la combinación de dos calendarios. Uno ritual, de 260 días, formado por la combinación de 20 signos y 13 numerales, y otro el año de 365 días, formado por 18 veintenas o "meses", más cinco días sobrantes. La combinación de ambos cómputos daba el ciclo de 52 años.

Que el cómputo era el mismo en varias ciudades y que su coincidencia era día a día, se demuestra porque en manuscritos que proceden de distintas ciudades se cita generalmente el mismo acontecimiento como ocurriendo el mismo día y el mismo año.

En una piedra que se encuentra empotrada en el convento de Cuilapan, está la representación de dos años mixtecos. Hay dos días junto con uno de esos años y un día con el otro; pero con cada uno hay un símbolo que pudiera interpretarse como el de un mes. Refuerza esta suposición el hecho de que uno de esos símbolos es una bandera decorada con fajas transversales, y precisamente una bandera decorada de ese modo es el símbolo del mes azteca *Panquetzaliztli.*

En otros manuscritos, especialmente en el anverso del códice Vindobonensis, también aparecen glifos que quizá representan meses.

Pero lo más importante es que hay dos documentos; una joya de oro y un códice, en los que parece que se menciona una corrección calendárica, estableciendo una correlación entre un viejo sistema, estilo zapoteco y el nuevo sistema, estilo mixteco,[6] lo que indica la antigüedad del cómputo, pues sabemos que los sistemas calendáricos no se modifican fácilmente, ni son frecuentes dichas modificaciones.

---

[6] CASO, 1956.

Los mixtecos tenían entonces un sistema calendárico que les permitía ordenar en el tiempo los acontecimientos cuya memoria deseaban conservar, bien sea por un interés sucesorio, cuando se trataba de genealogías, o por un interés nacional o histórico.

Concordancias en varios manuscritos

HAN llegado hasta nosotros algunos códices que relatan la genealogía o genealogías de un solo lugar, aunque haciendo constantes referencias a otros lugares; también se han conservado manuscritos de un carácter más general, en los que están contenidas y explicadas, con el mayor detalle, las genealogías de varios principados mixtecos.

Como ejemplo de los primeros, tenemos el códice Selden II, que relata la genealogía de un lugar que, siguiendo a Spinden,[7] llamamos *Montaña que escupe* o el Becker II,[8] que relata la genealogía de un lugar desconocido, o el reverso del Vindobonensis que menciona la genealogía de Tilantongo.[9]

Como ejemplos de los segundos, tenemos el anverso del Zouche-Nuttall, que nos da noticias no sólo genealógicas sino históricas de varios lugares, y sobre todo el códice Bodley que nos hace retroceder hasta el año de 692 de Cristo[10] y contiene noticias de múltiples ciudades.

Ahora bien, los datos que proporciona uno de estos manuscritos por ejemplo el reverso del Vindobonensis, se pueden corroborar con los que se encuentran en los otros, por ejemplo el Zouche-Nuttall y el Bodley, de tal modo que tenemos realmente tres fuentes que nos cuentan la misma historia, y a veces otras pinturas de importancia secundaria, como el códice Colombino y el Becker I, añaden datos que comprueban lo que nos dicen esos manuscritos.

Es más, esta concordancia no es tan completa que nos hiciera sospechar que unos códices son copia de otros. Hay discrepancias, a veces importantes, que si nos garantizan por una parte que no se trata de copias, también a veces nos dejan en la duda de cuál sea la verdad.

---

7 SPINDEN, 1935.
8 NOWOTNY, 1957.
9 CASO, 1950.
10 CASO, 1956.

Algunas veces se trata no de discrepancias sino de simples variantes; por ejemplo, en el nombre de un personaje; otras veces vería el día o el año del acontecimiento, pero otras, por fortuna poco numerosas, nos dejan en la duda sobre el acontecimiento mismo; por ejemplo, mientras un códice dice que determinada reina fue la madre de unos príncipes, otro códice los hace hijos de otra de las esposas del rey.

Algunas variantes son exclusivamente gráficas, pero el contenido es igual; por ejemplo hay modos diferentes de representar el glifo del lugar *Montaña que escupe* o el glifo *Tilantongo,* que a veces se representa simplemente con un tablero decorado con grecas negras, para indicar el nombre "Tierra negra", y otras veces se representa con un cerro sobre el que está un templo y en el techo de éste, el símbolo del cielo, para completar el nombre "Casa del cielo", ya que el nombre completo de *Tilantongo* en mixteco es *Ñotoo-huidadeui,* "Tierra negra, casa del cielo".

Otras veces las variantes son tan diferentes que pueden indicar distintos conceptos. Por ejemplo, ya hemos dicho que el nombre del pueblo de *Teozacoalco* se representa con un hombrecillo que dobla un muro, y aunque esto es cierto generalmente, hay otra variante en la que el nombre del pueblo está indicado por un muro que tiene en un extremo una flor de 4 pétalos. Quizá el nombre de esta flor también significa "grande".

En general los escribas mixtecos tenían bastante latitud para representar lo que querían expresar. Aun en los glifos tan convencionales del calendario, como los signos de los días y del año tienen variantes importantes, que no siempre se pueden explicar como divergencias regionales y ni siquiera personales, pues en el mismo manuscrito y a veces en la misma página, está el símbolo del año con las esquinas rectangulares y el mismo signo con las esquinas redondeadas y hasta en formas mucho más diferentes.

Comprobación del valor histórico de los códices

PERO las noticias que se encuentran consignadas en estos manuscritos, se comprueban porque durante todo el siglo XVI, se siguió usando el mismo sistema de escritura por los escribas mixtecos. Esto nos permite comprobar las noticias que pro-

porcionan los códices con las que recogieron los cronistas, noticias éstas derivadas de la tradición oral.

En varios documentos que se han conservado en los archivos, y que son piezas en procesos de tierras o de sucesión de los principados indígenas o cacicazgos, encontramos corroboraciones con lo que nos dicen los manuscritos mixtecos pintados antes de la Conquista. Algunas veces estos manuscritos están acompañados de mapas pictóricos o "lienzos" como los de Coixtlahuaca o Zacatepec.

Pero sin duda el manuscrito de este género que más ampliamente corrobora lo que dicen los códices prehispánicos, es el MAPA DE TEOZACOALCO que se pintó para acompañar a la relación que el 9 de enero de 1580 hizo Hernando de Cervantes para cumplir lo ordenado por el rey Felipe II.[11]

Esta relación comprueba de tal modo los datos que nos dan los códices prehispánicos: Bodley, Selden II, Zouche-Nuttall, Vindobonensis, Colombino y Becker II, que nos sirvió para traducir totalmente las noticias que nos proporcionan esos manuscritos.

Tenemos así confirmados y condensados en un documento elaborado por las autoridades coloniales, las noticias que nos proporcionan los códices en una forma mucho más amplia, y esto nos indica que 60 años después de la Conquista, todavía se conservaba el arte de los escribas mixtecos y que la historia que relataban y cuyo principio se remontaba a varios siglos, seguramente se conservaba pintada en libros que debían haberse guardado celosamente escondidos por temor a que cayeran en manos de monjes fanáticos que por considerarlos fuentes de idolatría, los condenaran al fuego, como sucedió con tantos manuscritos que cayeron en las manos de Zumárraga o de Landa.

Pero no sólo existe esta concordancia en las noticias de aquellos documentos que se refieren a Tilantongo y Teozacoalco.

Recientemente he podido mostrar, que tres manuscritos: el códice Selden I, el Lienzo de Antonio de León y el códice Baranda, también proporcionan noticias semejnates[12] y antes había mostrado que el mismo códice Selden I, el Lienzo An-

[11] CASO, 1949.
[12] CASO, 1958.

tonio de León y el Fragmento Gómez de Orozco también proporcionan noticias concordantes.[13]

Las noticias históricas que nos proporcionan los códices mixtecos van desde 692 de Cristo, hasta fines del siglo XVI, y si se incluyen los datos del códice Muro, que se guarda en el Museo Nacional, hasta mediados del siglo XVII.

Como hemos dicho, los mixtecas tenían un sistema de escritura y un sistema calendárico, que les permitían conservar las noticias de los acontecimientos y situarlas en el tiempo y el espacio, es decir: relatar verdadera historia; la prueba de ello es que ahora nosotros podemos leerla y transcribirla a nuestro propio idioma.

Pero para un escriba mixteco, la lectura de un códice debió ser mucho más rica de lo que nunca será para nosotros. Es muy probable en efecto, que la historia se conociera como un poema que se cantaba, como cantaban los aztecas y los tarascos las hazañas de sus antepasados en forma de verdaderas sagas o epopeyas, y que el manuscrito sólo sirviera para fijar aquellos hechos, fechas y nombres que pudieran confundirse u olvidarse.

De este modo los manuscritos que han llegado hasta nosotros contienen la esencia del conocimiento histórico de los mixtecas, y nos demuestran el interés de este pueblo por la historia; pero el rico colorido de la narración poética desapareció cuando murieron los hombres que sabían el canto.

---

[13] CASO, 1954.

BIBLIOGRAFIA

Caso, A., "¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del tonalpohualli?", *El México Antiguo*, vol. IV, núms. 3 y 4, México, 1937.

——, *Calendario y Escritura de las antiguas culturas de Monte Albán, Obras Completas de Miguel Othón de Mendizábal*, México, 1947.

——, "El Mapa de Teozacoalco, *Cuadernos Americanos*, vol. VIII, núm. 5, México, 1949.

——, "Explicación del reverso del Código Vindobonensis", *Memoria del Colegio Nacional*, tomo V, núm. 5, México, 1950.

——, "Interpretación del Códice Gómez de Orozco", México, 1954.

——, "El Calendario Mixteco", *Historia Mexicana*, vol. V, núm. 4, México, 1956.

——, "Comentario al Códice Baranda", *Miscellanea Paul Rivet*, México, 1958.

Lehman, W., "Reisebrief aus Puerto México", *Zeistchrift für Ethnologie,* Berlín, 1926.

Nowotny, K., "Der Codex Becker II", *Archiv für Völkerkunde,* vol. XII, Viena, 1957.

Spinden, H. J., "Indian Manuscripts of Southern Mexico", *Smithsonian Inst. Annual Report for 1933,* Washington, 1935.

Stirling, M. W., "Stone Monuments of Southern Mexico", *Bulletin 138, Bur. of Amer. Ethnol.,* Washington, 1943.

EL SIGLO XVIII Y LA CRISIS DE LA CONCIENCIA ESPAÑOLA

Por *Marcelino C. PEÑUELAS*

EL siglo XVIII español está de moda. Quizá porque "la crisis de la conciencia europea", que se resolvió en los países definidores de la pauta histórica de los últimos doscientos cincuenta años, persiste en el siglo XX en lo que se podría llamar "la crisis de la conciencia española". O, mejor, la crisis de la conciencia hispánica.

En el siglo XVIII esta crisis se planteó de forma clara: lo nuevo contra lo viejo. La naciente visión del mundo y del hombre, basada en la "razón", en la naturaleza y en la experiencia, frente a la rígida concepción intelectualista apoyada en la filosofía escolástica, ya anquilosada y caduca. O sea, la naciente ciencia experimental, frente a la autoritaria y pura teoría especulativa de la *Suma Teológica,* divorciada de la naturaleza y de la evidencia objetiva.

Como es lógico, la nueva y revolucionaria actitud no podía surgir de repente. Comienza ya a definirse a fines del siglo XVI y principios del XVII. Se insinúa en los *Ensayos* (1580) de Montaigne, donde el autor narra con estilo sobrio y claro experiencias de su vida interior, con actitud moderada y tolerante empapada del espíritu erasmista. Comienza a tomar forma definitivamente antiescolástica en el *Universo e mondi* del dominico italiano Giordano Bruno, excomulgado y quemado por la Inquisición en Roma (1600). Se afirma en la obra filosófica del inglés Francis Bacon *Novum Organum scientiarum* (1620), de tendencia "utilitarista", en la que propone el método inductivo para conocer y utilizar en provecho del hombre los secretos de la naturaleza.

El paso definitivo contra el escolasticismo lo dio el católico francés René Descartes en sus conocidas obras *Discurso del Método* (1635) y *Meditaciones metafísicas* (1641). Se le puede considerar, pues, como el creador del racionalismo mo-

derno. Sus principios fueron seguidos y completados en la filosofía del judío holandés, descendiente de españoles, Baruch Spinoza. Su obra, la *Ética,* contiene en principio la dirección general del pensamiento que sacudió el espíritu del hombre europeo del siglo XVIII.

Es decir, que la nueva mentalidad que aparece pujante y vigorosa en esta centuria tenía su lógico y bien fundamentado precedente. No se trata de un fenómeno ideológico que surge en el vacío. El desarrollo cultural del hombre suele seguir un proceso más o menos lento y constante que alcanza extremos de crisis en momentos históricos decisivos. Y la crisis del XVIII es quizá la más importante de la historia moderna occidental. Algunos historiadores creen que la concepción moderna del mundo arranca en este siglo y no en el Renacimiento.

Por circunstancias histórico-geográficas España quedó, en cierto modo, al margen de tal proceso. Se mantuvo más fiel que el resto de Europa a la tradición medieval, a lo viejo. La España Imperial de los Reyes Católicos, de Carlos I y de Felipe II, pesaba demasiado en la balanza de la conciencia española. El país no supo, no pudo o no quiso encontrar la forma de incorporarse a las nuevas corrientes y "perdió el paso". Todavía no lo ha recuperado.

España, en resumen, se quedó atrás en el movimiento europeo de las ideas que iban a servir de base al mundo del futuro. Y no sólo eso. Lo tradicional, en el campo ideológico, que tuvo su sentido y su misión, había llegado a fines del siglo XVII al límite de sus posibilidades. En arte, el barroco fue su culminación y su agonía.

Pero el barroco europeo no significaba un final sino que sólo fue el proceso de disolución del Renacimiento. Proceso cultural y estético difícil de enfocar, y por tanto de definir. Su complejidad no queda aclarada, sino en evidencia, en afirmaciones generales que tratan de apresar su entidad. El historiador J. Vicens Vives en su magnífica obra *Historia General Moderna,* considerándolo como conflicto ideológico, dice: El barroco es "nada más y nada menos, que la reacción producida en el Renacimiento por el impacto de la Contrarreforma, estimulada por un ambiente generacional epidérmicamente dramático y apasionado". Y más adelante, al comentar el incierto momento histórico en que el hombre europeo comienza a destruir "las murallas de la tradición", añade:

> ...cuando el espíritu científico ha logrado demostrar que no sólo la Escolástica era una doctrina absolutamente caducada en el terreno de la consideración de la naturaleza, sino que incluso los antiguos —esos tremendamente venerados nombres de Tolomeo y Plinio— habían conducido a la humanidad por un camino falso, el hombre europeo se siente abordado por dudas, prevenciones y sobresaltos... Una verdadera epidemia espiritual invade el Occidente en las primeras décadas del siglo XVII; cortina de humo que oculta la vacilación de los espíritus ante el alarde metafórico de los *marinistas* (de Marini, poeta italiano), las galas insólitas y los atrevimientos sintácticos del *eufuísmo* (del *Euphues*, de John Lily) el culto por lo refinado, banal y detallista del grupo del *preciosismo* francés y los juegos de artificio de los *culteranos* y *conceptistas* españoles del Siglo de Oro. Pero detrás de esa cortina en que Europa se miente a sí misma, existe la dramática soledad del instante que decide el incierto destino.[1]

Pero este proceso de disolución, que se puede considerar como la última fase del Renacimiento, llevaba ya en Europa dentro de sí los gérmenes de una reacción vigorosa que permitió la apertura de nuevos caminos al pensamiento y a la acción. Y no solamente permitió dicha apertura sino que facilitó y allanó el terreno. Caminos llenos de promesas asentadas en el terreno firme que se presentía al cambiar de dirección. En España, por el contrario, no se vislumbraban tales caminos. Antes bien, se les volvió la espalda, deslumbrado el país por el brillo del pasado glorioso. Y también porque venían de países a los que el español miraba con cierta desconfianza o franca hostilidad. En este caso, la antipatía era mutua. Quedaban atrás muchos años de guerras y conflictos que encima de arruinar a España aumentaron la zanja que la separaba del resto de Europa.

El barroco español

ADEMÁS, en el campo puramente artístico, el barroco llegó en España a los mayores extremos de brillantez, refinamiento y de abuso ornamental. Por eso el barroco español del siglo XVII, con todo lo que pueda tener de bueno y de malo, es el barroco

[1] JAIME VICENS VIVES, *Historia General Moderna*, Vol. I. p. 257.

por excelencia. Nadie en Europa se aproxima a Churriguera en arquitectura, a Góngora en poesía, a Calderón en el teatro ni a Quevedo y a Gracián en la prosa. Y como el barroco es culminación y decadencia a la vez, la descomposición barroca dejó en España un insondable vacío, sin paralelo en Europa. También política y económicamente quedaba España exhausta, exangüe; a causa, entre otras cosas, del excesivo esfuerzo realizado en empresas que no le trajeron ningún provecho. A la muerte de Carlos II (1702) no era sino "el esqueleto de un gigante", según la acertada y conocida frase de Cadalso.

Es decir que cuando Europa se siente optimista ante el futuro, llena de un creador entusiasmo que le comunica la fe ciega en la razón y en las nuevas corrientes de pensamiento, España yace sin energía y sin ilusión, agotada. Y así entra en el siglo XVIII.

El agotamiento tiene su explicación. En los vaivenes históricos del siglo XVII a España le fue muy mal. Los últimos reyes de la dinastía austriaca no estuvieron a la altura de las difíciles circunstancias que se vieron obligados a afrontar y con su ineptitud aceleraron la decadencia. Ni el débil e indiferente Felipe III, ni el frívolo Felipe IV, ni el cretino Carlos II el "hechizado", se preocuparon de los intereses y problemas del país y las intrigas de los "validos" de la corte contribuyeron a agravar la difícil situación.

A la muerte de Carlos II el panorama político, económico, cultural y artístico de la nación era a todas luces desolador. Los esfuerzos por paliarlo, como intenta Menéndez Pelayo, son inútiles. El país casi despoblado, entre cinco y seis millones de habitantes; sin caminos; la corte rodeada de intrigas; la agricultura abandonada y la tierra en manos de grandes propietarios, la nobleza, los mayorazgos y la iglesia, libres de impuestos, mientras los jornaleros se mueren de hambre por falta de trabajo y los arrendatarios son arruinados por los excesivos tributos;[2] un sistema económico ineficaz que impide la circulación de la riqueza y que la mantiene en pocas manos; ausencia casi total de escuelas de primera enseñanza, la educación secundaria

[2] En las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, agricultura, población y frutos del reyno de Valencia,* de J. A. CAVANILLES, en los *Diarios* y en el *Informe sobre la Ley Agraria,* de JOVELLANOS y en las *Cartas* de CABARRÚS, hay incontables e impresionantes detalles de la penosa situación en que se hallaba la población rural de las diversas regiones españolas.

prácticamente inexistente y las universidades sólo sombra de lo que habían sido; esterilidad en todos los ramos de la producción artística, etc. Por si esto fuera poco, al terminar la guerra de Sucesión con los tratados de Utrecht (1713) y Radstadt (1714), España pierde sus posesiones europeas (Sicilia, Cerdeña, Luxemburgo, el Franco Condado, Milán y también Gibraltar). Hay que tener todo esto en cuenta para comprender la actitud de la población española de la época y, en especial, la de los grupos cultos. Sólo así se pueden aclarar ciertos problemas que presenta la interpretación del extraño fenómeno cultural que enmaraña la vida española del setecientos.

La "crisis de la conciencia europea", como la llama Paul Hazard, tenía que ser en España necesariamente mucho más honda y compleja que en otros países. Tanto que, sin paradoja, no llegó a plantearse en la gran mayoría de la población y sólo surgió de una forma peculiar, distinta al resto de Europa, entre las minorías cultas, concretamente en un grupo reducido de intelectuales y políticos que habían entrado en contacto con el ambiente cultural europeo. Pero se trataba de algo tan radicalmente nuevo, tan distinto y aun opuesto a lo tradicional español que en la mayoría de los escritores de la época se nota un curioso estado de perplejidad, de confusión, producido por un conflicto interno que no les permite adoptar actitudes claras y consistentes. Con excepción de media docena de espíritus superiores que pudieron ver el momento histórico con cierta claridad y sin titubeos e intentaron obrar en consecuencia a pesar de los innumerables y serios obstáculos con que el ambiente nacional los apresaba.

La corte de Felipe V y la influencia francesa

Se abre el siglo XVIII con Felipe V de Anjou como rey de España. Muy joven, 17 años, e indolente, la corte fue manejada por sus auxiliares franceses, dirigidos por el hacendista Orry y la princesa de los Ursinos, camarera de la reina María Luisa de Saboya. Pero muerta la reina (1714) Felipe se casó con Isabel de Farnesio que expulsó a los franceses de la corte y la dominó con un grupo de políticos italianos dirigido por el cardenal Alberoni.

Se ha exagerado la importancia que tuvo la corte de Felipe V en la influencia francesa del siglo. Si la hubo fue insignificante. Sobre todo en el campo de las letras. Las ideas racionalistas llegaban a algunos españoles aislados por medio de libros difícilmente adquiridos o que leyeron en el extranjero, sin que la corte interviniera para nada en el proceso. En primer lugar, el carácter del rey, apático y lúgubre, junto con la manifiesta hostilidad de los cortesanos españoles a cualquier innovación, hicieron muy difícil dicha influencia al principio. Después de la victoria de Villaviciosa (1710), en que los franceses lucharon con Vendôme junto a los españoles, desapareció en parte el recelo hacia los extranjeros y se llegó a mirar lo francés con algo de simpatía en la corte. Poco después de 1711 ésta pierde algo de su tono lúgubre. En cartas y memorias contemporáneas se habla de comedias en el palacio real. En 1713 el marqués de Villena apoyaba las representaciones francesas, y en el mismo año se fundó, bajo su patrocinio, la Real Academia, de estilo francés. En una carta de Madame des Ursins al hábil diplomático de Luis XIV, J. B. Colbert de Torcy, de febrero 1713, se habla de que todas las tardes había representaciones de comedias españolas y francesas, interpretadas estas últimas por criados del rey. También, de paso, comenta despectivamente el drama nacional. Las comedias españolas "no tienen ni reglas ni decencia ... se hace en ellas hablar a las mujeres con los hombres con una libertad que no conviene a nadie y el marqués de Villena, que es un hombre de 'belles letres' piensa como nosotros diciendo que no hay allí ni rima ni razón y que Calderón y Solís no tienen nada que ver con Corneille y con Racine".

Pero al año siguiente muere la reina; Felipe V cae de nuevo en su habitual estado depresivo y se acaban las fiestas y representaciones. Luego, con Isabel de Farnesio, se convirtió en un recluso cumpliendo "son eternal désir de ne voir personne", según palabras del mariscal de Tessé, enviado a España para ayudar al rey. Desde entonces la influencia italiana priva en la corte y el único entretenimiento lo constituían los espectáculos musicales del cantante Farinelli.

Así transcurrió la vida en palacio desde el exilio de la princesa de los Ursinos hasta que Felipe, cansado y agotado, murió en 1746.

La literatura durante la primera mitad del siglo XVIII

MIENTRAS tanto, en esta primera mitad del siglo, la producción literaria es nula. Esterilidad absoluta en cuanto a calidad se refiere. Tampoco en esta época aparecen muestras de la nueva mentalidad del siglo, con la excepción aislada de Feijóo. Lo que se escribe es copia del siglo XVII, pero copia mala.

En el campo de la poesía la decadencia es total y hasta mediados del siglo XVIII no aparece ni siquiera algo de mediano valor. Son estos los últimos estertores, apagados, de la descomposición del barroco. Los poetas que se suelen mencionar de esta época constituyen el mejor testimonio de dicha decadencia: Gabriel Álvarez de Toledo (1662-1714), pésimo imitador de Góngora y de Calderón que ocupó varios cargos de importancia y fue uno de los fundadores de la Academia Española. Eugenio Gerardo Lobo (1679-1750), militar, ascendido a general por Felipe V y conocido popularmente como "el capitán coplero", no fue más que eso. Quiso seguir la línea poética de Góngora, Lope y Quevedo, pero le faltaba vuelo. José Antonio Porcel Salablanca (1720-?), canónigo granadino, también imitador malo de Góngora. Y algunos otros por el estilo.

En el teatro tampoco hay nada. El barroco "descompuesto" inunda la escena. Las obras de la primera mitad del siglo son caricaturas de las de Calderón, como las califica Valbuena Prat. El último poeta dramático de la escuela calderoniana de algún valor es Bances Candamo, que murió en 1704. Otros autores: Antonio de Zamora (1664-1728) adaptador libre de algunos Autos de Calderón, cuya obra menos mala es *No hay plazo que no se cumpla y convidado de piedra,* o sea el Don Juan del XVIII; de poco valor poético aunque su estructura dramática gusta a ciertos críticos, y de cuya obra quizá aprovechó algo Zorrilla. José de Cañizares (1676-1750), imitador mediocre de Calderón y Lope y que tuvo algunos éxitos sin trascendencia. El dramaturgo más popular, aunque pertenece a la segunda mitad del siglo, fue Luciano Francisco Comella (1751-1812), el "fabricante catalán de dramas" como le llama Valbuena Prat. Es el más fecundo del siglo con sus 130 obras. Escritor adocenado, sus dramas fueron muy aplaudidos y llenaban los teatros ante la desesperación de los neoclásicos. Moratín, con claras alusiones, se burla de ellos en *La Comedia nueva.* También algunos dramaturgos escribieron "comedias de magia", siguiendo al *Mágico prodigioso* calderoniano.

En prosa, ni una obra digna de mención, hasta que Feijóo publica el primer tomo del *Teatro crítico* en 1726.

En resumen, nada nuevo ni medianamente interesante desde la mitad del siglo XVII hasta mediado el XVIII. Ni un atisbo o insinuación de la nueva mentalidad, ni siquiera inquietud prometedora. Tranquilidad estéril, pantanosa.

No hay que perder de vista el triste estado en que se encontraban las letras y sobre todo el pensamiento español en toda esta larga época. Porque así se aclara también que las ideas y actitudes que llegaban esporádicamente y a través de muchos obstáculos del extranjero, no podían encontrar terreno receptivo. Las nuevas tendencias ideológicas podían tener cierto sentido solamente para contadísimos hombres excepcionales que adivinaban en ellas el germen de una necesaria y urgente renovación. Y lo demás que llegaba de afuera, es decir, todo lo relativo a la reglamentación preceptista de normas artísticas carecía también de sentido en España por significar una ruptura violenta con la tradición inmediata. La tan cacareada corriente neoclásica, perfectamente justificada y plena de significación en Francia, además de carecer de importancia para el Arte, con mayúscula, no podía encajar en el ambiente literario español. El único valor que pudiera tener en aquellas especiales circunstancias, era servir de freno a los desbordamientos barrocos; de contribuir a una conveniente sobriedad en el estilo.

Neoclasicismo francés

POR el contrario, el siglo XVIII francés fue una simple continuación del XVII, que era no solamente neoclásico *ya,* sino absolutamente neoclásico, neoclásico por excelencia.

La época del preceptismo francés a ultranza, y la menos creativa por cierto, fue la segunda mitad del XVII; concretamente desde 1661, en que por la muerte del cardenal Mazarino toma Luis XIV personalmente las riendas del poder y lleva a su extremo el "despotismo ilustrado". Entonces, el consejero y ministro Jean Baptiste Colbert y el pintor oficial del rey, Charles Le Brun, legislan de forma absoluta en materia de arte, con pleno beneplácito del monarca. El despotismo político se extiende a despotismo intelectual y artístico. La intervención estatal lo alcanza todo: comercio, administración, reli-

gión, literatura, arte, etc. Las Academias se convierten en una especie de tribunales de la ley artística, destacando en especial la "Académie Royale de Peinture et de Sculpture", que comienza en 1648 como institución libre y "democrática" y se transforma en organismo del estado con abundante subvención real. Sobre todo desde 1664, año en que Colbert es nombrado "Surintendant des Bâtiments". París y Versalles son los centros de la vida intelectual y artística del país, todo bajo la férula absolutista, dictatorial, de Luis XIV. Su prestigio, su capricho, es la ley absoluta, a lo que todo se subordina. Ni Colbert ni el rey aman genuinamente el arte, según Arnold Hauser en su obra *The Social History of Art*. El monarca llega a decir a un grupo selecto de miembros de la "Académie Royale": "Les confío la cosa más valiosa de la tierra, mi fama", que es lo único que le preocupa. Nombra a Racine su historiador oficial y a Le Brun su primer pintor, los dos con sueldos pingües. Los artistas se convierten en una especie de empleados del Estado cuya misión es embellecer la corte y los palacios.

Este arte, "estilo Luis XIV" es, en cierto modo, "industrial"; artesanía más que arte, y se salva porque aunque falto de individualidad, un poco impersonal, es de técnica impecable y no carece de gusto. En las fábricas reales de arte se intenta que el producto sea universalmente válido, sin excentrismos personales, pero esta ambiciosa universalidad no es sino el resultado de un conjunto de preceptos formulados por una élite autoritaria. Como dice Hauser en su obra citada: "No hay apenas una obra o requisito de la estética clasicista que no se base en las ideas absolutistas... Todas las leyes y reglas de la estética clasicista recuerdan los párrafos del código penal".

Así, durante veinte años, Le Brun a las órdenes de Colbert fue el dictador artístico de Francia, para la mayor gloria de Luis XIV, y creó el famoso "academismo" francés, el cual encajaba perfectamente con el clasicismo teórico cuya esencia es la disciplina, el sometimiento a reglas. Las "unidades" dramáticas vienen aquí como anillo al dedo.

Todo esto es necesario tenerlo presente cuando se estudia el neoclasicismo español, y la influencia francesa en la literatura española del siglo XVIII. Hay que recordarlo para enfocar la cuestión desde el punto de vista de los precedentes históricos, en los dos países, inmediatos a dicho siglo. Y para llegar a la conclusión que la actitud neoclásica francesa en el arte del XVIII era lógica, natural e inevitable; y que en España fue for-

zada, artificial y vacía de sentido. Complicado todo, además, porque en la España de la época no había escritores de genio.

Esta última razón es decisiva. Si el teatro francés del XVIII es bueno, ello no se debe a su tendencia clasicista, ni tampoco es el resultado de la influencia de códigos de reglas artísticas, sino porque cuenta con autores como Corneille, Racine y Moliere, de quienes Boileau fue el teorizante innecesario. Lo mismo puede decirse del Siglo de Oro español con Lope y compañía; y del inglés de la misma época con Shakespeare. Ambos de tendencia diferente, "romántica" o "anticlasicista", como se le suele llamar. Y Moratín no demuestra con sus obras buenas que el neoclasicismo sea bueno; ni Comella con sus engendros que la tendencia diferente que sigue sea equivocada. Lo único que así se prueba es que Moratín es un dramaturgo bastante bueno y que Comella no lo es. Las virtudes y defectos de estas dos actitudes son, irremediablemente, las de los escritores que las practican. Por eso es inútil el intento de los neoclasicistas españoles al tratar de probar las virtudes de lo neoclásico con razones y teorías. "El movimiento se demuestra andando", reza un oportuno dicho español, y vale más una buena obra que varios volúmenes de teorías estéticas. Aunque esto suene a perogrullada, se olvida frecuentemente. Y lo olvidan, desde luego, los neoclasicistas. Si la actitud neoclásica dio poco de sí en España es porque, además de carecer de tradición, había demasiados teorizantes y polemistas y pocos creadores. Porque si en la ciencia experimental la teoría suele preceder y determinar el experimento, en arte no ocurre así. La *Poética* de Luzán, por eso, no pudo tener en España el mismo sentido que el *Art Poétique* de Boileau, en Francia. Aparece en un completo vacío literario y por eso no es de extrañar que, según el propio L. F. Moratín, ya "...no se leía en 1760".

Porque, ¿quién hace caso de las preceptivas, de los "manifiestos" y de los códigos de leyes artísticas? Sin duda, no los creadores, los auténticos artistas, que son precisamente los que, con sus obras, los hacen posibles. En todo caso son tomados en serio por los mediocres. Y también por algunos críticos. De todos estos tiene de sobra el siglo XVIII español, y a ello se debió el que la *Poética* se leyera algo.

A esta obra de Luzán se le ha dado demasiada importancia en las historias literarias. Porque como dice César Barja: "Con las reglas de Luzán, igual que con las de Boileau, no sólo se logra lo que el autor deseaba —la verdad o verosimilitud de la

obra dramática— sino que se logra todo lo contrario: la afectación, la falsedad, la mentira. En último término, quien observase las reglas de Luzán haría comedias muchísimo peores que las de los dramaturgos clásicos, como, en efecto, así sucedió. Más aún: quien quisiese observar estrictamente esas reglas, no podría escribir una obra de teatro".[3]

El dilema del escritor español del siglo XVIII

A LA luz de hoy, los hombres de dicho siglo en España aparentan no saber claramente qué quieren ni lo que hacen. Salvo contadísimas excepciones nos parecen confundidos, perplejos, ante el dilema que tienen delante: la elección entre lo tradicional, en sentido artístico e ideológico, y lo que llega del extranjero. Actitud de incertidumbre justificada, por otra parte. Era demasiado lo que el momento exigía de ellos y por eso son muy pocos los que pudieron ver con cierta claridad y obrar en consecuencia, sin titubeos.

En primer lugar se confundió, y mucha gente lo ha venido confundiendo desde entonces, el *neoclasicismo* con la *ilustración*. Quizá porque uno y otra venían al mismo tiempo de allende los Pirineos y eran, por tanto, considerados como "antiespañoles". Se confundió la literatura, en su sentido más estrecho, con la cultura, con un movimiento ideológico-cultural de incalculable trascendencia; las normas estéticas, puramente teóricas, de preceptivas y "poéticas", con un sistema de ideas y actitudes que ha servido, nada menos, que de base al mundo moderno.[4]

---

[3] CÉSAR BARJA, *Libros y autores modernos*, Madrid, 1925, p. 9.

[4] Se dirá que este sistema de ideas no ha logrado resolver los problemas del hombre moderno y que hoy, en la mitad del siglo XX, Europa tiene frente a sí otra crisis tal vez más seria que la que preocupaba a los hombres del siglo XVIII. Que Europa está en franco estado de decadencia y descomposición frente a la difícil encrucijada del siglo XX.. Pero esto es harina de otro costal. Lo que está claro es que España, por no haber podido asimilar las ideas y actitudes mencionadas y no incorporarse a la marcha del resto de Europa, se quedó atrás, aislada, y hoy continúa sin resolver todavía aquella crisis. Esto es evidente y nadie se atreverá a negar que ello ha sido, en gran parte, la causa de su atraso y ruina actual. Aunque acabado de escribir lo anterior se impone una corrección. Porque, por desgracia para España,

Hay que repetir que tal estado de confusión estaba justificado. La extrema decadencia a que había llegado el país en todos los órdenes despertó un curioso estado de aguda susceptibilidad, de temor a peligros que se veían surgir por todas partes. Desconfianza que llevó al español de entonces a intentar encerrarse en sí mismo, a tratar de identificarse más con la tradición con lo "nacional", y a considerar lo extraño, lo foráneo, como peligroso o sospechoso por lo menos.[6] Susceptibilidad que ha pervivido hasta hoy y conseguido crear una especie de "complejo de inferioridad" nacional que, sin que haya en ello contradicción, se manifiesta en el ingenuo y apasionado afán de querer creer y, sobre todo, decir a voz en grito que lo español es lo mejor del mundo. Especialmente al hablar con un extranjero. Porque ante los compatriotas, "en casa", el español se desahoga exagerando, hasta el extremo también, lo que en su personal opinión son defectos nacionales. Este desorbitado orgullo por lo nacional, que en realidad encubre una evidente falta de confianza en lo propio, llega hasta extremos pueriles. A un partido internacional de futbol se le concede hoy tal importancia que al parecer en él se ventila poco menos que la dignidad del país, y su pérdida es considerada por el pueblo como algo parecido a una catástrofe nacional.

Tal sentimiento, en el siglo XVIII, debía ser más acentuado, si cabe. El recelo y la sospecha, productos de la confusión, anidaban en el ambiente. De ahí que el mote de "antiespañol" se aplicaba también a quien manifestara actitud de simpatía hacia ideas que no encajaran con la estrecha ortodoxia nacional. Y que ante el dilema "lo nacional o lo extranjero" en el campo puramente estético o en el de las ideas, algunos espíritus débiles o resentidos llegaran a confundir y a identificar la entrada de ideas y actitudes con la entrada de las tropas invasoras francesas. Hasta el extremo de "colaborar" con el invasor y sufrir duramente las consecuencias de tal error.

---

hay muchos españoles que lo negarán rotundamente. Y hasta intentarán demostrar que el volver la espalda a esas ideas europeas es lo mejor que pudo hacer el país.

[6] Tal actitud no era nada nuevo, aunque se agudizó de modo extremo. CAMPOMANES en su conocido *Discurso sobre la educación popular de los artesanos,* la comenta y recuerda que ya en el siglo XVI FRAY JUAN DE MEDINA temía que se le acusara del delito de "novedad". Y añade: "Este razonamiento hace ver cuán antiguo es censurar todo lo nuevo en España, por bueno y conveniente que sea".

Pero el hecho es que tal entrada de ideas de afuera era inevitable. En primer lugar a causa de la fuerza expansiva que adquirieron en Francia, que suele actuar como país divulgador. Y también porque había en España algunos intelectuales hambrientos de nuevas perspectivas. Entraron más a causa de esta urgente, aunque limitada, demanda, que a un auténtico "contagio mental", como ha indicado Paul Hazard. Por eso su incorporación fue incompleta, torcida. Faltaba lo esencial, un amplio clima intelectual receptivo para asimilarlas, que sólo puede existir cuando ha sido cultivado y preparado el terreno para que la semilla fructifique. Esto no escapó a la sagacidad de Larra que describió, más tarde, el proceso con estas magistrales palabras: "Desesperando (la juventud dieciochesca)... de unir el cabo interrumpido y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer otra cosa mejor que saltar el vacío, en vez de llenarlo, y agregarse al movimiento del pueblo vecino... adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Vióse entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada, sin haberla andado".

De ahí la perplejidad e indecisión que se descubre en la obra y en la vida de la gran mayoría de los escritores de la época. Se refleja en la incertidumbre que manifiestan al querer incorporar las nuevas corrientes literarias y de pensamiento a su espíritu aferrado a lo tradicional, fiel a lo viejo, y sin la base y la elasticidad que tal incorporación hubiera requerido. Y el resultado, cuando se da, suele ser extremo y no precisamente de carácter positivo. Unos rechazaron violentamente tales ideas. Otros, los menos, las aceptaron y las defendieron también con violencia. Y la mayoría, aunque intuye algo de su valor, duda y oscila presa de unos temores de que no puede desprenderse.

La polémica[6]

ESCAPABA a esta mayoría la trascendencia del aspecto ideológico de tales influencias (sería demasiado pedirles tal visión).

[6] En la *Historia General de las literaturas hispánicas*, dirigida por GUILLERMO DÍAZ-PLAJA, tomo IV, segunda parte, hay un buen estudio de ANTONIO PAPELL, "La prosa literaria del Neoclasicismo al Romanticismo", que incluye referencias a las polémicas más importantes del siglo, acompañado de una valiosa bibliografía.

Se dedican, por eso, a una crítica personalista, negativa, de los aspectos puramente literarios de libros, autores y actitudes, que era lo más fácil y menos comprometido. Y como se escribe entonces en medio de un caos, el que más grita parece que tiene razón; el tono destemplado suple a la idea mesurada y la crítica se confunde con una agria, violenta y estéril polémica. "Riñas de plazuela" llama Menéndez Pelayo a tales discusiones. Durante el Siglo de Oro se había discutido y polemizado. Pero nunca se llegó a los extremos del siglo XVIII. Toda la época está impregnada de un inusitado ardor polémico que hace perder los estribos a los discutidores y emplear tonos ofensivos, de mal gusto. Se llega al insulto personal en discusiones sobre nimiedades. Parece que todo el mundo estaba al acecho de cualquier cosa que saliese impresa para abalanzarse sobre ella e intentar destruirla. Hay una penosa falta de intento de comprensión y un exceso de mala fe, salvo contadas excepciones. A fines del siglo, L. F. Moratín escribía a un amigo: "En Madrid siguen las guerrillas literarias con un encarnizamiento lastimoso; se tratan como verduleras, se escriben prosas y versos ponzoñosos, se ridiculizan unos a otros, se zahieren, se calumnian, en términos que nada falta para llegar a los puños y concluirse las cuestiones de crítica con una tollina general". Los intelectuales y artistas se reúnen en "tertulias" a donde acuden, según Feijóo, a "soltar las velas de la locuacidad", a discutir, e incluso a conspirar. Algunas toman la forma de academia privada, como la Tertulia de la Fonda de San Sebastián, fundada por Nicolás F. Moratín y a donde acuden sus amigos poetas, literatos de todas clases y hombres de ciencia. En ella se hablaba de todo y se discutían obras nacionales y extranjeras. Llegó a ser uno de los centros del neoclasicismo, y las repercusiones ideológicas fueron de mucho menos alcance que las artísticas. En tales tertulias se discutía por el puro placer de discutir y la mayoría de ellas era una forma más de la pasión polemista de la época. En su aspecto positivo, las discusiones estimulaban en los contertulios la lectura de libros que de otra forma no hubieran conocido.

Nadie escapó a esta epidemia. Los escritores buenos, los medianos y los malos intervinieron en sinnúmero de polémicas. Se censuró e insultó a los contemporáneos y a los escritores del pasado. Por eso parece que gran parte de la literatura de la época es la del resentido y la mayor parte de las discusiones producto de ese mismo resentimiento. De ahí el tono agrio,

insultante, insolente; natural en escritores vanidosos y demasiado susceptibles, quizá porque conocían o sospechaban su corto alcance.

García de la Huerta, autor de *La Raquel,* la mejor tragedia del siglo, es violentamente atacado al publicar los diez y siete tomos de su *Theatro Hespañol.* Ataques, en este caso, justificados pues incluye a escritores insignificantes y premeditadamente olvida a Lope, Tirso, Alarcón y a otras primeras figuras. Fueron tan numerosos y violentos y los tomaba tan a pecho que acabó medio loco. Y perdida la cabeza, se revuelve contra todo dando palos sin ton ni son. Ataca a escritores franceses y desbarra sin control, incluso contra Cervantes a quien llama "inicuo satírico, denigrador envidioso y enemigo del mérito ajeno"; a sus detractores los califica de "escarabajos hispano celtas y luciérnagas rateras". Tomás de Iriarte, pésimo dramaturgo y mediano versificador, se enzarza en ataques personales con Moratín, Forner, Huerta, Meléndez Valdés, López Sedano e incluso con su viejo amigo Samaniego, llegando unos y otros a insultos groseros. Torres Villarroel, una de las personalidades más interesantes y pintorescas de la época, personifica las paradojas y confusiones del siglo. Se vio también envuelto en polémicas con Feijóo, con el jesuita gallego don Luis Losada —incansable discutidor que se escondía detrás de más de dos docenas de seudónimos— y con muchos otros. Torres, que no tenía pelos en la lengua, devuelve insulto por insulto con su desenfado y desvergüenza habituales. En el prólogo al "Quinto trozo" de su *Vida,* una de las mejores obras del siglo, arremete festivamente contra sus solapados atacantes:

> ...entre más de ochenta satíricos que me han tirado desde lejos y a obscuras tantos bodocazos de patochadas, no ha habido uno solo que se haya arrojado a hablarme con su cara verdadera, ni a escribirme con su pluma patente, y ¡también es extraña casualidad, que entre tantos no se haya descubierto un hombre de mediana fortuna, de intención sana, de genio dócil o de un juicio festivamente aleccionado! Cuantos han enfadado mi curiosa diligencia, todos han sido unos pordioseros, petardistas, tuertos de razón, despilfarrados, sin arrapo de doctrina ni de juicio, con mucho miedo y poca vergüenza.

Quizá el polemista más insolente y áspero de todos sea el bilioso e irascible J. P. Forner, representante máximo del tra-

dicionalismo nacional y autor de *Exequias de la lengua castellana,* una de las buenas sátiras literarias de la época. Atacó con saña a todo el que se le ponía por delante. Y tiene la desfachatez de confesar:

Con Juan hablé mal de Pablo,
con éste hablé mal de Juan;
sábenlo y conmigo están
por eso dados al diablo.

Promovió tales escándalos que se le tuvo que hacer callar por Real Decreto (1785) teniendo que someter sus escritos, desde entonces, a la censura oficial.

Don Ramón de la Cruz, orgulloso de sus éxitos teatrales, contesta a sus detractores con esta insolente décima:

Dicen de mis obras mal;
dicen que a nadie complacen;
dicen... dicen... y no hacen;
dicen que soy animal.
Dicen que escribo sin sal;
dicen que nada concuerda;
dicen que es fácil se pierda
el teatro si prosigo;
dicen... y yo sólo digo
que se vayan a la m...

También replica y ataca a sus enemigos con sainetes. El hacer polémica con obras, teatrales o no, es cosa corriente en aquella época. La novela *Fray Gerundio,* del padre Isla, satiriza y acusa de principio a fin y despierta el consiguiente altercado que dura muchos años. Los Moratín también intervienen. Don Nicolás, despechado porque no puede representar sus obras, escribe *Desengaños al teatro español,* donde ataca el drama del Siglo de Oro y acusa a Lope y a Calderón de "corrompedores" del teatro nacional. Don Leandro, tímido y resentido, entra de lleno en la polémica con su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana* y sufre los correspondientes ataques. Contesta a veces en comedias cuyo alcance limita por sus altercados personalistas de poco vuelo. Esto ocurre en *La comedia nueva.* Luzán es fuertemente criticado en el *Diario de los literatos* y contesta con el *Discurso apologético,* promovién-

dose otra discusión mayúscula. Uno de los que le defienden, el pésimo poeta y crítico —además de teólogo, historiador, arqueólogo, jurisconsulto, filólogo, etc.— don Blas A. Nassarre, desbarra contra el teatro español y con el seudónimo de "Isidro Perales" edita el Quijote de Avellaneda para demostrar la, según él, indiscutible superioridad de esta obra sobre la de Cervantes.

La polémica tal vez más ruidosa del siglo fue la promovida por la publicación del *Diccionario crítico-burlesco* de Bartolomé José Gallardo, tipo interesante, inquieto y lleno de contradicciones, como es frecuente entonces. A. Papell dice de él que "reunía en sí la desfachatez de Torres, la bilis de Forner, la capacidad de trabajo de Jovellanos, la vanidad de Huerta e Iriarte y el orgullo de todos". El libro fue considerado irreligioso y prohibido por la Inquisición "por contener proposiciones respectivamente falsas, impías, heréticas, temerarias, erróneas, ofensivas e injuriosas al Estado eclesiástico, secular y regular, al Santo Oficio, etc." Ocasionó debates violentos, el autor fue apresado y se le hizo la vida imposible. Murió camino del destierro.

La obra de Feijóo también promovió discusiones enconadas y se publicaron más de cien escritos impugnándola y en su defensa. Incluso tuvo altercados con el sesudo y destacado humanista valenciano (y jurisconsulto, pedagogo, arqueólogo, historiador, gramático ...) Gregorio Mayans y Siscar, profesor de griego de la universidad de Valencia, hombre de amplia cultura pero de increíble vanidad.

En fin, es muy difícil encontrar un autor de la época que permaneciera inmune a la epidemia polemista. Pero de las inacabables discusiones salió poca luz y sí mucha confusión. A través de ellas se palpa una extraña vacilación o inseguridad en el espíritu de aquellos hombres. Todo ello reflejo del dilema del siglo, de la crisis que en España no llegó nunca a plantearse abiertamente en su verdadero campo, el ideológico. Pesaba demasiado la tradición. La Iglesia tenía, como siempre ha tenido en España, excesiva influencia y participación en la vida pública y política del país y eran demasiado peligrosos los asomos de heterodoxia. La Inquisición seguía ejerciendo su estrecha e intolerante vigilancia y muy pocas personas se atrevían a tocar temas peligrosos. Cuando surgen es de forma tímida, encubierta o, por otra parte, demasiado violenta. Falta orden y sistema, explicables porque la asimilación y propaga-

ción de las nuevas ideas era difícil, por no decir imposible, en aquellas circunstancias. Además, como ya hemos dicho, se confunde lamentablemente lo neoclásico, las teorías estéticas, de poca monta al fin y al cabo, con los problemas ideológicos; y la actitud de simpatía hacia lo que llega del extranjero despierta un extraño conflicto en el espíritu de muchos escritores en pugna con la fidelidad a lo nacional. Este dilema adquiere, en ocasiones, giros trágicos. Hombres como Leandro F. Moratín y Meléndez Valdés, el mejor dramaturgo y el poeta menos malo del siglo, llegan a ponerse al servicio de los invasores franceses por una equivocada interpretación y confusión de sus actitudes artísticas y patrióticas; con una buena dosis también de intereses creados, conveniencias de momento y mal entendido orgullo. Ambos mueren en Francia, amargados y dolidos hasta la desesperación, incapaces de entender y de resolver el torbellino de circunstancias que rodeó sus vidas.

José Ferrater Mora, en el capítulo III de su obra *El hombre en la encrucijada,* al hablar de esta época, dice que en las luchas ideológicas de aquel momento histórico la conciencia de cada uno de los participantes estaba dividida. Y usa los términos "conciencia desdichada", "escindida" o "doble conciencia", que se ajustan perfectamente al dilema que tuvieron que afrontar los españoles en quienes adquirió vida la crisis del siglo. Escisión, en este caso, mucho más profunda que la experimentada por los europeos contemporáneos, histórica y vitalmente mejor preparados para aquella encrucijada.

El resultado de este crucial dilema, de tan difícil solución en las determinadas circunstancias en que los españoles se hallaban, produjo naturalmente muy poco de valor positivo. Plasmó en las discusiones y polémicas indicadas, que por no plantear nada de importancia no podían resolver nada tampoco. Se disuelven en auténticos fuegos artificiales de palabras, en ejercicios dialécticos de ingenio, en vacíos altercados bizantinos a los que parecen prestar algo de vigor los insultos. Así se desahogan un poco las tensiones internas y el mal humor. Pero dejaban el espíritu de los participantes insatisfecho y lleno de impotentes rencores. Porque, aunque se discutía de teorías estéticas, con una pasión digna de mejor causa, había en el fondo una tensa inquietud, más profunda, de raíces ideológicas.

Algunos representantes del liberalismo español

DEBIDO a ello, las nuevas corrientes de pensamiento asoman de cuando en cuando en las discusiones, aunque como ya hemos dicho, de una forma solapada o indirecta, o con un apasionamiento excesivo. Quizá también porque los españoles ilustrados o liberales[7] que habían entrado en contacto con ellas a través de libros entrados de contrabando o en sus viajes por el extranjero, no las habían podido asimilar bien. En todo el siglo no aparece una sola obra española que exponga seriamente tales ideas. Surgen, ya tarde en el siglo, en hombres como el periodista José Clavijo y Fajardo (1726-1806) que cursó estudios en Francia, conoció personalmente a Voltaire y Diderot y regresó a España con un enciclopedismo demasiado apasionado y violento para ser profundo. La poca influencia que hubiera podido ejercer quedó truncada por falta de altura intelectual, por su exaltado odio a la Iglesia y por lo extremo de sus actitudes políticas. Lo mismo sucedió con otro periodista, José Joaquín Mora (1783-1864), aunque no era tan violento como Clavijo. Enamorado de Voltaire y de Rousseau, le faltaba también fondo. Hombre muy atrevido, sus escritos con frecuencia ofendían también a los liberales. Estuvo muchos años en Francia y en América, donde tuvo más influencia que en España fundando varios periódicos y desarrollando una interesante actividad política. Otro liberal, bohemio e inconstante, fue José Somoza (1781-1852); luchó valientemente contra los franceses y pertenece ya al siglo XIX. Ejerció también poca influencia porque era un espíritu demasiado burlón y desencantado. Otro liberal, enciclopedista moderado, fue el poeta Quintana (1772-1857), que se adhirió también a la causa nacional durante la invasión francesa. Su poesía oratoria y falta de sensibilidad no tuvo influencia ideológica alguna. Se podrían citar algunos escritores más de actitudes y alcance parecidos.

Junto a ellos, ocupan un lugar de suma importancia en la lucha por extender las ideas liberales o ilustradas, otro reducido número de políticos, como los ministros y consejeros de Carlos III y Carlos IV, los condes de Floridablanca, Aranda, Campo-

[7] Se cree que el término "liberal", que tanta fortuna ha tenido en todo el mundo, fue inventado el 1812 por el magistrado y académico español EUGENIO DE TAPIA (1776-1860), él mismo un liberal moderado.

manes y Cabarrús; el sabio botánico José Antonio Cavanilles, y algunos economistas como Antonio Capmany, con su completo estudio de la economía catalana. Ignacio de Asso, sobre Aragón, y Pablo de Olavide, el colonizador de Sierra Morena.

Y por encima de todos ellos destacan, como hombres y como escritores de amplio sentido liberal, auténticamente español, las figuras de Feijóo, Jovellanos y, en menor grado, Sarmiento. Ilustrados en el justo sentido de la palabra, liberales con visión amplia de los problemas nacionales y de su posible solución, sensatos y ecuánimes, son ejemplos vivientes de lo que hubiera podido ser, y no fue, la acertada orientación de la crisis espiritual española de la época.

El erudito de saber enciclopédico Fray Martín Sarmiento (1695-1771) merece mejor puesto del que generalmente se le concede en las letras del siglo. Quizá porque murió sin publicar sus manuscritos que llenan veinte tomos sobre historia literaria, filología, crítica, ciencias naturales, medicina, pedagogía, etc. Admirador y colaborador de Feijóo publicó sólo en su vida una obra en defensa del *Teatro Crítico*. A. Papell dice de él que "de no abarcar tanto hubiera sido sin duda el mejor ensayista de la época, y que su ensayo 'El porque sí' es el mejor del siglo". Sus ideas abiertas, liberales, seguramente se le contagiaron de Feijóo. Entre otras cosas, dice que los eclesiásticos debieran renunciar a las rentas y privilegios de que disfrutaban para bien de la economía, y contentarse sólo con los diezmos; critica la riqueza excesiva de las iglesias y catedrales, la elección y conducta de los obispos y la vida muelle e inútil de no pocos conventos; afirma que es nocivo para el país el exceso de mayorazgos a los que califica de "peste política" que sólo fomenta la ociosidad; ataca la escandalosa desigualdad de los tributos; aboga por un equitativo reparto de bienes vecinales; acusa la triste situación cultural del país, etc.[8]

Feijóo, cuya obra debe mucho al esfuerzo erudito de Sarmiento, es el mejor divulgador del siglo de las nuevas corrientes del pensamiento europeo que tanta falta hacían en España. Enamorado de las obras de Bacon, lo cita continuamente en tono admirativo y como ello iba a escandalizar a sus contemporáneos, especialmente a los religiosos, se cree obligado a ex-

[8] A. PAPELL, estudio citado de la *Historia General de las literaturas hispánicas*, Tomo IV 2ª parte, p. 42.

plicar su posición en la Carta XII del tomo II, de sus *Cartas eruditas,* dando muestra de su admirable espíritu tolerante:

> Sí, reverendísimos míos, he hablado siempre con aprecio de este Autor Herege y lo elogiaré siempre que se ofrezca, pero conteniéndome siempre, como hasta ahora lo hice, dentro de los límites permitidos... Yo, pues, he elogiado por filósofo y como filósofo a Bacon. ¿Qué hay en esto contra la Santa Madre Iglesia? La filosofía natural, ni aun la moral, está, ni estuvo nunca estancada en la verdadera religión... Dejen, pues, a la gente ruda esa vulgar cantinela de despreciar cuanto hay en los hereges sólo porque lo son.

Y en la carta siguiente acusa

> el corto alcance de algunos de nuestros profesores... la preocupación que reina en España contra toda novedad... y un celo, pío, sí, pero indiscreto y mal fundado de que las doctrinas nuevas traigan algún perjuicio a la religión.

Naturalmente se daba cuenta del peligro que la censura inquisitorial podría significar para la exposición de sus ideas. En ocasiones habla de ello. El doctor Marañón, en *Las ideas biológicas del padre Feijóo,* cita una carta inédita en la que dice:

> ...en que entra la cuenta reinar hoy un Inquisidor General amantísimo de la antigualla, que está amenazando con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España; y muy luego que le colocaron en el trono vi aquí una carta de un cura del obispado de Teruel, hijo de este país y amigo mío, en que decía serme este señor muy desafecto.[9]

No hay duda que la Inquisición opuso serios y a veces infranqueables obstáculos a las nuevas corrientes ideológicas que llegaban del extranjero, o que surgían en espíritus españoles independientes. En esta época su rigor se había suavizado un tanto si lo comparamos con los siglos anteriores, pero seguía ejerciendo, en lo posible, su rígida intolerancia y su agobiante

[9] GREGORIO MARAÑÓN, *Las ideas biológicas del padre Feijóo,* Espasa-Calpe, Madrid, 1954, pp. 39, 40. Dice el autor que esta carta le fue facilitada por su amigo el marqués de Aledo.

presión. Llovían las denuncias y los procesos contra publicaciones, libreros, bibliotecas y lectores ante la más ligera sospecha y por eso se nota en muchos escritores un claro temor que les hace suavizar el tono de sus escritos y añadir afirmaciones, huecas a veces, de ortodoxia.[10]

A este respecto resulta curioso que sea fraile el portavoz de las nuevas actitudes. Pero como dice Pi y Margall en el prólogo al *Teatro crítico:* "Sin su cogulla de fraile es probable que hubiese llevado más allá su pensamiento, pero lo es también que a sus primeros pasos hubiera sucumbido en la empresa".

La prosa de Feijóo, sobria, ceñida, clara, sin rodeos metafóricos, se adapta perfectamente a los temas que trata. Virtudes todas que hacían mucha falta en la literatura de la época. Pero no fueron apreciadas en su justo valor y su estilo ha sido el blanco de muchos ataques. Desde luego, no era poeta ni lo intentaba ser. Su espíritu era razonador, frío, científico y su prosa refleja perfectamente tal espíritu. Menéndez Pelayo, que no sentía mucha simpatía por Feijóo, junto a indispensables elogios manifiesta claro desdén por su prosa. Otros han dicho sencillamente que escribía mal. En el prólogo a la edición de sus obras en la Biblioteca de Autores Españoles, don Vicente de Lafuente se expresa en un tono poco favorable para Feijóo. No acababa de comprenderlo. Y Lista intenta darle la puntilla con una sandez que ha hecho fortuna, siendo una de las frases que más se han repetido: "Al padre Feijóo se le debiera erigir una estatua y al pie de ella quemar sus escritos".

Hoy se piensa de forma muy distinta. El aprecio hacia la obra total de Feijóo y hacia su prosa va en aumento. Marañón dice en la obra citada:

> Porque lo típico del lenguaje de Feijóo es que es un lenguaje esencialmente científico, en el cual, la única elegancia permitida es la claridad. Lenguaje de períodos breves, de expresiones exactas, de adjetivos estrictos o oportunos, de ausencia de metá-

---

[10] Don ANTONIO BALLESTEROS en su *Historia de España* (pp. 244-247 del tomo VI) cita los siguientes datos tomados de LLORENTE: en el reinado de Felipe V hubo 54 autos de fe y fueron quemados 79 en persona, 63 en efigie y 829 penitenciados. En el reinado de Fernando VI hubo 34 autos de fe y 160 penitenciados. Más tarde, en tiempos de Carlos III, triunfa el regalismo y la Inquisición al someterse al rey pierde influencia y fuerza.

> foras, salvo las explicativas, y de continuo sacrificio ante la nitidez de la expresión, de las convenciones retóricas, entre ellas el miedo a la repetición —de palabras de conceptos— sin la cual no se puede enseñar... En este sentido didáctico me atrevo a repetir que Feijóo es el creador, en castellano, del lenguaje científico; y yo no me canso de recomendar la lectura del *Teatro*, y más aún de las *Cartas*, a los jóvenes hombres de ciencia.[11]

Y en otro lugar:

> Varios de sus críticos señalan con desdén y como causa de sus incorrecciones, que escribía para el pueblo. Y en esto, justamente, está la razón de su jerarquía y de su permanencia. Las gentes cultas son como las flores, flores delicadas, de cada época de una civilización. Pero las flores pasan pronto y subsiste la tierra —el pueblo— inmutable, de donde nacen todas las especies de flores. Bien haya el que ama la tierra. Feijóo escribía, aunque no lo creyese, para la eternidad, y a la eternidad no se llega por la senda de las minorías cultas, sino por la ancha vía pedregosa de la gran humanidad de cada momento histórico, que es igual a través de toda la historia humana.[12]

Sí. Feijóo hablaba en sus escritos para el pueblo. No hay que olvidar a este respecto que lo dice bien claro en el título de sus dos obras: *El teatro crítico universal o discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes;* y *Cartas eruditas y curiosas... impugnando o reduciendo a dudosas ciertas opiniones comunes.*

"Errores comunes", "opiniones comunes". Su objetivo era modesto y admirable a la vez. Nada menos que *educar*. Por eso es un auténtico representante de su época, porque como dijo Ortega el siglo XVIII "es el siglo de la Ilustración, es decir de la cultura o cultivo de las masas populares; en suma: el siglo educador".[13]

La idea de educar al pueblo flotaba en la mente de muchos otros escritores españoles de la época. Algunos la expresaron en el campo dramático que por cierto no es el más adecuado. Se hizo, en resumen, muy poco en este sentido porque

---

[11] GREGORIO MARAÑÓN, obra citada, p. 85.

[12] *Ibid.*, p. 84.

[13] JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *Obras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932. "El Espectador", Tomo VII, p. 625.

había serios obstáculos en el ambiente; porque había poca gente genuinamente preocupada por ello, aunque las obras de Feijóo tuvieron mucha difusión y se discutieron acaloradamente. Pero la mayoría las leían para impugnarlas porque el espíritu de dichas obras chocaba con la actitud general. Pero dejando aparte el resultado práctico de su obra —se le ha achacado que no descubrió nada, que al atacar un error incurre a veces en otro y que no estaba completamente libre de las supersticiones que critica— lo más importante, lo que cuenta, es el espíritu que la animó: la búsqueda incansable de la verdad con los medios que él no se cansaba de repetir —la observación y la experiencia— y la divulgación a los cuatro vientos de dicha búsqueda.

Jovellanos es otro tipo de hombre. Educador, economista, político, historiador y varias cosas más, dedicó su vida, con actos, con libros y con sacrificios personales a llevar a cabo las reformas que él creía urgentes en su patria. También creyó que la base de la nueva orientación de actitudes era un problema educativo. Es más educador, sociólogo y político que literato, aunque su prosa se eleva a la altura de la mejor del siglo. Pero sus obras persiguen la aplicación práctica de teorías, son estudios que presentan soluciones a concretos problemas nacionales. Escribió muchos trabajos, memorias, informes y cartas, sobre cuestiones relativas a carreteras, minas, marina mercante, montepíos, industrias textiles, comercio, etc. Era un hombre de acción. Por eso no es extraño que como poeta sea frío y académico y que como dramaturgo no llegue muy lejos. No era creador, en el sentido artístico de la palabra. Defecto no sólo suyo, sino de toda la época en España, lo cual no se le escapa al decir: "¿Por qué en las obras de los modernos, con más sabiduría, se halla menos genio que en los antiguos? La razón es clara... Porque los antiguos estudiaron en la naturaleza, y nosotros en ellos".[14]

Lo mejor de Jovellanos es su vida. Es el ejemplo del hombre bueno, íntegro, que dedica su existencia a mejorar su patria; de su espíritu equilibrado y entusiasta a la vez, ecuánime y justo, en una época de confusión y de actitudes ambiguas. En el reinado de Carlos III sus ideas y acción son apoyadas por

[14] GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS, *Oración sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura al de las ciencias;* B. A. E., Tomo XLVI, p. 332.

los ministros de aquel gobierno y puede desarrollar su labor sin grandes obstáculos. Al morir el rey se le persigue, calumnia y castiga con extrema dureza siendo desterrado y preso por largos años a causa, entre otras razones, del odio que le tenía la reina y a las peligrosas sospechas de la Inquisición. Lo soporta todo con admirable entereza, incluso cuando se le acusa de infidelidad a la patria por su importante intervención en la Junta Central, organizada para dirigir la resistencia a la invasión francesa.

Su patriotismo a toda prueba ha sido reconocido por todos y no se le han regateado los elogios. El mismo Menéndez Pelayo, que se empeña en ver en él sólo su aspecto conservador, dice que es la figura más gloriosa del siglo XVIII, "alma heroica y hermosísima, quizás la más hermosa de la España moderna... varón justo e integérrimo, estadista todo grandeza y desinterés, mártir de la justicia y de la patria".

Se ha discutido mucho su ideología pero son inútiles los esfuerzos de los tradicionalistas al querer identificar a Jovellanos con lo "viejo" español. Es católico sincero, pero al mismo tiempo es liberal, antitradicionalista; hombre moderno e ilustrado. Ángel del Río, en un magnífico estudio,[15] dice que es uno de los verdaderos precursores importantes si no de los verdaderos fundadores del liberalismo español, y cita las acertadas palabras de don Alejandro Pidal y Mon:

> Jovellanos quiere decir no este o aquel error, ni esta o aquella preocupación de su siglo, de su generación o de su escuela; no. Jovellanos quiere decir, para el que debidamente lo analiza, religión sin superstición, patriotismo sin patrioterías, ilustración sin descreimiento, reformas sin revoluciones, orden sin arbitrariedad, autoridad sin despotismo, libertad sin licencia, justo medio sin extremos viciosos, sentido moral y sentido común.

No está mal esta afirmación para la España de cualquier época. Si interpretamos así el pensamiento y la acción del hombre mejor del siglo XVIII español, hemos de coincidir en que la orientación de dicho pensamiento era correcta y que la desviación de ese camino ha producido la mayor parte de las tragedias nacionales de los últimos doscientos años, sobre todo la tragedia española del siglo XX.

---

[15] *Historia general de las literaturas hispánicas*, t. IV, 1ª parte, pp. 169-201.

Jovellanos, junto con Feijóo y poquísimos hombres más, encarnó en su vida y en su obra la posible solución de la crisis de su siglo que en España, como hemos apuntado, no podía ser resuelta y ni siquiera pudo ser, vitalmente, planteada. Eran muy pocos hombres de visión en medio de un ambiente confuso y hostil.

Jean Sarrailh en *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII,* al comentar la crisis española de la época, pone una de cal y otra de arena. Se esfuerza por demostrar que el movimiento ideológico "ilustrado" en España fue bastante intenso. Pero no tiene más remedio que reconocer que "...el grupo selecto de españoles ilustrado no es sino una minoría, un puñado apenas, frente a la inmensa mayoría presa de la rutina, los prejuicios y la ignorancia".[16] Y más adelante tampoco puede evitar el hablar de su "parcial fracaso".

Sin embargo, gracias al esfuerzo de este pequeño grupo selecto de españoles —y del de otros ciudadanos anónimos, cuyo estudio es quizá la mejor contribución de la obra de Sarrailh— se logró en España algo positivo. Algunos ejemplos:

Al empezar el siglo, las escuelas, en todos los niveles, eran insuficientes en número, faltas de plan y de organización. En tiempo de Felipe V se toman algunas medidas beneficiosas para las de educación primaria y se mejora un poco la triste situación de los maestros de primeras letras (1743). Carlos III fomenta la creación de escuelas en Madrid y otras ciudades, y las Sociedades Económicas organizan escuelas privadas. La segunda enseñanza se hallaba representada por las pésimas cátedras de latín. Felipe V funda el Real Seminario de Nobles y Jovellanos crea el Instituto Asturiano, modelo de escuela donde se estudiaban las humanidades y las ciencias naturales. Las universidades estaban anquilosadas y se intenta su mejoramiento en tiempo de Carlos III. No figuraba en ellas la enseñanza de las ciencias físicas y naturales e incluso la teología y la filosofía se estudiaban deficientemente. Jovellanos atacó el espíritu escolástico que las animaba y abogó por la inclusión de las ciencias experimentales, por un espíritu menos teórico y

[16] JEAN SARRAILH, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo* XVIII, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, p. 122 (Es una magnífica traducción, por A. ALATORRE, de la obra francesa *L'Espagne éclairée de la seconde moitié* du XVIIIe siecle).

más utilitario. Se lograron algunas acertadas reformas en muchas universidades y también en los Colegios Mayores que se abrieron a los pobres. También se establecieron centros educativos fuera de las universidades como los Colegios de Medicina de Barcelona, Cádiz, Madrid; Colegios de Veterinaria; las Academias de la Lengua, de la Historia y de San Fernando; las de Jurisprudencia; el cuerpo de Ingenieros Cosmógrafos; la Escuela de Mineralogía; la de Ingenieros de Caminos, y varias más. Todos estos organismos tenían que luchar contra el ambiente poco propicio a las cosas nuevas, contra importantes intereses creados y contra la falta de personal docente capacitado.

Se crearon las "Sociedades Económicas de Amigos del País" en varias ciudades, para la educación y mejoramiento de las clases productoras, gracias a los esfuerzos del conde de Peñaflorida y de Campomanes; se proyectaron y comenzaron obras públicas, especialmente caminos y canales; se organizaron empresas filantrópicas; también se intentó corregir el urgente problema de la distribución de la propiedad civil y eclesiástica. Con respecto a la primera se legisló para reducir el número y la cuantía de los mayorazgos; y el conde de Aranda intentó que las tierras labrantías de los municipios y las baldías o concejiles se distribuyeran entre los vecinos más necesitados. Medidas que fracasaron por la oposición de los encargados de llevar a cabo las disposiciones y porque los labradores no poseían medios para trabajar los lotes. En cuanto a la propiedad eclesiástica, Carlos III ordenó (1763) que no se diese licencia a "manos muertas" para la adquisición de bienes. Carlos IV permitió dichas adquisiciones pero les impuso un tributo del quince por ciento, e invitó al clero a enajenar dichos bienes ingresando su valor en la Real Caja de Amortización; etc.

Pero todo ello, producto del esfuerzo admirable de unos cuantos hombres de visión, no era suficiente ni mucho menos. La actitud general, la del pueblo, se oponía a todo lo nuevo, a lo que llegaba de afuera, alcanzando extremos de increíble intolerancia. Se decía y se creía que la intransigencia ante lo extranjero era saludable y beneficiosa para España. Todavía a fines del siglo no se había logrado modificar ni ligeramente tal actitud. Don Antonio Ballesteros dice que incluso había una incomprensible "conducta de injusto recelo observada con los sacerdotes franceses que huían de la Revolución Francesa; se les prohibió entrasen en Madrid y dedicarse a enseñar, predicar

o confesar españoles. Eran vigilados por la policía como gente sospechosa".[17]

La oposición a toda "novedad", producto en gran parte de la extraña susceptibilidad comentada, se expresa elocuentemente en ese tremendo dicho popular, tan extendido en la España de todos los tiempos, "más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer", ya citado por Jovellanos en su "Discurso dirigido a la Real Sociedad de Agricultura del Principado de Asturias". Y la cosa se agrava cuando al considerar errores o defectos el pueblo español suele comentar resignadamente, "no hay remedio; somos así". Y no solamente el pueblo. Américo Castro en *España en su historia* dice que el país es una realidad vitalmente singular y que "las categorías forjadas por los racionalistas franceses son inaplicables a la masa española". Sería interesante averiguar si esas mismas categorías son aplicables a la masa francesa o a la de cualquier otro país.

Sobre el temperamento o carácter nacional

SIGUIENDO esta forma de pensar, se ha dicho que España tomó, en la crisis del siglo XVIII, una orientación distinta a la de otros países europeos debido a su "temperamento", a su "carácter". Que en el caso concreto del teatro —tema que se discutió extensamente en aquella época— la influencia francesa neoclasicista chocaba con la "manera de ser" del pueblo español. Que el temperamento francés se caracteriza por su objetividad, lógica discursiva, claridad de exposición y ausencia o sobriedad sentimental. Que, por eso, la cultura francesa y sus repercusiones en la literatura y en el pensamiento, tiende hacia las síntesis objetivas, hacia la reglamentación, hacia lo clasicista, refrenando "instintivamente" lo emocional.[18] Y que, por

---

[17] ANTONIO BALLESTEROS, *Historia de España*, t. VI, p. 271.

[18] A este respecto es oportuna citar lo que ARNOLD HAUSER dice en su obra *The Social History of Art* al hablar del neoclasicismo francés que se suele considerar como algo típico del país: "Es absolutamente falso el ver en el clasicismo de la cultura cortesana francesa el 'estilo nacional francés' "; y aún más, que "la corte francesa alcanza una aceptación internacional de sus costumbres, modas y arte al precio del carácter nacional de la cultura francesa. . . , nada más típico del punto de vista cosmopolita de lo francés que el hecho de que en todas las tragedias de RACINE, según ha sido notado, no aparece ni un solo francés". (p. 441).

el contrario, en el temperamento español la emoción y el sentimiento dominan y ahogan la razón.

¿Es así? ¿Hasta qué punto es esto verdad? ¿O se trata solamente de tópicos? ¿Se puede decir tal cosa de un país tan diverso y de tantos contrastes como España?

Las circunstancias histórico-geográficas llegan a determinar, al parecer, de una forma muy vaga y general, la actitud de un grupo humano en un momento histórico determinado. Hasta qué punto y con qué alcance es la cuestión a dilucidar. ¿Pueden llegar a cambiar dichas actitudes "nacionales", se pueden orientar en otra dirección? ¿O los países son necesariamente esclavos de su "temperamento", de su "carácter"?

Es más que probable que la geografía sea un factor de peso en la determinación de ciertas características, generales y exteriores, de un pueblo. Pero también es muy probable que dicha influencia no sea decisiva, que no haya características nacionales definidas y permanentes, y que lo que se entiende por tal cosa sea principalmente producto de influencias circunstanciales, formativas. Que el proceso cultural adquirido, que se expresa en costumbres, tradiciones, hábitos y actitudes, sea realmente el factor decisivo. Claro es que en tiempos primitivos, en épocas pasadas, todo ello ha estado muy relacionado con la geografía, con la tierra. Por razones obvias.

Pero hoy, en el mundo del siglo XX, cada día es menor la dependencia humana de la geografía, cada vez es menor el contacto del hombre con natura. Con las ventajas e inconvenientes que ello implica y que ahora no interesan. En este sentido lo cultural, lo informativo, lo educacional, pasa necesariamente a primerísimo plano. Está claro que hoy los jóvenes universitarios de alejados países —alejados cultural y geográficamente— se parecen más entre sí, tienen más intereses en común, que con la masa inculta de sus respectivos pueblos.[19] La cultura moderna, especialmente en sus niveles más altos, uniforma y allana diferencias circunstanciales, a corto o a largo plazo.

[19] En el caso concreto del comentario de AMÉRICO CASTRO, ya citado, dice bien claro que las ideas de los racionalistas franceses son inaplicables "a la masa española". Lo que sugiere que no son inaplicables a los grupos cultos. Es decir, que en último término se trata de un problema educativo. Difícil, ingente, pero de posible solución (Lo cual no quiere decir, naturalmente, que la solución consista en "aplicar" dichas ideas, u otras determinadas, al pueblo español, o a cualquier otro. Tales ideas tuvieron su valor y su papel, pero han cam-

Y con el tiempo tal uniformidad puede llegar a hacer posible una mejor comprensión de muchas cuestiones, y a facilitar la eliminación de obstáculos —ideas y actitudes negativas— relacionados con exclusivismos estrechamente nacionalistas.[20]

La perspectiva que tenemos hoy del mundo y de los problemas humanos nos inclina hacia esfuerzos encaminados a que esa uniformidad cultural sea cada día más completa. Pero no se trata de uniformidad estática, sino de esfuerzos orientados hacia el mejoramiento, hacia la superación, de lo que se entiende cuando hablamos de la "cultura occidental". Y desde este punto de vista no cabe duda que el principal problema a resolver es el mismo que quitaba el sueño a los hombres ilustrados del siglo XVIII y cuyo buen enfoque ha permitido a algunos países avanzar a pasos agigantados, colocándose al frente del resto del mundo. Este problema se relaciona directamente con la *educación*. Educar en el más amplio sentido de la palabra, como quería Jovellanos. Sobre todo en estos momentos en que el mundo está experimentando cambios radicales y rápidos; cuando con medios al alcance de todos, algunos países están demostrando que se puede cambiar la actitud tradicional en el corto espacio de una generación, y progresar más, hacia los medios de conseguir el bienestar general, que en toda la pasada historia. En último caso es posible cambiar de actitud por la misma razón que es posible mantenerla. Y hoy ello puede llevarse a cabo con mucha más facilidad que en épocas pretéritas. Más aún, hoy es mucho más fácil cambiar que mantener una determinada actitud, sobre todo cuando desentona en el con-

---

biado y están cambiando continuamente. Lo importante es abrir el espíritu de las gentes a cualquier corriente nueva de pensamiento. Porque la asimilación de ideas y actitudes suele ir acompañada del irreprimible deseo de superarlas.)

[20] Lo cual traerá naturalmente otra clase de problemas —no hay que pecar de exceso de ingenuidad—, porque en último término no sabemos hasta qué punto puede el hombre manejar su destino en este mundo. Pero por la misma razón no sabemos hasta qué punto puede el hombre controlarlo. Pudiera ocurrir que todo diera un estallido —hay motivos para creerlo— y regresáramos a la barbarie, o poco menos. Pero puestos a conjeturar hay que proveerse de un mínimo bagage de optimismo, de un optimismo mesurado y razonable. Y depositar algo de fe en el hombre, en las posibilidades humanas, en los esfuerzos continuos que hace por superar sus problemáticas limitaciones. Lo contrario es la inacción y ésta sólo puede conducir a la situación que se teme. Por eso tales objeciones no importan ahora.

cierto mundial de legítimas aspiraciones hacia una vida más digna. Sin duda alguna, en el mundo actual, la fuerza expansiva de las ideas más nobles de la cultura occidental —la única que se está imponiendo incluso en los países orientales— tiende cada día con más vigor hacia esa plausible uniformidad de formas de vida, de actitudes, de aspiraciones; y en último término, de diferencias raciales. Y es un pecado de lesa humanidad no colaborar en la empresa con todas nuestras fuerzas.

A veces los colores y apasionamientos políticos pueden llegar a oscurecer la perspectiva total e inducir a creer que la escisión entre los países que marcan el paso de la civilización actual es más profunda de lo que es en realidad. Por debajo de diferencias circunstanciales —aunque de importancia— tales países con diferentes nombres y colores, están intentando alcanzar los mismos objetivos y por iguales, o muy parecidos, medios. Y sobre todo, son idénticas las aspiraciones de sus pueblos respectivos, y de todo el mundo, hacia formas de vida más dignas, más justas. Es decir que por lo menos hay ya uniformidad de aspiraciones. Consciente unanimidad de objetivos.

España, y el mundo hispánico, ha venido desentonando un poco en el concierto del mundo occidental, dando en ocasiones notas algo discordantes. Pero también, ha aportado en algunos momentos considerable contribución hacia los objetivos comunes de dignidad y justicia humanas. Buen ejemplo de ello lo ha dado el noble esfuerzo de la llamada Generación del 98, y el de muchos hombres en lo que va de siglo, esfuerzo temporalmente truncado aunque su espíritu persiste vigoroso. Y también la difícil lucha que los países hispanoamericanos tienen entablada contra poderosas fuerzas, interiores y exteriores, que dificultan su progreso.

Las raíces de algunos obstáculos que el mundo hispánico ha encontrado al tratar de incorporarse a la marcha del progreso actual, alcanzan al conflicto ideológico que ocasionó la crisis del siglo XVIII, todavía en doloroso proceso de solución en el mundo que habla español, aunque avanzando rápidamente hacia una superación de tal crisis. Ortega y Gasset parece que pensaba así al decir: "Cuando más se medita sobre nuestra historia, más clara se advierte esta desastrosa ausencia del siglo XVIII", es decir, la ausencia del espíritu abierto, liberal, que movió el pensamiento del siglo. Porque, sigue diciendo, España es "la nación europea que se ha saltado un siglo insustitui-

ble".[21] Y con España se lo saltó el mundo hispánico. O por lo menos no llegaron a cristalizar debidamente algunas de las actitudes y corrientes de pensamiento que han contribuido a orientar la solución de la crisis del siglo XVIII y a sentar las bases del mundo actual.

[21] José Ortega y Gasset, *Obras*, Espasa-Calpe, Madrid, 1932; *El Espectador*, Tomo VII, p. 625.

GODOY Y LOS ILUSTRADOS

Por *Segundo SERRANO PONCELA*

DON Manuel Godoy es todavía, persona de mala fama. Durante el siglo XIX maltrataron su memoria individuos e instituciones de la más varia condición. De un lado los cortesanos de Fernando VII, cuya turbia conciencia reflejó constantemente odio y temor contra el ex favorito de sus padres; de otro, los adversarios doctrinales, gente liberal para quien este hombre, fantasma vivo y solitario hasta casi mediados de siglo, personificaba todos los defectos del *ancien règime*. Nutrió de materia anecdótica a periodistas y escritores que escarbaron con provecho en la confusa intriga de sus relaciones eróticas con la reina María Luisa. Sus *Memorias*, publicadas en 1836, no le sirvieron de parcial exculpación y nadie sometió a cedazo crítico los datos que aportaban acerca de personas o sucesos. Tuvieron mala publicidad y escaso atractivo literario; también se puso en tela de juicio su paternidad achacándosela a Esmenard y a los abates Siccar y Sicilia —más tarde se comprobó que este último metió mano en ellas. Dos veces han sido reeditadas, la primera en 1908 y, recientemente, en 1956. Entre catorce biografías directas y diversos testimonios históricos relativos al reinado de Carlos IV, sólo encontramos dos decididamente favorables, y aunque parece haber llegado el momento de examinar con objetividad su figura, aún no apareció el estudioso dispuesto a llevar a cabo la tarea. Y es que Godoy se halla plantado en los umbrales de un irredento problema español tan actual hoy como hace ciento cincuenta años, de modo que sus pleitos, en apariencia anacrónicos, están vivos todavía.

Hombre de turbios antecedentes

EN la fulgurante aparición pública de este personaje hay un primer móvil imperdonable para la ética hispana del poder público: nació del favor; principalmente del favor de una mujer

que, además, era reina. Un advenedizo que alcance la gobernación del Estado por medio del fusil y la aventura se convierte con facilidad en héroe de leyenda y el favor popular no le abandona nunca, pero si se trata de un lecho, verdadero o figurado, sobrevienen la mala fama y el repudio; el esfuerzo es demasiado muelle y en país de varones cejijuntos y libidinosos, muy vituperable. Cierto que don Manuel Godoy y Álvarez de Faria fue de condición hidalga, pero esto no cuenta en lugar donde hubo siempre sobreabundancia de hidalguía. Así, tal ausencia de méritos propios mutiló sus actividades sucesivas y nadie se detuvo a examinar si detrás del don gratuito se hicieron posteriores esfuerzos personales para merecerlo poniéndose a la altura de las circunstancias con una actividad superadora.

Sus numerosos y enconados adversarios le consideraron inculto, vanidoso, cruel con sus enemigos, extorsionador de riquezas ajenas; se le acusó de irreligiosidad, avaricia y lujuria; se le dijo charlatán, tocador de guitarra, de torpes entendederas y casi irracional. Los papeles y memorias de la época están plagados de semejantes expresiones convertidas en lugar común. En la historia de los validos españoles Godoy ha logrado la máxima execración. Esta densa sombra negra hace pensar, por lo exagerada de proporciones, si algo irregular no se esconderá tras ella porque los hombres y sus actividades son más difíciles de calificar que lo que aparentan. Un exceso de odio acumulado implica, por parte de los odiadores, la existencia latente de alguna baja pasión o de una pasión errónea que nubla el juicio.

Godoy fue un producto de la Ilustración; un producto negativo si se quiere, pero sólo posible en ese momento histórico. Entiéndase: advino al poder por capricho real, cierto, mas en ocasión en que las fuerzas y prerrogativas tradicionales, aristocracia e iglesia, estaban perdiendo su rango. Hombre de simples méritos adánicos entró en competencia con próceres, apellidos y preeminencias, y triunfó sobre ellas. Detrás de su éxito, aupándole, a la vez que el capricho real estaba presente su tiempo; la transformación revolucionaria de una sociedad donde la valía del hombre, su simple ejecutoria personal, ya contaba. María Luisa y su apacible esposo ni lo sospecharon y el impulso erótico de la reina obró como piqueta demoledora del soporte estamental que rodeaba la majestad. Iba a escribirse la primera novela rosa moderna: el galán sin fortuna que se encuentra, a la vuelta del camino, con la rica heredera. En

tiempos intemporales esto sucedió alguna vez sin duda; está escrito en los libros de caballerías.

Una educación humanística al modo de Jovellanos, por ejemplo, Godoy no la tuvo; ni siquiera al modo de Cabarrús u Olavide; ni la superficial del golilla Floridablanca o del enciclopedista Aranda. Pocas letras elementales en una rudimentaria escuela de latines de Badajoz al cuidado de presbíteros; escuela militar en Madrid, más tarde, a la sombra del hermano mayor, con su algo de conversación erudita en los Escolapios de San Antonio y otra dosis de tertulia afrancesada. ¿Para qué más? ¿Qué superioridad cultural poseían los rancios aristócratas Osuna, Alba o Infantado? Sumemos a lo anterior un don original: despejo, cabeza clara, ingenio y porosidad para acercarse a los verdaderamente cultos a fin de aprender una novedad todos los días. Por supuesto, cabría preguntarse hasta dónde el político debe o tiene que ser hombre de letras. Más bien parece que su virtud principal consiste en saber sobre los que saben, entender su manejo, aprovecharse del letrado y rodearse de un aura prestada. Esto, Godoy lo hizo, sin duda.

Catálogo de actividades 'Ilustradas'

En sus *Memorias* se destinan un centenar de páginas a la enumeración de múltiples actividades científicas y culturales promovidas durante su privanza. Hay en ellas fárrago, exageraciones e hinchazón de méritos, si se quiere, pero los documentos cantan: el catálogo resulta impresionante, sobre todo si se compara mano a mano con ese erial hispánico de principios del siglo XVIII que evidencia Torres Villarroel en su *Vida*. Por supuesto, el ritmo de los tiempos —diríamos utilizando un expresivo lugar común— le obligó a ello, pero cincuenta años más tarde, en una Europa entregada a febriles cambios económicos y culturales, España languidecía de nuevo en manos de Fernando VII. No se olvide que el gobernante puede o no puede ser receptivo a su época y entender o ignorar los signos que ésta le hace. Godoy los entendió a su modo y sin ser ilustrado dio una última oportunidad a los hombres de la Ilustración. El catálogo a que me refiero parece el de un nuevo rico de la cultura, pero ahí quedó, logrado y abierto hacia el porvenir, cuando Godoy fue sacado violentamente de

los sotabancos de su palacio en Aranjuez. Innovaciones y mejoras en estudios públicos, magisterio, medicina, veterinaria, ciencias exactas, farmacia, ciencias económicas, bellas artes, imprenta, etc.; desde la fundación de la primera escuela de sordomudos que se conoce en España hasta la de ingenieros; propagación de la vacuna en América; traducciones de clásicos; protección de los teatros. En cuanto al índice de publicaciones patrocinado por su gobierno es nutrido y, en ocasiones, pintoresco aunque siempre revelador de un legítimo interés cultural. Obras de auténtico valor como el *Catálogo de lenguas* de Hervás; las *Lecciones de geografía* de Antillón; la colección clásica de filósofos antiguos o los escritos pedagógicos de Pestalozzi están al lado de la *Filosofía farmacéutica* de don Gregorio Bañares; el *Tratado de las flores,* de don Claudio Boutelon o *El Quijote de los teatros.* Protegió la escena elevando su decoro y exigiendo buena conducta ante un espectáculo degradado hasta lo más ínfimo; trató de suprimir las corridas de toros y esto le valió la repulsa general de la nación; intentó sacar los cementerios de las iglesias y enemistóse con el clero; protegió semanarios y periódicos aunque, hombre astuto, al fin supo cómo habérselas con ellos: "Los jueces —dice en sus *Memorias*— tenían orden de llevar las riendas dulcemente y de darles campo ancho, salva siempre la religión y el principio monárquico. Igual anchura fue acordada en la admisión de libros y papeles extranjeros, y aun de los mismos que con razón eran vedados, si algo bueno había en ellos se extraía juiciosamente y era publicado en los periódicos que ayudaba o protegía el gobierno".

Sus amigos le consideraban culto, cuando menos así se expresan en sus panegíricos; sus adversarios le declararon analfabeto. Se sabe que le gustaba la pintura y en algunas de sus cartas alude al goce que derivaba de su galería de cuadros. No hay duda de que protegió a Goya, introducido con anterioridad en la corte por el ministro Aranda, su adversario. Abundan los 'haigas' en sus cartas y tropieza con la sintaxis a menudo, achaque éste de gente de mundo; pero sus *Memorias,* cuando el abate Sicilia no encumbra la refacción del estilo y las estropea, tienen llaneza y despejo natural y a ratos se leen con más gusto que la obra de muchos eruditos a la violeta de aquel tiempo.

Contrapartida de errores

GRAVES errores cometió, sin duda, como todo advenedizo a quien el poder desmanda. El primero, la ambiciosa rapidez de sus ascensos; el segundo, el afán de dinero; su vanidad también y su exceso de magnanimidad con los enemigos. Errores políticos; achaque común, entonces y ahora, al hombre público pero todos le hubieran sido perdonados, a mi juicio, salvo uno último y doble que separo por su gravedad: el no respetar las preeminencias de la nobleza de cuna queriendo hacerse noble por cuño real (el chiste se me va tras el juego de vocablos) y haber dado la espalda al poderoso clero hispano en favor de los hombres de letras. Ambos pecados postreros no se perdonan nunca entre gentes ibéricas y debió haberle servido de escarmiento la historia de Antonio Pérez doscientos años atrás; otro valido de menos vuelos pero tan desdichado, a la postre, como él. Godoy llegó a la Corte para ser guardia de Corps cuando tenía diez y siete años; uno después logró la privanza real. En 1788, Carlos IV y María Luisa advienen al trono; en 1791, Godoy es promovido a general; en 1792, nombrado primer secretario de Estado. En el ínterin consigue ganar, en vertiginosa carrera, el nombramiento de comendador de la Orden de Santiago, el mariscalato, la gran cruz de Carlos III, la grandeza con derecho a cobertura, el título de Duque de Alcudia y otras menudencias. En 1795 recibe el título de Príncipe de la Paz y matrimonia con la condesa de Chinchón, alteza de España. Más tarde conseguiría el rango de Almirante. Excesiva velocidad, sin duda, aun para un buen mozo situado entre un rey sin voluntad y una reina con esa decisión demoníaca que revelan sus vivísimos ojos negros, de rata o de fuina, en todos los cuadros donde aparece tan majestuosa como fea. Alcalá Galiano, quien le conoció siendo adolescente, recuerda que el ministro era hombre "de alta estatura, lleno de carnes aunque no gordo, muy cargado de espaldas a punto de llevar la cabeza algo baja, de pelo rubio y color muy blanco". Entre las mujeres tuvo siempre predicamento, y de anciano, paseando por las calles de París, ofrecía el aspecto de un oficial pasado a la reserva.

La fabulosa fortuna acumulada por Godoy durante sus años de mando fue recapitulada en 1848, cuando el tribunal arbitral designado al efecto acordó devolverle los bienes confiscados. Cierto que nunca se los devolvieron; hubiera sido de-

masiado para el erario español. Sumaba 34.757,658 reales; 800,000 pesos en libranzas sobre México; una renta foral en Galicia; tres encomiendas; dos palacios en Madrid; una casa en Almodóvar; la propiedad del valle de la Albufera; el soto de Roma en Granada; 3,000 cabezas de ganado lanar; muebles, vajillas de plata, cuadros, etc. "Estas cifras, tomadas de documentos oficiales, quiebran los más nobles arrestos para pronunciarse a favor de Godoy. Dejando a un lado su labor política, su merecimiento personal y el durísimo castigo a que la Providencia le sometió, no podrá negar nadie que esa riqueza constituye un baldón para él y un oprobio para España". Así se expresa Ossorio y Gallardo, uno de sus comentaristas.

Era vanidoso; he aquí un segundo pecado aunque menudo si se toman en cuenta los antecedentes de la persona. Sus *Memorias* ofrecen curiosa muestra de orgullo y humildad. Escóiquiz nos lo presenta como un monstruo de pedantería, pero este ladino canónigo le dio quince y raya en el defecto, ganándole además en toda imaginable serie de malas cualidades. Alcalá Galiano también le recuerda soberbio y engreído; distante de las gentes. Gozaba a mano abierta con el lujo, el dinero y el poder aunque cabría preguntar quién otro, en su puesto, no hubiera hecho lo mismo. Su corte, siempre nutrida de amigos y pretendientes, era superior a la de los reyes. "Los días en que recibía —dice Galiano— veíanse sus salones poblados de todas cuantas personas eran en Madrid notables por su cuna, sus empleos, su riqueza o reputación de cualquier modo adquirida; de prelados y religiosos de cuenta de sus respectivas órdenes; de señoras bien parecidas o preciadas de serlo que iban allí a lucir sus galas o quizás a procurarse atraer la atención del valido omnipotente. Era, en suma, un lugar de paseo y a él iba yo, principalmente por este motivo, no mirando al Príncipe de la Paz sino como la causa de juntar tan lucida concurrencia".

He mencionado su magnanimidad como un defecto; debo precisar diciendo que, más que magnánimo, fue débil con sus adversarios, algunos implacables. En diversos lugares de las mencionadas *Memorias* se refiere a la blandura con que trató a sus enemigos procurando no llegar a extremos de persecución propios y naturales en poderes absolutos al modo del suyo. Debió tener clara conciencia, de su pedestal de barro, y su natural afable y generoso en circunstancias normales, púsose al servicio del miedo. Necesitaba amigos y los buscaba como podía. Con el paso del tiempo fue apercibiéndose de su sole-

dad, incapaz de vivir aislado porque era de carácter efusivo. En cuanto a sus enemigos, cuando se trataba de nobles o gentes de Iglesia, cuidábase de no perseguirles sabiendo la antipatía que ambos estamentos sentían por él. Sólo descansaba en el favor de los reyes; eran su única garantía. Una vez lo probó, en 1795; no tuvo ocasión de repetirlo en 1808 porque sus valedores se vinieron abajo simultáneamente con él. Algunos 'ilustrados', gentes de pluma o toga, no se plegaron a sus deseos y los respetó porque era peligroso malentenderse con ellos. Godoy tuvo siempre la intuición del poder de la letra en tiempos en que una simple oda o epístola en verso, por repleta de ripios que estuviese, hacía tanto daño como una bala de fusil. Gustaba, asimismo, de la adulación y trato del pueblo y cuando lo conseguía calentaba sus venas, como a los demás señores de la Corte, un irreprimible plebeyismo. Ortega ha analizado sagazmente esta característica de la época: fenómeno general, casi epifenómeno, nadie escapó a él. Una de las mayores satisfacciones disfrutadas por Godoy durante su larga privanza fue el aplauso espontáneo, en cierta ocasión, del público que llenaba un teatro.

Mas por encima de estos factores, impulsivos en su mayor parte, que le hacían propenso a la imprudencia funcionó otro, paralelo, de cálculo político inteligente que expresa en sus *Memorias* del siguiente modo: "Los procesos de estado fueron raros (durante mi privanza) si hubo alguno; más bien amagos que procesos. Si alguien se desmandaba en opiniones peligrosas, recibía advertencias del gobierno, y sabía que era observada su conducta. De las personas de talento que podían temerse procuraba yo formar otros tantos amigos del gobierno. Yo los hacía emplear donde no fueran peligrosos. ¡Raro modo de desterrar dándoles acomodo! Hallándose atendidos los que mal mirados por el poder, perseguidos o molestados, habrían compuesto entre nosotros una masa de descontentos, al contrario, favorecidos, adoptados en su servicio, esparcidos en el reino sin contacto entre ellos mismos, pendientes del gobierno que les abría los brazos y les ponía en carrera de honor y de intereses, en lugar de serle hostiles trabajaban por sostenerle". Sabia política de la que tanto podrían aprender hoy otros gobernantes para quienes el ejercicio del poder absoluto se nutre de dureza, intolerancia y crueldad.

Tuvo conciencia de su tiempo

COMO antes dije, Godoy tuvo siempre conciencia de los tiempos en que le había tocado vivir y su decidida simpatía por el programa de la Ilustración, decaído durante los últimos tiempos de Aranda y Floridablanca, se debió tanto a convicción personal como a cálculo. Creía en las reformas capaces de alterar la faz a una sociedad española anquilosada, salvo en sus grupos mejores, aunque también adivínase que en la baraja de triunfos manejables para mantenerse en el poder, descontados la nobleza y el clero, sólo le restaban los intelectuales y el pueblo. Como no era un demagogo, este último no le interesó grandemente, grave error que sus enemigos le harían entender más tarde enajenándoselo a beneficio del plebeyo príncipe Fernando. "¿Quién me encontró jamás temeroso ni enemigo de las luces?", escribe, "lejos de apartarlas procuraba yo encenderlas y buscar su claridad, precavidas sus explosiones. Las amé constantemente y para no temerlas procuré hacerlas aliadas del gobierno". La siguiente fórmula, recogida con énfasis satisfecho en las páginas de sus *Memorias,* sintetiza su programa: *Pan y luces que traen el pan, y preparan los tiempos;* añadiendo que tal fue su decisión a la vista de la miseria y desdicha españolas cuando "subió al pescante" del poder. En diversas oportunidades reitera esta teoría, lo que muestra hasta qué punto formaba parte de su auténtica personalidad. Fue, pues, un revolucionario moderado; un reformador más bien, y el odio y la envidia que provocaron sus buenas fortunas acrecentóse a causa de la mencionada filosofía política. El "preparar los tiempos" significa no correr ni precipitarse y abrir camino al futuro ilustrado por medio de transformaciones económicas y científicas. Todo esto trató de hacerlo con su poder absoluto, pero se olvidó de quién era y en dónde vivía. Cierto que las diferencias visibles entre su conducta privada y su austero plan reformador contribuyeron al fracaso, pero igual le hubiera sucedido penitenciando en el yermo. La historia de Godoy es, en cierto sentido, la del grupo ilustrado —poetas, letrados y eruditos— que vivió durante la segunda mitad del siglo XVIII en España y, prolongando el episodio, la misma de otras minorías semejantes y sucesivas —institucionistas, noventaiochistas, republicanos, etc.— que trataron de seguir, durante los siglos XIX y XX, caminando a contrapelo de eso que Américo Castro denomina la *vividura* española. "Erigir los ánimos, ennoblecer-

los, ensancharlos y dar cuerda a los talentos preparando los días de una feliz renovación cuando estuviesen ya maduras las ideas y las costumbres" es un programa que no va, al parecer, con el español de ningún tiempo; cuando menos tal nos dice en su larga crónica infortunada de vehemencias banderizas y saltos en el vacío.

Hasta 1798, fecha de su primera caída en el favor real, llevó a cabo esta política con ingenuidad y entusiasmo; después se mostró más resabiado. No es mi propósito pasar revista a la enrarecida historia de los ocho primeros años del siglo XIX: intrigas, manipulaciones, bandos en pugna que sofocaron y envilecieron (acaso también embrutecieron) el vivir español. Todo terminó con la invasión napoleónica y esa confusa epopeya de un pueblo que combatió sin saber por quién ni para qué; poseído por la furia elemental de las aceifas beréberes, alzando sobre un mismo pavés a Dios, la patria, el rey, los principios constitucionalistas, la masonería, la tradición, el absolutismo, las 'luces', la inquisición y la revolución. Cuando esto sucedió, el programa del arbitrista Godoy andaba de capa caída; minado su prestigio por una labor de ratones e inclusive entre los propios 'ilustrados' había surgido un grupo más radical, partidario de rápidas reformas, y otros de virtuosos para quienes la ética del ministro dejaba mucho que desear. En España, desde antiguo, se ha exigido del hombre público una moral de catecismo perdonándosele más fácilmente la crueldad que el adulterio. Al honorable Jovellanos le produjo náuseas y profunda depresión espiritual sentarse a la mesa, en cierta oportunidad, con Godoy, su esposa y Pepita Tudó, amante y fiel amiga durante muchos años, de la grandeza caída. De tal episodio, nuestro insigne estadista no auguró nada bueno para el futuro de España. Un jefe de Estado a la manera española puede firmar con tranquilidad de espíritu la sentencia de muerte de miles de compatriotas, pero cualquier episodio de alcoba le desacreditará para siempre. "Yo —dice Godoy respondiendo a la acusación de que después de su retorno al poder se mostró renuente a proseguir su política de *pan y luces*— nunca trabajé tanto como en aquella época ni sostuve mayores guerras por llevar adelante el progreso de las luces. Los enemigos me vencieron y lograron sacrificarme... Entre los consejeros del rey Fernando hubo alguno que le propuso entregarme al brazo de la inquisición, hacerme procesar como hereje y saludar la nueva era de su advenimiento al trono por auto de fe solem-

ne, en que ardiesen conmigo algunos sabios y escritores de aquel tiempo". Escòiquiz y Caballero fueron estos enemigos inmediatos y sus manipulaciones se apoyaron sobre tres fuerzas opuestas a Godoy durante casi toda su privanza: la Iglesia, la aristocracia y la plebe (como se decía, entonces, con un vocablo menos acentuado en su sentido peyorativo que lo está hoy).

La oposición clerical

El P. Muriel, en su *Historia de Carlos IV* señala los progresos de la impiedad durante el reinado de este monarca atribuyéndoselos a la amistad de Godoy por Francia y al ejemplo escandaloso de María Luisa y su favorito. En 1778, es decir, catorce años antes de la privanza de Godoy, el P. Isla, escribiendo desde Italia se quejaba de la peste en moda —los libros de los filósofos— "que había ganado la ciudad santa del catolicismo español". Entre los papeles de Jovellanos, al morir éste, se encontró un ejemplar de cierto *Poema en defensa de la Religión* escrito por un don José Calvo de Irazábal, capitán de navío, denunciando las ideas antirreligiosas de los ilustrados franceses cuyo contagio habíase expandido hasta la misma raíz católica hispana

> Son Voltaire, Spinoza, Rousseau, Helvecio
> un bufón, un ateo, un loco, un necio...

Conviene plantear el proceso de debilitación de la Iglesia española durante el siglo XVIII en sus verdaderos términos, y entonces adquieren sentido tanto la errónea afirmación de Muriel como los lamentos del P. Isla y la invectiva del estimable capitán de navío y pésimo poeta. La historia de las ideas nos permite entender hasta qué punto la actitud crítica de los ilustrados españoles tuvo mucho parecido con ese apasionante movimiento espiritual que fue el erasmismo renacentista en el XVI, salvo la diferencia de que, en el primer caso, los intereses de la minoría culta coincidieron con los intereses políticos del monarca Carlos III y sus hombres públicos. Gobierno e ilustrados emparejaron, por diversos motivos, en la tarea de reducir el poderío eclesiástico, mas en su operación de gabinete para nada intervino el pueblo español, dentro, como ayer y como siempre, de su cerrada e impermeable masa de creencias

—la misma en el siglo XVII que en el siglo XX— intransigencia, superstición, magia taumatúrgica, amor al fraile y a la tonsura. Este catolicismo español bronco y nacionalista explica, por ejemplo, el trato dado a los sacerdotes franceses fugitivos de la revolución obligando al Consejo de Estado a prohibirles decir misa por 'contaminados'; la antipatía que despertaba la "moderna" Compañía de Jesús, explotada hábilmente por el gobierno; la solidaridad con los funcionarios inquisitoriales, causa de buena parte de su celo dogmático; el gusto despepitado por la pompa litúrgica y procesional, etc. Un análisis de la contienda entre la Inquisición y el Estado durante la segunda mitad del siglo XVIII revela la existencia de un fondo de creencias vivas, populares y tradicionales, único soporte de institución tan poderosa pese a su anacronismo. Quien discutió con la Inquisición y trató de minar su poderío fue el aparato estatal secundado por una minoría ilustrada, y lo que estuvo en pleito durante la pugna fueron problemas políticos: defensa de los derechos del fuero secular en las causas criminales; reducción de abusos de poder; condena de libros y papeles. Las razones que movieron al Estado fueron, entre otras, el propósito de afirmar la autoridad real; el excesivo número de religiosos y la cuantía de sus bienes (en 1768 había en España 66,687 miembros del clero secular; 56,467 monjes enclaustrados; 27,665 monjas y frailes y 25,248 ministros asistentes; en total 176,057 eclesiásticos sobre una población de nueve millones de habitantes), obligaba a ello. Se trató, pues, de un movimiento reglado por necesidades políticas que no afectó a la raíz de la creencia.

Cuando Luis XVI fue condenado a muerte por inevitables razones que sólo comprendió y lamentó una minoría, toda España, erizada de miedo, sobresaltóse ante la presencia de un ente demoníaco cuyos órganos vitandos componíanse de racionalismo, regalismo, enciclopedia, jansenismo, etc. Y se decidió a exorcizarle con la guerra. Fue un alzamiento tan popular como volvería a serlo, poco más tarde, en 1808 el efectuado contra Bonaparte. La guerra contra Francia duró dos años y valió a Godoy —quien, dicho sea de paso, hizo todo lo posible por evitarla— el título de Príncipe de la Paz. En gran parte ésta se hizo posible merced al apoyo económico de la Iglesia y la nobleza. La suma de dinero suscrita por ambas instituciones alcanzó el enorme total, para entonces, de setenta y tres millones. Sólo el arzobispo de Toledo dio cerca de seis.

Hubo contribuciones espontáneas de caballos, víveres, voluntarios y armas, lo que no impidió que la guerra concluyese sin pena ni gloria.

En 1792, cuando Godoy ascendió al poder, la Iglesia le favoreció creyendo ver en la caída del enciclopedista Aranda y el ascenso de la nueva estrella un presagio favorable a sus intereses; también le fue propicia durante la firma de la paz de Basilea en 1795 porque Godoy asumió la tarea de poner fin a la inútil belicosidad desatada por el clero y las fuerzas conservadoras. Mas cuando trató de conceder permiso a los judíos para establecerse en Cádiz; impuso tributos a las iglesias, siguiendo el programa regalista; quiso impedir los enterramientos dentro de los templos; fomentó las publicaciones científicas y filosóficas; se hizo amigo y protector de la minoría ilustrada, la Iglesia le volvió la espalda. Dados su egolatría y personalismo, Godoy les resultaba ingobernable. Entre 1796 y 1799 se organizó contra él una conspiración palatina acusándole de hereje y tratando de someterle al tribunal de la Inquisición; descubierta la intriga, Godoy desterró al Inquisidor general y a dos prelados. Ese mismo año fue nombrado Jovellanos ministro de Justicia. Ocho años después sobrevendría el motín de Aranjuez y se proclamaría a Godoy, desde los púlpitos, enemigo de España.

Tampoco le amó la 'plebe'

El pueblo —las masas, diríamos hoy— tampoco simpatizó con Godoy. Éste no quiso, ni supo ser demagogo; aspiró a la nobleza y al favor real; decidió ser un gran señor y lustrar sus discutibles blasones con el prestigio de los hombres de letras. Imperdonable actiud, sobre todo en tiempos caracterizados por ese aplebeyamiento de la aristocracia tan agudamente examinado por Ortega. La gran comunidad tradicionalista, ignorante y bronca —el vocablo más preciso sería ordinaria— de la que dijo Torres Villarroel en uno de sus *Sueños Morales:* "el vulgo de hoy es muy asno y se alimenta de cardos embutidos de espinas y le parecen lechugas" resistióse tozudamente a todo contacto con las minorías cultas y, lo que es más grave, atrajo hacia su órbita a grandes sectores aristocráticos. Es posible que el aplebeyamiento general de la sociedad española se debiera a la ausencia de patrones ejemplares de conducta, vacío el alto

—la misma en el siglo XVII que en el siglo XX— intransigencia, superstición, magia taumatúrgica, amor al fraile y a la tonsura. Este catolicismo español bronco y nacionalista explica, por ejemplo, el trato dado a los sacerdotes franceses fugitivos de la revolución obligando al Consejo de Estado a prohibirles decir misa por 'contaminados'; la antipatía que despertaba la "moderna" Compañía de Jesús, explotada hábilmente por el gobierno; la solidaridad con los funcionarios inquisitoriales, causa de buena parte de su celo dogmático; el gusto despepitado por la pompa litúrgica y procesional, etc. Un análisis de la contienda entre la Inquisición y el Estado durante la segunda mitad del siglo XVIII revela la existencia de un fondo de creencias vivas, populares y tradicionales, único soporte de institución tan poderosa pese a su anacronismo. Quien discutió con la Inquisición y trató de minar su poderío fue el aparato estatal secundado por una minoría ilustrada, y lo que estuvo en pleito durante la pugna fueron problemas políticos: defensa de los derechos del fuero secular en las causas criminales; reducción de abusos de poder; condena de libros y papeles. Las razones que movieron al Estado fueron, entre otras, el propósito de afirmar la autoridad real; el excesivo número de religiosos y la cuantía de sus bienes (en 1768 había en España 66,687 miembros del clero secular; 56,467 monjes enclaustrados; 27,665 monjas y frailes y 25,248 ministros asistentes; en total 176,057 eclesiásticos sobre una población de nueve millones de habitantes), obligaba a ello. Se trató, pues, de un movimiento reglado por necesidades políticas que no afectó a la raíz de la creencia.

Cuando Luis XVI fue condenado a muerte por inevitables razones que sólo comprendió y lamentó una minoría, toda España, erizada de miedo, sobresaltóse ante la presencia de un ente demoníaco cuyos órganos vitandos componíanse de racionalismo, regalismo, enciclopedia, jansenismo, etc. Y se decidió a exorcizarle con la guerra. Fue un alzamiento tan popular como volvería a serlo, poco más tarde, en 1808 el efectuado contra Bonaparte. La guerra contra Francia duró dos años y valió a Godoy —quien, dicho sea de paso, hizo todo lo posible por evitarla— el título de Príncipe de la Paz. En gran parte ésta se hizo posible merced al apoyo económico de la Iglesia y la nobleza. La suma de dinero suscrita por ambas instituciones alcanzó el enorme total, para entonces, de setenta y tres millones. Sólo el arzobispo de Toledo dio cerca de seis.

Hubo contribuciones espontáneas de caballos, víveres, voluntarios y armas, lo que no impidió que la guerra concluyese sin pena ni gloria.

En 1792, cuando Godoy ascendió al poder, la Iglesia le favoreció creyendo ver en la caída del enciclopedista Aranda y el ascenso de la nueva estrella un presagio favorable a sus intereses; también le fue propicia durante la firma de la paz de Basilea en 1795 porque Godoy asumió la tarea de poner fin a la inútil belicosidad desatada por el clero y las fuerzas conservadoras. Mas cuando trató de conceder permiso a los judíos para establecerse en Cádiz; impuso tributos a las iglesias, siguiendo el programa regalista; quiso impedir los enterramientos dentro de los templos; fomentó las publicaciones científicas y filosóficas; se hizo amigo y protector de la minoría ilustrada, la Iglesia le volvió la espalda. Dados su egolatría y personalismo, Godoy les resultaba ingobernable. Entre 1796 y 1799 se organizó contra él una conspiración palatina acusándole de hereje y tratando de someterle al tribunal de la Inquisición; descubierta la intriga, Godoy desterró al Inquisidor general y a dos prelados. Ese mismo año fue nombrado Jovellanos ministro de Justicia. Ocho años después sobrevendría el motín de Aranjuez y se proclamaría a Godoy, desde los púlpitos, enemigo de España.

Tampoco le amó la 'plebe'

El pueblo —las masas, diríamos hoy— tampoco simpatizó con Godoy. Éste no quiso, ni supo ser demagogo; aspiró a la nobleza y al favor real; decidió ser un gran señor y lustrar sus discutibles blasones con el prestigio de los hombres de letras. Imperdonable actiud, sobre todo en tiempos caracterizados por ese aplebeyamiento de la aristocracia tan agudamente examinado por Ortega. La gran comunidad tradicionalista, ignorante y bronca —el vocablo más preciso sería ordinaria— de la que dijo Torres Villarroel en uno de sus *Sueños Morales:* "el vulgo de hoy es muy asno y se alimenta de cardos embutidos de espinas y le parecen lechugas" resistióse tozudamente a todo contacto con las minorías cultas y, lo que es más grave, atrajo hacia su órbita a grandes sectores aristocráticos. Es posible que el aplebeyamiento general de la sociedad española se debiera a la ausencia de patrones ejemplares de conducta, vacío el alto

vivir hispano, desde el siglo XVI, de grandes estímulos. Pero no es menos cierto que la aristocracia pudo escoger entre el aplebeyamiento y el programa propuesto por los ilustrados. El majo, la tonadilla, el entremés, la torería a pie y el baile de candil competían con otro repertorio de formas constituido por la erudición, el gusto por la ciencia, el neoclasicismo, la ópera, la filosofía racionalista. Si la aristocracia española se decidió por lo primero fue por su propia voluntad, no por falta de posibilidades electivas.

Sería inoperante, ahora, censurar el hecho; así sucedió y nada más. Tuvo consecuencias, por supuesto, y una de ellas, grave, consistió en que la fusión aristocracia —pueblo impulsó a éste, impreparado aún, a participar en las esotéricas funciones públicas. Lastimoso resultado que se percibirá con más claridad al curso de los movimientos populares entre 1812 y 1824, y si bien es cierto que las toscas y paupérrimas condiciones de vida no permitían otra cosa (analfabetismo, salarios bajos, ausencia de higiene, etc.) con el apartamiento popular de la gestión pública se había eludido hasta entonces la cuestión. A fines del siglo XVIII y principios del XIX al concedérsele la entrada en los jardines de Armida de la política la alpargata holló los hasta entonces cuidados parterres. Curioso fenómeno el de una aristocracia utilizando al pueblo a beneficio de sus intereses y llevándole por delante como gran tarasca. Ya casi desde mediados de siglo se suceden los llamados 'motines populares' que alcanzaron en Aranjuez en 1808 su máxima expresión. Después el 'pueblo' consciente de su fuerza, se amontinó por cuenta propia. De su ignaro estado de opinión tenemos abundantes pruebas: desea liberarse de ministros favoritos y entroniza, en su lugar, a Fernando el príncipe de Asturias; ayuda primero a los franceses a ocupar el suelo nacional y se subleva después contra José Bonaparte; protesta de los altaneros ministros de Carlos III y repudia más tarde a Godoy, quien reunía condiciones para ser popular en el sentido más peyorativo de la palabra. "España —resume acertadamente Martín Hume en su Historia contemporánea— durante la última mitad del siglo XVIII y principios del XIX presentó el curioso fenómeno de una nación en la que la gran masa del pueblo iba a la zaga del gobierno en su deseo de progreso y reforma. La libertad de pensamiento y de palabra; las teorías políticas que precedieron a la revolución francesa estaban detenidas en la frontera de los Pirineos, y a excepción de un nú-

mero relativamente corto de hombres ilustrados que eran considerados por sus compatriotas como peligrosos innovadores, volterianos y francmasones, el pueblo español no pedía más que *vivir a su modo* obedeciendo y amando ciegamente a sus reyes, empecinado con igual ceguera en las fórmulas de su fe religiosa. La masa del pueblo miraba con perfecta antipatía el celo reformador; *la Iglesia y los nobles fueron más allá y se mostraron hostiles en alto grado".*

Un ejemplo entre varios que se podrían escoger ilustra los contenidos culturales y vitales de este pueblo que, a partir de 1808, logra emanciparse definitivamente de la tutela de los ilustrados. Me refiero a la pugna en torno al teatro, arrastrada sin solución durante largos períodos del siglo XVIII, de modo principal en sus últimos veinticinco años; ejemplo menos académico de lo que aparenta, ya que el catálogo de diversiones colectivas ha sido siempre muestra de la fisonomía de la sociedad que le practica (piénsese en todo lo que significan, hoy, el *baseball* o el *football* para muchas comunidades). La tozuda negativa mayoritaria de la sociedad española a aceptar el teatro de reglas, culto y afrancesado, llegó a convertirse en un problema de orden público desde que el conde de Aranda favoreció la representación de obras dramáticas en los corrales de acuerdo con los principios 'ilustrados'. El pueblo quería sus clásicas comedias de enredo; sus dramas de aventura e ilusión, mientras el gobierno trataba de imponer a Moratín con su *Hermesinda,* a Cadalso con *Don Sancho García,* a Jovellanos con su *Munuza* o a Latre con su *Progne y Filomena.* El pueblo, como respuesta, volvía desdeñosamente la espalda y recurría al escándalo y la protesta en caso necesario. Jovellanos vióse obligado a imprimir su *Delincuente honrado* y sólo mucho tiempo después logró una precaria representación. Iriarte publicó, pero no representó, *Hacer que hacemos.* Moratín (hijo) encontró grandes obstáculos que le hicieron desistir repetidas veces de la representación de *El viejo y la niña,* teniendo que suprimir escenas completas y alterar otras después de cuatro años de esfuerzos. El estreno de *La comedia nueva* produjo una tempestad de críticas; se dijo de ella que era un libelo; "intervino en su examen —cuenta el propio autor— la autoridad del presidente del Consejo, el corregidor de Madrid, el vicario eclesiástico y sufrió cinco censuras", y la comedia *El barón,* sin anuencia del mismo Moratín, fue convertida en zarzuela; opúsose a ello y si logró representar la versión

legítima fue a costa de "voces, gritos, golpes, silbidos, barahunda espantosa", no terminando la representación. Hubo palos en el teatro y coplas en la calle al día siguiente. *El sí de las niñas* fue denunciado ante la Inquisición; Moratín se asustó y colgó la péñola dramática. "Un ministro —añade— anunció mi ruina como la de un delincuente. Tales son los obstáculos que han impedido frecuentemente en España el progreso rápido de las luces".

Lo que censuraban los ilustrados y el público de los corrales aplaudía a rabiar era esto, por ejemplo: *El católico Recaredo,* jornada I: "Deliciosa vista de las riberas del caudaloso Tajo. La ciudad de Toledo se verá al fondo con descenso al principal puente, que *será transitable* y de figura oblicua mirando desde el patio, de suerte que *saliendo las aguas* por el ojo de él, vayan a morir al lado derecho de los bastidores. Sobre la roca que se corresponde a la ciudad habrá *una gran casería* desde la que bajarán algunas personas a su tiempo. Las riberas del río, cimas y descensos de las rocas y montes, así como también el piso del teatro junto a los bastidores *ocuparán varios ganados, así vacunos y de cerda, como lanar y cabrío con algunos pastores.* Pasarán por el puente dos jumentillos con sus cántaros; junto a las aguas se figurará una hoguera y sobre ella, pendiente de tres palos, *habrá una caldera en la que se supone estarán las migas que figurarán comer a su tiempo".* O esto otro: *La Emilia,* jornada II. Al compás de una agradable marcha de instrumentos *sale la comparsa de soldados* y en medio de ellos *varios romanos prisioneros de guerra.* Seguirán *algunos carros* y otros despojos de batalla como *elefantes, picas, lanzas,* etc. Y esto: *Triunfos de valor y ardid,* jornada III. "Irán saliendo por el foro *mujeres moscovitas* derramando el suelo de yerbas olorosas, y *suecos presos* entre los cuales irá Carlos a caballo y Piper a un estribo. Los suecos prisioneros tirarán de un carro triunfal en el que irán, en los asientos posteriores, Pedro y Augusto". He aquí lo que ansiaba ver en escena el español *no ilustrado:* ganado lanar y vacuno, calderas de migas, esclavos de guerra, elefantes y mujeres moscovitas; el tiempo, el espacio y la distancia, todo junto, a la mano, en una representación a la vez realista y mágica donde el río lleva *su* agua, los caminos *su* gente, los jinetes *sus* borricos. Creencia, bulto, impropiedad, irracionalismo, gran confusión de los sentidos, material de toda especie para templar esa cólera que producen la quietud y el orden obligados; nada de reglas, ra-

zón, verosimilitud y cultura dirigida. ¿Cómo podía entenderse, entonces, con los ilustrados que demandaban lo contrario reclamando una compostura y propiedad para la que el español nunca estuvo hecho? Dos mundos diferentes y antagónicos: la chupa, el peluquín, el libro, el discreteo, la enciclopedia, la razón raciocinante, el amor a la ciencia y las reglas, de un lado. Del otro —y es Jovellanos quien perfila la imagen:

¿Ves, Arnesto, aquel majo en siete varas
de pardomonte envuelto, con patillas
de tres pulgadas afeado el rostro,
magro, pálido, sucio, que al arrimo
de la esquina de enfrente nos acecha
con aire sesgo y baladí? Pues ése,
ése es un nono nieto del rey Chico.
Si el breve chupetín, las anchas bragas
y el albornoz, no sin primor terciado,
no te lo han dicho; si los mil botones
de filigrana berberisca, que andan
por los confines del jubón perdidos
no lo gritan; la faja, el guadijeño,
el arpa, la bandurria y la guitarra
lo cantarán...
Y vive así; sus dedos y sus labios,
del humo del cigarro encallecidos,
índice son de su crianza. Nunca
pasó del be a ba; nunca sus viajes
más allá de Getafe se extendieron.
Fue antaño allá por ver unos novillos
junto con Pacotrigo y la Caramba:
por señas que volvió ya con estrellas
beodo por demás y durmió al raso...

Jovellanos o la relación difícil

Si Godoy encontró dificultades para captarse tanto las simpatías plebeyas como la solidaridad de la nobleza y el clero, tampoco le resultó fácil entrar en comercio con los 'ilustrados'. En este caso, algunas de sus condiciones personales actuaron, seguramente, de barrera. Un ejemplo de lo anterior es su trato con Jovellanos. Ambos fueron polos opuestos de ca-

rácter y de conducta. La vida del estadista asturiano se nos ofrece como una mezcla de virtudes burguesas y prudencia política y tengo la impresión de que Godoy sintió en todo momento, ante la personalidad del autor del *Informe sobre la Ley Agraria,* algo semejante a lo que hoy denominaríamos un complejo de inferioridad. De que Jovellanos tuvo entre sus coetáneos 'buena prensa' no cabe la menor duda; con el tiempo esta simpatía respetuosa fue creciendo hasta el extremo de poderle presentar hoy sus biógrafos como la antítesis de todo lo que Godoy representó. Sin embargo, en las 'vidas paralelas' de ambos hubo un momento en que se cruzaron posibilidades de colaboración y entendimiento mayores de las aparentes y quizás fuera injusto atribuir a Godoy la culpa total de su fracaso.

Al ser nombrado Godoy primer ministro llevaba Jovellanos dos años en el destierro, y el ánimo de Carlos IV, prevenido contra él, ofrecía pocas esperanzas de cambio. Desde 1793 encontramos en los *Diarios* del perseguido intentos de interesar al ministro en su suerte y una simpatía, en respuesta, que los hechos confirmaron más tarde. "No me son desconocidos los méritos que ha contraído V.S.", responde Godoy a la primera solicitud de interés, "y representaré al rey patentizándole sus servicios... esto le aseguro de verdad y en todo me hallara dispuesto a complacerle, pues deseo que además de conservarme con la fuerza de un corazón franco el buen concepto que debo a V.S., no perderlo dejando de contribuir al bien de quien me busca". La expresión no está muy clara pero sí el propósito. Cierto que mientras esta inicial correspondencia se cruzaba entre ambos el conde de Cabarrús causante indirecto del disfavor que Jovellanos padecía habiendo recobrado el favor prestaba servicios como diplomático y no parece dudoso que influyera en el ánimo del primer ministro presentando a Jovellanos como prototipo de ilustrado que podía reforzar el ministerio. Godoy debió entenderlo así pero el rey y la reina sobre todo jamás ocultaron su antipatía de forma que la 'patentización' de servicios fue lenta tanto como para exigir de Jovellanos en 1797 una nueva apelación de gracia. Leemos en sus *Diarios:* "carta al E.S. Príncipe de la Paz; le recuerdo la del 93 y su contestación y le pido alguna señal de no estar en desgracia. ¡Cuán poco espero *de este paso en que me empeñan!*" Como se observará el ánimo del desterrado andaba por los suelos y debió ser mayúscula su sorpresa al recibir rápida y gene-

rosa respuesta: "Carta del príncipe; estoy contento porque manifiesta buena opinión de mí". Dos meses más tarde, nuevo contacto epistolar: "Carta reservada del Príncipe, que le informe sobre varios puntos, sobre las causas del atraso de nuestras artes útiles y mejoras de estudios. Lo haré hablando con la franqueza que corresponde a su confianza y a la importancia del objeto; que me complazco en verle tan de veras empeñado en el bien de la Nación; *que la instruya y la hará feliz*".

En estos momentos lo que Jovellanos ignoraba es que ya tenía Godoy formado el propósito de incorporarlo a su equipo ministerial, no por generosidad sino por conveniencia: el prestigio del valido estaba resintiéndose y necesitaba gente de valía en quién apoyarse. A mi juicio, el mérito de Godoy se patentizaba en la decisión de inclinarse voluntariamente del lado de hombres que aportaban un programa de gobierno, en vez de buscar apoyo en la claudicación o la intriga con el equipo representado por la facción del marqués Caballero. Sobreviene, entonces, la confusa intriga palatina que trata de irradiar a Jovellanos hacia las estepas rusas, munido del honorable e inútil cargo de embajador. Sus *Diarios* muestran la atmósfera de intranquilidad y tensión en que debió de vivir durante algunas semanas. Primero la noticia y el susto; después la respuesta donde, a vuelta de circunloquios corteses ("Mi venerado favorecedor: ¡qué gracias no deberá un hombre oscurecido por la calumnia al generoso protector que con tan tierno cuidado ha reparado su opinión y su suerte!") rechaza el presunto nombramiento diplomático. Réplica de Godoy aceptando la sugestión de cambiarle de puesto y al final la propuesta inesperada: "Amigo mío, ya está Ud. en el cuerpo de los cinco; el ministerio de Gracia y Justicia está destinado para Ud. y la nación recibirá el bien que su talento va a producirle. *La ignorancia se desterrará y las formas jurídicas no se alterarán con pretextos de fuerza y alegatos de partes opresivas de la inocencia.* Venga Ud. cuanto antes..." Descontando la parte de hipocresía política que hay en el elogio, el lenguaje es típico de un programa de gobierno ilustrado.

Se conserva un fragmento del borrador donde Jovellanos parece que trató de expresar sus últimos escrúpulos de conciencia, a la vez que su disgusto al verse arrastrado, sin disyuntiva, a las responsabilidades públicas. Hay en el carácter de Jovellanos una cierta dosis de prudencia y astucia que contrapesan, en ocasiones, su valor cívico, mas no olvidemos lo difícil que re-

sulta encajar al ser humano en patrones ideales de heroísmo, magnanimidad, etc. La prueba está en el hecho de que este borrador a que me refiero no tomase forma definitiva. He aquí parte de su texto: "Si los vínculos con que me ata la amistad acá y allá me hubiesen... (la ilación del pensamiento se rompe y queda inexpresada) impulso de mi corazón, hubiera dicho a V.E. en mi última confidencia que *mi deseo era sólo de ayudarle*... (nuevo vacío) a la nación, ilustrándola, y esto *desde un estado privado.* Creo que desde él pudiera hacer más y mejor que en medio de la vida pública y activa para la cual, seguramente, no soy, como V.E. verá. Pero yo no tengo elección porque V.E. ha cautivado mi corazón y mi espíritu, y debe disponer de ellos a su albedrío. ¡Dichoso yo si con tal poderoso apoyo lograse hacer a la nación alguna pequeña parte del bien que le deseo! Y más dichoso de contar en el número de mis amigos a un hombre más digno de amor y respeto *por la sensible generosidad de su alma* que por su alta dignidad".

Los buenos deseos de Jovellanos se vieron entorpecidos, por razones obvias, en el cumplimiento de esta tarea benéfica. Angel del Río, comentando la distancia que va desde los proyectos a las realizaciones ministeriales, expresa lo siguiente: "Hay entre el programa de regeneración expuesto en la correspondencia con Godoy, que es de suponer tratase de llevar a vías de realización, y la esterilidad de su paso por el poder, una desproporción tan grande que con haber sufrido Jovellanos persecuciones tan duras, ninguna página de su biografía deja en el ánimo de quien posee alguna sensibilidad histórica, impresión tan triste como la de este esfuerzo infructífero".

Parece, de todos modos, que el paso de Jovellanos por el ministerio avivó contra él viejas intrigas, así como no es dudosa la falta de entendimiento entre ministro y príncipe. Había, en primer término, una incompatibilidad de caracteres: lo que en Godoy era exacerbado y epicúreo goce de vivir, era en Jovellanos un sistema de frenos e inhibiciones. La anécdota que anteriormente referí respecto al encuentro de ambos en una comida donde eran, a la vez, comenzales la esposa y la amante del primero, es bien reveladora. Lo que hubiera sido en una persona de ética más flexible o con sentido del humor, un simple rasgo picante, fue para Jovellanos, en absoluto desprovisto de humorismo y rígido como palo de bellota, casi una tragedia. Desconocemos otros motivos análogos que debieron amargar su vida y esterilizar su acción. Nos faltan no-

ticias sobre las causas de su caída, comenzando por los *Diarios* que se interrumpen con ocasión del nombramiento ministerial. Ángel del Río ha formulado, hasta el momento, la interpretación más verosímil: la inclinación jansenista de Jovellanos revelada en más de una ocasión, por ejemplo al curso de su pleito con el deán de la catedral de Granada y la Inquisición, motivado por una exposición al rey denunciando la conveniencia de reducir los privilegios del tribunal del Santo Oficio, por otra parte, en aquellas circunstancias casi inoperante.

Un punto oscuro en esta relación es el que se refiere a la posible intervención de Jovellanos en el retiro de Godoy, que tuvo lugar cinco meses antes de su propia caída. No me parece que participara en la intriga promovida por los palatinos, pero tampoco debió defenderle en el consejo presidido por el rey que decidió la crisis. Muriel afirma que tanto Saavedra como Jovellanos "se opusieron al trágico fin del valido y no se prestaron a que descargasen sobre él rigurosos castigos como el rey llegó a desear", pero esta imagen voluntariosa y severa de Carlos IV no encuadra en la realidad. De todos modos, la caída de Jovellanos sobrevino a continuación; Godoy retornó al poder y la colaboración no se reanudó. Según Carlos Seco, último biógrafo del Príncipe de la Paz, éste nunca guardó rencor al jurista en desgracia. Lo cierto es que una nueva preocupación le acuciaría: su contienda sorda con el ministro Caballero dispuesto a liquidar el tono 'ilustrado' con que Godoy barnizó su primer período de gobierno. "Tampoco puede achacarse a la ligera —dice Seco— al Príncipe de la Paz, la proscripción y el destierro de Jovellanos, ocurrida años después. La animosidad de los reyes —de la reina— contra éste, no ofrece duda y alguien se encargó de fomentarla presentándola como un librepensador enemigo de la monarquía. Pero no era Godoy el inspirador de tales ideas; por el contrario, "la cuestión de Jovellanos" le enfrentaría con el criterio de María Luisa más de una vez. La Tudó, en sus *Recuerdos,* atribuye el destierro de Jovellanos a la resistencia que éste oponía en el Consejo a las imposiciones de la reina "que quería disponerlo todo". Este punto de vista coincide con el directo testimonio de Godoy quien acusa a Caballero ("¿Quién contará en España alguna cosa buena que hubiese hecho Caballero?") del entuerto: "Su primera hazaña fue lanzar al ministro Jovellanos del lugar a donde yo le había traído". Y añade: "Hizo avivar los procesos que la Inquisición tenía pendientes (contra el des-

tituido) acusado de jansenismo y de opiniones perniciosas en materias políticas. Consumado el proceso lo hizo llevar a Carlos IV, atizó el fuego grandemente, le hizo ver los cargos y una multitud de documentos, verdaderos o apócrifos, de donde parecía o se hacía aparecer que Jovellanos, desde largos años, era el jefe de una secta, enemiga pronunciada de la silla apostólica, infesta de toda suerte de herejías, subversiva a la moral cristiana y contraria a la monarquía en muchos de sus dogmas".

Sus amigos: El "dulce Batilo"

La talla moral de Jovellanos no le permitió aceptar mecenazgos por lo que hubo en todo momento, entre el primer ministro y su ministro de hechura, cierto tipo de relación difícil de definir. No sucedió lo mismo con Meléndez Valdés, el 'dulce Batilo', amigo y protegido del estadista asturiano. Entre Meléndez y Godoy se mantuvo, desde el primer momento, una relación claramente cortesana. La benevolencia del favorito llevó a Meléndez desde el cargo de alcalde del crimen en Zaragoza hasta la Sala de alcaldes de Casas y Corte en Madrid. Es posible que en su carrera ascendente tuviese intervención la mano de Jovellanos, pues cuando éste cayó en desgracia, Meléndez fue trasladado a Medina del Campo y más tarde destituido como fiscal y confinado en Zamora. Una curiosa noticia de Quintana, refiriéndose al poeta, revela la posible existencia de un rencor por parte de Godoy, hacia Jovellanos, después del episodio de la doble caída, que otros documentos niegan. Dice Quintana: "Lo que sí no debe pasarse por alto es que en los cortos momentos de favor que Meléndez logró del Príncipe de la Paz, cuando le dedicó sus poesías, uno de sus mayores cuidados y principal empeño fue disipar las prevenciones que el privado tenía contra su ilustre amigo". De cualquier modo, ni Jovellanos logró benevolencia ni Meléndez rehabilitación. El 'dulce Batilo', figura simpática y llena de borrosos atractivos, fue persona de carácter apasionado y débil a la vez; metióse en complicaciones sentimentales y espirituales de diversa índole y no esclareció nunca el conflicto ideológico que le llevaba a ser tradicionalista e 'ilustrado' a la vez. En 1808, después de varios intentos de rehabilitación, se puso al servicio de Bonaparte, final lógico de aquella contienda entre

contrarios, lo que acabó con su asendereada vida en el destierro.

A Godoy le sedujeron sus versos azucarados; su feminidad latente. "Yo no leo a Meléndez —dice en sus *Memorias*— sin sentir una especie de bálsamo divino que me penetra, me deleita y me conforta alma y cuerpo". Es una retórica de romántico, ésta, y Meléndez lo fue, a su modo, *avant la lettre*. En otra oportunidad, con una marcada tendencia a representar el papel de rey Midas, el desterrado príncipe asevera que el poeta "tradujo en ricos versos las conversaciones que más de una vez tuvimos". Lo cierto es que la lira de Batilo tenía una fina cuerda cortesana cuyas vibraciones se perciben al leer algunas de sus *epístolas* —ese género poético dieciochesco que tanto se parace al periódico rimado. Así en la primera, exhortando al Príncipe a continuar su protección a las ciencias y las artes, "que el ingenio sin vos, se encoje mudo", le obsequia con este hiperbólico y deficiente terceto:

—sabe aún del mismo mal sacar provecho
mientras el pueblo que rige, afortunado
le aclama padre, en lágrimas desecho.

o en la octava, dirigida al mismo, con motivo de su carta patriótica a los obispos de España recomendándoles el nuevo Semanario de Agricultura (la conjunción de mitras eclesiásticas y técnicas agrícolas nos parece, hoy, desopilante, pero entonces se intentaba con seriedad absoluta y es una de las certificaciones más eficaces del despiste de la Ilustración) donde le dice en fatigosos versos:

Ya a vuestro mando, poderoso, corren
las luces, la enseñanza; tiembla y gime
azorado, el error...
Cortad, romped con diestra valedora
el tronco del error; y amigo, padre
del campo y la labor, un haz de espigas
cima gloriosa en vuestras armas sea...

Moratín o 'su hechura'

"NUESTROS autores —recuerda Alcalá Galiano— estaban por aquellos días, divididos en dos bandos que se profesaban uno

a otro enemistad ardorosa y enconada. El uno, capitaneado por Moratín, Estala y Melón, a los cuales daban sus contrarios por apodo el nombre de Triunvirato, contaba con el patrocinio del Príncipe de la Paz".

Fue Moratín un decidido partidario del primer Ministro, aunque no adulador ni cortesano en exceso, y parece que estuvo siempre convencido de que las medidas de gobierno que Godoy preconizaba eran las únicas convenientes para España. Cierto que durante el primer período ministerial del valido se le confirió un beneficio en la iglesia de Montoro y una pensión, pero también es verdad que Moratín tenía talento suficiente para, de haber querido adular, convertirse en un personaje influyente dentro de la Corte. No lo hizo, limitándose a un trato donde se mezclaron la distancia personal y la simpatía por el programa de gobierno. Cierto que Moratín fue hombre de carácter difícil y es probable que sus orgullosas aristas le impidieran hacer otra cosa. Godoy se excedió en atenciones hacia su persona: entre 1792 y 96 le ayudó con 30,000 reales para llevar a cabo un viaje educativo por Europa y a su regreso le fue concedida la secretaría de interpretación de lenguas. Más tarde, la misma mano le designó Director de Teatros.

Al terceto Moratín, Estala y Melón le dedicaron los enemigos del Príncipe enemistad bien sañuda (Melón era censor) de la que encontramos huellas en testimonios de poetas como Quintana, Arjona, Gallego, etc. Tampoco son muchas las manifestaciones públicas de estimación que Moratín destinó a Godoy: una epístola en verso que encabeza su comedia *La Mojigata* donde se pregunta, con retórica interrogación que puede pasar por licencia poética, si habrá tributos suficientes para consagrar "la grandeza de su nombre digno"; otra epístola —ya advertí el gusto de la época por este género poético— escrita desde un pueblo de la Alcarria destinada a quien "alivia el grave peso a Carlos en la dominación de tanto Imperio"; una tercera más con motivo del matrimonio de Godoy con la condesa de Chinchón, y algún romance suelto. Dice el propio Moratín, hablando en tercera persona de sus relaciones con el Príncipe, que "mientras aquel personaje mereció la predilección del soberano y dispuso a su voluntad de los destinos de las monarquías, los literatos y los artífices solicitaron su favor... Distinguió (a Moratín) entre los humanistas que florecieron entonces, y continuamente le estimulaba a escribir. No fue su amigo, ni su consejero, ni su criado, pero fue *su hechu-*

ra y aunque existe una filosofía cómoda que enseña a recibir y no agradecer, estimaba en mucho su opinión para incurrir en tan infames procedimientos. Entonces trató de complacer a su protector por medios honestos y entonces y ahora le deseó felicidad y se la desea". Esto fue escrito cuando ambos, Moratín y Godoy, se encontraban en el destierro.

Forner, literato de casa y corte

En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un manustcrito, regalo destinado en su día al Príncipe de la Paz, que consta de seis volúmenes en folio repletos de versos y un séptimo con noticias del autor. Cuando la biblioteca de Godoy fue asaltada durante el motín de Aranjuez, alguien lo salvó del fuego y durante años permaneció escondido. El poeta autor del regalo manuscrito resultó ser don Juan Pablo Forner.

Entre todos los ilustrados, Forner fue, sin duda, el más cortesano y el más favorecido de Godoy; también, la verdad sea dicha, el que menos simpatías gozó entre sus coetáneos. Con motivo de su muerte, el discreto Jovellanos de cuya prudencia expresiva tenemos abundantes pruebas, escribió en sus *Diarios* unos párrafos bien reveladores: "Murió don Pablo Forner, tan desamado en el foro como en el Parnaso... (aquí, un juicio severo acerca de la persona y la obra). Protegido por Lema, fue nombrado asesor de la casa de Altamira, y por Lerena y Floridablanca, fiscal de la Audiencia de Sevilla; allí se introdujo con el asistente actual y su señora, y por su medio logró el favor del señor Príncipe de la Paz. Lisonjeóle con composiciones de su agrado; un poema a la paz, otro al caballo *Mon Plaisir* y no sé qué romances cuya lectura acabada dijo el Príncipe: —Es menester hacer a este poeta fiscal de Castilla para que asenderee a aquellos viejos". En efecto, en 1796 fue ascendido a fiscal del Supremo Consejo, en Madrid.

Recibir pensiones o gozar de un discreto mecenazgo no es tacha excesiva cuando se trata de juzgar la vida de un escritor perteneciente a épocas en que este sistema de relaciones tenía vigencia social. Quizás en nuestro tiempo, cuando tantos los reciben por conductos sinuosos —partidos políticos, ministerios, potentes máquinas estatales y confesionales—, aun lo sea menos. De todas maneras, el acento agradecido se nota lo suficiente para que la obra literaria —cuando de literatos se tra-

ta— sufra menoscabo. Una oda de tipo petitorio solicitando el ascenso de "un mísero fiscal penitenciado, pobre de bienes y de penas rico" deja de ser materia poética para convertirse en literatura de circunstancias. Y Forner la escribió. Tampoco parece muy apropiado, como tema poético, el caballo de un príncipe por noble y primoroso que el bruto sea:

La mano que a su impulso te acostumbra
labra tu dicha, y de inmortal memoria
ilustra así tu dulce ministerio...
Destinado a grandeza soberana
era apoyo al ínclito decoro
del varón inmortal, en cuyo celo
la dicha y el consuelo
descansan...

En descargo de Forner y sus temas equinos podríamos recordar otras odas recientes, elaboradas por poetas ensalzados con lauros internacionales cuyos versos han cantado sin rebozo a hombres endiosados en el ejercicio de la tiranía. Difícil es encontrar novedades bajo el sol, y aún menos cuando éste calienta. También podríamos interpretar el caso Forner, usando cierta laxitud crítica, como una simple cuestión de estilo epistolar. Hoy, el agradecimiento privado por un servicio se expresa por medio de telegramas o llamadas telefónicas; entonces el verso resultaba un simple formulismo social. "Como en el reinado de Carlos IV la poesía era una de las manifestaciones más importantes y reconocidas de la cultura intelectual, algunos hombres de talento privilegiado, que en otras épocas se habrían consagrado exclusivamente a estudios graves y profundos, se dedicaban a escribir versos", explica benévolamente el primer colector de estos centones rimados, Leopoldo Augusto Cueto en su *Bosquejo histórico crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*. Y Forner debió al Príncipe "grandes favores", añade. Sincera e ingenuamente expresados —cabría apuntar— en varios sonetos-"medallones" al prócer, donde se manifiesta el propósito de seguir recibiendo sus magnanimidades:

En grata duración sigan tus días
que *a la nuestra* es tu vida conveniente
y a la gloria tan sólo a tumbas frías.

Saldo de poetas áulicos y reticentes

JUAN Bautista Arriaza también contribuyó con su estro al ensalzamiento de Godoy. En el "*Laberinto,* periódico universal" (Madrid, 1844) Alcalá Galiano dice que el poeta sevillano fue "cortesano del Príncipe de la Paz, privado *a quien pagaba el pueblo fuera de toda medida y razón* (conviene retener el dato por tratarse de una opinión liberal y apasionada en contra del favorito) *habiéndole celebrado más que otros*". Arriaza, monárquico y absolutista, no ocultó sus creencias y concluyó de mayordomo de semana de Fernando VII y poeta áulico.

Por el contrario, hubo escritores a quienes el favor de Godoy no logró diluir la antipatía que le profesaron, recibiendo los beneficios con un margen de integridad no muy frecuente. Así Nicasio Cienfuegos a quien el gobierno confió la redacción de *La Gaceta* y *El Mercurio* en 1798 y más tarde la oficialía de la primera secretaría de Estado, puesto en el que permaneció hasta 1808. Según Alcalá Galiano era desafecto a "la camarilla de Godoy" por estar dentro del grupo de la "escuela filosófica liberal". Fue admirador —añade— de la revolución francesa y Bonaparte, al que cantó en una de sus odas. Después "vio la afrenta hecha a su patria y prefirió la causa de la insurrección". Hecho prisionero por los franceses al entrar en Madrid lo trasladaron a Francia donde murió en 1809. Sin embargo, dióse en Cienfuegos una dualidad de sentimientos entre las ideas liberales y el tradicionalismo monárquico muy frecuente en los poetas de su generación. Así encontramos junto a su "Oda en alabanza de un carpintero llamado Alfonso", casi socialista, una "Suscripción para el Salón de Corte de la Reina" que debió plegar más de un labio en diplomática sonrisa:

El Amor, Honor y Gloria
aquí, entre inocentes juegos
nacen, y el Pudor hermoso
les da regalados premios.

A don Francisco Gregorio de Salas, capellán de Recogidas de Madrid, quiso favorecerle Godoy en varias ocasiones sin que el sacerdote, hombre modesto y sencillo, aceptase la protección. Carlos IV también se interesó personalmente por

Dimensión Imaginaria

EL CÁNTICO ESPIRITUAL

Por *Emilio ORIBE*

I

¿QUIÉN creó el Fundamento, el Verbo sacro
del existir? ¿La luz del mal o el bien?
¿El inicio y final del simulacro?
¿Quién hizo que yo busque siempre el Quién?

II

UNA vez en la noche, Ella, a mi lado,
con voz tenue, al morir las horas bellas,
los dos frente a un gran círculo dorado,
me preguntó: ¿Quién hizo las estrellas?
Más tarde, con el tiempo, otra a mi lado,
y trémulos los dos de amor diverso,
confundiendo lo ideal con lo creado,
me preguntó: ¿Quién hizo el universo?
Hacia el amanecer, otra a mi lado,
desde el balcón, después de largas horas
de amor, ella turbada y yo cansado,
me preguntó: ¿Quién hizo las auroras?

III

BAJO luna, en la torre de una cumbre
unos ojos, tras húmedas pestañas,
me hundieron en tenaz incertidumbre

preguntando: ¿Quién hizo estas montañas?
Otra vez, junto al mar convulso y grave,
¿Ella u Otra?, enturbió mi amor suspenso,
al preguntarme con temor de ave:
¿Quién hizo el mar inmenso?
Y otra, mientras estábamos mirando
los jardines, los mundos, los umbrales
de una ciudad, vino ante mí, temblando:
Amor mío ¿Quién hizo a los mortales?

IV

ALGUNA que agotó sabiduría
y fue en mi amor beldad, luz y portento,
pues la idea en el canto fue poesía,
me interrogó: ¿Quién hizo el pensamiento?
Al morir de un otoño y separarnos
por mucho tiempo, aún mi oído alcanza
a escucharla, entre llanto, al alejarnos:
Amor mío, ¿Quién hizo la esperanza?
Y las mismas, u otras, en instantes
en que el amor tornábase tormento,
o un gran éxtasis era, y más que antes,
preguntaron ¿Quién hizo el sufrimiento?

V

¿DÓNDE el temblor de aquella voz distante,
que al beber con la boca estremecida
las sombras de lo eterno y del instante,
me preguntó: ¿Quién hizo que haya Vida?
¿Y cuándo, y bajo qué estupor profundo
del morir, o en qué abismo y de qué suerte
escuché, y en qué límites del mundo;
Amor mío: ¿Quién hizo que haya Muerte?

VI

¿HALLÉ así el Fundamento, el Verbo sacro
del existir, la luz del mal y el bien?
¿El inicio y final del simulacro?
¿El esplendor y el cántico del Quién?

CINCO POEMAS

Por *Miguel Ángel* FERNÁNDEZ

Subes desde lo más hondo de mí,
desde el centro innombrable de mi ser...

OCTAVIO PAZ. *La Poesía*

VUELO FINAL

A Josefina Plá

Se murió en seguida el
picaflor que recogí en
mi mano, moribundo.

PEQUEÑITO y muerto y solo
te me fuiste
por tu callada tarde,
verde como las primeras hojas.

(No pudo atajarte mi mano.)

Y azul y limpio el cielo,
maravilla para tu vuelo
sin banderas,
quedó más alto sin tu brillo.

(Volando y solo y lejos.)

Y está más triste el invierno
desde tu simple muerte.

DADME...

DADME lo que no tuve,
y es mío.
Dadme mi propia frente, mi propia altura,
que todavía busco.
Dadme mi orgullo. Y dadme mi muerte,
mi oscura muerte,
más que mi vida, sueño terrible.
Dadme lo que no tuve y es mío,
lo que de monte en sangre y en silencio
—hombre triste, muchacho sin sonrisa—
busco.
Dadme lo que no tuve,
y es mío. Lo que en sombra
llevo
desde mi antigua nomadía,
y no conozco.
Dadme lo que fue mío,
y es mío,
y me quitasteis:
mi pureza total, la luz de las mañanas,
la mariposa
(y el pajarillo que maté una tarde,
entre aullidos).
Dadme sobre todo mi sonrisa,
mi asombro,
mi inocencia.
Dadme lo que fue mío,
y es mío. Lo que no tuve,
y es mío.
Dadme lo que una tarde sin nombre me quitasteis.

1956.

POEMA DE AMOR

Te he buscado mucho, amor.
Cuántas veces creí encontrarte,
y no eras tú,
era sólo tu sombra,
el temblor de tu sombra desvaneciéndose
en la tarde.

Ah, cómo pasan los días.
Quién diría que soy el mismo,
tan muchacho siempre
y, sin embargo, con tanto silencio en
los ojos.
Sonrío, sí. A veces soy alegre
y me reparto generosamente
vanamente, y no me reconozco.
(Aunque faltaste siempre,
como me faltas hoy, atardecida ausente).

Hace muchos años (¿recuerdo al mismo niño?)
creí verte. ¿Eras tú?
Fue cuando quise acercarme a ti
—estabas tan cerca—,
no sé, y caí, me levanté llorando
y abrasado. Te había perdido.
Desde entonces anduve mucho,
y, ¿sabes?, soy el mismo niño de siempre,
el mismo niño perdido y abrasado,
el mismo.

Te busqué tanto, amor, que se me secaron
los ojos, como piedras.
Pasas, te siento pasar ahora, tan cerca,
y no te veo.
Apenas percibo tu aire, inútilmente.

1957.

ESTE MORIR

A. M.

VIVIR era tenerte.
Principio del morir, era vivir soñarte
o poseerte.
Sentido tú
de tantas cosas huecas que llenaste
como a una copa vana el vino ardiente,
sentido fuiste del vivir,
estrella en que el vivir es el arder y consumirse,
estrella mía o flor
—nombre no tienes, o es todo tu nombre—,
aquel vivir en tu cabello,
aquel vivir en tu silencio
que tantas veces quise
romper a besos como raíces,
era morir, digo vivir, soñar, vivir, vivir...
Mas como en el principio vivir era tenerte,
ahora es el morir este alejarte.

1958.

EL NAVEGANTE

DÍAS ha ya que como garfios clavo mis dedos
en la borda,
perdida la mirada en donde cielo y agua se
confunden,
allí donde mi afán pretende la existencia
de tierra nueva, o vieja, que tal es, según
se mire,

pues viejo es el mundo, como Dios, y sólo
el hombre
hace las cosas nuevas con los ojos; y estoy
aquí,
prendido a la esperanza, tal náufrago débil
a un madero.
Cuánta miseria, y sin embargo cuánta gloria,
en esta empresa oscura
que me lleva a buscar más vida aun a cuanto
dejo atrás,
entre sus ruinas y sus guerras, su poderío
frágil,
que el tiempo vencerá, como venció ya tanto
orgullo vano!
Viejo es el mundo y corre el tiempo y el es-
pacio crece,
lo mismo que en el hombre la ambición, su sed
de poderío,
acrece su conocer. Mas temo que tanto ardor y
tanto esfuerzo
sólo consuma al fin al hombre mismo y todo que-
de igual,
como queda el cielo titilante cuando una estre-
lla muere.

Prendido todavía a mi borda yo espero y avizoro.
Veo una luz.
Mas no: es engaño. Todo es engaño, pero un día
cierto es por fin
lo que decían falso. Nada es seguro, y gloria,
fortuna, dolor y olvido,
aún me esperan.

1959.

SURAMÉRICA AL ENCUENTRO DE SU ESTILO

Por *Felipe COSSIO DEL POMAR*

A MANERA de introito me voy a permitir acudir a un recuerdo personal. Cuando queremos sondear en lo más profundo de nosotros mismos, cuando nos proponemos llegar a hechos lejanos, recurrimos a los recuerdos. Y cuanto más lejanos éstos se encuentran, más nos acercan a nuestra infancia. Esto no lo he inventado yo; se lo debemos a la valoración científica de Freud, uno de los más grandes descubridores de mundos. Por él sabemos que el arte es una apasionada exploración a lo más hondo de nuestra conciencia. Por eso al hablar del destino del arte suramericano, acudo ahora a mis recuerdos. Los asocio a dos cuadros que colgaban en la casa familiar; uno representaba un boulevard de París, el otro, colocado en lugar mucho menos importante, obra del pintor peruano Francisco Lazo, de principios del siglo XIX, representaba una "Pascana", o descanso de arrieros. Esta escena de hombres en cuclillas, comiendo tristemente junto a sus bestias de carga en un camino desolado, rodeado de imponentes nevados de la Cordillera de los Andes, nunca despertó en mí la menor curiosidad, ni incitó mi imaginación de niño.

En cambio, la escena del boulevard con su trajín impresionista, los carruajes, las mujeres con sombrillas de colores, las terrazas de los cafés, me trasportaban a mundos maravillosos y lejanos. Era Europa. La magia de Europa que todos los suramericanos soñaban explorar hasta en sus rincones más íntimos. América resultaba un territorio de paso, de castigo, o impuesto por la fatalidad a los que no podían escapar de ella. Oscar Wilde cuando viajó por los Estados Unidos, dijo en una de sus osadas conferencias, que cuando el norteamericano se portaba bien, iba a morir a Europa, y cuando era malo se quedaba irremisiblemente en América. Lo mismo decían nuestros abuelos del siglo XIX en América Latina. Ninguno se preocu-

paba por conocer las bellezas, las ventajas, la originalidad que ofrecía el mundo americano. Naturalmente, tampoco sus artistas. Nadie se interesó por ensanchar el círculo del suelo conocido. Ya lo habían hecho los conquistadores. Se prefirió lo ignoto y extraño. Se leyeron apasionadamente libros de aventuras. Stevenson nos llevó a buscar tesoros de piratas, Livingston a las selvas africanas y Julio Verne y los exploradores polares a las desoladas estepas glaciales. Países lejanos, geografías remotas, cuando teníamos al alcance de la mano el mapa más extraordinario de montañas, de selvas, de ríos y de hombres heroicos capaces de conducirnos a las más inesperadas facetas del alma abismal.

Tuvo Europa que volverse a mostrar desnuda en su estúpido egoísmo y sus guerras, para que el americano volviera la vista hacia su propio mundo; para que el artista se preocupara de la expresión propia de ese mundo desde su limo telúrico dejando de lado lo pintoresco. Los que habían explorado Europa, los que habían estudiado en ella o estaban enterados, así fuese a medias, de los progresos científicos y artísticos de sus grandes centros culturales, trataron de copiarlo todo; lo útil y lo inútil: legislaciones, sistemas económicos, métodos, literatura, arte, arquitectura, todo. Hasta los trajes y las comidas, para llegar al convencimiento de que en América se estaba viviendo una vida que no correspondía a la realidad del medio ni al sentir de la mayoría de sus habitantes.

Después de tanto viajar, de tanto aprender y de tanto vivir de prestado, nos percatamos que faltaba descubrirnos a nosotros mismos. Que había que viajar en su propio pueblo, en su propio país.

Pasó lo que con Xavier de Maistre, quien en momentos en que los viajes de Kook y las observaciones de sus compañeros Banks y Salander comenzaban a hastiar a los lectores, fue confinado en su casa de Turín. Durante ese forzado encierro descubrió su "doble" y con él se dedicó a describir multitud de cosas en las que nadie había reparado, a fuerza de tenerlas cerca. En cuarenta y dos días escribió aquel famoso "Viaje alrededor de mi cuarto". Incursionó por los senderos tortuosos de la metafísica, por la infinita geografía de aquella habitación con sus cuatro puntos cardinales. Realizó una jira de ensueño por caminos silenciosos de países ideales, por los estantes de libros, las estampas y cuadros, el lecho de "color rosa y blanco", la chimenea, el perfume de sus recuerdos y

las aventuras de su corazón en un recorrido de cien millones de leguas.

Así, presos en nuestra América, escritores y artistas se decidieron al fin a emprender el viaje en su propia tierra para apreciar el paisaje y descubrir ideas útiles. Y los que volvieron de aquella excursión, trajeron muestras que por su magnificencia y originalidad traspasaban todos los asombros, rebasaban toda fantasía. En tierra americana había poesía, drama, dolor, misterio y sorpresas; sólo faltaba la curiosidad, el interés para interpretarlas con pasión. Que lo digan los primeros pensadores del continente llamado con poca justicia "joven". Aquellos que mucho antes de la Primera Guerra Mundial prepararon la liberación del cuerpo físico y moral de Europa para hacer funcionar una inteligencia motora decididamente americana. Pues no es el artista el que plantea en América el problema de la nacionalidad sustancial con sus elementos decisivos, dilemas y urgencias. Es el escritor el que primero se encarga de interpretar nuestra realidad; los poetas, los ensayistas y sociólogos. Son éstos los que amplían la visión de intereses comunes, rompen localismos ultramontanos y asumen función directiva en el pensamiento americano. Sarmiento, Rodó, González Prada y Martí, poetas en el sentido creador que le daban los griegos. Estos pioneros, a su vez fueron seguidos por los pintores. Enseñaron a los artistas a ver más allá de la superficie dorada del fruto. A penetrar hasta su entraña y descubrir la semilla.

Sarmiento cuando abandona el plano educacional y político para escribir su formidable *Facundo*, hace "pintura" en cuadros etnológicos de una elocuencia contundente. Su compatriota el poeta Hernández también "pinta" en *Martín Fierro* la serena psicología del gaucho identificado con la pampa argentina. En Brasil, Euclides da Cunha, en su libro *Os Sertoes* presenta cuadros inolvidables de los "bandeirantes", hombres de instinto avanzado con paso lento en el camino de la civilización. En Perú ¿qué son sino retratos y miniaturas costumbristas las famosas tradiciones de Ricardo Palma? Y cuando en algunos países faltan estos agudos descubridodes del alma nacional, en su lugar aparecen tenebrosos tiranos para escribir la historia con otras armas que las del espíritu. En Ecuador, García Moreno "El santo del patíbulo", como le llama Benjamín Carrión en su último libro, ha dejado más huella en el país que la luminosa figura de Juan Montalvo y

en el Paraguay, Solano López resume toda una época de nefanda vida política, social y religiosa.

A los pintores, contemporáneos de estos hombres de historia, no podemos considerarlos artistas creadores. Son simples ilustradores, muchas veces de talento, del pensamiento y el tema que inspira a los escritores. Es un "ilustrador" Carlos Pellegrini, retratista de la sociedad porteña de las primeras décadas del XIX. En Uruguay el poeta Zorrilla de San Martín cuando se asoma al paisaje y al alma nacional en el poema "Tabaré", encuentra en Manuel Blanes un formidable intérprete plástico de sus personajes, de la vida campesina y las costumbres del país. Estos cuadros de Blanes también ilustran las escenas costumbristas de *Tierra Purpúrea,* la novela imponderable del inglés Hudson. La epopeya bolivariana no pudo ser acompañada por pintores de mayor talento que Carmelo Fernández, Domingo Tovar y, más tarde, Arturo Michelena en Venezuela; en el Brasil, Mireles ilustra la odisea heroica de Tiradentes y el fugaz y pacífico Imperio de Pedro II; en Colombia José María Espinosa, "figura central de la pintura colombiana", hace una biografía del Libertador Bolívar al ejecutar una miniatura "de semejanza tal que fue bautizada, el Bolívar de Espinosa". Los pintores anónimos, sobre todo los pintores de retratos, hacen escuela en Colombia y Ecuador, calando en profundidad ese silencioso proceso de gestación del espíritu americano. A fuerza de ser realistas nos han trasmitido la perspectiva social, la costumbre, el traje, la anatomía de esos primeros brotes de la raíz mestiza. A todos podemos clasificarlos como colaboradores en el descubrimiento del espíritu americano. Todos contribuyeron a modificar la visión europea a que estabamos acostumbrados, a eliminar influencias extranjeras, pero aún sin lograr el estilo dictado por las circunstancias particulares de América.

Cuando la América Latina llegó al punto histórico del arte, aquel que no se crea por Decreto, que corresponde a una conciencia social definida —esto a principios del siglo XX— aparecen los primeros artistas poseedores de sentido propio al interpretar la naturaleza y el hombre. Utilizando aún la tradicional concepción clásico-europea, aún apegados a teorías, escuelas y corrientes internacionales, fueron construyendo un arte ecléctico que logra en proceso lento, características nacionales. Y no es de admirar esta conquista tardía. Se había roto con la tradición que nos unía a España, la única que se

había cultivado hasta entonces. Al rechazar el legado cultural de la Península, fue necesario encontrar otro estilo particular, no por lo que este estilo representaba, sino por la ayuda que pudo darle como medio de representar lo específico. Sabemos que los estilos no se buscan. Se encuentran. Tienen que surgir de los dictados de la naturaleza, del alma y las circunstancias de vida. Esa tarea de descubrimiento, naturalmente exigía un proceso de preparación, de capacitación, ya que es difícil adoptar un estilo o influir sobre él por simple contacto; es necesaria una evolución natural para llegar a la conquista de un mundo plástico original.

Tras el prolongado proceso de experimentación y captación que hemos ligeramente anotado, aparece, no diré un estilo, aquella suprema conquista de los pueblos que no ha vuelto a aparecer desde el siglo de Pericles, sino una representación personal, un "modo" americano, creado primero por novelistas y poetas del calibre de Rómulo Gallegos en Venezuela, de Eustacio Rivera en Colombia, Jorge Icasa en Ecuador, Alberto Güiraldes en la Argentina, Edward Bello en Chile, Coello Neto en Brasil, y en coincidencia con los poetas: Rubén Darío, José Santos Chocano, Leopoldo Lugones, César Vallejo y tantos otros. Como dijimos, tras las huellas de estos novelistas y poetas de ritmo americano, los pintores atisban las manifestaciones probatorias de una vida americana, un "tono" americano, ya inconfundible, que había permanecido oculto, sin ser tomado en cuenta. Cuando el artista se decide a emprender la conquista de la expresión americana, se debate con un pluralismo que abarca todas las escuelas, desde las primitivas y elementales hasta las más complejas y avanzadas, aunque siempre dentro de las dos tendencias conocidas: la que corresponde a invenciones individuales y la que depende de realidades históricas. El "Realismo Social", nacido y desarrollado en México, inspirado por la escuela mexicana, y el expresionismo abstracto brotado del esfuerzo apasionado de los artistas por ahondar valores sustanciales. En cada uno de los países suramericanos podemos encontrar estas dos tendencias, las dos en busca del significado vital que reclama el mestizaje de cuatro siglos y que corresponde a una nueva unidad de sangre, de cultura y de espíritu. Tanto los realistas como los abstractistas; unos en los hechos reales, en el drama cotidiano, en la justicia por remediar; los otros en la ambición por conquistar aquella "suprema

belleza abstracta" que el dogmático Worringher trata de rehabilitar científicamente.

Ambas tendencias disponen en la América Latina de material inagotable. Para los realistas el hecho no puede ser más brutal en su fuerza expresiva, ni la naturaleza en ninguna parte ofrece mayor variedad y vigor, ni el hombre más inquietante personalidad.

El abstractismo tampoco resulta extraño para nuestras tierras. El uruguayo Torres García, padre de la pintura abstracta en Suramérica y su teorizante por excelencia, no anda lejos de la verdad cuando apoyándose en el fenómeno americano aconseja "volver a lo cósmico por sobre lo histórico".

¿Dónde el artista encontrará pruebas más contundentes del mensaje cósmico? El mundo abstracto y geométrico del arte tiawanacota saca del caos signos tan poderosos que enriquecen estilos epigonales de civilizaciones remotísimas; la China del siglo XII (A. de C.), emplea estos signos como fórmulas rituales. El artista de América que logre esa huella cósmica, puede traspasar orgulloso las anchas portadas de Copan y Tiawanako para explorar signos eternos. En Palenque, Uxmal, San Agustín, Parakas, Chavín, encontrará los innumerables testimonios que han dejado las fuerzas telúricas de la tierra americana.

Por eso las dos tendencias en Indoamérica no se oponen. Las dos nacen de realidades históricas y del ejercicio libre de la voluntad creadora; del entrecruzamiento del artista, de su trasiego con la naturaleza y las ideas genuinas del pueblo.

"La Americanidad es para nosotros la forma definida y activa de universalidad que, en sí, es otra abstracción. Y puesto que ninguna abstracción vive activamente, sino en lo concreto, vivir concretamente —en el acto y no en potencia— es ser americano del Sur sin confusiones" (Zum Felde).

Los partidarios del abstractismo sostienen que éste, al "afirmar un nuevo principio de universalidad" nos lleva a lo *standard,* que es "lo único que puede crear una cultura con unidad y sentido". Un *standard* impuesto por las "grandes épocas" como la del antiguo imperio egipcio, Grecia o el Renacimiento. ¿No tendría derecho América a defenderse de la imposición de un sistema de representación nacido de circunstancias ajenas? ¿Renunciará el *homus americanus* a la esperanza de que algún día parta de sus playas, con una denominación menos sajona, de acuerdo con su capacidad humana

hecha por el mismo barro y la misma impotencia y, quizás, más intensiva, más pasional, más desinteresada, menos deformada por la civilización totalitaria? ¿Cabe en el artista y el escritor indoamericano renunciar a la ambición de ser el autor de una nueva configuración del mundo basándose en los ya viejos conceptos de espacio, movimiento, tiempo y causalidad?

Para alcanzar esta meta indefinida, el hombre de pensamiento debe seguir descubriendo su propio mundo. El artista para crear debe cerrar la imaginación a los recuerdos inevitables. Rechazar lo ya hecho en otros países. No hay necesidad de "arrancar los ojos a los pintores" —como aconseja la moral taoista— para que puedan ver el misterio que los rodea. Hay que llegar al camino con la mente incontaminada para encontrar la "región del ritmo" de Torres García o la pasión sanguínea de Bernaldo de Quirós o Diego Rivera.

Veamos ahora, en rápida incursión por cada uno de los países de Suramérica lo que se ha hecho por un arte representativo de la cultura continental.

Comencemos por Chile. Lo escojo porque es el país donde se da un ejemplo demostrativo del extremismo de las dos tendencias, la realista y la abstracta. En el Museo Nacional de Santiago de Chile hay —o había hasta 1941— una enorme tela titulada "La Ley del Honor" firmada por Pinto, artista chileno de fines del XIX. Representa un hombre que acaba de matar al amante de su mujer. La víctima ha caído de bruces de la cama. La adúltera despavorida envuelve su desnudez en una cortina de la lujosa alcoba; el marido aún con la pistola humeante en la mano, la corbata del frac deshecha, está anonadado sobre una silla, la mirada atónita. Drama de crónica policíaca del "gran mundo". Dibujo impecable, aunque superado ya por cualquier álbum de Kodac.

Al otro extremo de esta realista escena, el arte fantasmagórico de Hernán Mata. Hace dos años ganó el segundo premio de la Exposición Internacional Carnegie con un cuadro de grandes dimensiones: un fondo obscuro con resplandores mineraloides animado por rítmicas fosforecencias. Nada más.

—¿Qué representa? Pregunta un curioso a mi lado.

—Pues eso... lo que usted ve... o lo que pueda usted ver...

En la República Argentina la literatura y el arte han seguido de cerca el desarrollo social y económico del país. Ahí se han dado cita, como en Norteamérica gente de todo el mun-

do; razas fuertes, sanas, meticulosamente examinadas en los Departamentos de Salubridad antes de embarcar para América. Obreros y profesionales. Hombres cultos y hombres ignorantes que trajeron la abundancia económica, y el gusto por un arte que poco a poco fue adquiriendo características nacionales a imagen y semejanza de los sentimientos del pueblo. Y no pudo ser más justa en sus coincidencias la literatura, la música y la pintura. A la cadencia del tango acompaña la novela de Hugo Wast y a éstas la pintura de Fernando Fader, Gutiérrez Gramajo, Alfredo Guido, Fray Guillermo Butler, Jorge Bermúdez, etc. Hasta que las nuevas corrientes destierran el admirado cegantinismo en nombre del sentido universal del arte. Guiados por críticos teorizantes, gran parte de los pintores optan por la pintura "trascendental" que hacía años había iniciado Pettorutti. Así la pintura abstracta se hace preponderante en la expresión nacional destacándose algunos valores que no conozco lo bastante como para calificar.

El mismo proceso podemos observar en Uruguay, donde ya hemos mencionado la influencia que tiene Torres García, y donde Pedro Figari logra una de las mejores obras de arte objetivo en América.

Brasil es quizás el país donde se produce el movimiento artístico-literario más importante en Suramérica. Tratar del desarrollo de las artes en este país sería materia, no ya de un capítulo, sino de un libro. La obra representativa de las dos tendencias radica en dos grandes artistas: Arturo Cavalcanti pintor abstracto y Cándido Portinari, pintor objetivo.

Los artistas de la República del Ecuador responden actualmente a la rica tradición pictórica del país. Guayasamin es el que ha logrado el profundo sentido continental.

Quien visite la poca atractiva Caracas moderna, se preguntará ¿qué hacían sus escritores, sus artistas admirables? ¿Qué hacían Héctor Poleo, Manuel Quintana Carrillo, Mateo Manaure y los innumerables pintores que ha producido Venezuela cuando se transformaba el aspecto urbano de la ciudad despojándola de todo su carácter? Sin duda mostraban su talento en países extraños mientras el grotesco tiranuelo Pérez Jiménez tenía la palabra.

En Colombia también es rico en cantidad y calidad el arte nacional. En un libro bien documentado: *La Pintura en Colombia,* Gabriel Giraldo Jaramillo nos hace conocer la evolución de esta pintura desde los días coloniales. Pocos son los

artistas en el presente que se han apartado de los clásicos valores de la pintura colombiana, en su contribución valiosa al estilo continental.

En Bolivia es insospechable la calidad de pintores y escultores. Núñez del Prado, María Luisa, Rojas, han sobrepasado las fronteras nacionales.

En Perú la rica herencia artística dejada por el Virreinato, desaparece debido a la indiferencia por los valores nacionales de una clase directora minoritaria. El pintor José Sabogal secundado por Julia Codecido inician en 1918 un movimiento "indigenista" que es el primer paso en la conquista de una figuración peruana. Actualmente la prodigiosa sensibilidad artística de Macedonio de la Torre descubre otros aspectos sustanciales de la pintura en el Perú.

Para concluir, podemos asegurar que en cada país se hacen descubrimientos relacionados con un arte que, si bien por sus rasgos universales puede clasificarse entre las tendencias con denominación europea, sin embargo, expresa el medio que lo inspira; obedece a una conciencia aparte, de tiempo y espacio americano.

Y eso ya es lograr originalidad, esa suprema cualidad que exige un estilo.

MARIANO LATORRE, ORÍGENES DE UNA VOCACIÓN LITERARIA

Por *Homero CASTILLO*

AL abordar el discutido tema del criollismo en Chile, no es posible en la actualidad prescindir de la obra legada por Mariano Latorre Court pues ella representa un período de más de medio siglo de continuada y perseverante labor en pro de dicha orientación literaria. Sea que se trate de precisar el alcance que encierra el concepto denominado criollismo, cuya existencia ya es innegable, o simplemente se quiera establecer su origen y trazar su trayectoria evolutiva con miras a determinar el mérito que posee en las letras hispánicas, las creaciones artísticas y las ideas críticas de Latorre de inmediato cobran importancia por constituir fuentes obligadas de consulta.[1] Tal es el aporte suministrado por este escritor al desarrollo literario de Chile que ya nadie pone en duda ni la sinceridad de sus palabras ni la solidez de las producciones en que descansa la estructura criollista por él iniciada a comienzos de este siglo. Puede que el nuevo giro del relato en los últimos cincuenta años no sea del agrado personal de ciertos críticos y lectores, como de hecho lo ha sido, pero la presencia y las proyecciones del criollismo, como fenómeno literario ineludi-

[1] Frecuentes alusiones a la obra de Latorre se encuentran en los siguientes trabajos que versan sobre el criollismo: ELEAZAR HUERTA, "El criollismo y el estilo de Mariano Latorre", *Revista de Occidente*, 8 de noviembre de 1948; MARIO ESPINOSA, "Don Mariano y el criollismo", *El Diario Ilustrado*, 9 de mayo de 1954; ERNESTO MONTENEGRO, "Criollos y criollistas", *El Mercurio*, 18 de agosto de 1954; MILTON ROSSEL, "Significación y contenido del criollismo", *Atenea*, 1955, Núm. 358; RICARDO A. LATCHAM, "La querella del criollismo", *Bolívar*, 1954, Núm. 34; MANUEL VEGA, ERNESTO MONTENEGRO y RICARDO A. LATCHAM, *El criollismo*, (Stgo. de Chile, Edit. Universitaria, 1956), contiene: "En torno al criollismo" (Vega), "Aspectos del criollismo en América" (Montenegro), y "La historia del criollismo" (Latcham).

ble, resultan demasiado vastas y evidentes para ser inadvertidas o negadas.

Se ha logrado establecer a base de las declaraciones de Latorre,[2] que la afición del autor hacia el criollismo se gestó fundamentalmente en el amor que sentía por su tierra y por sus paisanos. Era hijo de españoles y franceses, fue criado en un medio saturado de gustos y costumbres extranjeras y, hasta se podría decir, su aspecto físico era poco chileno, si esto cabe en un pueblo en que se confunden rasgos e idiosincrasias raciales de muy variada estampa. Lo cierto es que Latorre, oriundo de Cobquecura, aparte de ser chileno de nacimiento y habitante de una región con perfiles inconfundibles, poseía una fina y profunda sensibilidad, capaz de descubrir y encariñarse entrañablemente y por sí sola de todo aquello que lograba ver y palpar en el caracterizado rincón maulino.

A la temprana edad de diez años, en 1896, Latorre hubo de dirigirse a Valparaíso, donde su padre, a la sazón empobrecido, buscaba mejores oportunidades para sus negocios. De allí, al año siguiente, fue trasladado a Santiago, de nuevo en pos de los horizontes comerciales que se le brindaban a la familia, y por último, tuvo que regresar a Parral porque parecía que el desempeño de un cargo público que había conseguido su padre iba a asegurar el bienestar y la prosperidad que a toda costa habían venido persiguiendo los Latorre.

Sin embargo, para el joven Mariano no había terminado aún el ajetreo de los viajes, ni tampoco se vislumbraba la perspectiva de gozar las regalías de la vida hogareña. A los estudios primarios cursados en Valparaíso y en Santiago, sin contar los iniciales transcurridos en el Maule, se añadieron los que

---

[2] Los principales trabajos en que Latorre ha revelado sus propias ideas acerca del criollismo y ha hecho rápidas confesiones de su vida son: "Anécdotas y recuerdos de medio siglo", *Atenea*, 1952, Núm. 324, pp. 418-440; *Discursos académicos pronunciados en la sesión del Honorable Consejo Universitario celebrada para recibir al Miembro Académico de la Facultad de Filosofía y Educación, señor Mariano Latorre Court*, (Stgo. de Chile, Editorial Universitaria, 1953), contiene: *Autobiografía de una vocación*, fechada en abril de 1953, y *Discurso de recepción a don Mariano Latorre Court*, por Ricardo A. Latcham Alfero; "Lo que mis libros me contaron", *Atenea*, 1954, Nos. 343-344, pp. 38-65; "Algunas preguntas que no me han hecho sobre el criollismo", *Anales de la Universidad de Chile*, 1955, Núm. 100, pp. 73-80. A menudo aludiremos a estos trabajos sin volver a describirlos y no indicando más que la página a que se haga referencia.

hubo de efectuar en Cauquenes y en Talca hasta terminar las humanidades tras penosos años de internado.

De allí en adelante, la existencia de Latorre quedó circunscrita al ámbito de las dos actividades principales a que siempre se dedicó para ganarse la vida: el magisterio y el cultivo de las letras. A estas labores lucrativas habría que añadir, además, la afición nunca saciada de viajar que lo llevó a internarse en el territorio chileno y a adentrarse en el alma de sus compatriotas. Las nutridas lecturas de clásicos y modernos, españoles e hispanoamericanos que le consumían largas horas, por otra parte, en nada menoscababan su adicción a la charla ingeniosa y amena, de la cual seguramente sacó buen partido para los sondeos que con frecuencia hacía en el alma de sus paisanos.

Parece extraño, juzgando por estos trazos biográficos, que un individuo como Latorre, residente de la ciudad durante gran parte de su vida, haya cultivado de preferencia un tipo de relato con visos predominantemente rurales. La explicación última de este fenómeno literario, propósito central de nuestro estudio, se encuentra insinuada en diversas confesiones hechas por el autor a lo largo de su vida, testimonios que casi nunca han sido realzados en debida forma por la crítica.

Es más que probable, como ya se ha indicado muchas veces,[3] que los primeros años de la infancia hayan sido los que moldearon y acaso determinaran sus inclinaciones posteriores y que, por ende, allí sea preciso buscar la fuente inagotable de su entusiasmo por lo rural. Pero, ¿cómo se explica este amor patrio o cómo surge, si el medio en que le tocó vivir era visto con ojos extranjeros por todos aquellos que le rodeaban en el círculo del hogar? A nosotros nos parece que, junto a lo ya apuntado por la crítica, hay que anotar otros factores concomitantes de la modalidad criollista rural de Latorre. En efecto, los cambios ambientales que por contrastes observó y experimentó en el curso de su infancia y temprana juventud acaso fueron factores que a la postre y por comparaciones de tiempo y lugar le hicieron añorar el terruño, le

[3] Algunas de las creaciones de Latorre en que se han visto rasgos autobiográficos, en especial de su infancia, son *Cuentos del Maule* (Stgo. de Chile, Zig-Zag, 1912); *Chilenos del mar* (Stgo. de Chile, Imp. Universitaria, 1929); *El caracol* (Stgo. de Chile, Cruz del Sur, 1952), relato aparecido en *El Mercurio* del 3 de febrero de 1952, con el título de *Una madre*.

despertaron sus deseos de volver a gozar de los encantos del paisaje y le estimularon, cuando estuvo en condiciones de viajar, a abrirse nuevos horizontes físicos y humanos más amplios y novedosos, de mayor intensidad y magnitud a medida que iba madurando y creciendo su poder de captación.

Notamos cómo a su llegada a Valparaíso, procedente de la tierra maulina, observaba que su familia vivía "en un cerro del puerto, callejones adoquinados, en violentos declives, que parecían arroyos. Al mirar hacia atrás, nuestra casa daba la impresión de empinarse sobre techos y balcones saledizos... Era Chile lo que nos rodeaba y, no obstante, nada sabíamos de su entraña. Sólo de su piel, áspera, primitiva, hostil. Al matricularme mi padre en el liceo, mi contacto con chilenos fue mayor. En un principio, no entendí a mis camaradas chilenos... para ellos no era yo sino un gringo, un extranjero". Recuerda Latorre a una nodriza que le contaba "mágicas historias del cerro 'La Campana', donde, según ella, penaba un fraile, guardián de un tesoro escondido por los jesuítas y donde vivía un culebrón invisible que robaba la leche a las madres dormidas y hacía morir de hambre a las criaturas". Concluye el autor que este relato "fue una especie de mensaje de mi tierra que me llegaba a través de las consejas del ama de cría y de sus palabras". En circunstancias como éstas fue cuando se despertó ya a temprana edad, la pujante ansiedad que siempre acompañó al escritor por conocer más y más a su patria. Por eso es que, según él mismo declara, en el puerto "fui un vagabundo de los cerros y de los malecones de la bahía. Me gustaban esos cerros que parecían montones de tierra a punto de deshacerse... Y era una música áspera... el rechinar de las grúas y el rodar de las cadenas... La bahía, azotada por un temporal del norte, era imponente. Colinas de olas, color de greda húmeda, del mismo matiz de los cerros, me parecían los cerros que se hubieran rebelado para terminar con malecones y muelles". El niño provinciano, empero, no ha olvidado su medio pues lo ve reflejado en una u otra forma en el nuevo escenario porteño, "tenía a los enormes diques casi como parientes, porque mi bisabuelo, don Juan Duprat, los remolcó desde Burdeos, en una azarosa travesía oceánica". (*Autobiografía de una vocación*, pp. 13 y 14).

Es indudable que la fisonomía de Valparaíso habría de adquirir perfiles acentuadamente distintos de los de la tierra sureña y que, por su carácter antitético, el puerto le traería

a la memoria el lejano paisaje del Maule de su tierna infancia y de sus primeros días escolares con frecuencia evocados con gran ternura:

> Aprendí mis primeras letras en un colegio mixto que abrieron las monjas de la Inmaculada Concepción en el Maule... Era una vieja construcción de provincia que ocupaba casi una manzana... a poca distancia del río, cuya cinta azul recortaban los muros verticales de las casas... Veo los interminables corredores, animados por el ágil deambular de las monjas con sus hábitos negros y sus tocas albas... Sor Etelinda, la profesora de dibujo, con sus manos transparentes y ligeras como alas, y también Sor Florinda que me enseñaba el ojo o la mano en un viejo silabario. ("Anécdotas y recuerdos de medio siglo", pp. 418-419).

Y si brusco fue el trasplante experimentado por Latorre al pasar del apacible y risueño ambiente maulino al abigarrado y moderno puerto, desconcertante hubo de ser la impresión que le ocasionó el medio heterogéneo, pululante y despiadadamente comercial en que se ubicó su padre en Santiago:

> Vivía en una pequeña colonia vasca de la capital, en la calle San Pablo, frente al Mercado Central.
>
> No era mi encantada casita del puerto, mirador donde se veía a los barcos y la línea gris del horizonte; ahora habitaba en el interior de una agencia de empeños que, como un barco pirata, se llamaba "La Estrella Negra". A dos cuadras, otra agencia de otros vascos, "La Estrella Blanca", y al llegar a Bandera, una más, "La Estrella Roja".
>
> Era, como se ve, una escuadrilla corsaria fondeada a la margen del Mapocho...
>
> Estos vascos de la calle San Pablo, se reunían a menudo en casa de mi tío Emilio Labarga, capitán retirado de la marina mercante bilbaína, un vasco alto y rubio, de cerrada barba rojiza...
>
> Mi tía Rufina Elorduy, era una vasca temerosa y desconfiada. Sin rebelarse, se daba cuenta de que una agencia no era un milagro, sino un castigo de Dios, y al substraer algunos cóndores de la caja, para repartirlos en limosnas o mandas, su-

ponía que los reintegraba a los pobres. *(Autobiografía de una vocación,* p. 15).

Con su tía conoció Latorre gran parte de la vida santiaguina, en especial las iglesias, a las cuales doña Rufina era muy adicta. Y de pasada observaba "a los transeúntes, a las sirvientes domésticas que, con su canasto al brazo, charloteaban con los pacos de punto fijo, a los cocheros de victorias y berlinas o a las vendedoras de mote en los veranos o en las noches de invierno a los pequeneros, con su farol lagrimoso, en una oscura bocacalle de barrio". *(Autobiografía de una vocación,* p. 16).

Impresiones eran éstas que contrastaban con la vida pueblerina, aunque vasco-francesa también, pues significaba no sólo el desapego que sufría el niño, sino un paulatino penetrar en el individualismo metropolitano que más tarde describiría tan adversamente:

> Mi vida, entregada a sí misma, sin guía de ninguna especie, recogía imágenes, hechos callejeros, gritos inexplicables, escenas de arrabal, sin que yo me diera cuenta de lo que significaban, porque mi vida se escondía dentro de la agencia de mi tío.
>
> Era un espectáculo habitual ver borrachos que dejaban sus chaquetas en el mostrador y mujeres sus rebozos o sus blusas, que tasaba con voz ronca el vasco Larrondo, mientras el riojano Monteavaro, de cara aguzada y amarilla como una lonja de bacalao, redactaba las papeletas de empeño. (Idem.)

Vuelto a Parral, Latorre se percata de la diferencia entre el modo de vivir de las poblaciones urbanas y las rurales:

> Mi vida en Parral no fue sino la compenetración con un medio primitivo y vulgar, pero de intensa originalidad para mí... Algo nuevo, sorprendente para mí surgía de este paisaje de lluvia y de hombres que la resistían...
>
> Insisto en este lento proceso de descubrimiento, porque fue entonces que me sentí un hombre de Chile y de América y no un europeo, atrincherado en un hogar vizcaíno o bordelés. Y, además, porque explica mi obra literaria y mi actuación pedagógica. *(Autobiografía de una vocación,* p. 17).

De aquí en adelante, habiéndose ya operado en lo fundamental el descubrimiento de su propia chilenidad y el del conjunto tierra-hombre a base de los contrastes ambientales que había percibido, Latorre no hace más que tropezar día tras día con nuevas y más sugerentes experiencias vitales que le llevan directamente a vigorizar por completo sus preferencias temáticas. El último paso casi se da en Talca, pues al cursar las humanidades en dicho lugar declara que fue allí donde nació en él la pasión literaria y "al volver a casa de mi abuelo francés, después de la muerte de mi padre, esta conquista del medio, no de su espíritu, que sólo comenzaba a advertir, se acentuó en forma dramática. Desde luego, sentíame un extraño en casa de mi abuelo y el abuelo parecía advertirlo". (*Autobiografía*... p. 19).

Es natural que con esta predisposición, al radicarse en Santiago para proseguir sus estudios universitarios en condiciones algo precarias, sobre todo cuando tuvo que prescindir de la ayuda económica que le prestaban sus padres, Latorre, de por sí soñador, como él mismo muchas veces lo confiesa, se diera a añorar esa tierra sureña tan distinta de la metropolitana y en la cual había creído ver lo más auténtico de Chile y los chilenos. Por eso es que, en cuanto se lo permitieron los medios, emprendió cuantos viajes pudo y llegó a cuanta población le fue posible para así corroborar la veracidad de sus sentimientos, alimentar aún más sus ansias y hacer realidad el propósito que ya abrigaba de poner en el debido relieve lo que él consideraba autóctono espíritu de la tierra y del chileno de pura cepa.

La producción literaria de Latorre es bien conocida,[4] ha sido comentada ampliamente y se la ha alabado o vituperado

[4] Aparte de las obras consignadas en la nota 3 de este estudio, Latorre escribió un buen número de cuentos, inventariados con todas sus peculiaridades bibliográficas por Homero Castillo en "Constantes bibliográficas en los cuentos de Mariano Latorre Court", *Symposium*, 1955, IX, Núm. 1, pp. 126-132. Sus principales novelas y colecciones de cuentos criollistas son: *Cuentos del Maule* (1912), *Cuna de cóndores* (1918), *Hombres en la selva* (1933), *On Panta* (1935), *Hombres y zorros* (1937), *Viento de mallines* (1946), *El choroy de oro* (1946), *Puerto mayor y chilenos del mar* (1947), *Mapu* (1948), todos ellos cuentos; *Zurzulita* (1920) y *Ully* (1923), novelas; y *Sus mejores cuentos* (1925) y *Chile, país de rincones* (1947), antologías recopiladas por el autor. Póstumamente o quizás días antes de la muerte del autor se publica *La Isla de los Pájaros* (1955).

en grados casi siempre superlativos.[5] Lo que no se ha indicado es que ella supone todo un lento proceso gestativo, muy humano y natural, en la vida del autor y que en él confluyen dos elementos nada despreciables. Uno de estos es el que hemos procurado bosquejar y el otro lo constituye el medio educacional en que le tocó formarse. Es imprescindible hacer hincapié en este último porque el escritor, en repetidas ocasiones, recalcó el carácter universalista, enciclopédico y europeizante de la instrucción que se le impartió en Chile.[6] Él

[5] Aunque no se ha hecho una recopilación bibliográfica completa de la crítica existente acerca de las obras de Latorre después del esfuerzo realizado por MAGDA ARCE y SIDONIA C. ROSENBAUM, *Mariano Latorre-Vida y obra-Bibliografía-Antología* (New York, Hispanic Institute in the United States, 1944), los siguientes trabajos dan una idea de los numerosos trabajos escritos acerca de diversos aspectos de la obra de este criollista chileno: FRANCISCO SANTANA, *Mariano Latorre* (Santiago de Chile, Edic. Bello, 1956), contiene una abundante cantidad de datos bibliográficos; *Atenea,* 1956, Núm. 370, número especial en homenaje a Mariano Latorre.

[6] En repetidas ocasiones Latorre se queja de la inutilidad de los estudios que se vio precisado a seguir. De los cursos primarios, por ejemplo, observa: "Vinieron después las preparatorias del liceo. Materias y estudios se han esfumado o porque los profesores no lograron atraerme o porque mi temperamento soñador me impedía concentrarme... En Valparaíso fue matriculado en la segunda preparatoria del liceo. Mi permanencia en el puerto y en el liceo no dejó en mi vida rastro alguno... ("Recuerdos de medio siglo", pp. 420 y 422). Y de los años transcurridos en Talca comenta: "el liceo conservaba en parte el sistema antiguo, memorizante, de dar y tomar lecciones mecánicamente. La rutina, a pesar de existir legalmente la nueva pedagogía, residía en los profesores de afición" ("Recuerdos de medio siglo", p. 426). "Sin que penetráramos la novedad del sistema, nos dimos cuenta de que el ver las cosas frente a frente, el conocerlas por nosotros mismos era más provechoso que tragárnoslas, sin masticación alguna, de memoria" *(Autobiografía de una vocación,* p. 20). Sin embargo, con gran honradez reconoce Latorre la valiosa labor que se esforzaban por realizar en las provincias pedagogos de la talla de los hermanos Fidel y José Pinochet LeBrun, Darío Castro y Enrique Molina, este último, años más tarde rector de la Universidad de Concepción. Pero a pesar de todo, la orientación educacional seguía siendo europeizante íntegramente, "conocimos a los pescadores de Santander y a los burgueses madrileños, pero yo me preguntaba a toda hora, ¿y Chile? ¿No existía? ¿No eran dignos de ser héroes los pescadores del Maule y de otras regiones? ¿Y nuestros paisajes con la novedad de sus selvas, de sus ríos indómitos y de sus misteriosos ventisqueros?... Advertimos, entonces, nuestra absoluta ignorancia de Chile..." *(Autobiografía de una vocación,* p. 21).

buscaba los elementos humanos con que su tierra chilena y americana había contribuido al nacimiento y progreso del mundo que iba descubriendo, pero no los hallaba ni en los libros ni en los profesores a cuya férula había de sujetarse. De aquí que naciera en su espíritu un deseo irrefrenable de dignificar los valores continentales, humanos y físicos por lo menos en las letras de su patria, renovándolas sobre bases propias que tradujeran mejor la personalidad de Chile tanto en su forma de expresión como en su contenido anímico. La instrucción chilena que a comienzos de este siglo restaba al proceso educativo la promisora semilla nacional y que muchas veces sofocaba todo germen patrio bajo el peso incontenible de una sólida tradición europea, no hizo sino alentar, año tras año, la ambición que abrigaba Latorre de crear una literatura en que se percibiera la fisonomía de la patria, lucha del hombre con su tierra y de ésta con aquél por cobrar ambos una personalidad propia. En la concepción artística de Mariano Latorre gana el campo porque allí cree el autor que nace la verdadera y vigorosa nacionalidad chilena, si bien fragmentada en los múltiples rincones de la naturaleza y de la raza, y pierde la ciudad a causa del uniforme, aplastante y disolvente cosmopolitismo de la vida metropolitana indiferenciada, incolora, fría y hasta despiadada.[7]

Los fracasos y desilusiones experimentados por Latorre en la vida urbana, aun en los momentos culminantes de su carrera,[8] el lastre que traía de las escuelas secundarias y el

[7] Esta vena predomina sin contrapeso en muchas de las obras de carácter urbano que Latorre escribió en cantidad nada despreciable. Amargo es el sabor de cuentos como *Collares, La confesión de Tognina, Trapito sucio, El finadito, E. Pérez Artola, el anticuario, El aguilucho que se murió de hambre, El finado Valdés, En un vapor caletero, El angelito* y otros relatos en que a veces el ambiente es exclusivamente la ciudad o combinación de elementos rurales con urbanos de la capital o de los pueblos de provincias. El negativismo urbano de Latorre culmina en la novela corta titulada *La Paquera,* revisada poco antes de la muerte del autor en 1955 y publicada póstumamente en 1958, pero concebida y escrita por el año 1916.

[8] El disgusto que la modalidad criollista de Latorre ocasionaba al conocido crítico chileno Alone (Hernán Díaz Arrieta) originó una nutrida serie de reseñas en que se expresa el profundo desapego que por la nueva orientación y por la técnica que le dio forma sentía el comentarista. En otro terreno, el estrictamente académico, Latorre sufrió también severas críticas. Chocante sería, sin duda, para quien ya era consagrado catedrático del Instituto Pedagógico, las justas rectificacio-

vacío o frialdad que percibía en los planteles educacionales hacia el numen que afloraba en su tierra, ciertamente fueron factores que le instaron a emprender la labor para la cual se creía llamado:

> ... al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra y no a través de libros o referencias y por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudiantes que por vivir en él, no se habían enterado de que existía. (*Autobiografía de una vocación*, pp. 31-32).

Para quienes vean en esta doble labor de Latorre, docente y artística, pretexto de acusación, cabe indicar que, cuando un autor con perfecta honradez revela, para los que lo lean con cuidado y lo entiendan, los motivos que lo han guiado a crear es porque con sinceridad ha querido obsequiar una codiciada clave y abrir una rica veta. Gracias a su generosidad, muchos escritores jóvenes han logrado orientarse por la senda criollista y, perfeccionándose en más de un detalle formal o de contenido, han llegado a sobrepasar al maestro en más de una ocasión. No hay objeción para que se den en Mariano Latorre el maestro que, enseñando sin predicar, se encuentra sin quererlo con el artista que crea por mero placer propio y para el de sus lectores. Como él mismo lo ha declarado, esta es "la sincera historia de un hombre que fue, durante medio siglo, novelista y profesor y que declara ingenuamente, sin ruborizarse. que nunca supo cuándo actuó el profesor y cuándo el creador de ficciones". (*Autobiografía de una vocación*, p. 41).

La labor literaria del "padre del criollismo" revela, pues, aunque paradójicamente, al literato que conoce la materia por haberse alejado de ella, al hombre sensitivo que vuelve a encontrar su medio aún más vitalizado gracias a las comparaciones que le suscitan los contrastes, y al artista que embellece una lección al presentarla sin necesidad de instruir ni de pontificar.

---

nes que le hiciera Raúl Silva Castro en su monografía, *La literatura chilena —Examen y refutación de un libro de don Mariano Latorre* (Stgo. de Chile, Imp. Universitaria, 1946) al trabajo, *La literatura de Chile* (Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1941).

EMILIA PARDO BAZÁN Y LAS CUESTIONES DEL NATURALISMO

Por *Guillermo DE TORRE*

Desagravio a unas faldas letradas

UNAMUNO solía decir que repensar los lugares comunes es la única manera de librarnos de su maleficio. Aplicado este criterio a la crítica literaria, a la revaloración de ciertas figuras que se consideran muy conocidas o demasiado olvidadas (tanto monta...), puede traducirse diciendo que la mejor manera de verlas con ojos nuevos (o como realmente fueron) es comenzar por despojarlas de la hojarasca muerta, de los lugares comunes que las desfiguran. Así, en el caso de Emilia Pardo Bazán lo que primero conviene desenmascarar son ciertos tópicos de vida dura, entre los que quedó fosilizada su obra, su acción y su influjo. Se dijo, ante todo, y en sentido peyorativo, que la autora de *Morriña* (quiero con la mención preferente de esta novela destacar así la que para mi gusto es su mejor novela) no era una escritora, sino un escritor que "escribía a lo hombre" (nada menos que *Clarín*[1] repitió esta inpecia), que "se ponía los pantalones" cuando manejaba la pluma, o, más exactamente, la máquina de escribir, pues fue uno de los primeros escribas que manejaron este artefacto. Se añadió, no obstante restableciéndole lo específico de su sexo, que como mujer era "aficionada en extremo a la novedad, a las modas" (también "Clarín" *dixit),* vistiéndose con los trapos del día, que en aquellas calendas no eran otros sino los del naturalismo. Se reprochó también a la Pardo Bazán que no contenta con escribir sus novelas, sus cuentos, sus críticas literarias, se preocupara igualmente de dar su parecer sobre otros temas muy diversos, "metiéndose en todo", por lo cual fue rebautizada con el remoquete burlón de "la inevitable" o "la imprescindible doña Emilia". Se dijo..., se dijeron muchas otras cosas

[1] *Folletos,* VII, *Museum,* Madrid, 1890.

parecidas, pero nos limitaremos a esas tres objeciones enunciadas (que, en rigor, vienen a ser una y la misma), a fin de refutarlas y recomponer así los rasgos de su verdadera fisonomía.

Comencemos con la primera. ¿Por qué y desde cuándo, en cuanto actividad del espíritu, la literatura ha de tener sexo? Por lo pronto, no lo tienen la botánica, ni la arquitectura, ni la mecanografía... Tampoco ninguna de las artes bellas, cuyos númenes tutelares fueron adscritos, desde los tiempos mitológicos, a las Musas. En el caso de la literatura imaginativa, se trata de una creación espiritual, basada en buena parte sobre la sensibilidad, cualidad no específicamente femenina, pero que en las mujeres suele darse con más intensidad; en el caso de la literatura reflexiva, ensayista, crítica o filosófica, se trata de una disciplina basada en el entendimiento, cualidad no exclusivamente varonil, pero que en los hombres suele darse con más frecuencia. Mas no olvidemos, en último extremo, de acuerdo con Weininger, que la varonía y la femineidad son difíciles de hallar en estado puro; y, además, que si el gran arte —como suele decirse— no tiene patria, las ideas carecen de sexo. Contrariamente, cuando el acento femenino se carga con fuerza surge aquella "literatura femenina" o"literatura para mujeres", vacua y archiconvencional por sentimentaloide, que viene a ser casi sinónima de un género, demasiado abundante hoy día, de literatura inferior o subliteratura. Nada de ello, por supuesto, significa negar que la literatura auténtica escrita por mujeres pueda dejar de tener un matiz, una vibración, una sutileza muy peculiares, donde lo femenino se trasluzca, sin que esta virtud, no obstante, pueda determinar por sí sola la calidad de la obra. Y alguna de esas peculiaridades nunca dejan de estar presentes en los libros de la Pardo Bazán, a pesar de la contextura mental más bien masculina que poseen.

Lo que sucedió es que cuando la autora de *La sirena negra* comenzó a escribir, y aun en sus postrimerías, se consideraba "tabú" para la mujer cualquier función o quehacer que rebasara los límites del gineceo; en una sociedad eminentemente matriarcal sucedía paradójicamente que la mujer estaba privada de iniciativas y toda actividad extrahogareña se miraba como "bachillerías", como una transgresión imperdonable. No es extraño que la inmediata antecesora de Emilia Pardo Bazán, Cecilia Böhl von Faber, debiera disfrazarse con el seudónimo

de "Fernán Caballero", siguiendo así la tradición de enmascaramiento inaugurado en el siglo pasado por "George Sand", y que en la Argentina aceptó "César Duayen". Pero sí es singular que en el siglo XVII, María de Zayas publicara sus novelas tan atrevidas sin disfraz; y más aún que dos ilustres coetáneas y conterráneas de doña Emilia, Rosalía de Castro y Concepción Arenal, osaran dar la cara con sus verdaderos nombres, aunque, cierto es, defendida la primera por el lirismo y la segunda por la penología, género aquél casi pritivamente femenino y este último, por excepcional, poco expuesto a la competencia masculina. Aunque queden todavía no pocos cabos sueltos sobre el "masculinismo" de la Pardo Bazán, visto como un demérito o traición, pasemos ahora a examinar el segundo reparo.

La moda. El "haber sucumbido" al naturalismo, tendencia "nefanda", que venía a desvirtuar "sanas tradiciones", escandalizando a los gazmoños e irritando a la clerecía intelectual con o sin sotana. Nada más natural, en principio, que un espíritu abierto a los horizontes del mundo, curioso y ligeramente audaz (no mucho, pues en doña Emilia mandaba más un fondo morigerado y conservador), se mostrase sensible a aquellos aires que renovaban la novela hacia 1870, máxime cuando nunca se había sentido satisfecha con las dulzonerías —"natillas y merengadas", escribía ella— de la autora de *La gaviota.* Si la ciencia tendía a lo experimental, si la filosofía se había tornado positivista, ¿por qué la novela —particularmente la española, tan necesitada de cambio— no iba a sacudirse los rezagos románticos, los convencionalismos del folletín histórico, aspirando a la verdad, al reflejo auténtico de la realidad?

Desde sus primeros tiempos (en el prólogo a *Un viaje de novios),* doña Emilia vio que la novela había "dejado de ser mero entretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas, ascendiendo a estudio social, sicológico, pero al cabo estudio". Si Saint-Real, citado por Stendhal, había afirmado que "la novela es un espejo paseado a lo largo de un camino", y Zola sintetizó su estética en la fórmula "El arte es un rincón de la naturaleza vista a través de un temperamento", la Pardo Bazán venía a confirmar: "La novela es traslado de la vida y lo único que el autor pone en ella es su modo peculiar de ver las cosas reales". Pero en la realidad de los hechos —según señalaremos más adelante—, aquel naturalismo traído por la Pardo Bazán resultaba, en fin de cuen-

tas, bastante aguado, y la gradación del alcohol originario, al mudar de odres, quedaba muy rebajada. Y por otra parte, al presentarlo no como una innovación, sino como una restauración del realismo clásico, haciéndole empalmar con el tradicional realismo español, hasta las almas más timoratas bien pudieran haberle dado su bendición. Pero no fue así, y la Pardo Bazán hubo de entrar en liza no sólo con los antagonistas obligados —¡aquel Padre Muiños, aquellos cronistas literarios de *La Época*—, sino inclusive con los que parecía que hubieran debido ser sus sostenedores y no contrincantes: un Valera, un "Clarín"... Pero sobre estas peripecias volveremos más adelante.

Tercera objeción. Su militancia intelectual. En realidad, es una prolongación de la anterior, pero extendida tal militancia a otros campos que el novelesco. ¿Y por qué aquella dama tan leída, tan amena, tan excelente expositora había de callarse o recatar su opinión, dicha con seriedad y equilibrio, cuando precisamente estas cualidades no sobraban y casi todo se resolvía en chistes estilo *Madrid Cómico*, en minucias gramaticales o en estridencias sectarias, tanto del lado reaccionario como del liberal? Activísima mujer de letras, no dando paz a la pluma en muy variados géneros, deseosa de alcanzar para el escritor de España el "poder social" de que gozaba más allá de los Pirineos, y sin bastarle las colaboraciones en periódicos ajenos, crea uno propio: funda la singular revista *Nuevo Teatro Crítico* —rindiendo así con el título un homenaje a Feijóo—, que escribe enteramente ella sola de la primera página a la última.

El "Nuevo Teatro Crítico"

Como aquellos folletos mensuales de un centenar de páginas cada uno —que duraron de enero de 1891 a fines de 1893— ya han pasado a ser raros, no quiero desaprovechar la oportunidad para agregar algunos detalles sobre su genealogía y contenido. El antecedente español más remoto se hallaba ya en el título, alusivo al *Teatro Crítico Universal* (1726-1760) del Padre Feijóo, a quien Emilia Pardo Bazán consagró su primer libro de prosa. Pero en el mismo siglo XVIII se habían publicado también algunas otras revistas unipersonales, entre las que sobresale *El Pensador* (1762), de Clavijo y Fa-

jardo. Apenas si los folletos de Forner y de otros polemistas feroces pueden entrar en la misma categoría; tampoco, casi un siglo después, los de Gallardo, quien asimismo redactó enteramente por su cuenta una revista, *El Censor* (1835). Con el romanticismo, Larra, primero en *El Duende Satírico* del día (1828), y luego en *El Pobrecito Hablador* (1832-1833), eleva este género a la condición de obra maestra. Ahora bien, el antecedente más directo del *Nuevo Teatro Crítico* no es español, sino hispanoamericano, y está —como la autora misma recordaba— en *El Espectador* (1882), del ecuatoriano Juan Montalvo. Posteriormente, como cabos de un linaje, por ahora extinguido, sería inexcusable olvidar los *Folletos* de "Clarín" (1886-1891) y *El Espectador* (1916-1934) de Ortega y Gasset. Viendo, pues, como algo ya pasado, mas no por cierto "superado", los tiempos del revisterismo unipersonal, exclamaba yo no hace mucho a propósito de Larra: ¡Tiempos felices del periodismo literario en que todo salía de la minerva de los redactores, sin radios, cables o teletipos y estandarizadas agencias noticieras! ¡Tiempos admirables e increíbles aquellos de la primera mitad del siglo XIX, cuando un periódico sin noticias o apenas, nutrido esencialmente de artículos y opiniones, encontraba lectores y entusiastas!

Ahora bien, aparte esas características comunes con las revistas personales mencionadas, el *Nuevo Teatro Crítico* de la Pardo Bazán ostentaba otras rigurosamente propias. De hecho no era una simple compilación de estudios o críticas sueltas; asumía el carácter de miscelánea orgánica que suelen presentar las revistas escritas pluralmente. En el sumario de cada número se agrupaban un cuento largo o novela corta, un estudio crítico de cierta extensión, una crónica de viajes, otra de teatros, amén de reseñas breves sobre libros españoles, americanos y extranjeros, completadas por una suerte de noticiero donde se registraban los "trabajos y los días" de los escritores —es decir, obras últimas, proyectos, viajes, etcétera—. De suerte que el conjunto constituye unos verdaderos anales, un espejo único que ayuda como ningún otro a reconstituir la verdadera imagen intelectual de 1891 a 1893, y que es sensible no tengamos para otros años. (Por ejemplo, merced a esas páginas reviven ante nosotros la desazón producida por la *Nueva biografía* de Lope de Vega y la revelación de sus tercerías; la polémica sobre poesía y metafísica entre Valera y Campoamor; el comentario al día sobre Zola y Tolstoy, a

propósito de *El dinero* y *La sonata a Kreutzer;* las campañas sobre la "cuestión académica", que afectaban en primer término a la Pardo Bazán, vetada por los señores académicos, etcétera). Por ello, el *Nuevo Teatro Crítico* representa todo un esfuerzo y una hazaña que no debe olvidarse. El propósito de su directora había sido agitar el mundillo literario de entonces, estimular las curiosidades intelectuales bastante adormecidas y, sobre todo, reparar la ausencia de crítica, "el género de más arduo desempeño", según ella escribía, aunque no debemos olvidar que a la sazón actuaban en ese campo un Valera y un "Clarín". Pero la Pardo Bazán añadía: "Protesto contra la afirmación de Destouches: 'La critique est aissée et l'art est difficile' porque arte es la crítica, y arte que así requiere las alas de la inspiración como el lastre de la doctrina". Después fijaba la primera condición de la crítica: "un criterio" —que repetimos por lo muy olvidado que parece estar hoy, a despecho de tantas sutilezas técnicas. Y estampaba una declaración que tampoco suena como anacrónica: "Mi época me interesa tanto como las pasadas". El elogio de la Pardo Bazán que en ocasión de su muerte escribió un hombre como Unamuno *(Mi vida y otros recuerdos personales),* poco dado a la generosa hipérbole, suena enteramente justo: "mujer singular [que] nos ha dejado, entre otras lecciones, la de una laboriosidad admirable y la de una curiosidad inextinguible".

Situación

RENDIDO este desagravio a lo que se consideró "intrusiones" de una mujer, veamos ahora, de cerca y desde hoy, la obra de doña Emilia Pardo Bazán. ¿Conserva valores vivos, aparte del valor histórico, interesa, resulta legible? Sin duda, y en grado sumo. Mucho más que la producción de otros autores del último tercio del siglo XIX. Sin poseer doña Emilia el genio superior de un Galdós, ni su amplitud de temas y registros; sin tener tampoco la agudeza, el don de simpatía y la penetración de un Valera; sin alcanzar los lindes espiritualistas mas el ingenio satírico de un "Clarín", con todo es incuestionable que la sentimos más cercana a nuestra sensibilidad que las demás figuras de su tiempo: Alarcón, Pereda y, después, Palacio Valdés y Picón. Inclusive cronológicamente no nos separa tan-

to espacio de su acción y su presencia. Nació en 1851. Murió en 1921. Quiere decirse que está ya suficientemente lejos de nosotros para verla con objetividad (sin la hostilidad polémica con que en nuestra mocedad contemplábamos las figuras de los antepasados décimonónicos) y lo bastante cerca para no dejar de sentirla como algo vivo.

En lo personal, alcancé aún a conocerla en el Ateneo de Madrid, señorial, con el aire inevitablemente "impertinente" que le daban aquellos espejuelos del mismo nombre, abrumada de plumas y cintas, tal como aparece en tantas fotografías de la época. No sospechaba yo entonces que aquella dama cuellicorta, obesa, de aire algo bovino, escondía bajo de una vestimenta recargada, un espíritu tan ágil y alerta, un voluntarismo tan acusado. Sin embargo, su feminismo —no tanto genérico, por supuesto, como "pro domo sua"—, su afán de reconocimientos académicos hubo de estrellarse contra muros de prejuicios. Vio así cómo se le cerraban a piedra y lodo las puertas de la ciudadela que más ansiaba conquistar: la Academia de la Lengua. A modo de reparación, un ministro liberal que había sido periodista (Julio Burell) abrió para ella un aula en la Universidad de Madrid, una cátedra de "Literatura contemporánea de las lenguas neolatinas", en 1916, que desempeñó durante cuatro cursos. Aquellas lecciones escritas pasaron a componer los tres tomos titulados *La literatura francesa moderna,* desde el romanticismo hasta el simbolismo.

Algunos otros libros críticos suyos son *La cuestión palpitante,* 1883 (sobre el naturalismo); *La revolución y la novela en Rusia,* 1887; *Los poetas épico- cristianos,* 1895; *Polémicas y estudios literarios,* 1892; *El porvenir de la literatura después de la guerra,* 1917. Escribió además una biografía —*San Francisco de Asís,* 1882—, *un Estudio crítico de las obras del Padre Feijóo,* 1876, varios libros de viajes, inclusive un libro de cocina. Esto, sin contar el renglón más cuantioso e importante de su producción, las novelas —que iremos enumerando más adelante—, muestra que el calificativo de polígrafa es el que mejor cuadraría a doña Emilia Pardo Bazán. Y que la edición de sus *Obras completas,* compuesta de cuarenta y tres tomos, dista algo de serlo, pues quedaron bastantes libros y escritos sueltos sin recopilar.

Doña Emilia y las contradicciones de su naturalismo

De tan vasta y hombruna tarea hay un aspecto que se sobrepone a todos y merced al cual su figura adquiere relieve memorable en la historia de la literatura: me refiero a su papel como adalid e introductora del naturalismo en las letras españolas. Función que valió a doña Emilia más sinsabores y censuras que aplausos o reconocimientos. Ahora bien, mirando ya los hechos a distancia, sin las telarañas o los prejuicios de sus contemporáneos. ¿Hasta qué punto su naturalismo tenía que ver con el naturalismo francés, por antonomasia zolesco? ¿Era verdadero y crudo naturalismo el suyo, o se trataba de una adaptación "more hispánica", habida cuenta de los prejuicios y remilgos del medio? ¿Se trataba quizá más bien de una narrativa modernizada, de raíz costumbrista, injerta en sicologismo, con leves tintas de audacia en cuanto a lo temático más que al procedimiento y al estilo? ¿Pudo doña Emilia Pardo Bazán superar la contradicción entre su catolicismo y el determinismo de la escuela? Sin embargo, ¡qué equilibrios no hizo, a cuántas sutilezas y argucias seudosofísticas no hubo de apelar para conciliar el revolucionarismo moral de aquella tendencia con su conservadurismo innato, cuidadosa de no romper enteramente las convenciones sociales y particularmente las de su medio católico y aristocrático! Puesto que ella invocó, para defender su "naturalismo", la tradición poderosa del permanente realismo español, ¿suponía aquél efectivamente no una ruptura, sino una continuación? En suma, ¿encajaba o no el naturalismo pardobazanesco en la línea tradicional española o era una desviación, un accidente destinado a pasar sin dejar otra huella que la señalada por su obra y alguna novela de *Clarín?*

He ahí un denso haz de interrogaciones flecheras —hasta ahora, la verdad, no formuladas— que naturalmente no pueden contestarse de una vez, sino acercándose con cierta pausa al arco de donde irradian y observando su trayectoria. Doña Emilia no publica hasta 1882 la primera novela que pueda calificarse sin error de naturalista, *La tribuna.* En 1879 había dado a la luz su inicial producción imaginativa, *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina;* no me ha sido asequible; sin embargo, a través de referencias, destaco un detalle generalmente inadvertido. Es este: al contrario que la

mayor parte de las novelas primigenias, que suelen ser autobiografías más o menos traspuestas, ésta no tiene nada de personal: la autora, desde el primer momento, pinta una vida ajena, con lo cual nos evidencia que era una novelista innata. Dos años después da a la estampa *Un viaje de novios*. ¿Es una novela naturalista? El epíteto le fue aplicado por algunos de sus críticos —orientados y desorientados a la par por el prólogo del libro—, pero probablemente tal intención estética no se hizo patente de una manera explícita, al concebirla, en la mente de la autora. Es, sí, una novela realista, un estudio de caracteres, donde el presumible lirismo epitalámico aplicable a todo viaje de novios está reemplazado por lo irónico, lo burlón y aun lo grotesco de ciertos episodios.

La novela que sigue un año después, *La tribuna*, asume ya ciertos rasgos naturalistas por la preferencia que la autora muestra en la descripción de ambientes bajos —una fábrica de tabacos— y de personajes y escenas populares, descritos y dialogados con crudo verismo y con la extraordinaria acumulación de detalles propia del naturalismo. Sin un considerable riesgo de error, yo me atrevería a hacer la siguiente composición de lugar: orientada, acusiada por los comentarios y las tachas de naturalismo que en esos años se le hicieron, reaccionando ofensivamente, cual suelen hacer los caracteres fuertes, doña Emilia debió decirse: pues bien, seré naturalista, escribiré novelas intencionadamente naturalistas. Sin que esta conjetura mía descarte otro factor más esencial: y es que la índole de su mente apoética, razonadora, más dada a la observación minuciosa del mundo real que a su idealización, le predisponía y orientaba en tal camino. Y entonces, un año después, es cuando publica *La cuestión palpitante*.[2] ¿Defensa del naturalismo, pa-

[2] GIFFORD DAVIS, en un artículo titulado "The critical reception of naturalism in Spain before *La cuestión palpitante*" (*Hispanic Review*, XXII, abril de 1954, núm. 2), ha demostrado, tras minuciosas investigaciones en los periódicos de la época, que la cuestión del naturalismo en España estaba ya latente desde 1876 y que la mayor parte de los articulistas se mostraron tan poco enterados como adversos de lo que realmente suponía aquella escuela. Es curioso que la primera novela española señalada con el epíteto de naturalista fuera *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, de Pereda... Recusando tal nota, su apologista Menéndez Pelayo escribía en 1880: "Si realismo quiere decir guerra al convencionalismo, a la sensiblería, a la falsa retórica y al arte docente...", puede aceptarlo Pereda; pero deberá rechazarlo "si llaman realismo a una especie de fotografía (que no arte) sin

linodia, recusación de sus "excesos", busca de una fórmula ecléctica? De todo tiene, y en rigor puede decirse que pocos libros, sugeridos por un fenómeno literario, con el fin de exaltarlo o negarlo, presentan un carácter tan desconcertante y ambiguo.

Lo que fue una "cuestión palpitante"

ANTE todo —desde nuestro punto de vista actual, cuando la rotación de movimientos y escuelas literarias es continua—, apenas podemos explicarnos por qué fue *palpitante* la cuestión del naturalismo en España —ya que no presentaba las audacias temáticas y de estilo que en Francia—, y menos aún porque aquella obra de doña Emilia suscitó tantas curiosidades y disputas. La clave, sin embargo, se encuentra en el párrafo con que se abre el libro: "Es cosa de todos sabida que en el año 1882, naturalismo y realismo son a la literatura lo que a la política el partido formado por el duque de la Torre: se ofrecen como última novedad y, por añadidura, novedad escandalosa. Hasta los oídos del más profano en letras comienzan a familiarizarse con los ismos". ¡Oh, desilusión de las actualidades perecederas, riesgos de enfocar los temas literarios (aprendan los "sociologizantes" a ultranza) con una óptica extraliteraria o demasiado próxima y local! Porque —preguntarán muchos, *aquí y ahora*—, ¿quién era el duque de la Torre, qué "novedad escandalosa" significaba su partido? Pues bien, aquel duque era el general Serrano, cuyo historial político fue muy largo, pasando de "general bonito", mimado o amante de Isabel II a coautor principal de su derribo del trono. (Su silueta, con el relato más movido y pintoresco de aquellos años, se dibuja en *El ruedo ibérico,* de Valle-Inclán). Fue luego regente antes de la monarquía de Amadeo, tras el paréntesis de la República volvió a encargarse del poder, y en la restauración de Alfonso XII fundó el partido de la "izquierda dinástica", donde ya figuraban algunos políticos que luego se definieron como republicanos.

Pero ¿en qué consistía la "novedad escandalosa" del naturalismo durante aquel año de 1882, cuando pasado el hervor

---

catecismo, ni sentido moral, ni decoro estético...". Adviértese la imprecisión de términos y cómo Menéndez Pelayo, aun queriendo condenar el naturalismo de Zola, no lo nombra expresamente.

polémico suscitado por las primeras novelas de Zola, casi veinte años antes, éste llevaba más que promediada su obra, habíanse publicado también las más importantes novelas de los Goncourt, Huysmans y Maupassant, y ya se barruntaban en el horizonte las primeras reacciones antinaturalistas, que habrían de estallar en 1885, con el manifiesto de los "cinco" contra *La Torre* de Zola? Pues bien, el escándalo consistía en que el naturalismo era por esencia materialista, determinista; por ende, antirreligioso. De ahí la hostilidad que una doctrina semejante habría de suscitar en un medio como el de la España finesecular, todavía no cauterizadas las heridas de las guerras carlistas, con las pugnas atroces entre "oscurantistas" o "serviles" y liberales, y sus continuaciones inacabadas...

Para reconstruir a distancia lo que eran mentalmente aquellos años no hay que olvidar la polvareda que levantaron las novelas de "tesis" de Galdós *(Doña Perfecta, Gloria)*; recordar cómo la única historia orgánica de aquella literatura es la hecha desde un punto de vista confesional, es decir, la del P. Blanco García; recordar asimismo los escrúpulos y equilibrios de un "Clarín", buscando un punto de equidistancia "para huir (según escribía: *Museum)* de los dos extremos viciosos que se pueden cifrar en [ciertos libros] *El liberalismo es un pecado* y *¿Puede un católico ir a la Exposición de París?*, por el lado de los fanáticos a la antigua, y en las lucubraciones de *El Motín* y *Las Dominicales* [dos semanarios ferozmente anticlericales] por el lado de los fanáticos a la moderna". No es, pues, extraño que la Pardo Bazán tomara el naturalismo con pinzas.

Prudencias y objeciones

¡CUÁNTAS excusas, cautelas y rodeos los suyos! Se diría que a fuerza de edulcorarlo, lo desnaturaliza. Reprobaba sus evidentes excesos y apenas asentía a ninguna de sus valiosas innovaciones. Sin embargo, la timidez quedaba compensada por el buen sentido, y a la vuelta de muchos distingos, no dejaba de expresar algunas objeciones atinadas. "No censuro —escribía— la observación paciente, minuciosa, exacta, que distingue a la moderna escuela francesa; el contrario, la elogio; pero desapruebo como yerros artísticos la elección sistemática y preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados,

la prolijidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y más que todo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perenne solemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia de notas festivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea". Zola le parecía "el más hipocondríaco de los seres habidos y por haber", y añadía que siendo la novela "trasunto de la vida humana", en ella deben coexistir "lágrimas y risas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo". Para ella, el "defecto capital" de la estética naturalista era éste: "Respirar sólo del lado de la materia; explicar el drama de la vida humana por el instinto y la concupiscencia...". Sin duda, acertaba al sostener obviamente que la vida de la materia no es todo, que también lo espiritual, incluyendo el substratum religioso, tiene una participación en cualquier imagen completa del ser humano. Pero ¡cuántos años no habían de pasar hasta que surgieran novelistas católicos de anchas miradas, hasta que un Mauriac, un Bernanos, un Graham Greene, un Evelyn Waugh hicieran aceptar a los lectores las más crudas pinturas del mal como pasajes hacia la luz! Frente al naturalismo, la Pardo Bazán defiende el realismo, pero no tanto por ser ésta una tendencia que existía desde siempre, como una veta inagotable, en la tradición española, desde el Arcipreste de Hita, desde *La Celestina,* sino por parecerle más ecléctico. "Comprende y abarca —escribía— lo material y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concibe y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas".

Convengamos en que para llegar a tan sensata y no demasiado original conclusión no eran menester tantas alharacas; reconozcamos que "el ruido fue más que las nueces" y que aquel naturalismo teóricamente tan aguado e innocuo (en lo empírico fue la Pardo Bazán, felizmente, algo más allá), lejos de resultar exótico y nocivo, venía a ser algo muy próximo y terrígeno. Indudablemente, lo más interesante de *La cuestión palpitante* no estuvo en el libro mismo, sino en la amenísima réplica de don Juan Valera, titulada *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1887). Con su gracejo proverbial y su ironía zumbona, a la vuelta de muy sabrosas digresiones, Valera identificaba el naturalismo con su "bestia negra", el romanticismo (ya que él se consideraba, y no arbitrariamente, como un clasicista, como un humanista antiguo),

confundiendo ambos en la misma execración. "El naturalismo —concluía— es romanticismo; en él subsiste el peor fermento romántico, avillanado". Y no estaba muy lejos de la verdad. El portaestandarte de la escuela, Zola, según él mismo hubo de reconocerlo, arrastraba mucho lastre romántico, del que nunca pudo librarse enteramente; lo testimonia su tendencia a lo desmesurado, al agrandamiento, a novelar símbolos o entidades más que seres individuales. Con todo, y a pesar de su agudeza, llevado por un concepto antitético del arte (la novela como idealización, como algo más bello que la verdad), Valera se mostraba romo para reconocer todo aquello que el naturalismo incorporaba en España. Permanecía indiferente a su afán de verdad, a su acercamiento de la vida y a todo lo demás que llevaba implícito, como la lucha contra los convencionalismos y tabúes morales —más allá simultáneamente de sus excesos y sus candores. Recordemos únicamente el más jocoso de todos, aquel que declara como ningún otro la ambición imperial, la megalomanía exclusivista de Émile Zola; en una página de su libro *Le roman experimental*, diez años después de la caída del Segundo Imperio, afirmaba que la República debía tener su propia expresión literaria y que ésta sería forzosamente el naturalismo; y en otro lugar sentaba más categóricamente: "La République sera naturaliste ou ne sera pas".

Y esta simple referencia dará quizá más cabal idea que un cúmulo de detalles, no de lo que fue, sino de lo que quiso ser el naturalismo. Se explica, por lo tanto, el asombro de Zola al saber que la "defensora" del naturalismo en España era una devota católica. "Me lo explico —agregaba— al oír decir que el naturalismo de esa señora es puramente artístico y literario". Paralelamente, deberá hacerse constar que la Pardo Bazán rebajó mucho, con el tiempo, su admiración por el autor de *Les Rougon-Macquart*, y si ya en el moento de su entusiasmo naturalista no le ahorró reservas, éstas aumentaron luego, según puede verse en la revisión que hace de aquellas teorías, a lo largo de sus lecciones sobre *La literatura francesa moderna*, y donde desmenuza y pulveriza, una por una, todas las novelas del maestro. Ahora bien, un punto de coincidencia entre ambos es que también Zola concibió sus doctrinas "a posteriori" de sus obras. Cuando el novelista adoptó las teorías de Claude Bernard —la experimentación científica, basada en hipótesis, traspuesta a la novela en forma de investigaciones sicológicas—, es decir, entre 1887 y 1891, ya había dado a

luz buen número de sus libros más representativos, desde *Thérese Raquin* a *L'asommoir* y *Germinal.*

Trayectoria del naturalismo zolesco

No es cuestión de reconstruir ahora minuciosamente la trayectoria del naturalismo zolesco; con todo, recordemos algunos datos esenciales. Acabamos de apuntar una de sus fuentes: Claude Bernard, con su *Introducción a la medicina experimental* (1865). Un libro también determinante, no tan conocido, fue el de otro médico, Prosper Lucas, *Traité de l'heredité naturélle* (1847-1850), de donde Zola extrajo sus leyes de la herencia y que le sirvió para establecer el árbol genealógico —o más bien teratológico— de los mil doscientos personajes con que poblaría el mundo abigarrado de sus novelas, bajo el nombre general de *Les Rougon-Macquart, histoire naturélle et sociale d'une famille sous le second Empire.* Los veinte volúmenes que dicha serie comprende están regidos por dos elementos que Zola mismo resume así: en primer término, "el elemento puramente humano, fisiológico, el estudio de una familia con los encadenamientos y las fatalidades de la descendencia"; después, "el efecto del mundo moderno sobre esa familia, su degeneración determinada por las fiebres de la época, la acción social y física del medio ambiente".[3] Superfluo es decir que todo ese tinglado seudocientífico se vino muy pronto abajo, y que si las novelas de Zola nos interesan hoy es por otra cosa: por el poderoso temperamento de novelador que trasuntan, por la intensidad y el relieve plástico de ciertas figuras y escenas. Pero Zola, sensacionalista, a pesar de que en su fuero interno no creía tampoco mucho en tales doctrinas, que apelaba a los recursos espectaculares como un medio para retener la atención del público (según hubo de confesar a Flaubert),[4] y puesto que la ciencia estaba entonces en el pináculo, llegó a confesar que así como *La comédie humaine* —según declaración del propio Balsac— había sido escrita "a la luz de dos antorchas, la religión y la monarquía", así él componía su obra a la luz de la Ciencia (con mayúscula, por supuesto).

[3] Cfr. LEÓN DEFFOUX, *Le naturalisme* (París, 1929).

[4] V. MATHEW JOSEPSON, *Zola y su época* (Poseidón, Buenos Aires, 1945).

No son menos notorios sus restantes fuentes o influjos recibidos: de los más próximos a los más lejanos, recordemos únicamente el de Taine con su famosa teoría determinista, como clave de la historia y de la vida, sintetizada en la famosa tríade (con que cierra el prólogo a su *Historia* de la literatura inglesa): la raza, el medio, el momento. De hecho, "Taine ha sido el verdadero filósofo del naturalismo, su teórico: dio la verdadera fórmula del positivismo en materia literaria. Persuadió a sus contemporáneos de aquello que los 'ideólogos' del siglo XVIII y Comte enseñaba hacía tiempo, a saber; que la sicología no era más que un capítulo de la fisiología; que el estudio de los caracteres era el de los temperamentos; que el medio físico pesa desde todos lados sobre nuestro destino; que la historia de los individuos, como la de las naciones, está sometida al más riguroso determinismo".[5] Como síntesis de tales puntos de vista vale aquella frase de Taine que Zola puso al frente del *Thérese Raquin:* "El vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar". Es decir, que la moral nada tiene que ver con la literatura y tampoco con la ciencia. Por su parte, Martino comenta: "La cuestión de la moral en la novela se reduce a dos opiniones: los idealistas pretenden que es necesario mentir para ser moral; los naturalistas afirman que no se puede ser moral fuera de la verdad". Comte, ya citado —y de quien se sirve para reducir la sicología a un capítulo de la biología, de la cual toma el método de observación experimental—, Darwin y la boga de que gozaron en aquellos años sus doctrinas sobre el origen y la evolución de las especies, son otras fuentes o fundamentos. Entre los precedentes puramente literarios, no pueden olvidarse el de Duranty, quien ha pasado a la historia, o más bien a la "petite histoire", no por su obra, sino como fundador de una revista titulada *Réalisme* y el de Champfleury, novelista también oscuro, cuyo rasgo más saliente era el de menospreciar el estilo, cierta jactancia en escribir mal (por lo cual podrían erigirle como un precursor tantos novelistas actuales), hasta el punto de que hizo decir a Flaubert estas o parecidas palabras: He escrito *Madame Bovary* para fastidiar a Duranty, para demostrarle que se puede escribir con estilo una novela de hechos vulgares. Después, en el plano novelesco, el ejemplo de los hermanos Goncourt,

[5] PIERRE MARTINO, *Le naturalisme français* (Colin, París, 1923).

en cuya novela *Germinie Lacerteux* (1864) veía Zola el libro arquetípico del naturalismo.

En el prólogo de dicho libro, con el ahistoricismo peculiar (salvo gloriosas excepciones) de los franceses, creyentes de que el mundo ha empezado en ellos, los Goncourt se ufanaban de haber sido los primeros en dar entrada a las "clases bajas", al pueblo en la literatura; "por primera vez —glosaba Zola, en *Les romanciers naturalistes* (1881)— aparece el héroe de gorra y la protagonista con delantal, estudiados por escritores de observación y de estilo". ¡Qué jactancia tan ingenua! Como si las "clases bajas" hubieran necesitado esperar la llegada de los naturalistas para convertirse en personajes literarios. Como si no hubiera existido un *Lazarillo de Tormes* y los demás héroes o antihéroes (según los califican Américo Castro y Pedro Salinas) de la novela picaresca española. Y acaso en la propia novela francesa y de otros países, desde siglos atrás, ¿no existían asimismo obras naturalistas "avant le lettre", desde los *fabliaux* a *Gargantúa y Pantagruel*, desde *El Decamerón* a *La Celestina*"?[6] Además, y por lo que concierne particularmente a Francia, la corriente realista no ha dejado de atravesar su literatura, desde Rabelais a Balzac, pasando por Prévost, Diderot, Restif de la Bretonne, Choderlos de Laclos, Stendhal.[7]

La realidad y la fórmula

¿En qué consiste, pues, la invención de Zola y los suyos, es decir, del grupo que propiamente puede llamarse naturalista, congregado en el libro colectivo *Les soirées de Medan* (1880), con relatos de Maupassant, Huysmans, Céard, Hennique y Alexis, amén del propio Zola? Sencillamente, era la transformación en sistema de un procedimiento existente desde siempre: la observación directa, minuciosa, implacable de la realidad. Era la intensificación de una técnica que antes sólo se había empleado ligera u ocasionalmente. "Lo nuevo y naturalista —escribe M. Baquero Goyanes,[8] a propósito de la Pardo Ba-

[6] V. GUSTAVE REYNIER, *Les origines du roman réaliste* (Hachette, París, 1912).

[7] P. MARTINO, *ob., cit.*

[8] E. PARDO BAZÁN, *La novela naturalista española* (Universidad de Murcia, 1955).

zán— era mecanizar este recurso hasta convertirlo en amanerado artificio".

Esto, en lo formal. En cuanto a lo temático y a la visión y concepto del mundo, el naturalismo, aunque más nuevo, tampoco podía alzarse con la palma de una originalidad absoluta. La preferencia, cuando no exclusivismo, por lo *negro,* por los aspectos sombríos, los personajes tarados, las escenas crudas o groseras, tampoco dejaba de tener múltiples antecedentes en todas las épocas y literaturas. La novedad —insistamos— residía en la utilización sistemática de tales temas, en su "modus operandi", en su tratamiento novelesco.

Esto último, sobre todo. Cotejando un episodio repugnante del *Guzmán de Alfarache* y otro no menos nauseabundo de *Le coté de Guermantes,* Francisco Ayala[9] ha demostrado cómo la utilización de elementos físicamente desagradables no produce por sí sola la impresión de realismo en arte: ésta depende de la intención estética con que se les maneje y también de su frecuencia. Por lo demás, tanta estilización deformadora puede haber en la dirección realista o *feísta* como en la esteticista o embellecedora. En la cruda "tranche de vie" puede darse no menor adobo que en la imagen más rosada. Zola alardeaba de escribir novelas documentales: tomaba notas de numerosos libros; también de los lugares donde situaba las escenas. Sin embargo, ¿le importaba tanto como aparentaba creer la realidad, era un verista? Hasta cierto punto. Hay declaraciones suyas que le traicionan. "Importa poco —escribía— que el hecho generador sea reconocido como absolutamente verdadero; basta con que sea una hipótesis científica tomada de los tratados médicos". "¿Qué le queda a Zola —escribía doña Emilia Pardo Bazán— si en tan deleznables cimientos basó el edificio orgulloso y babilónico de su *Comedia humana?*". "Quédale —se respondía— el verdadero patrimonio del artista; su grande e indiscutible ingenio, sus no comunes dotes de creador y escritor".

Relativización de seis novelas naturalistas

Y algo muy semejante, parejo balance pudiéramos hacer de la novelista española. Con una, entre varias, diferencias más.

[9] "Sobre el realismo en literatura con referencia a Galdós", en *La Torre,* Puerto Rico, núm. 26, 1959.

Que el naturalismo de la Pardo Bazán sólo tuvo una duración limitada y se extiende a un corto número de sus novelas —menos de lo que suele estimarse. Quien ha trazado el más lúcido y moderno estudio del naturalismo de doña Emilia, Donald Fowler Brown,[10] aisla seis novelas de dicha autora que pueden inscribirse en la fórmula naturalista: *La tribuna, Los pazos de Ulloa. La madre naturaleza Insolación, Morriña* y *La piedra angular.*

Páginas atrás señalé *La Tribuna* como la mejor —desde el punto de mira naturalista— entre las primerizas. Se dijo, en su día, que era poco más que un "pastiche" de *Le ventre de Paris,* de Zola, que la fábrica de tabacos donde se sitúan buen número de sus capítulos venía a ser una transposición del parisino mercado de Les Halles. Mayor originalidad, desde luego, en punto a escenario, tienen *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza;* ambas transcurren en un medio que la autora conocía más de cerca, en su nativa Galicia. Aunque una de sus excelencias consista precisamente en la descripción de paisajes, tipos y escenas campesinas, tanto como en la transcripción del habla rural, nada de ello justifica señalar a su autora como "novelista regional"; mucho menos equipararla —reduciéndola de tamaño, desde mi punto de vista— con un Pereda, asegurando que la Pardo Bazán hizo con Galicia lo que el autor de *Peñas arriba* había hecho con la montaña. En último caso, no allanaríamos a reconocer lo evidente; que la Pardo Bazán fué novelista regional en esas dos novelas, pero que fue algo más, bastante más que un novelista regional.[11]

Mas volviendo a lo que importa: ¿pueden ser consideradas como obras específicamente naturalistas? El hecho de que fueran alabadas sin reservas por quienes negaban totalmente el naturalismo[12] bastaría ya para ponernos en guardia... Pero sucede, además, que la tesis naturalista —el factor de la herencia, la degeneración de una familia, desenvuelta en el curso de una intriga ingenua con ciertos toques folletinescos: los amores imposibles de una muchacha y su hermano bastardo— está presentada con tantos celajes de pudibundez que casi re-

[10] *The Catholic Naturalism of Pardo Bazán* (The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1957).

[11] Cfr. EMILIO GONZÁLEZ LÓPEZ, *Emilia Pardo Bazán, novelista de Galicia* (Hispanic Institute, New York, 1944).

[12] P. FRANCISCO BLANCO GARCÍA, *La literatura española en el siglo XIX,* II (Sáenz de Jubera, Madrid, 1910).

sulta invisible. Se incluye también la novela *Insolación* en la fórmula naturalista porque uno de los elementos tainianos, el momento (que en este caso es el sol tomado por la heroína en una verbena popular madrileña) influya como factor determinante en su sensualismo amoroso. (Esa influencia solar, aunque con efectos diametralmente opuestos, no deja de suscitar en los lectores actuales, cierta reminiscencia de *L'étranger* de Albert Camus). Pero el mérito sobresaliente de tal libro no está ahí, sino en el ritmo de "allegro vivacisimo" que rige todas sus páginas. En cuanto a *Morriña,* en rigor, su sustancia naturalista es tan mínima como convencional, puesto que se trata del complejo del pecado original existente en una sirvienta por el hecho de ser hija de un clérigo. Lo que da a esa novela calidad excepcional y aun poética es la sicología de su heroína, simbólicamente llamada Esclavitud, el melancólico drama de un amor frustrado nacido entre el sueño y la vigilia y destinado a malograrse trágicamente. Convencionalismo religioso, triunfo del prejuicio social hay también en el punto de partida del díptico *Una cristiana* y *La prueba,* donde la heroína, influida por un clérigo consejero —inevitable en las novelas y en la vida del siglo XIX español y huyendo de la "inmoralidad" que supone convivir con un padre abarraganado, comete la "amoralidad" de casarse con un hombre al que no ama, pero al cual, no obstante, se sacrifica cristianamente, asistiéndole hasta el fin en una terrible enfermedad. Ese "problema de conciencia" no nos parece menos falso o arbitrario que el que sirve de eje a otra novela de la misma época: *El comendador Mendoza,* de Valera. Comparando tales libros con otros clásicos, cotejando particularmente las novelas de la Pardo Bazán con las *Novelas amorosas y ejemplares* de su antepasada en el siglo XVII, doña María de Zayas y Sotomayor, comprobamos una vez más cómo la libérrima moral de los siglos áureos se trocó durante el XIX en la más gasmoña moralina. De hecho hay más naturalismo en narraciones como *El prevenido engañado,* de María de Zayas (con peripecias escabrosas parejas a las de *La tía fingida* y a las de Boccaccio) que en toda la obra de doña Emilia Pardo Bazán.

"¿Cómo podría haber naturalismo —se pregunta certeramente D. F. Brown— cuando su catolicismo le prohibe aceptar los supuestos científicos y la filosofía en que Zola basaba su sistema?; ¿cuando rechaza la "bête humaine" y se rebela contra la idea de un determinismo absoluto en la vida humana?

¿A qué queda reducido el naturalismo si no se cree en el determinismo?". El mismo crítico concluye, no obstante, conciliadoramente que la Pardo Bazán "rechazó lo exagerado y pasajero del sistema de Zola, mientras que su equilibrado juicio crítico aceptó lo bueno, lo viable: la aguda y detallada observación de la vida". En suma: "aceptó la técnica, pero rechazó el sistema —sistema que también ha rechazado la posteridad".

Advirtamos ahora —según antes hubimos de anticipar— que el período más o menos —menos que más — naturalista de la Pardo Bazán se extiende a una veintena de años. Ya en 1905 inicia una nueva fase con *La quimera,* que acentúa en 1908 con *La sirena negra.* En *La quimera* cambian la técnica, los personajes y el medio: del mundo mesocrático o popular se pasa al de la sociedad elegante y a los medios de artistas. Del naturalismo, muy restrictivamente entendido, nos trasladamos al modernismo, no menos caprichosamente interpretado. Porque *La quimera* es —quiso ser— una novela sincrónica con la tónica dominante artísticamente en aquellos años de comienzos del siglo: una novela modernista —no en el estilo, por supuesto, sino en la atmósfera y en la decoración— con ambiciosas intenciones simbólicas. Si en la descripción de medios aristocráticos, puesto que eran los suyos, la condesa de Pardo Bazán podía pisar terreno firme, en la pintura de medios artísticos no sucedía lo mismo... El caso es que unos y otros nos parecen hoy tratados con idéntico convencionalismo, y la sensación de inverosimilitud o impropiedad que experimentamos es pareja. Más lograda nos parece su última novela larga, *La sirena negra.* Aquí, sí, la autora recobra su dominio, su maestría, y la extraña atmósfera trágica que flota en el libro se transmite al lector con autenticidad emotiva. Una veta de espiritualismo traspasa sus páginas. Como confirmación de que lo naturalista en la Pardo Bazán, más que una convicción firme había sido, según sus propias palabras, un "oportunismo", la influencia de Zola cede ante la más reciente de Tolstoy, e inclusive asoma la de Maeterlinck.

Una reviviscencia y sus límites

¿QUÉ sentido tiene hoy —podrán preguntarse ahora algunos—, aparte del homenaje debido a doña Emilia Pardo Bazán (sobre cuya grandeza literaria, por encima de las reservas

enumeradas, no quisiera que quedara ninguna duda), la resurrección, el replanteamiento de cuestiones aparentemente agotadas y sobrepasadas, como son las de naturalismo? Acabo de insinuarlo con ese adverbio: sólo han prescrito aparentemente. Porque, en realidad, si bien el naturalismo como fórmula o sistema pasó hace tres cuartos de siglo a la historia, ha vuelto en los últimos lustros —con otro nombre u otras máscaras— a cobrar vida e influjo. Dígasenos, si no, qué significan, qué raíces tienen, a qué metas apuntan ciertas tendencias actuales como el neorrealismo, tan invasor en la novelística de varios países, con la circunstancia nueva de que ahora sus medios expresivos se han ensanchado y ya no abarcan sólo la página impresa sino también la pantalla cinematográfica. Otra diferencia es que ahora el realismo, tras su viaje por las letras norteamericanas —a partir de las estaciones Theodore Dreiser y Sinclair Lewis, con paradas sucesivas en Hemingway. Dos Passos, Caldwell y otros—, se nos presenta como un movimiento de regreso, adicionado, cierto es, con algunos elementos nuevos. Los postulados zolescos fueron arrojados como un lastre inútil, pero la violencia de los tiempos engendró otros —por ejemplo, el sadismo—, marcando las novelas neorrealistas con fuerte impronta, con relieve estereográfico. La descripción minuciosa fue llevada al rigor del inventario judicial; la preferencia por los lados siniestros de la vida magnificó la sordidez de ambiente y personajes; la sicología de éstos fue reemplazada por el "behaviourismo" o mera descripción de sus comportamientos animales; cayeron los tabúes prohibitivos, todo lo atañedero al sexo se hizo transparente, y las palabras malsonantes llegaron a ser moneda corriente.

Por otro lado, surgió un realismo tendencioso que, menospreciando la sicología individual, aspiraba a reflejar lo multitudinario y anónimo, deificando las consignas marxistas y leninistas. Aludo, como se comprenderá, al llamado "realismo socialista", muy rudimentario y unilateral. Su empeño en dar una imagen fiel del mundo colectivizado resultaba falseado por sus propósitos edificantes y venía a ser tan ingenuo como el más candoroso idealismo. Cierto es que últimamente, si nos atenemos al decir del más inteligente crítico del marxismo literario, el húngaro Gyorgy Lukacs[13] (en quien siguen

[13] *Zum Gegenwartsbedeutung des Kritischen Realismes;* trad. italiana: *Il significato attuale del realismo critico* (Einaudi, Torino, 1957).

sorprendiéndonos, empero, la seriedad con que cita vaciedades de Lenin y Stalin como "autoridades" en tales cuestiones), aquel realismo socialista se ha transformado en "realismo crítico" y no vacila en anexionarse algunos valores —como Thomas Mann— que antes había anatematizado. Pero ¿será cierto, como el mismo Lukacs[14] escribió, que nunca el mundo ha sentido más necesidad de realismo que en estos años?

No; lo que sucede es que así como el naturalismo de Zola y sus epigonos surgió en un momento oportuno, como consecuencia de una coyuntura histórica determinada, según ya advirtió muy atinadamente la condesa de Pardo Bazán,[15] puesto que "la Commune y sus desesperaciones encontraron expresión en la escuela naturalista", así también esta reviviscencia del realismo o expansión del neorrealismo a que ahora asistimos, viene a ser la consecuencia fatal de dos guerras en medio siglo y de sus incalculables subversiones. Además, deberemos tener en cuenta que la presión del mundo real, con sus malestares y sus contradicciones (no precisamente las del capitalismo, lugar común, caballo de batalla de la dialéctica marxista, sino las que surgen del contraste entre el avance tecnológico y el retraso moral), se ha hecho hoy particularmente intensa, que el individuo vive asfixiado en un clima de colectivización creciente, que las catástrofes y las amenazas de catástrofes se suceden sin interrupción.

A pesar de todo ello, y por lo que concierne a la creación imaginativa, otra conclusión se impone —según escribí no hace mucho[16]—, y es ésta: "El realismo ennegrecedor es abusivo, desde luego, pero ¿cómo hacer —y menos aceptar— una novela que no cargue el acento en la verdad, que no presente al desnudo hechos y espíritus, que no elimine radicalmente falsedades, supercherías y fariseísmos? Cualquier clase de convencionalismo es ya más hiriente que todas las osadías". Pudiéramos ver, en definitiva, el realismo como un género permanente, pero no único, y el naturalismo como una especie transitoria. Pero así como de esta última sólo se salvaron aquellas obras que superando los supuestos teóricos adquirieron jerarquía artísti-

[14] *Balzac, Stendhal, Zola e Nagy orosz realistak;* traducción italiana: *Saggi sul realismo* (Einaudi, Torino, 1950).

[15] *La literatura francesa moderna,* III. *El naturalismo* (Renacimiento, Madrid, s. a.).

[16] "Perspectivas de la novela contemporánea", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires,* V época, año I, núm. 3.

ca, esperemos igualmente que del realismo contemporáneo sólo perduren aquellas novelas donde la experiencia acierte a transformarse en vivencia espiritual, donde superando la transcripción bruta del mundo inmediato, sus autores alcancen a metamorfosearla y estilizarla estéticamente. En suma, aquellas novelas donde la tesis, el alegato, o simplemente el documento, se conviertan en arte.

LUIS ARAQUISTAIN

SU OBRA EN SU TIEMPO

Por *F. FERRANDIZ ALBORZ*

UN punto de partida para la adecuada comprensión de lo que Luis Araquistain representa en el proceso de la cultura española, etapa 1900-1959, sería el estudio de las generaciones intelectuales rectoras de la vida espiritual de España.

Mucho se ha insistido sobre la influencia de la generación del 98 en la vida española, hasta el grado de valorarla como el comienzo de un nuevo Siglo de Oro de las letras. Mas parecería que la generación del 98 apareció en España como fruto de generación espontánea, sin antecedentes que la condicionaran, más aún, sin el punto de apoyo de otras generaciones intelectuales que le preparasen el terreno.

El único antecedente sería negativo; la consabida decadencia española; la atonía política de las instituciones monárquicas; el caciquismo anulador de la libre iniciativa de los hombres; la muerte de los municipios; las hipertrofiadas oligarquías latifundista, militar y clerical, etc. El fenómeno histórico habría sido tan sencillo como suponer que un grupo de hombres, los del 98, sensibles a la decadencia española, se hubiesen propuesto crear una nueva tabla de valores de las cosas y los hombres españoles para renovar a España. ¿Fue así? ¿Puede ser así? ¿No tuvo España en el siglo XIX instituciones y hombres representativos, antecedentes obligados del resurgimiento español que representan los del 98 en el cruce de los siglos?

Figuras como las de Marcelino Menéndez Pelayo revisando sistemáticamente el sentido de la letra y el espíritu del Siglo de Oro; la escuela arabista de don Francisco Codera; la escuela española de jurisprudencia de don Eduardo de Hinojosa; Joaquín Costa interpretando las raíces económicas y sociales de España; Francisco Giner de los Ríos con su Instituto

Libre de Enseñanza abriendo el alma de España al aire espiritual del mundo; Ricardo Macías Picavea, antecedente del espíritu crítico de los del 98; Pablo Iglesias y su mensaje político y sindical a través del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores; Manuel Bartolomé Cossio iniciando la valoración del arte pictórico español; Felipe Pedrell reincorporando a la música española sus valores permanentes, he ahí algunos hombres e instituciones que expresan un aliento español de reafirmación histórica positiva.

Si la literatura influye tanto en la renovación de valores nacionales, entre los escritores anteriores a los del 98 encontramos a Pedro de Alarcón, Juan Valera, José María de Pereda, Jacinto Octavio Picón, Benito Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Leopoldo Alas "Clarín", Vicente Blasco Ibáñez y Armando Palacio Valdés, además de los poetas Gustavo Adolfo Bécquer, Rosalía de Castro y Jacinto Verdaguer entre otros. ¿Nada representan estos nombres en la renovación de valores espirituales españoles? ¿Nada influyeron en la formación literaria de los del 98?

Los del 98 forman el llamado VABUM (Valle Inclán, Azorín, Baroja, Unamuno, Maeztu y Benavente). Como quedaban fuera hombres que influyeron tanto como ellos en la renovación de valores intelectuales y artísticos, se ideó el llamado MAJO (Gabriel Miró, Pérez de Ayala, Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset).

¿Cuál fue la obra de la generación del 98?: "La generación del 98 —decía Manuel Azaña— innovó, trastornó los valores literarios. Esta es su obra. Todo lo demás está lo mismo que ella lo encontró. En el orden político, lo equivalente a la obra de la generación literaria del 98 está por empezar".

En los grupos generacionales que hemos señalado no figuran hombres de tanta influencia como Joaquín Sorolla, Santiago Ramón y Cajal, Rafael Altamira, Ramón Menéndez Pidal, Manuel de Falla, Manuel Azaña, Eugenio D'Ors, Antonio Zozaya, Gabriel Alomar y otros que en la prensa, el libro, la tribuna o la cátedra dieron tono a la cultura española entre los dos siglos y en las primeras décadas del siglo XX. En la nomenclatura de generaciones tampoco hallamos el nombre de Luis Araquistain, y no es justo. Como en la integración de estas generaciones se tenía en cuenta la capillita o la tertulia de café, se consideran al margen a quienes ante todo eran hombres de militancia política, como en los casos de Manuel

Azaña y Luis Araquistain. También porque a los gerifaltes de cada generación les preocupaba la revolución literaria o artística, y a los dos exceptuados, fundamentalmente, la revolución política y social.

Luis Araquistain, aunque frecuentaba peñas de café, no pertenecía a ninguna capillita. La aventura de su adolescencia y juventud lo situó, desde los albores de su razón, frente al problema social y en él se definió como socialista. Nacido en Bárcena de Pie de Concha (1886), provincia de Santander, cursó el bachillerato en el Instituto de Bilbao como alumno libre. Tuvo como compañero de banco a otro gran olvidado: Tomás Meabe. Como la mayoría de los estudiantes libres, no hizo carrera. Quiso ser marino, no para el comercio sino para la aventura, y no pudo ser marino. Más que una profesión liberal le preocupaba la cultura liberadora. Lee y lee. Muy joven aún emigra a la Argentina, donde residió desde 1905 a 1908, trabajando, primero "en el ferrocarril de Bahía Blanca al Pacífico, allá por el kilómetro 46 de la nueva línea". Ese primer contacto con la realidad hispanoamericana creó en él una de sus constantes, la del hispanoamericanismo, a la que nos referiremos más adelante.

Viajó en Europa por Francia, Inglaterra y Alemania. Le obsesionaba lo que Leo Frobenius llamaba "la cultura como ser viviente", y como ser vivo por excelencia, el hombre, los hombres, los pueblos, y el verbo de los pueblos. La Guerra Europea (1914-1918) abre el pórtico de trascendentes catástrofes históricas. El director de *El Liberal*, de Madrid, Alfredo Vicenti, le alienta en su carrera periodística. Aparece en el horizonte político internacional la primera polarización de dos bandos: francófilos y germanófilos. En líneas generales los espíritus liberales son francófilos y los reaccionarios germanófilos. Araquistain es francófilo.

En 1915 José Ortega y Gasset funda la revista *España*. En 1916 se encarga de su dirección Luis Araquistain. El semanario se convierte en aglutinador de la inquietud renovadora del pueblo español. El 12 de enero de 1916 Araquistain publica en el *Daily News* de Londres, un artículo acusando el soborno que el dinero alemán ejercía sobre la prensa española. Araquistain afirma que se pueden contar con los dedos de una mano los diarios madrileños que no están vendidos al oro alemán. Le replica la prensa germanófila y contesta él en *España*, 3 de febrero de 1916, con su artículo "La prensa española y la

guerra". Es su primera gran polémica. En su labor, que inicia el despertar de la conciencia intelectual española hacia los temas políticos españoles, le acompañan en *España*, Miguel de Unamuno, Luis Bagaría, Enrique Díez Canedo, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, Luis de Zulueta, Lorenzo Luzuriaga, Juan de la Encina, Álvaro de Albornoz, Fabián Vidal, Salvador de Madariaga, Luis Bello, Marcelino Domingo, Fernando de Los Ríos, Gabriel Alomar, Sánchez Días, y otros.

Fruto de su polémica en torno a la política española y los problemas derivados de la guerra, fueron sus libros: *Polémica de la guerra. Dos ideales políticos. Entre la Guerra y la Revolución y La guerra desde Londres.*

El pensamiento de Araquistain se mantuvo en un reformismo social, socialista, de realismo crítico, en el que se compaginaban los imperativos económicos, condicionadores de la vida nacional, y el gran ideal de la convivencia de todos los pueblos en una estructura ecuménica.

Entre francófilos y germanófilos españoles apareció una tipología intermedia, aunque en realidad eran germanófilos vergonzantes. Especulaban en torno a los perjuicios de toda guerra para conquistar la adhesión de las gentes marginales ante cualquier evento histórico; los partidarios de que España continuara siendo un país marginal, sin voz europea ni internacional. Eran los cultivadores del colonialismo interno, los medradores oligárquicos, explotadores de una nación de obreros emigrantes. Pasaron los años y los continuadores de aquellos políticos de la neutralidad, fueron los agentes de una agresión bélica fratricida, la más horrorosa que registra la historia.

La guerra internacional desencadenó la guerra social en la España de aquellos años. España, país periférico, neutral, no pudo eludir la contienda social engendrada por la guerra, y estalló la Huelga General revolucionaria de agosto de 1917.

¿Qué significó la Huelga General de agosto de 1917 en el proceso social español e internacional de aquellos tiempos? Veamos cómo la interpretó Luis Araquistain:

> No se sabía lo que era una huelga general indefinida. No lo sabían los Gobiernos, no lo sabían las empresas capitalistas, no lo sabían tampoco los mismos obreros. Ahora nadie lo ignora. ¿Y qué piensa cada uno? La clase obrera española debe estar orgullosa de su esfuerzo. Dio un ejemplo de solidaridad,

de organización, de fuerza social, de sensibilidad política apenas igualado por los trabajadores de ningún país. En vano recordamos las grandes huelgas, las generales de Bélgica, de Suecia y las gigantescas de Rusia, que después de una docena de años de acción continua pudieron, por desgaste y a favor de la guerra, derrocar al zarismo; las parciales de Inglaterra, Francia e Italia; la huelga española de agosto de 1917 nos parece, por su extensión en tiempo y espacio, por su cohesión y rapidez en declararse, proporcionalmente una de las mayores, tal vez la mayor que se registra en la historia. ¿Y ha de ser esto motivo de desaliento? Nadie a quien no ciegue el interés de clase la pasión personal o la carencia de perspectiva —sucesos de esta magnitud exigen un amplio horizonte mental un examen visual a distancia, para no perder la grandeza del contorno— dejará de reconocerlo. (Luis Araquistain, *Entre la Guerra y la Revolución. La huelga general de agosto* 1917).

Los propósitos programáticos de aquella huelga fueron el derrocamiento de la monarquía. El fervor de las masas y el proceso y encarcelamiento del Comité de Huelga, integrado por Julián Besteiro, Francisco Largo Caballero, Andrés Saborit y Daniel Anguiano, evidenciaron que las ambiciones eran de mucha voluntad histórica. (En el aspecto personal la huelga estuvo preparada y dirigida por Pablo Iglesias). Araquistain y *España* estuvieron en el centro de esa conmoción social de tanta repercusión el proceso institucional español. Por la primera vez en España, al margen del movimiento político militante, apareció un movimiento cultural de contenido social. La cultura no sólo para minorías elegidas —elegidas por los mismos elegidos— sino para elevar a preocupación inteligente los problemas del diario vivir de todas las gentes. Esto se debió a Araquistain y a *España*.

Desde entonces la cultura española se bifurca. José Ortega y Gasset, para quien la cultura es faena de selección minoritaria, y Luis Araquistain, para quien la cultura es función selectiva para todos. En este último sentido, la cultura es menester político y social, se dirige por igual a la fenomenología del espíritu, al mundo de las relaciones subjetivas con el mundo exterior, así como a la crítica del Estado y de las relaciones de clase. No busca sólo una consecuencia teórica para la modificación de la sociedad. Ante el llamado pensa-

miento puro parece endeble el pragmatismo del pensamiento social, pero éste resulta a la postre de mayor contenido histórico, pues hacer historia es la finalidad del hombre.

En la tarea histórica de Luis Araquistain se observa el deseo de que los trabajadores se eleven a jerarquía concreta de representación. Quería elevarlos para que elevaran su visión finalista. Mas él se había preguntado: ¿pero es que hay una "lucha final"? ¿Es que en historia puede haber una lucha final? Lo que no implica la negación de un fin en cada etapa de lucha. El concepto de "lucha final" es teoría mesiánica, aunque Marx, por imperativo de raza, era medio mesiánico.

El contenido histórico de la teoría social de Araquistain, su teoría social histórica, se evidencia en su libro *"España en el crisol.* Un Estado que muere y un pueblo que renace". Ulteriormente Araquistain se enfrentó con *La Rebelión de las masas,* de José Ortega y Gasset. Sin embargo, Araquistain no fue un antiorteguista. Su posición dialéctica era anterior. Su libro es antípoda de la *España invertebrada,* del filósofo, ambos aparecidos en el mismo período y bajo idéntico deseo comprensivo de la realidad española. El libro de Ortega y Gasset nos muestra una teoría de España en función de devenir. El libro de Araquistain nos enseñó lo que España debía hacer "aquí y ahora". Ortega y Gasset teorizó pesimista al margen de la circunstancia de tiempo. Araquistain, dialéctico, con circunstancia de lugar y tiempo, fue en aquella coyuntura más que optimista, un pesimista activo, heredero de la hispánica posición pesimista de Angel Ganivet, Macías Picavea, Joaquín Costa y Julio Senador Gómez.

El fin de la Guerra Europea (1918) con el triunfo de la democracia y la Revolución Rusa, fueron acontecimientos de tanta repercusión internacional, que ningún pueblo escapó a su influjo. España no pudo escapar, sencillamente porque en ella existían las contradicciones sociales incitadoras de la guerra y de la Revolución, y porque el móvil ideal por el que tantos millones de hombres habían sucumbido, había echado raíces en la conciencia española. La huelga Revolucionaria de agosto de 1917 fue el aldabonazo que anunciaba la mayoría de edad política del pueblo español. Se acentuó desde entonces la existencia de dos Españas, la oficial y la real, cuyo diagnóstico Araquistain anunciaba con el subtítulo de su libro: *Un Estado que muere y un pueblo que renace.* La lucha por el poder, con el consiguiente desplazamiento de la Monarquía,

se retrasa unos diez años porque el ejército, ante el peligro de perder sus excepcionalísimos privilegios con el cambio de régimen, se erigió en dictadura, ayudado por las oligarquías clerical y latifundista. ¿Para salvar la Monarquía? En realidad para salvar sus privilegios y para que quedara sin responsabilidad la que les cabía como tales y como encubridores de la del rey en el desastre de Annual. El mascarón de proa de aquella dictadura fue el pintoresco general Miguel Primo de Rivera, a quien, como no tenía pasta trágica, lo abandonaron sus propios compañeros de armas y lo traicionó el rey en la hora decisiva de hallar otra salida.

Durante la dictadura, la que el Dr. Gregorio Marañón tituló de "Los años indignos", Araquistain ejercía su magisterio periodístico en *España* y *El Sol*. (Por entonces colaboraba muy asiduamente en *La Nación*, de Buenos Aires, y otros rotativos hispanoamericanos). El ocio político impuesto por la dictadura militar le obligó a hacer política en otra dirección, la literaria. De entonces es su incursión en el teatro, con sus obras *Remedios Heroicos, El Coloso de Arcilla, La rueda de la virtud, El Rodeo* y su adaptación de *Volpone* o *El zorro*, de Ben Jonson. Estas obras son tratados de sicología personal, social y política con una previa política formativa de la personalidad. Desde sus primeros escritos Araquistain insistió en la necesidad de hacer del español un hombre de carácter que incidiese a la vez sobre las instituciones superiores: la familia, la colectividad, el Estado. De su convivencia con los ingleses le brotó ese cultivo del carácter que desarrolló en su obra. Teatro ibseniano. Araquistain se declara admirador y discípulo del autor de *Espectros*.

Otro aspecto de su creación literaria fue la novela. Novela de crítica social y de análisis de la patología nacional es *Las Columnas de Hércules*. Sin abandonar la presentación de tipos que dan fisonomía al ser español, la novela de Araquistain es en realidad de crítica y polémica. Lo más sustancioso de dicha novela creemos es el espacio que dedica a estudiar las letras españolas en unos diálogos de redacción. Otra novela, o serie de novelas cortas, son las que integran el volumen titulado *La Vuelta del Muerto*, en las que lo específicamente literario, al margen de lo crítico, alcanza profundo perfil artístico. Otra obra de imaginación fue la novela *El archipiélago Maravilloso*, que el autor subtitula *Aventuras Fantasmagóricas*, aunque las realidades que interpreta: inmor-

talidad, femineidad, hombredad, sociedad y vida son temas bien reales.

Algunos de sus mejores ensayos fueron recogidos en su volumen *El Arca de Noé,* y su temperamento polémico, de apasionada erudición, de magisterio académico por lo serio y popular por lo claro, como todo lo suyo, reapareció en su libro *La Batalla teatral,* en el que, igual que en toda su obra, lo predominante, el arte y la literatura, lo interpreta como instrumento para la renovación de valores españoles; para que España deje de ser una colonia de sus oligarquías.

Como resultado de su primer contacto con la realidad vital de Hispanoamérica, Araquistain hizo del hispanoamericanismo una de sus constantes. Ya en su trabajo *Una Universidad Hispanoamericana (España* No. 24 - 1915), afirma su preocupación por nuestros problemas. Luego, en su trabajo, *La ciudadanía alternativa (España* No. 43 - 1916), martillea sobre el mismo problema. Entre sus colaboraciones periodísticas se podría entresacar más de un volumen sobre el tema, pero además tiene en su haber tres libros fundamentales: *El Peligro Yanqui, La Agonía Antillana* y la *Revolución mejicana.* Síntesis de su propósito en esta constante de Araquistain puede ser lo que dice en el prólogo a *El Peligro Yanqui:*

> El peligro yanqui, además, lo es especialmente para el resto de América. El capitalismo norteamericano puede ser espuela de progreso para las Repúblicas rezagadas de América; pero tras el capital van la bandera, los ejércitos, las instituciones, la lengua, la cultura del pueblo invasor. Admiramos vivamente la cultura anglosajona; ha sido nuestro mayor sustento espiritual; pero la aborreceríamos si quisiera imponérsenos, descuajando la personalidad histórica de nuestro país. Y en cierto modo, cada país americano de lengua española es una continuación, a veces superada, del nuestro...

El fin temático de estos libros es la afirmación de la personalidad de la cultura hispánica, cuyos aspectos negativos no se libraron de los duros ataques del autor, frente a la cultura anglosajona. Ni inferior ni superior, diferente. Con igualdad de derechos a los de las otras culturas para integrarse en el conjunto de ellas en su natural deseo de supervivencia.

Pero había que reanudar la gran polémica de España. Una polémica en términos de palabra y acción. El arco de resistencia monárquica de la dictadura se estaba resquebrajando. Mientras unos buscaban nuevos puntales de sostenimiento, los más, el pueblo, buscaba la solución en el cambio de régimen. Araquistain escribía en *El Sol*, y *El Socialista*. Su artículo "¿Qué hacen los socialistas?", publicado en el órgano oficial del Partido Socialista, alcanzó una doble finalidad: demostró qué hacían los socialistas y a la vez alertó a éstos en un trance de orientación para el derrocamiento de la monarquía. Este artículo y el que firmaron José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, *Delenda est Monarchia*, fueron los dos trabajos que más inquietud despertaron en aquel momento histórico. Por entonces, recogiendo su tesis de *aquí y ahora*, Araquistain apareció con un nuevo título, el de su libro *El Ocaso de un régimen*. La denominación no podía ser más directa. Si el anterior, *España en el Crisol*, había resultado profético, el segundo, escrito bajo el mismo imperativo, no lo fue menos, confirmada su tesis con el 12 de abril de 1931 y la proclamación de la República el 14.

Araquistain había ejercido representación política como concejal del Ayuntamiento de Madrid, y en la República fue electo diputado por el Partido Socialista. El es el autor de la fórmula "España, República de trabajadores". Con el agregado que le hicieron: "de toda clase", le mistificaron la denominación. Por muchas que sean las divisiones en la clasificación del trabajo, socialmente, y más que social históricamente, trabajador es el que no vive de rentas y tiene que emplear sus manos o su inteligencia, ambas cosas en la mayoría de los casos, para ganarse el sustento de cada día.

En los primeros años de la República, Araquistain fue embajador en Berlín. Allí pronunció su conferencia sobre Menéndez y Pelayo, que tanto asombró a los hombres de izquierda, ese Menéndez y Pelayo a quien con tanto respeto despectivo —valga la contradicción de los términos— trató José Ortega y Gasset:

> Menéndez y Pelayo, cuando juvenil y hazañero, rompió aquellas famosas lanzas en pro de la ciencia española; antes de su libro entreveíase ya que en España no había habido ciencia; luego de publicado se vio paladinamente que jamás la había habido. Ciencia, no; hombres de ciencia, sí. Y esto quisiera hacer

notar. Nuestra raza extrema, nuestro clima extremo, nuestras almas extremas no son las llamadas a dejar sobre la historia el recuerdo de una forma de vida continua y razonable. (José Ortega y Gasset: *La Ciencia Romántica.* Obras Completas, t. I).

Para Araquistain, Menéndez y Pelayo es muy otra cosa:

> Y, sin embargo, no obstante la enemiga de unos y otros, ningún escritor español ha influido tanto como Menéndez y Pelayo en el desenterramiento y la renovación de la cultura española, aunque sean pocos los que le reconozcan esta deuda. Sus mayores detractores están quizá en el campo de aquellas actividades científicas que más le deben. Sin él, todos los españoles seríamos más pobres en el conocimiento de la cultura nacional y de las más eminentes culturas extranjeras de todos los tiempos. (Luis Araquistain: *Marcelino Menéndez y Pelayo y la cultura alemana).*

Más aún. Araquistain recoge el dato que señala Farinelli sobre el hecho de que Menéndez y Pelayo pensaba en los "Discursos a la nación alemana" de Fichte "al abogar ardorosamente por una rehabilitación y un renacimiento de la cultura patria"...

En Europa se iba estereotipando un clima de valoraciones decadentes. Las crisis económicas originaban crisis espirituales. Hasta entonces eran ciertos pueblos los que habían mantenido cierta jerarquía de convivencia: Grecia, Roma, España, Francia, Inglaterra, Alemania. Antes, a la par y sucesivamente de estas rutas jerárquicas, las religiones: paganos, cristianos, mahometanos, budistas, católicos, protestantes. Todo parecía esfumarse ante el dilema: ¿Capitalismo o socialismo? ¿Capitalistas u obreros? Por entonces José Ortega y Gasset publica *La Rebelión de las Masas.* La tesis orteguiana recibió su definitiva consagración con las siguientes palabras:

> Debo decir que a mí, de todas esas ideas, las que hoy me interesan más son las que todavía siguen siendo anticipaciones, y aún no se han cumplido ni son hechos palmarios. Por ejemplo: el anuncio de que cuanto hoy acontece en el planeta terminará con el fracaso de las masas en su pretensión de dirigir la vida europea. Es un acontecimiento que veo llegar a grandes zancadas. Ya a estas horas están haciendo las masas —las masas de toda clase— la experiencia inmediata de su propia inanidad. La

angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío las curarán de la atropellada petulancia que ha sido en estos años su único principio animador. Más allá de la petulancia descubrirán en sí mismas un nuevo estado de espíritu: la resignación, que es en la mayor parte de los hombres la única gleba fecunda y la forma más alta de espiritualidad a que pueden llegar. Sobre ella será posible iniciar la nueva construcción. Y entonces se verá, con gran sorpresa, que la exaltación de las masas nacionales y de las masas obreras, llevada al paroxismo en los últimos treinta años, era la vuelta que ineludiblemente tenía que tomar la realidad histórica para hacer posible el auténtico futuro, que es, en una u otra forma, la unidad de Europa. Cuando hace diez años anuncié que en todas partes se pasaría por situaciones dictatoriales, que éstas eran una irremediable enfermedad de la época y el castigo condigno de sus vicios, los lectores sintieron gran conmiseración por el estado de mi caletre. (José Ortega y Gasset: Prólogo a la cuarta edición de *España Invertebrada).*

No tenemos a mano el trabajo de Araquistan sobre la filosofía de Ortega y Gasset, publicado en su revista *Leviatán,* para que se comprobara que la oposición de Araquistain a la tesis orteguiana no era sólo de carácter social sino también filosófico. Pero analizando Araquistain el pensamiento social de Ortega y Gasset, después de recoger las palabras que hemos transcrito, dice:

Estas palabras de tonos proféticos y apocalípticos me hubieran dejado impasible en otro momento, por la evidente incongruencia entre lo infundado del crimen de que Ortega acusaba a las pobres masas "de toda clase" y luego más concretamente "masas nacionales" y "masas obreras", para que no hubiera confusión, y el terrible y casi bíblico "castigo condigno de sus vicios", que no era otra cosa que la dictadura sanguinaria. ¿Pues qué otro crimen de las masas, es decir, de los pueblos, era esa "pretensión de dirigir la vida europea", sino única y exclusivamente el deseo de que sus países se rigiesen por sistemas democráticos y parlamentarios? Fuera de Rusia, eso era todo lo que las masas querían y ejercían. ¿Y era ése el crimen por el cual merecían ser condenados nada menos que a la angustia, al dolor, al hambre, al vacío vital y, como remate, a la tiranía del asesinato legal y de los campos de concentración, y finalmente, como último consuelo, a la resignación, es de suponer que cristiana, aunque no

se dijera, como ha predicado siempre la Iglesia Católica a las masas obreras? (Luis Araquistain, "En defensa de un muerto profanado", *El Socialista,* Toulouse, diciembre 1º de 1955).

En cuanto al caso concreto de España, la tesis orteguiana era como una justificación de las medidas represivas de un gobierno que entregaba la República a la reacción, secular perturbadora de la vida española. No podemos suponer lo que hubiera sido de España si hubiera triunfado la Revolución de Octubre de 1934, lo que sí sabemos es a lo que nos ha conducido su derrota.

Precisamente fue en torno al hecho social, concretamente sobre la interpretación marxista, dialéctica, de la historia, que se suscitó la polémica entre Julián Besteiro y Luis Araquistain, con el ingreso de Julián Besteiro en la Academia de Ciencias Morales y políticas (1935), y su discurso *Marxismo y Antimarxismo* (como se agigantan con el tiempo la doctrina del discurso y la personalidad del autor). Araquistain lo comentó desde *Leviatán* en tono polémico. Trataba de justificar teóricamente aquella gran lección de historia, de marxismo y de sacrificio que fue la Revolución de Octubre de 1934, con la que el Partido Socialista Obrero Español se justificó como instrumento de acción revolucionaria en un mundo de claudicaciones políticas incluso socialistas.

La República Española se convirtió en el centro de la pugna internacional entre totalitarismo y democracia. El nazi fascismo, iniciando su expansión atlántica, puso sus miras en España. Le ayudaron en su propósito ejército, clero y latifundismo. Con tal de no perder privilegios, no titubeaban en hacer de España una colonia. A la vez, el nazi fascismo, haciendo de España una colonia, reanudaba la política de aislamiento de Gran Bretaña, que ya emprendió Napoleón. El resultado de estas maniobras de guerra fría fue la guerra caliente que estalló el 17 de julio de 1936. Guerra civil internacional en España, y en 1939 la guerra mundial.

Araquistain asumió en 1936 la embajada en París. Los intereses materiales e ideológicos de ambas monstruosas contiendas se sustentaron con las armas y con las ideas. España y Rusia no habían sostenido reconocimiento diplomático hasta después de iniciada la Guerra Española. Sobraban los dedos de una mano para contar en miles los comunistas existentes en España. Sin embargo, la reacción española y el nazi fascismo

quisiero justificar su acción contra España agitando el fantasma del comunismo, que si existía como tal peligro era en los países dominados por el nazi fascismo. Rusia se aprovechó de esta propaganda, y aunque gitaneaba su ayuda a España por tratarse de una guerra para la reconquista de la democracia, lo cierto es que Stalin intervenía en España para mediatizar la política expansiva hitleriana hacia el oriente europeo, hasta llegar en 1939 a firmar el pacto Hitler-Stalin para repartirse a Polonia.

Araquistain se hizo oír internacionalmente, proclamando lo que le había contestado a Radek en una pregunta alusiva: "La revolución española no es francesa, ni alemana, ni rusa, es española". Esta definición aclaró el horizonte polémico. A los imperialismos en pugna no les interesaba una España libre sino sometida a sus respectivos designios. Mientras Hitler y Mussolini volcaron su potencial bélico en favor de Franco, las democracias nos abandonaron y Rusia se esforzó en hacer de España una cabeza de puente para su política de expansión en Occidente. Lo que no logró con la República lo está logrando con Franco, gracias a la ayuda estadounidense. El golpe comunista de marzo de 1937 en Barcelona, con la consiguiente crisis del gobierno de Francisco Largo Caballero, marcan el principio del derrocamiento de la República. El cambio de gobierno implicó abandono de la democracia y la renuncia al contenido social de la guerra.

Araquistain deja la embajada e inicia su larga polémica anticomunista, polémica que mantiene después de la guerra desde Londres y Ginebra. Difícilmente se encontrará una mentalidad de tanta jerarquía y una voluntad tan tensa desenmascarando las falsas posiciones revolucionarias del comunismo, posiciones que sólo han servido para el engrandecimiento del imperialismo zarista, del que es heredero el soviético.

La fama que prestigiaba a Araquistain ante la masa general de sus lectores como polemista, creemos que le arrebató tiempo para lo que él hubiera deseado y también sus lesctores más conspicuos, es decir: dos o tres volúmenes orgánicos sobre la realidad española de nuestro medio siglo, en sus aspectos económico, social, político, cultural, histórico, y en función de sus relaciones internacionales. Su afán combativo le desvió la ruta. Cierto es que en la multitud de sus artículos se pueden hallar las múltiples facetas de esa realidad española, pero pierden eficacia en su dispersión.

Justo es recordar que su actitud de periodista franco tirador de la cultura obedecía al imperativo que se desprende de su obra para *aquí y ahora.* A eso obedecía su posición polémica frente al comunismo y al nazi fascismo franquismo. No era de los intelectuales que se dedican a otear la historia sino que se mezclan en ella y toman posición ocupando trinchera.

Le preocupaba España como entidad histórica, como expresión cultural y como realidad política, y en este último aspecto, en su expresión institucional. Era un escritor comprometido, idealmente comprometido, de un compromiso muy personal. No se curaba de vaguedades sino de realidades. Más que lo accidental le preocupaban las esencias. Era de una gran cultura metafísica. Y se empeñaba, como buen intelectual, en hallar no la realidad extravertida de las cosas y las teorías sino las que se agitan en la entraña de las teorías y las cosas. Y era natural que, en el problema concreto de España, lo que se viene en llamar Problema español, que es una manera de dar vueltas en torno a España como problema, buscara también las esencias más allá de las contingencias inmediatas, aunque en política lo contingente es siempre lo más real. En este sentido es muy aleccionadora su polémica, llamémosla así, como Indalecio Prieto, durante el Séptimo Congreso, en Toulouse, del Partido Socialista Obrero Español en el Exilio. A Araquistain, más que lo accidental institucional, le preocupaba la esencialidad española, es decir, la vuelta de los españoles a su natural escenario histórico. Pensamos, sin embargo, que acaso el auténtico escenario de lo español, sea, más que su solar hispánico, el mundo. Somos un pueblo de conciencia universal, aunque pensemos con mentalidad de terruño, es decir, somos funcionalmente ecuménicos.

Ultimamente tomó parte en la polémica que Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz plantearon con sus libros *España en su historia* y *La Realidad Histórica de España,* del primero y *España, un enigma histórico,* del segundo, que ambos han enriquecido con nuevos títulos. El trabajo de Araquistain *Historia mítica e historia crítica,* publicado en el No. 35 de *Cuadernos* del Congreso por la Libertad de la cultura (marzo-abril, 1959), es una incisión de su personalidad en ese gran mosaico de sangre y cultura que fue la vida hispanoárabe. Se nos fue antes de que le pudiéramos preguntar qué entendía como "ser de España". Su artículo nos dejó algunas dudas.

Su formación autodidacta tenía, sin embargo, solidez académica de disciplina universitaria. Era un profesor que hablaba al hombre de la calle haciéndose grato a la vez a los doctos. Su prosa era tersa pero flexible, armónica y viva, polémica al fin. Escribía como contestando a priori a los posibles contradictores que pudieran salirle al paso. De ahí que sus artículos sean un cañamazo de complejos intelectuales cuya finalidad es el complejo orgánico de la cultura. Cualquiera de sus ensayos, por muy ceñido que sea al tema, es un incentivo a otros temas. Si José Ortega y Gasset dio al ensayo filosófico originalidad, profundidad, claridad y gracia, Araquistain dio al ensayo político y social profundidad, claridad, personalidad y fuerza y el fermento de un verdadero polemista: la pasión.

NOVELA Y POESÍA

Por *Mauricio DE LA SELVA*

I

Manuel Andújar

En estos días, el escritor hispano Manuel Andújar ha publicado su novela *El destino de Lázaro,*[1] tercera de una trilogía cuyos títulos anteriores aparecieron trece y once años atrás, repectivamente. Las novelas de Andújar interpretan la realidad provincial de la vida española; presentan sin "tremendismos" los diversos aspectos de un ambiente nacional donde la actitud del individuo cobra mayor relieve que la observación de la costumbre.

Andújar es un escritor que cree en la función de la literatura dentro de la problemática humana y el anhelo social; por ello, y sabiéndolo republicano desterrado, es necesario que aludamos a sus tres títulos en relación con el drama que desde hace más de veinte años vive su pueblo; es decir, que conozcamos la ubicación literaria del escritor respecto a la trascendencia de dicho drama.

En la actualidad, la novelística española está sujeta a sufrir la distinción siguiente: novelas escritas dentro de España y novelas escritas fuera de ella, aparte de un tercer grupo cuyas páginas fueron escritas pero no publicadas en España, tal es el caso del *censor censurado* Camilo José Cela[2] con su obra *La colmena* editada, por razones obvias, en Argentina. Como es sabido, el origen de esta distinción en la novelística española se encuentra en el asalto al Poder llevado a cabo por Franco y el fascismo, situación dolorosa que ocasionó la salida

---

[1] MANUEL ANDÚJAR, *El destino de Lázaro,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 309 págs., México, 1959. Colec. Tezontle.

[2] Ver nota de Román I. Duque en *Cuadernos Americanos,* julio-agosto 1950.

de miles de republicanos, ya que sólo mediante el abandono del territorio español podían escapar al asesinato en masa.

La emigración se esparció por Europa y América; sobre esta última, los núcleos de mayor número se concentraron en Argentina y México; aquí, hace nueve años, uno de los intelectuales más significativos de aquella emigración: Max Aub, publicó *Campo abierto,* título con el que cerró su trilogía de novelas (las otras dos se denominaron *Campo cerrado* y *Campo de sangre*), integrantes del "Laberinto Mágico". Max Aub recoge en sus relatos los sueños y azares de un pueblo que defendió su Derecho y su Libertad hasta el precio del autosacrificio. Aub dejó asentadas dos válidas conclusiones: el casi nulo entendimiento entre los distintos partidos de un pueblo multidividido por las ideologías políticas y la esperanza en ese mismo pueblo capaz de reestructurarse políticamente a base de la cruenta experiencia del pasado. Las tres novelas de Max están unidas por un hilo temático cuya fuerza estriba en la constancia del dato histórico; su unión es de eslabones temáticos idénticos y, por lo tanto, de directa comunicación. Una de esas conclusiones, la referida al divisionismo ha coincidido con manifestaciones de novelistas posteriores que escriben fuera de España, así el caso de Manuel Lamana quien, en páginas finales de su novela,[3] mediante el personaje Rivas, propone: "iniciar un diálogo que ventile nuestra manera de ser. Un diálogo que nos permita encontrar ideales por encima de las ideologías políticas. El proyecto es ambicioso. Es mucho lo que pretendo, pero creo que es necesario. Además el tiempo apremia. El problema es nuestro, de España, lo sabéis, pero me parece que no tenemos la exclusiva".

Las novelas de Manuel Andújar descorren su acción durante los treinta años iniciales de este siglo, son anteriores al conflicto bélico de España. Indudablemente, no tocan ese tema aun cuando hayan sido editadas con posterioridad; sin embargo, Andújar bien arraigado en el presente utiliza la experiencia personal, sin traslucirla en la obra, dando la apariencia de saltar sorbe aquel hecho doloroso y de interesarse únicamente por lo acontecido en España —como ya dijimos— durante las tres primeras décadas del siglo xx; un interés no

[3] MANUEL LAMANA, *Otros hombres,* Edit. Losada, S. A., 240 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956. Colec. Novelistas de España y América.

en los acontecimientos de carácter político sino en aquellos que, como expresión social, descorren el velo acerca del temperamento y vinculación o desvinculación de los individuos que más tarde intervendrían en la política interna de España.

La primera novela de este escritor: *Llanura*,[4] desplaza su acción en la Mancha, en un ambiente rural donde Santiago, el cacique, es la voluntad de proyección negativa que cerca constantemente la entereza de carácter de doña Gabriela. Santiago controla Las Encinas, ámbito territorial en el que se somete a sus designios toda la actividad de un pueblo. Andújar nos introduce de tal manera en los problemas de su relato que nos sugiere esta interrogación: ¿abulia de este pueblo manchego?, y la respuesta nace sola: no, tal vez, entendimiento del estado de cosas: la organización política imperante entonces en España estaba lejos aún del perfeccionamiento de sus instituciones administrativas; todos los funcionarios representados en la persona de Santiago escapaban al control de una autoridad superior incapaz de escuchar las quejas de los gobernados. Por eso, doña Gabriela, la mujer viuda que deberá educar a sus cuatro hijos con el patrimonio heredado, viene a ser la voluntad de proyección positiva al resistir el cerco indirecto que le tiende Santiago. Doña Gabriela no se amilana por el asesinato de su marido; sobre sus hombros pesan todas las responsabilidades familiares, como también las soluciones ejemplares que podrían orientar la conducta sometida de aquel pueblo de Las Encinas.

Llanura es una novela lenta, quizá la más lenta de las tres. Su mérito mayor está cimentado sobre la figura de carácter que es la mujer de iniciativa, de moral nítida y de valentía sin paralelo. Manuel Andújar nos confía tácitamente la superioridad de doña Gabriela cuando Benito, el hijo mayor educado en las aspiraciones de su madre, es desterrado del pueblo al no resistir su enfrentamiento con el cacique.

El novelista narra distintas situaciones que aquilatan la estructura inconmovible de aquella mujer; una de esas situaciones insuperables es la referida al *Jilguero* (tipo sin escrúpulos a sueldo del cacique), a Germán (el capataz despedido por robo) y a Pedro (el pariente ambicioso), quienes deciden atacar todas las noches a doña Gabriela hasta que se decida a

[4] MANUEL ANDÚJAR, *Llanura*, Edit. Centauro, 207 págs., México, 1947.

vender sus propiedades y huir de Las Encinas. La viuda responde quedándose en vela, vigilante, aferrada a una escopeta que significa su única defensa. Andújar describe el momento en que la mujer cansada, pero decidida a detener la infamia, hace valer su derecho ante Pedro, el intruso allanador. Leamos:

"¡Que amaneciese pronto! La soledad era tan absoluta que le daba la impresión de que ella misma no alentaba, atrofiados los cinco sentidos. Se frotaba las manos, le temblaban los labios. ¡Cuán fríos los cañones de la escopeta!... Crujieron delgadamente las ramas de la higuera, que estaba casi pegada a la tapia. Doña Gabriela aguzó el oído, ya serenada. Concentraba los ojos con tal empeño que le dolían los párpados. Abajo, confundido con la oscuridad, muy despacio, el bulto adelantaba en dirección de ella, a bastantes metros todavía. Se deslizaba con tal maña que creyó por un segundo haberse equivocado. Pero no apartaba la mirada y observó cómo se detuvo para tomar respiro. Reanudó su avance y al llegar a la proximidad del pozo, su contraste con el blanco anillo lo delató... Doña Gabriela apuntó, sin precipitaciones, para no errar el tiro. Los fogonazos rompieron las sombras y sólo pudo otear una cara pintarrajeada, de cartón, que se cubría con un brazo ensangrentado. El bulto retrocedió con acelero, corriendo, brincó la tapia... Estaba inmóvil doña Gabriela, apoyada en los cañones de la escopeta. Ni se dió cuenta de que ya la rodeaban los hijos y Clotilde. No quiso contestar a sus preguntas".

La segunda novela: *El vencido*,[5] cambia por completo de ambiente, deja la hacienda y aborda un tema relacionado con la mina. Aquí, la lucha se plantea entre Miguel, el minero cuyas ambiciones desmedidas lo llevan a enriquecerse mediante un crimen, y el medio social observado desde dos ángulos: uno, la clase media que hostiliza y ridiculiza al nuevo rico pero que va entrando en arreglos con él y, otro, el de la clase trabajadora a la que perteneció Miguel y ahora desconoce.

Miguel se convierte en potentado; alcanza lo que desea, quizá hasta más de lo que en un principio anhelaba: la mejor casa del pueblo, la casona de la Corredera, llega a ser de su propiedad a través del matrimonio que efectúa con Asunción,

[5] MANUEL ANDÚJAR, *El vencido*, Editores, S. A., Almendros y Cía., 292 págs., México, 1949.

muchacha que pertenece a una de las familias más sobresalientes de la clase media.

Miguel jamás llega a ser considerado como miembro del círculo en el que se ha formado su mujer. Por otra parte, los trabajadores junto a los que creció, le abominan. Hay entre estos trabajadores uno que los representa frente a él, se trata del "Mellao", hombre íntegro, líder sindical que sufre prisiones y sacrificios en defensa de su causa. Manuel Andújar escribe un diálogo que aclara conceptos respecto al "Mellao"; es un diálogo cruzado con el ingeniero que va a darle trabajo no obstante que lo conoce como "buscabullas". Don Alberto, nombre del ingeniero, le pregunta acerca de lo que el líder entiende por socialismo y de la razón por la cual dirige a sus compañeros. El "Mellao" responde:

"—Los hombres se revientan aquí los pulmones. Y engordan a unos pocos. Cuando ellos son viejos y están "pal arrastre", nadie les alarga una mano. ¿No le parece "serio" eso? ¿Qué haría usted sin esos desgraciaos? Planos pa ponerlos en la pared. Ni una mala piedra sacaría de la mina, ni una vagoneta se movería. ¿Quién lavaría el mineral, usted? —Si nos unimos, si tenemos conciencia de clase cambiaremos el Estado, lo barreremos de jueces, policías, curas y demás parásitos. ¿Quién necesita que nosotros no seamos instruidos? Los que se aprovechan de nuestro sudor y de nuestra torpeza, tocante a la cultura.

—¿Y explotaríais las minas sin dirección técnica, sin ingenieros?

—Pa usté habría empleo —y esbozó una sonrisa.

—Eso me consuela —bromeó don Alberto— Hasta que se proclame el Paraíso, tú al pozo y yo a mandar.

—Usted no es el que manda, desde arriba le tiran de los hilos...

—Discutimos demasiado. Tú a lo tuyo.

—Conforme, y buenos días".

El vencido es un relato de más viveza y mayor color; por la combinación de sus matices y sensaciones se encuentra cercano a las construcciones emotivas del relato valleinclanesco. El autor alcanza su propósito respecto a dejar planteado el doble contrapunto de las clases: una típicamente social y otra económica; Miguel queda aislado, sin clase, sin afectos; su dinero no le devuelve el compañerismo de los trabajadores ni

le gana el aprecio de los burgueses. Prácticamente, está eliminado. Andújar reafirma su planteamiento al final de la novela; mientras el "Mellao" muere "de la enfermaded clásica de los mineros, con los pulmones acribillados de plomo" y es acompañado su cortejo fúnebre por quienes luchó, Miguel se encuentra solo, observando el paso del "Mellao" seguido del amor y el llanto; Miguel ni siquiera tiene valor para mostrarse, por entero desde el balcón de la casona, casi oculto, sacia su curiosidad. El "Mellao" marcha al aire libre, bajo el sol. Miguel está quieto, encerrado, entre sombras. Andujar sostiene: "La vida del 'Mellao' renacía impetuosa a sus plantas, se multiplicaba sin cesar, en recuerdos y entusiasmos, lo aniquilaba... Miguel cerró puerta y balcón. Le dañaba la luz del día, se hallaba plenamente en el reino de la muerte".

El destino de Lázaro, la mejor de estas tres novelas de Andújar, lo que puede comprobarse ampliamente después de analizar la técnica mediante la cual nos es dada, la cristalización de diálogos y monólogos y la claridad absoluta de las descripciones. La técnica de la narración es retrospectiva; empieza el relato desde el presente, nos introduce a través de la historia del personaje principal en el tema del hombre honrado que soporta privaciones a fin de cubrir sus créditos. Lázaro es un esforzado que hereda una conducta y combate contra lo que aquí entenderíamos por destino. Lázaro no es el único que combate la mala suerte. A su lado está Esteban cuya historia un poco parecida no llega a empañar la nitidez de la imagen disciplinada de Lázaro.

Leídas las tres novelas de este escritor español, anotamos ciertas preferencias suyas en el trato de situaciones, incidentes y personajes. Por ejemplo, es notoria la muerte de individuos por atropellamiento de caballos; también, se palpa su constante intención de ahondar en los rasgos infantiles que caracterizan sicológicamente los días inolvidables de la escuela; no falta, además, el muchacho que trunca su carrera por carencia de recursos económicos.

La trilogía se coloca en sus soluciones, a mucha distancia de las novelas de Juan Valera y sus "finales felices"; en cambio se acerca a Benito Pérez Galdós en la búsqueda del aspecto popular y la estimación de la costumbre. Las novelas de Manuel Andújar se equilibran entre las excelentes novelas del siglo XIX y las destacadas durante los últimos treinta años.

Dice Gerald Brenan[6] que "Galdós se había convencido de que había algo radicalmente malo en la sociedad burguesa europea y de que el remedio estaba en algo más profundo que la política"; remedio que el gran novelista adivinaba en la "renovación religiosa". Estas palabras de Gerald Brenan no las recordamos arbitrariamente, se nos ocurre después de leer la trilogía de Andújar, quien en sus obras parece relegar a segundo término la política y estar convencido de que, no sólo existe el mal, sino que es posible combatirlo con procedimientos ajenos a las fórmulas religiosas; tal se deduce de las lecturas de *Llanura, El vencido* y *El destino de Lázaro*, títulos entrañablemente vinculados por la proposición asidua de revalorar la verdad y la bondad. Este afán es el que une los temas de las tres novelas; por él se integran los grupos humanos antagónicos de cada una de ellas; grupos que no intervienen como factores imprescindibles para ordenar el dato histórico o la secuencia directa de la temática. Esta sería la diferencia entre la trilogía de Max Aub con sus mismos personajes o nombres y la de Andújar con personajes distintos pero idénticos.

Toda la historia de Lázaro es la de su integridad para cancelar deudas que él no contrajo. Recordamos que don Francisco, propietario de "La Vinícola", lo hace heredar la mitad de su negocio, pero que Fausto, hijo del fallecido, demuestra su inconformidad robándose "todas las existencias en metálico, letras y valores negociables y las reservas que, como de costumbre a final de cosecha, se reunían para pagar a los proveedores, incluso la pequeña cantidad destinada a sueldos y jornales. El robo ascendía en total a más de cien mil pesetas".

El relato se inicia en el instante que Lázaro comunica a Esteban el pago de la última letra con que había evitado la quiebra de "La Vinícola". Cuando Lázaro empezó a pagar aquella deuda su hijo era un chiquillo, al terminar, era ya un hombre; una vez narrada la historia de las penalidades que Lázaro sufre hasta cubrir el compromiso, Andújar lo elimina mediante los dos disparos hechos por Luis. Y, aquí aparecen nuevas conexiones con las novelas anteriores: una sería la inmutabilidad de Jacinta al ser avisada de la muerte de Lázaro, semejante a la inmutabilidad de doña Gabriela al recibir el cadáver de Alejandro; y otra sería el sentido simbólico que

[6] GERALD BRENAN, *Historia de la literatura española*, Edit. Losada, S. A., 480 págs., Buenos Aires, Argentina, 1958.

manifiestan los títulos de *El vencido* y *El destino de Lázaro,* puesto que por las historias de los héroes de las novelas Lázaro vendría a ser *El vencido,* el muerto, el eliminado incluso biológicamente y, en cambio, Miguel vendría a encasillarse muy bien en lo que aceptaríamos denominar *El destino de Miguel;* recordemos lo expuesto por nosotros cuando la muerte del "Mellao", caso parecido ya que fue el contrapunto de Miguel, fue, pues, el vencedor. Para Andújar, Miguel en medio de sus riquezas mal habidas es simbólicamente el derrotado, y Lázaro, pobre —que no miserable— resulta el triunfador: su muerte sólo llega cuando extingue la última obligación.

Con sus tres novelas Manuel Andújar señala, pone de relieve, los tipos de persona existentes en las tres primeras décadas del siglo en la vida española; muestra sus modos de pensar y la clase de actividad que predomina en cada uno; la actitud política está sugerida como la necesidad de una transformación social que se hace urgente, así lo pide la figura de Santiago el cacique; el conflicto de los mineros y el incendio provocado en la Aduana por los militares interesados en quemar papeles que los comprometen. Esperamos que Andújar nos obsequie con las tres novelas que corresponderían a los otros 30 años últimos de este siglo. Con igual talento al mostrado hasta ahora en su relato completaría un ciclo interesante sobre acontecimientos pretéritos y presentes de España.

II

Nuria Parés

"Hoy voy a hablar de un libro de Nuria Parés... de un libro de poemas de Nuria Parés... de un libro maravilloso de poemas... Hoy voy a hablar, aquí, de la voz poética de Nuria Parés". Con estas palabras se refirió León Felipe a *Canto llano.*[7] León mencionó entonces el primer título publicado por la joven poetisa española: *Romances de la voz sola* título desconocido para nosotros pero que según León Felipe significa no una "voz sola" sino la búsqueda de una voz por parte de la autora, quien en *Canto llano* muestra notable evolución, el encuentro de esa voz.

[7] NURIA PARÉS, *Canto llano,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 100 págs., México, 1959. Colec. Tezontle.

El poemario se divide en dos partes: una, contiene los poemas que podríamos denominar del exilio, salpicados de angustia, inflamados de insatisfacción; otra, colecciona los poemas más íntimos, personales, familiares.

La primera parte del libro deja entrever lecturas asiduas de Antonio Machado y León Felipe, más de éste que de aquél; León Felipe predomina no sólo en el acento del verso y la expresión directa para comunicarse, sino también en las formas de preguntar y decir las cosas. El poema "Sed", por ejemplo, es una confirmación de lo que apuntamos; escribe Nuria:

¿Pedir? ¿Y a quién? ¿Y qué pedimos?
Sé que hubo un tiempo para pedir y para llorar,
el tiempo de la sal y de las lágrimas,
y hubo quien pidió pan
y quien pidió la paz y la palabra.
Y ahora yo pregunto
desde el oscuro borde de las ansias:
¿pedir? ¿Y qué pedimos?
¿Y a quién dirigiremos la plegaria?
Alguien cerró la espita,
la avara y torpe espita milenaria,
y cercenó las manos extendidas
y mutiló la paz y la palabra.

Es esta una poesía desesperada escrita bajo la comprensión del autor de *Versos y oraciones de caminante;* poesía con el aliento de quien todo lo ve o sabe imposible, de quien desconfía acerca de cambiar la situación desde el destierro; Nuria Parés hereda ese tono de preguntar con interrogantes que llevan implícita la imprecación. Los poemas de esta autora continúan sobre la línea desesperada, inconforme y a la vez burlona de León Felipe, sólo que cabe una justa distinción entre esta voz *llana* y aquella *prometeica;* la ironía de Nuria se construye deduciendo sonrisa; en cambio, lo irónico en León Felipe nace esparciendo adustez. Dice Nuria:

Que soy, que somos (nos lo dicen)
"la España peregrina"...
¡Ay, qué bonito nombre! ¡Qué nombre tan bonito
para ir por el mundo a la deriva
como un barco de velas desplegadas,

como una extraña carabela antigua!
¡Qué barco tan bonito si tuviera
un pequeño espolón para la ira!
¡Ay, qué bonito nombre! tan delicadamente
colocado encima
de nuestros hombros como un traje
sutil, hecho sin prisas...

La segunda parte de *Canto llano* recoge, como ya dijimos, los poemas de tema individual; el amor aparece como vía de esperanza, como airecillo mitigador en lo quemante de la aridez; también surge el tema de la muerte junto al de la soledad, ambos como producto indirecto de los sentimientos tocados en la primera parte del libro; no obstante, el amor y la soledad sirven aquí para jugueteos emocionales, libertorios, en ellos no levanta su rosto el temor y la desesperanza. A veces un objeto sirve para hablar de la muerte, es un pretexto, y no importa que el objeto, en otra ocasión, pudiera haber sido sinónimo festivo; en el poema "Guitarra...", leemos:

cuando sobre el recuerdo
el olvido tenaz vaya elevando
su despaciosa escala de silencios
¿qué quedará de mí?
Quizás en ti, guitarra, otros dedos
se posen, otra alma joven,
viva, te busque con empeño
como yo te he buscado...

La forma literaria de esta poesía de Nuria Parés es el verso libre, aun cuando, a ratos descubramos versos de rima interna o indirecta o versos cuyo número de sílabas son más hijas de la coincidencia que del conteo formal y paciente; sin embargo, en todo el libro hay dos excepciones, "Poema nuevo al modo antiguo" titula su autora a uno de ellos y está dividido en cuatro cuartetas de rima externa o directa; la poetisa, insistiendo en la temática de la muerte, expresa:

Que ya no sé si soy un muerto en vida
o una vida que ha muerto y no lo advierte
ni sé si es mucha sangre en poca herida
o mucha herida para tan poca muerte.

La segunda excepción, donde Nuria se preocupa por encerrar su emotividad dentro de ciertas rimas y sílabas contadas, es "Mis niñas en la playa", poema que retrata la vida, que utiliza parte de los elementos (árboles, viento, aire, sal, llanto, lluvia, tarde) predilectos de la autora para transformar su voz; cambia el tono de la plegaria por el de la ronda, se alegra, se ilumina, se arrosada; de los elementos de su poesía se desprenden la tristeza y aligeran el paso a fin de adecuarse en la estructura de un canto para niños; transcribimos estos versos propios de un libro de literatura infantil:

A la orilla de la mar
¡ay, caracol, caracola!
por donde se van los barcos,
por donde llegan las olas,
a la orilla de la mar
. . . . . .
La gaviota en el aire
vuela que vuela,
la barca sobre el agua
vela que vela.
. . . . . .
¡Mira esa mariposa
de mil colores
que prefiere las olas
en vez de flores!

Finalmente, volvemos al tema fundamental de esta segunda parte de *Canto llano*. La muerte se proyecta en varios ángulos, se dice en varios tonos, sirve para expresar diversas inquietudes, pero lo más logrado respecto al tema quizá se localice en esos versos donde la autora, medita, inquiere, filosofa, y que se recogen en "Suicidios":

La muerte ¿es entera, de una pieza
o la forman mil muertes apiñadas?
¿Morimos de repente o lentamente
se nos muere la vida, se nos mata
día tras día, un poco en cada cosa?
Porque también se mueren las palabras,
se les quiebra la luz, se quedan rotas
como húmedas alas angustiadas

colgando, en cruz, del borde de los labios
con un ansia suicida, asomadas
al brocal de la boca sin que podamos
torcer su decisión desesperada.
. . . . . .
Y pequeños suicidas son las cartas
que echamos al buzón y jamás llegan,
las manos que se quedan encerradas
en lo hondo de un bolsillo, por miedo
de tenderse abiertamente llanas,
las charlas bruscamente interrumpidas,
las ansias torpemente rechazadas...
Morimos de mil muertes diminutas,
de mil maneras hondas y calladas
con la insidiosa muerte inadvertida
de las pequeñas cosas cotidianas.

Lo más estimativo de este libro es su sencillez para transmitir la idea, su claridad ejemplar, razón ha tenido León Felipe al decir de viva voz: "Este libro se llama *Canto llano*. Canto simple y primario, sin vestiduras ni ornamentos creo que ha querido significar Nuria, sin connotación alguna con el canto gregoriano".

III

Marco Antonio Montes de Oca

No obstante que este poeta mexicano es excesivamente joven en relación a la madurez de su inteligencia, su más reciente libro de poemas, *Delante de la luz cantan los pájaros*,[8] es en efecto una antología. Marco Antonio había publicado ya el título *Ruina de la infame Babilonia*, poema extenso que no era lo suficiente como para cubrir las exigencias de un libro, pero que bastó a la crítica para asegurar que se iniciaba el nacimiento de un futuro gran poeta. Si recordamos algo de aquel poema estaremos de acuerdo con tal apreciación, pues aceptaremos co-

[8] MARCO ANTONIO MONTES DE OCA, *Delante de la luz cantan los pájaros*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 120 págs., México, 1959, Colec. Letras Mexicanas, Núm. 50.

mo prodigioso el saber que con una edad menor a los veinte años el poeta escribía versos como éstos:

De nada sirvió que heredáramos una gran simiente
si la recibimos forrada con montañas y cerrojos,
si el tiempo, señor de metrallas inaudibles,
que chupa el agua del lodazal hasta agrietarlo,
la entierra para siempre bajo su cascada de arena.
De nada sirvió el gran prodigio
si cada hombre habla en el desierto, come de su voz,
rasga el aire murado de la palabra,
tortura a solas los sangrantes flancos de la sílaba
y pierde entre sus labios el esfumado mendrugo
de la claridad.

El éxito de Montes de Oca se continuó en su segundo libro: *Contrapunto de la fe,* superó el contenido estético del primero y, por tanto, fue una reafirmación del juicio apreciativo que se ganara favorablemente en su primer contacto poético con la crítica. Se extinguió entonces cualquiera duda acerca de que en relación a *Ruina de la infame Babilonia* se hubiese procedido con estímulo y bondad como se procede al escribir, en ocasiones, sobre primeros libros.

En su tercer título: *Pliego de testimonios,* Marco Antonio incluyó seis nuevos poemas, de los cuales no se pudo *testimoniar* con la misma amplitud ya que la calidad andubo dispareja, la belleza de la imagen fue trocada por la esterilidad del artificio; el aliento de la escuela creacionista del chileno Vicente Huidobro fue totalmente traicionado, ya no se *creó* en el sentido estricto del concepto huidobriano sino que se insertaron dolorsamente conceptos de relación incoherente en versos que, al proyectarse, dieron existencia a monstruos literarios antidiluvianos.

Al libro titulado *Delante de la luz cantan los pájaros,* donde se recogen los tres primeros que ya comentamos, se agregan muchos poemas inéditos que integran el verdadero nuevo volumen, el cual, de haberse publicado separadamente, habría aparecido bajo la denominación de *Ofrendas y epitafios.* Este cuarto libro de Montes de Oca se divide en tres partes, a saber: "El páramo y sus visitantes", "El muñón floreciente" y "Nuevas fundaciones"; esta última es, en nuestro concepto, lo más sobresaliente de *Ofrendas y epitafios;* y es que en ella el joven

poeta mexicano retorna decididamente a su aliento inicial, a su inspiración acorde con las grandes construcciones huidobrianas.

Cualesquiera de los poemas que se tome de esta tercera parte titulada "Nuevas fundaciones", resulta una pieza lograda; leamos "El instante":

Crece el pedestal de fuego
y el fuego eleva su propio monumento.
Crece también la flor que viaja de incógnito
y es encontrada al fin en el basurero de topacio
donde se hacinan abortadas maravillas.
Esta vez la pupila ostenta el color de lo que mira
y el clarín enciende pequeñas constelaciones
bajo los arcos iluminados.
. . . . . .
y aún no hemos hecho de cada piedra un reclinatorio
ni de cada palabra una plegaria.
La reina de todo quiebra con el dorso de la mano espadas
rebeldes,
y si ahora los dioses mantienen abiertos nuestros párpados
con una ramita de sal,
nosotros, que padecemos a manos llenas la demencia
de la incredulidad,
veremos en este día todo lo que hace falta.

Los críticos inclinados hacia los trabajos literarios de Montes de Oca, no han vacilado en apuntar que sus excelencias poéticas lo colocan en sitio preeminente de la poesía mexicana; no ha faltado quien, sin eludir las escabrosas comparaciones indicativas de un criterio pleno de inmadurez, afirme que este cuarto poemario le ubica no sólo como un fino elaborador de poesía que recuerda la inteligencia creadora de Octavio Paz, sino como un poeta que supera al mismo Paz. En nuestro modo de ver, con esta clase de afirmaciones no se daña al reconocido y discutido, y sí más bien se entorpece la acción autocrítica del artista joven que se despreocupa del buscar sus mínimos defectos a fin de eliminarlos. Sin duda, quienes ahitos de simpatía por Montes de Oca le repitieron hasta el cansancio su genialidad, lo rodearon de cierta autosuficiencia un tanto precipitada, conduciéndolo con ello al descuido de su oficio, al intento de giros bruscos en la imagen que dieron como resul-

tado muchas de las visiones nebulosas, quizás desesperadamente oscuras, localizables en no pocos de los poemas integrantes de su tercer libro, el cual en realidad viene a ser un *pliego de testimonios* en favor de lo que aseveramos.

Cada vez que expresamos reconocer sin objeciones el talento de Marco Antonio Montes de Oca, somos conscientes de incurrir en un inevitable lugar común, pero en esta ocasión nos descarga el manifestar que aludimos a ese talento en la confianza de que mediante él, Marco Antonio Montes de Oca analizará los peligros de escuchar "cantos de sirenas" y superará, no a otros, sino a sí mismo. A nombre de la amistad, lo esperamos; el tiempo dirá la última palabra.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EL DIA 7 DE MARZO DEL AÑO DE 1960 EN LOS TALLERES DE LA CASA EDITORIAL CVLTVRA, T. G., S. A., AV. REP. DE GUATEMALA No. 96, DE MEXICO, D. F. CONSTA LA EDICION DE 2000 EJEMPLARES.

Gran Estación Central

2,000 Núcleos de un Organismo Gigantesco

LAS 2,000 ESTACIONES DE TODO EL SISTEMA son antesalas de nuestros servicios. Cada estación representa 2 millones de destinos diferentes.

Desde la más pequeña estación, anclada en la soledad del campo, hasta la gran estación de tráfico complicado.

N DE M

MANTENER EN FORMA EFICAZ ESTE SERVICIO, ES NUESTRO PROPOSITO

A través de ellas cruzan 25 MILLONES DE PASAJEROS y en ellas se embarcan 21 MILLONES DE TONELADAS CARGA, al año.

FERROCARRILES NACIONALES DE MEXICO

CERVEZA

MALTA, ARROZ, LUPULO Y AGUA

Por sus ingredientes la cerveza es una bebida sana, pura y de bajo contenido alcohólico.

La industria cervecera mexicana, elabora esta bebida con los más modernos procedimientos y ajustándose a la más estricta higiene.

Selecciona cuidadosamente las materias primas, ejerce un control científico minucioso y puede afirmar, con orgullo, que la cerveza mexicana es la mejor del mundo.

Además es una bebida muy económica; digna de estar en todos los hogares de México . . . ¡y qué agradable!

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA

La Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F.

Documentos para

LA HISTORIA DEL MEXICO COLONIAL

publicados por

FRANCE V. SCHOLES

y

ELEANOR B. ADAMS

•

Vol. V

SOBRE EL MODO DE TRIBUTAR LOS INDIOS DE NUEVA ESPAÑA A SU MAJESTAD, 1561-1564

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 141 pp., rústica, $130.00

Vol. IV

INFORMACION SOBRE LOS TRIBUTOS QUE LOS INDIOS PAGABAN A MOCTEZUMA

Edición de 200 ejemplares numerados, impresos en papel Corsican; 239 pp., rústica, $200.00

•

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855
TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	*Ejemplares disponibles*	*Precios por ejemplar* *Pesos*	*Dólares*
1943	Números 3, 5 y 6	30.00	3.00
1944	Los seis números	30.00	3.00
1945	„ „ „	25.00	2.50
1946	„ „ „	25.00	2.50
1947	Números 1. 2. 3. 5 y 6	25.00	2.50
1948	„ 3, 4 y 6	25.00	2.50
1949	Número 2	20.00	2.00
1950	„ 2	20.00	2.00
1951	Números 2 y 5	20.00	2.00
1952	„ 1 al 4	20.00	2.00
1953	„ 2. 3 y 6	20.00	2.00
1954	„ 6	17.00	1.50
1955	„ 1 y 6	17.00	1.50
1956	„ 1. 2. 4 y 5	17.00	1.50
1957	„ 1 al 5	17.00	1.50
1958	„ 2. 3 y 6	17.00	1.50
1959	Números 1. 2. 3. 5 y 6	17.00	1.50

SUSCRIPCION ANUAL (6 volúmenes)

México ..... $ 75.00
Otros países de América y España Dls. 7.30
Europa y otros Continentes ..... „ 8.80

Precio del ejemplar del año corriente:

México ..... $ 15.00
Otros países de América y España Dls. 1.40
Europa y otros Continentes .... „ 1.65

●

Los pedidos pueden hacerse a:

Av. Coyoacán 1035 Apartado Postal 965
o por teléfono al 23-34-68

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 y 1943

SUR

REVISTA BIMESTRAL

INDIA

VICTORIA OCAMPO: Introducción. • JAWAHARLAL NEHRU: Crisis del espíritu • GANDHI: La democracia y el pueblo; Miscelánea; Mujeres; Pobreza en medio de la abundancia; Autodisciplina; Ahisma o el camino de la no violencia; Religión y verdad • JAWAHARLAL NEHRU: Rabindranath Tagore • RABINDRANATH TAGORE: Tres poemas; La religión de un artista • S. RADHAKRISHNAN: El Buda y su mensaje • HUMAYUN KABIR: La literatura de la India • Poemas de MOHAMMAD IQBAL • BUDDHADEVA BOSE • P. S. REDGE • SUBRAMANYA BHARATI • ASOKE VIJAYRAHA y MAHADEVI VARMA • BAHABANI BHATTACHARYA: Habla un autor • Relatos de SARAT CHANDRA CHATERJEE• MAULANA ABUL KALAM AZAD • C. RAJAPOPALACHARI • MANIK BANDYOPADHYAY y ROOP KATTHAK • P. NEOGY: La Pintura India • NARAYANA MENON: Música y danza en la India • AMITA MALIK: La cinematografía en la India.

259

JULIO Y AGOSTO DE 1959.

San Martín 689

BUENOS AIRES, ARGENTINA.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

REVISTA IBEROAMERICANA

ORGANO DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA DE LOS E. U. PATROCINADA POR LA UNIVERSIDAD DE IOWA.

•

Director-Editor (permanente): ALFREDO A. ROCCIANO.
Department of Romance Languages,
State University of Iowa, Iowa City, Iowa.
Director Literario (1959-1961): JOHN E. ENGLEKIRK,
Department of Spanish and Portuguese,
University of California, Los Angeles.
Comisión Editorial (1959-1961): Alceu Amoroso Lima, Donald F. Foguelquist, Ernesto Mejía Sánchez, Helena Percas, Allen W. Phillips, Aníbal Sánchez Reulet y José Vázquez Amaral.
Secretario Tesorero Ejecutivo: MYRON I. LICHTBLAU.
Department of Romance Languages,
Syracuse University, Syracuse 10, N. Y.

•

Suscripción anual: 2.00 Dls. para Iberoamérica y 6.00 Dls. para E. U. y Europa.
Para canje, colaboración y todo otro intercambio cultural, diríjase al Director-Editor. Para suscripciones o compra, diríjase al Secretario-Tesorero.

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y André Iduarte

•

6 dólares norteamericanos al año; números sueltos: 1.50

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street. New York.

HUMANISMO

SUMARIO DEL NUMERO 54

Págs.

7 Evocación de Sandino
Edelberto Torres

19 Testimonio Puertorriqueño
José Ferrer Canales

27 El Estado Inexistente
Wildebaldo Bazarte Cerdán

46 América desde el balcón Afroasiático
Ernesto Guevara

49 Los orígenes sociales del liberalismo europeo
Francisco López Cámara

56 José White en el recuerdo de un discípulo
Carlos A. Echamove

62 Cuelgamuros, Valle del Odio
Volga Marcos

67 A Camilo
Manuel Navarro Luna

69 Obsolecencia y Ubicación Provincial de los Ingenios en Cuba
José Gatria

83 Documentos (Carta a Eisenhower, de intelectuales cubanos) y Discurso de Fidel Castro el 26 de octubre de 1959

115 Cuba en Marcha. Armas para defender la Revolución
José Prado Laballos

121 Legislación Revolucionaria
Tirso Clemente

162 Noticias de libros

172 Fe de erratas de la edición anterior
Carta de Waldo Frank a Fidel Castro (cuarta de cubiertas)

Apartado 6664 La Habana, Cuba

N U E S T R O T I E M P O

Homenaje a ALFONSO REYES:

Jaime Torres Bodet, Manuel Tello, Ignacio Chávez, Luis Garrido, Pablo González Casanova, Antonio Castro Leal, Ezequiel Martínez Estrada, Fernando Díez de Medina, Germán Arciniegas, Vicente Sáenz, Fernando Ortiz, Ricardo Donoso, Alfredo Pareja Díezcanseco, José Luis Cano, Álvaro Fernández Suárez, Manuel Villegas López, Max Aub, José Gaos, Ramón Xirau, Luis Cardoza y Aragón, Francisco Monterde, Rodolfo Usigli, Hugo Rodríguez Alcalá, Luis Alberto Sánchez y Mariano Picón-Salas.

Un año más de "Cuadernos Americanos" — Discursos por EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, FRANCISCO GINER y LUIS VILLORO.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Napoleón Viera Altamirano — El mercado común Latinoamericano y nuestra industrialización.

Frank Tannenbaum — La política en la América Latina.

Antonio Peyri — Comentarios al problema del poder.

Luis Abad Carretero — Bergson y el instante.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Alfonso Caso — Valor histórico de los Códices Mixtecos.

Marcelino C. Peñuelas — El siglo XVIII y la crisis de la conciencia española.

Segundo Serrano Poncela — Godoy y los ilustrados.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Emilio Oribe — El cántico espiritual.

Miguel Ángel Fernández — Cinco poemas.

Felipe Cossío del Pomar — Suramérica al encuentro de su estilo.

Homero Castillo — Mariano Latorre, orígenes de una vocación literaria.

Guillermo de Torre — Emilia Pardo Bazán y las cuestiones del naturalismo.

F. Ferrándiz Alborz — Luis Araquistain, su obra y su tiempo.

Mauricio de la Selva — Novela y Poesía

Printed in Mexico